

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Colegio de Estudios Latinoamericanos

LA DIMENSIÓN ÉTNICA DE LA SEGREGACIÓN SOCIOESPACIAL EN LA
CIUDAD DE SAO PAULO, BRASIL: TRAYECTORIA HISTÓRICA Y
EXPERIENCIAS CONTEMPORÁNEAS

Tesis que para optar por el título de
Licenciada en Estudios Latinoamericanos presenta:

Violeta Barrientos Nieto

Asesora:

Dra. Tania Carranza Gaytán

Ciudad Universitaria, Cd. Mx., enero de 2020



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mi familia por la paciencia y el apoyo que me tuvieron durante este proceso. A Magdalena, mi madre, su entereza y fortaleza son una inspiración constante para mí. A mi padre Armando, por su infinita generosidad y temple, por las pláticas y los consejos. A mi hermano Diego, sin el apoyo que de él hemos tenido, esta titulación no sería posible. A mi hermano Omar, por ser todo corazón y solidaridad. Y al pequeño Kryp, por sus dosis diarias de ternura.

A mi asesora, la Dra. Tania Carranza Gaytán, por permitirme hacer la tesis que yo quería con la suficiente cercanía para guiarme. A mis lectoras; las también especialistas en estudios brasileños: la Dra. Regina Crespo Franzoni y la Mtra. Georgette Ramírez Kuri, por alumbrar las ausencias de esta investigación y por sus comentarios, más que nada motivantes; a la Dra. Berenice Ortega Bayona, por aceptar mi invitación y comprometerse con la revisión de este trabajo; y a la Mtra. Gabriela Iturralde Nieto, por su lectura crítica que me obligó a realizar una introspección respecto a los Estudios Latinoamericanos, y me invitó a pensar de manera refrescante los abordajes de los estudios sobre afrodescendencia. Me siento afortunada con el sínodo que me tocó compuesto en su totalidad por mujeres, y profesionistas, admirables. Les agradezco su tiempo y generosidad.

A la coordinadora del Colegio de Estudios Latinoamericanos, Kenya Bello Baños, por su disponibilidad y atención desde que inició el trámite. A Roberto Machuca Becerra, por motivar y apresurarme en este proceso desde hace algunos años, y por hacer lo posible en medio de los tiempos convulsos. A los y las profesoras por las que me descubrí en asombro e inquietud por el conocimiento.

A mi queridísima amiga Ileana García Rodríguez; gracias por el cariño, gracias por escuchar, gracias por las risas y, sobre todo, gracias por tus palabras precisas y amorosas. Esta amistad es de lo más bonito que me ha dado el CELA.

A mi tío Samuel Nieto Castillo, por motivarme siempre a leer y a escribir. A mi tía Cointa Nieto Castillo y a mi tío Jaime Martí Libonati, por la luz y la oración. A mi tía María del Carmen Barrientos Contreras, por estar pendiente y porque siempre he sentido su cariño y su apoyo a mi familia, incluso en la distancia.

A Jorge Peimbert González: gracias por comprender, acompañar y ayudar en los momentos más complicados de este proceso. Gracias por comprometerte conmigo en tantas dimensiones. Gracias por el cariño incesante, el amor en forma de comida y la motivación constante. Somos afortunados.

A la UNAM, por ser pública, por ser gratuita, por ser vehículo de movilidad social.

*Brasil vive, simultáneamente, en varias “edades histórico-sociales”.
Presente, pasado y futuro se entrecruzan y confunden de tal manera,
que puede pasarse de un estudio histórico a otro por el medio más simple:
el desplazamiento en el espacio*
Florestan Fernandes

*¿De dónde venían y adónde iban esas gentes,
arrastrando a través de los siglos el pesado fardo de su piel quemada?
¿Adónde encontrarían su tierra de promisión?*
Carlos Luis Fallas, Mamita Yunai

*Las raíces de la degradación urbana no parecen estar
en la pobreza urbana, sino en la riqueza urbana*
Gita Verma

ÍNDICE:

Introducción.....	5
1. Segregación socioespacial: definición, dimensión étnica y patrón latinoamericano.....	13
1.1. Definición	
1.1.1. Causas	
1.1.2. Efectos	
1.2. Dimensión étnica: la relación entre espacio y «raza»	
1.3. El patrón de segregación en la ciudad latinoamericana	
2. Conformación histórica y espacial de la segregación étnica en Brasil.....	39
2.1. De la agroexportación con mano de obra esclavizada a la abolición e introducción del trabajo asalariado	
2.1.1. El quilombo: resistir a la esclavitud	
2.2.2. Construcción de la nación y debate sobre la blanquitud	
2.2. Marginalización: desarrollo urbano e industrial	
2.2.1. 1930-1980: formación del modelo de segregación centro-periferia	
2.2.2. 1980: desmantelamiento industrial y terciarización, patrón de segregación contemporáneo	
2.3. Debates sobre la dimensión étnica de la segregación socioespacial en Brasil	
3. São Paulo: continuidades y nuevas experiencias espaciales en torno a la segregación Étnica.....	95
3.1. Devenir urbano y pautas de segregación étnica y socioespacial	
3.1.1. Del origen de São Paulo a la agroexportación del café	
3.1.2. Finales del siglo XIX y primera mitad del XX: auge y declive del café	
3.1.3. 1940-1980: desarrollo industrial	
3.1.4. 1980 a la actualidad: economía neoliberal y enclaves fortificados	
3.2. Ejemplos de experiencias contemporáneas sobre espacios racializados	
3.2.1. Morumbi: la elitización del espacio	
3.2.2. <i>Rolezinhos</i> : racismo y espacios en disputa	
Conclusiones.....	146
Bibliografía.....	154

INTRODUCCIÓN

La dimensión étnica de la segregación socioespacial concebida como el distanciamiento espacial entre poblaciones con rasgos somáticos distintos, implicando esta distancia condiciones de profunda desigualdad, no es una explicación que, en el marco de los estudios sobre segregación urbana en los países latinoamericanos, sea de suficiente relevancia para explicar el fenómeno.¹ En general, el estudio de la segregación socioespacial para la región suele atribuirse a la estratificación socioeconómica resultado del modelo de desarrollo económico, la evolución urbana, entre otros factores.

A diferencia de países como Estados Unidos y Sudáfrica —ejemplos contundentes de aplicación de medidas coercitivas de separación espacial a partir de un proceso de racialización de la población²—, Brasil —poseedor de un 50% de población afrodescendiente³—, debido a circunstancias históricas concretas que corresponden a Latinoamérica, no aplicó medidas de separación espacial bajo premisas raciales. Sin embargo, es posible identificar dentro de las pautas de segregación socioeconómica en sus ciudades, cómo operan dichas premisas y cómo han interferido en el espacio social y urbano de la población, donde aquella definida como negra y mulata se ubica en situaciones de desventaja frente a la población definida como blanca.

¹ Se habla de distinciones somáticas haciendo referencia a los rasgos corpóreos o de apariencia física, mismos que suelen interpretarse como «[...] evidencia de la existencia de diferentes “razas humanas” [...]» (Velázquez e Iturralde, 2016:102). La «raza» en esta investigación será utilizada como categoría de clasificación social construida históricamente, no como categoría que pretenda legitimar una explicación biológica ampliamente refutada. En cambio, la dimensión étnica pretenderá abarcar otros aspectos culturales que atañen a la población, como podrían ser la religión, las tradiciones, el idioma, una historia compartida, entre otros elementos de identidad colectiva.

² Por racialización se entiende aquel proceso de definición —individual o colectiva— de personas a partir de su asignación «[...] a una “raza” o a un grupo humano fenotípicamente homogéneo cuyas características comunes, de naturaleza hereditaria, determinan sus capacidades y comportamiento» (Velázquez e Iturralde, 2016:130). En ese sentido, por fenotipo se hace referencia a los rasgos observables de un organismo resultado de la expresión de los genes —genotipo— y la influencia de los factores ambientales, o la confluencia de ambas. (Cfr. Velázquez e Iturralde, 2016:127 y 128). Empero, «También se utiliza para referirse a los rasgos faciales y corporales, color de piel y tipo de pelo de los seres humanos» (Velázquez e Iturralde, 2016:128).

³ Según el censo 2010, la población residente en Brasil se clasificó de la siguiente manera a partir de su adhesión étnica: negros y mulatos 50.74%, blancos 47.73%, amarillos 1.09%, indígenas .42% y .03% sin declarar. Los porcentajes se realizaron con base en los datos mostrados en la gráfica del siguiente link:

<https://www.ibge.gov.br/estatisticas/sociais/populacao/9662-censo-demografico-2010.html?edicao=10503&t=destaques>

Por otro lado, estimaciones recientes (2019) contemplan un incremento de negros y mulatos de un 53% a 54%.

Como ejemplo de ciudad latinoamericana, São Paulo llama la atención por su papel en el escenario regional y global debido al hiper desarrollo urbano y poblacional vivido en las diferentes etapas económicas que configuraron su estructura metropolitana: la agroexportación del café, la industrialización y la terciarización. Mismas donde el patrón de segregación socioespacial se ha ido transfigurando: de un centro socialmente heterogéneo al modelo centro-periferia, y de éste a los nuevos complejos urbanos en el contexto neoliberal. En todos es posible evidenciar mediaciones de carácter «racial», aunque subordinadas por el sentido de clase. Esto se explica bajo la premisa de una ideología estructural que niega las diferencias y desigualdades generadas a partir de un proceso de racialización: la democracia racial.

En ese sentido, el espacio, entendido como estructura física donde se producen y reproducen las relaciones sociales, se convierte en el registro histórico para ubicar y visibilizar la trayectoria de una población que ha sido posicionada a partir de las dos dimensiones que para Pierre Bourdieu determinan la posición de los agentes en el espacio social: el capital económico y el capital cultural (2003), según sus antecedentes de esclavitud y orígenes africanos.

La presencia de esta población en el continente americano se entiende como parte de la diáspora africana.⁴ Aquella que desplazó a africanos, por la fuerza, para ser explotados como mano de obra esclava en la labranza. A lo largo del siglo XIX —ya abolida la esclavitud— la mayoría de los proyectos nacionales latinoamericanos optaron por omitir su presencia —como México, por ejemplo—, otros como Brasil, influenciados por las teorías del racismo científico, se inclinaron por asimilarlos con el propósito de blanquearlos de manera paulatina. Cual fuere el caso, la existencia de esta población ha estado circunscrita a situaciones de poder que, con base en prejuicios y jerarquizaciones, reproducen de manera sistemática relaciones de desigualdad.

De tal manera, se considera que la configuración de relaciones de igualdad se va construyendo a partir de la visibilización de los actores, momentos, espacios, etcétera, desde donde se generan las relaciones de desigualdad. En ese sentido, se tratará de visibilizar la presencia de la población de origen africano no solo en la historia, sino también en la

⁴ La diáspora africana se entiende como una herramienta teórica que ayuda a «[...] entender la realidad de las familias negras [...]» (Britto, 2006:238-239) en la larga duración; en ese sentido ayuda a evidenciar su posición desigual en relación con la población no negra. Se trata de una categoría política.

geografía; es decir, visibilizar su trayectoria espacial. En esta investigación el ejercicio se enfocará en Brasil con énfasis en la ciudad de São Paulo, aunque no se descarta que dicho trazo se pudiese aplicar a cualquier otro país de la región, con una especificidad histórica similar.

He aquí la importancia de este trabajo para los Estudios Latinoamericanos, pues no sólo se parte de una experiencia compartida —la economía de agroexportación—, sino que también existe la constante histórica de desigualdad materializada, incluso hasta nuestros días, en los pensamientos más racistas que se producen y reproducen cotidianamente en nuestras sociedades —ya sea de manera explícita o naturalizada— y que interfieren, en distintos niveles, en el pleno desarrollo de la población en cuestión. Asimismo, a partir de una revisión bibliográfica se ha corroborado que las investigaciones sobre segregación étnica en América Latina no han sido abordadas de manera conjunta. Es decir, la exclusión espacial no suele estudiarse a partir de la disparidad étnica. Esto, se cree, es producto de la ausencia legal coercitiva que acompaña una situación de segregación étnica aguda. Sin embargo, dicha ausencia no implica que el fenómeno no esté presente en nuestras ciudades.

Por consiguiente, se señalan dos ejes que emanan de esta tesis en función de dichos estudios: en primer lugar, a la luz de las investigaciones sobre la tercera raíz y ante las evidencias de rezago de la población afrodescendiente en la región, se sostiene que el ejercicio empieza siempre por la visibilización y continúa por el reconocimiento e importancia de su trayectoria histórica en cada uno de nuestros países. En ese sentido, como anécdota personal que atañe al tema, en diciembre del 2016 presenté una ponencia en el marco del Coloquio Internacional Afroamérica en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) donde compartí los primeros esbozos de esta investigación. Al final de mi presentación un participante me señaló la inviabilidad del proyecto, porque «en São Paulo no hay negros». Lo interesante del comentario, aparte del escenario —un coloquio sobre afrodescendencia—, fue que vino de un ponente paulista. Esta situación es sintomática de un proceso de invisibilización y racismo hacia la población afrodescendiente de São Paulo.

En segundo lugar, los estudios sobre las ciudades en países en vías de desarrollo, y particularmente las latinoamericanas, contemplan en sus investigaciones de mayor relevancia la agudización de la segregación socioespacial en la estructura urbana. Empero, son pocas las propuestas que plantean un análisis sobre cómo opera el signo racial ante estos contextos de exclusión. Por ejemplo, estudiosos de la segregación urbana en las ciudades

latinoamericanas como Francisco Sabatini, Martha Scheteingart, Jorge Rodríguez y Emilio Duhau, consideran que el fenómeno de la segregación socioespacial en la región se explica a partir de la estratificación socioeconómica. Sin embargo, para el caso de las ciudades brasileñas, autores como Raquel Rolnik, Edward Telles y Jacqueline Britto, consideran que la «raza» es una categoría fundamental para el análisis de la segregación urbana en Brasil. En ese sentido, si bien no sería pertinente considerar esta propuesta unívocamente, se considera que hay ciudades donde el análisis puede sostenerse, como el caso que se expondrá.

De esta manera, se tendrá el objetivo general de demostrar hasta qué punto el fenómeno urbano de la segregación socioespacial está mediado por la categoría «raza», particularmente en São Paulo. Y, como objetivos particulares: 1) se definirá el concepto de segregación socioespacial y se señalará el patrón que corresponde a la ciudad latinoamericana; 2) se trazará la construcción de la categoría «raza» y se apuntará la relación de ésta en el relato espacial; 3) se plasmará la conformación espacial de la segregación étnica en Brasil, históricamente, para abrir el debate sobre los estudios que contemplan distinciones en el espacio urbano con base en un proceso de racialización; 4) se detectará la trayectoria de la población afrodescendiente en las pautas de segregación socioespacial de la ciudad de São Paulo; y 5) se expondrá, a partir de dos casos contemporáneos, la dimensión étnica de la segregación socioespacial en la ciudad de interés. Con ello, se tratará de plantear un ejercicio pensado en términos relacionales y a largo plazo.

Para lo anterior, la metodología consistirá en la explicación de las dos categorías de análisis de las que partirá la investigación: la segregación socioespacial y la «raza». La primera se entenderá como un fenómeno urbano que separa y genera situaciones de jerarquía social. La segunda como una distinción construida históricamente cuyo fin clasificatorio ha legitimado relaciones de desigualdad entre la población y, como realidad biológica, no existe. Lo que sí existen son una serie de atribuciones que operan en función de la «raza». Ambas categorías serán explicadas en el marco de la ciudad latinoamericana y en Brasil con el ejemplo de São Paulo. De este análisis, se derivará el debate central sobre qué patrón de segregación socioespacial está presente en el modelo de ciudad implantado en América Latina; pensando que la dimensión étnica en función del fenómeno se remonta a las investigaciones sobre las ciudades estadounidenses que configuraron el binomio gueto-suburbio. De esta manera, el modelo explicativo que se desarrolló pensando en una realidad

social y espacial distinta, con una trayectoria histórica distinta también, encontrará limitaciones si se le extrapola a la circunstancia de Latinoamérica.

A su vez, como debates secundarios que servirán para nutrir el debate central, se plantearán una serie de argumentos que abonarán a la reconstrucción de la configuración histórica de la segregación étnica en Brasil, y que tejerán las manifestaciones del signo racial en las pautas de segregación socioespacial en la ciudad de São Paulo. Para ello, se valdrá de las siguientes subcategorías de análisis: alteridad, trabajo y división internacional del trabajo, modernidad capitalista, Estado nacional, modelo neoliberal, sumisión, ciudad latinoamericana, industrialización, urbanización, marginalización, periferia, resistencia, terciarización, metropolización, exclusión política-cultural, democracia racial, blanquitud, racismo y habitus racial.

Por último, siguiendo el exhorto que Pierre Bourdieu hace a los científicos sociales de pensar relacionamente (2012), las experiencias contemporáneas de nuestro objeto de estudio —Morumbi y *rolezinhos*— serán catalizadoras de la teoría y la metodología; pues a partir estas dos abstracciones empíricas —observación de hechos— se dará resolución a las hipótesis y presupuestos teóricos de esta investigación. En ese sentido se hace énfasis en aquello que Mario Miranda Pacheco señaló como interdisciplinariedad: «[...] requerimiento innovador, dirigido a superar las limitaciones de un saber fragmentado, parcial y alienante» (2010:51) de carácter positivista y tecnocrático. De tal manera que los Estudios Latinoamericanos son, o deberán ser, sistema, relación y labor; es decir, sistematización de saberes, convergencia disciplinar y práctica creativa de investigación y docencia (Cfr. Miranda, 2010: 50). Esta última se expresará en los ejemplos contemporáneos y, con ellos, se concluirá el ejercicio relacional.

Para tal cometido, en el primer capítulo se definirá el concepto de segregación socioespacial con base en el marco teórico que proporciona la sociología urbana. La conceptualización partirá de la propuesta sintetizada que Manuel Castells realiza en su reconocida obra *La cuestión urbana* (1999), y será examinada a detalle con los planteamientos de estudiosos de la segregación socioespacial en la ciudad latinoamericana: Martha Scheingart y Jorge Rodríguez de México, Francisco Sabatini y Emilio Duhua de Chile y Ermínia Maricato de Brasil. Entender qué es este fenómeno al detectar los principales ejes que intervienen en su análisis, será fundamental para comprender las características de separación que

se configuraron en el modelo de ciudad implantado en América Latina y la evolución del mismo.

En el segundo apartado de ese mismo capítulo se explicará el desarrollo de la categoría «raza» y se hará énfasis en cómo ha sido una categoría reguladora de la vida social. De esta manera, entendiendo que las trayectorias sociales se articulan en el espacio, se establecerá la relación entre espacio y «raza». Con ello, se justificará la pertinencia de considerar la dimensión étnica en el estudio de la segregación socioespacial en las ciudades latinoamericanas. El planteamiento será formulado a partir de la revisión de los siguientes autores decoloniales: Frantz Fanon, Anibal Quijano, Rita Segato y Renato Dos Santos, principalmente. En ese sentido, se pretenderá articular un argumento que explique la relevancia de dicha categoría en América Latina y a ésta como parte de la emergencia del capitalismo mundial. Por otro lado, se tomará en cuenta la lectura de «[...] *la distinción*» (2003) que el sociólogo Pierre Bourdieu propone para elucidar la ubicación de los agentes en el marco de un espacio social.

Ahora bien, para cerrar ese capítulo, en su último apartado se señalará cuál ha sido el patrón de segregación socioespacial en las ciudades latinoamericanas. Es decir, tomando en cuenta que hay un modelo de ciudad implantado, se detectarán las pautas que en ese modelo —como producto de la evolución de la ciudad— se reproducen como patrones de segregación socioespacial. Esclarecer estas pautas será de utilidad para, en el momento de acercarnos a la ciudad de São Paulo y visibilizar la dimensión étnica, se cuente con las explicaciones teóricas del fenómeno. Así como el primer apartado, este se construirá a partir de la propuesta teórica latinoamericana de la sociología urbana con Martha Schteingart, Francisco Sabatini y Ermínia Maricato, principalmente.

Para el segundo capítulo lo que se propone es un acercamiento al contexto brasileño. La conformación histórica y espacial de la segregación étnica en Brasil consistirá en puntualizar aquellos momentos coyunturales que en la estructura social y urbana del país, dieron pie a la configuración histórica del fenómeno de la segregación socioespacial; más en específico, aquellos momentos donde el proceso de racialización, en el marco de este fenómeno, es determinante. El análisis es necesario porque permitirá delinear circunstancias que ubican a São Paulo en momentos clave de la trayectoria. En el primer apartado: la intemperaneidad del auge cafetalero en el contexto del trabajo con mano de obra esclava; y la inmigración europea de mano de obra asalariada en el marco del debate sobre lo nacional

y lo racial. En el segundo apartado: la marginalización laboral de negros y mulatos en el escenario del crecimiento económico y desarrollo industrial; y la precarización laboral y terciarización que, producto del nuevo modelo neoliberal, excluye sistemáticamente a los más pobres, donde, no casualmente, la mayoría es negra. Para el desarrollo de estos dos apartados se recurrirá a la historiografía clásica brasileña y a estudiosos sobre Brasil, como Darcy Ribeiro, Boris Fausto, Florestan Fernandes, Javier Laviña y Alonso Ruiz-Peinado, Mónica Velasco, Maria Luiza Tucci, Paul Singer, Tania Carranza, Milton Santos, Evelina Dagnino, entre otros. Además de algunos autores complementarios como Herbert S. Klein y Ben Vinson III, Bolívar Echeverría, Ángel Rama, Lisett Márquez, Carlos Marichal, etcétera.

Para el último apartado de ese capítulo se abrirá el debate sobre la dimensión étnica de la segregación socioespacial en las ciudades del país de interés. El ejercicio será plausible pues ya se habrá entendido el concepto de segregación socioespacial, así como la interferencia de la categoría «raza» en las trayectorias sociales —por lo tanto, espaciales. Asimismo, los dos apartados anteriores habrán permitido trazar, en el largo plazo, la conformación histórica y espacial de la segregación étnica en Brasil. De tal manera que, para este apartado, se podrá entender la problemática de forma contemporánea. Para ello se recurrirá a las investigaciones que Edward Telles, Raquel Rolnik y Jacqueline Britto, principalmente, realizan desde la trinchera de la sociología, el urbanismo y la antropología, respectivamente. En ese sentido, vale la pena subrayar que, aunque las aproximaciones sean distintas, éstas dialogarán sólo con el propósito de poner sobre la mesa los debates; es decir, de mostrar las investigaciones que ayudarán a argumentar la hipótesis de este trabajo. Por último, será importante rescatar la formulación del concepto de «habitus racial» que Livio Sansone —leído a partir de Renato Dos Santos (2015)— propone para comprender las relaciones raciales en Brasil.

Para el tercer capítulo, en el primer apartado, se pretenderá identificar las pautas de segregación socioespacial de la ciudad de São Paulo, mismas que fueron marcadas por el devenir de su economía y su correlato urbano. En ellas corresponderá situar cuál fue la participación de la población afrodescendiente. Lo que implicará analizar, en primera instancia, cómo se integran al orden económico y, resultado de esto, cómo se ubican en el espacio ciudadano. Esto con el propósito de comprobar la hipótesis de que las pautas de segregación socioespacial están, hasta cierta medida, mediadas por atribuciones raciales que establece-

rán relaciones de jerarquía. Para el desarrollo de este apartado utilizaremos trabajos históricos de George Reid Andrews y Warren Dean, así como otros multidisciplinarios de Bruno Miguel Pereira y Teresa Pires do Rio. Asimismo, continuaremos utilizando los pertinentes argumentos de Florestan Fernandes, entre otros.

En el último apartado del tercer capítulo comprobaremos qué tan verificable es hablar de la existencia de una dimensión étnica de la segregación socioespacial en el presente paulistano. Por el apartado anterior, sabremos cuál fue la trayectoria histórica y espacial de esta población en la ciudad, y también sabremos las condiciones de igualdad o desigualdad en la que se establecieron las relaciones entre la población. Ahora, a partir de los enfrentamientos generados en torno a un conjunto habitacional en el municipio Morumbi, entre gente negra y gente blanca, así como las manifestaciones en centros comerciales denominadas *rolezinhos* y protagonizadas por jóvenes negros de la periferia, se ejemplificará la importancia del uso de la categoría «raza» para el análisis de la segregación socioespacial contemporánea; donde la confrontación y las tensiones raciales serán evidenciadas. Este apartado será elaborado, principalmente, a partir de fuentes periodísticas y será complementado por trabajos que versan entre la sociología, la antropología e, incluso, la filosofía, de: María da Glória Gohn, Rosana Pinheiro-Machado y Lucia Mury, Fernando Henrique Cardoso, Emir Sader y Gustavo Roberto Cruz, entre otros.

En las conclusiones se hará un breve recuento de las líneas generales de la investigación: el modelo de ciudad latinoamericana, la trayectoria de la segregación étnica en Brasil y las pautas de segregación socioespacial en São Paulo; sus actores y el proceso de exclusión, de los mismos, según su trayectoria histórica y espacial en función de: la ciudad colonial, la ciudad burguesa, la ciudad industrial y la ciudad neoliberal. Se analizará en qué medida la propuesta de la sociología urbana fue funcional para el estudio de la dimensión étnica que contempló esta investigación. Y se señalará cómo el racismo interfiere en el pleno desarrollo de la población afrodescendiente en São Paulo.

SEGREGACIÓN SOCIOESPACIAL: DEFINICIÓN, DIMENSIÓN ÉTNICA Y PATRÓN LATINOAMERICANO

La definición sencilla de segregación entendida, según la RAE, como la acción de «separar o apartar algo de otra u otras cosas» pareciera referirse a una situación más de clasificación, incluso práctica y cotidiana, que no apela necesariamente a situaciones de exclusión. Lo mismo sucede con la siguiente definición: «establecer una distancia espacial entre una parte y el resto» (Schteingart, s.f.:3). En esta última se incorpora el fenómeno espacial pero tampoco de manera negativa. Establecer distancias espaciales ya sea entre grupos de personas o sociedades distintas se entiende como un fenómeno natural; no todas las personas tienen que circunscribirse a un determinado espacio.⁵

En términos urbanos, la segregación ha sido una constante histórica ligada a la aparición de las grandes ciudades en el contexto de la Revolución Industrial, fenómeno que conllevó la transición hacia la modernidad y la consolidación del capitalismo. Así lo podemos observar en la obra *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Friedrich Engels (1984), donde el autor retrata meticulosamente las condiciones en las que vivía la clase trabajadora en el marco de la emergencia de Londres como capital comercial global.

A partir de la lectura de Engels, es posible observar que aquella segregación, nacida en el seno de esta Revolución, muestra una perspectiva de separar ligada a razones en específico, en ese caso a la pertenencia a una u otra clase social: burguesía —opulenta, media y pequeña— o clase trabajadora; entre quienes detentan los medios de producción y aquellos que venden su fuerza de trabajo. En ese sentido, lo que esta investigación considera clave es lo que el autor reconoce como la desigualdad estructural con la que surgen las ciudades, pues «[...] para alcanzar todas las maravillas de la civilización en las que abunda la ciudad; [...] mil fuerzas latentes han debido quedar irrealizadas y oprimidas, a fin de que algunas pocas se desarrollaran plenamente» (1984:55).

Haciendo énfasis en desigualdad estructural, se considera que no solamente se trata de separar, sino que esta separación tiene la función de marginalizar, de excluir a un grupo de personas por motivos en específico. Esta desigualdad se manifiesta en varias dimensiones:

⁵ «La segregación [...] es parte constitutiva de la realidad social. La sociedad no existe fuera del espacio» (Sabatini, 2003:9).

Toda gran ciudad tiene uno o más “barrios feos” en los cuales se amontona la clase trabajadora. [...] la miseria habita en callejuelas escondidas, junto a los palacios de los ricos; pero, en general, tiene su barrio aparte, [...] las calles están sin empedrar, son desiguales, sucias, llenas de restos de animales y vegetales sin canales de desagüe y, por eso, siempre llenos de fétidos cenegales. Además, la ventilación se hace difícil por el defectuoso y embrollado plan de construcción (Engels, 1984:57).

Desde la infraestructura urbana hasta el paisaje, la distancia espacial generada en este contexto atraviesa toda una forma de vida en la que se atenta contra diferentes niveles de la corporalidad humana: el hacinamiento, las condiciones de insalubridad, los olores, etc. La calidad de alimentación es otra dimensión en la que esta desigualdad se expresa: «las papas compradas por los obreros son, en su mayor parte, malas; legumbres pasadas, el queso viejo y de mala calidad, el tocino rancio, la carne flaca, vieja, dura, de animales viejos o enfermos, a menudo ya medio podrida» (Engels, 1984:101). Lo que nos habla de posibilidades de acceso a una buena calidad de vida restringida para la mayoría de la población.

Se entiende que el motivo de esta desigualdad no se deriva del ámbito espacial, es decir, no se intenta decir que primero se segrega espacialmente y a partir de esta configuración la desigualdad se amplía a otros ámbitos. Se trata más bien de comprender cómo la segregación —hasta ahora entendida como la distancia espacial motivada por cuestiones de clase, siendo este motivo el destino que implica condiciones de vida desiguales— se adscribe al nacimiento y desarrollo de una estructura que es en sí misma desigual; siendo la segregación espacial uno de los tantos síntomas de esta cuestión sistémica.

Posterior al surgimiento y desarrollo del capitalismo, la expansión urbana siguió alentando una configuración espacial que se distingue por su concepción irregular. Los patrones de asentamientos que se desarrollaron de forma acelerada y a ritmos de crecimiento económico desigual, se corresponden con las particularidades del paisaje y la estructura social que alberga. La precariedad en vivienda y equipamiento urbano se materializa en aquellas áreas del espectro metropolitano habitado en su mayoría por sectores sociales cuyos ingresos son bajos; mientras las áreas mejores condicionadas suelen encontrarse habitadas por sectores de ingresos altos.

Sin embargo, la acción de segregar no se reduce a una cuestión de separar o clasificar a poblaciones con peculiaridades que las hagan distintas entre ellas, en el marco de un espacio que pudiese pensarse *ad hoc* con esas singularidades. Esta acción no es *per se* nociva. Por otro lado, los efectos de la segregación pueden llegar a ser violentos y lacerar el

tejido de la sociedad en contextos de profunda desigualdad socioeconómica, reproduciendo lógicas de miseria dentro de un mismo espacio.

2.1. Definición

En esta investigación el primer acercamiento al análisis sobre segregación socioespacial contempló al sociólogo urbano Manuel Castells, quien en su obra *La cuestión urbana* la define como la «[...] tendencia a la organización del espacio en zonas de fuerte homogeneidad social interna y de fuerte disparidad social entre ellas, entendiéndose esta disparidad no sólo en términos de diferencia, sino de jerarquía» (1999:204). Es decir, la segregación se manifiesta en la agrupación de poblaciones con características similares en su interior y disimilares hacia su exterior —entre ellas— en el marco de un determinado espacio. Hasta aquí la definición pareciera benigna. De hecho, la disparidad no es otra cosa sino «distinción», y en términos de Pierre Bourdieu:

esta idea de diferencia, de separación, está en la base de la noción misma del *espacio*, conjunto de posiciones distintas y coexistentes, exteriores las unas de las otras, definidas las unas en relación con las otras, por relaciones de proximidad, de vecindad, o de alejamiento y también por relaciones de orden como debajo, encima y entre (2003:30).

En ese último sentido, lo problemático de la segregación viene cuando estas disparidades sociales entre las diferentes poblaciones implican una jerarquía; relaciones de poder que subordinan a determinadas agrupaciones frente a las otras.

De esta manera, la «tendencia» en la organización contempla, en un primer momento, el nivel de la distancia. Según Francisco Sabatini, Gonzalo Cáceres y Jorge Cerda, la segregación residencial se define a partir del «grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social» (en Dahau, 2013:81).⁶ Donde los grupos sociales se especifican a partir de sus rasgos: étnicos, socio-

⁶ En el proceso de investigación de este trabajo se encontraron diferentes nombres para referirse al fenómeno de la segregación referente al espacio: segregación socio-espacial (Castells, 1999); división social del espacio, segregación urbana y división social del espacio residencial (DSER) (Dahau, 2013); segregación residencial (Dahau, 2013; Sabatini, 2003); segregación social del espacio urbano (Sabatini, 2003) y segregación residencial socioeconómica (SRS) (Rodríguez, 2008). En cuanto a la DSER y la SRS de Emilio Dahau y Jorge Rodríguez, respectivamente, se refieren específicamente a un tipo de segregación de carácter socioeconómico —

económicos, de adhesión religiosa, de origen migratorio, etcétera, que los definen (Cfr. Schteingart, 2012:18; Dahau, 2013:80; Sabatini, 2003:7). Cabe resaltar que «[...] las poblaciones de las ciudades también tienden a distribuirse de modo desigual en el espacio urbano de acuerdo con otros rasgos de carácter sociodemográfico: tipos de hogar, distribución por género y por edades, etapas del ciclo vital familiar, entre otras» (Dahau, 2013:80). Esas propiedades, cualidades o rasgos propios de un grupo cualquiera, se vuelcan como disparidad/distinción sólo al ser en relación con otras propiedades.

En resumen, se trata de la correspondencia entre composición social y la manifestación de ésta en la estructura del espacio metropolitano; de aquí que «[...] los espacios metropolitanos no sean iguales en términos de su connotación social» (Dahau, 2013:79). Para Jorge Rodríguez, la distribución desigual —de acuerdo con el patrón de segregación residencial de carácter socioeconómico— aumenta en la medida en la que exista un mayor distanciamiento espacial. Esta distancia geográfica se puede ver reflejada en diversos aspectos de la vida cotidiana, dado que «[...] las personas no solo residen en las ciudades, sino que también trabajan, se desplazan y usan el espacio público diariamente» (2008:50).⁷

De lo anterior, es preciso señalar que la segregación socioespacial —como se llamará de ahora en adelante— se trata de un fenómeno que no sólo se limita al aspecto de lo geográfico; «en términos sociológicos, segregación significa la ausencia de interacción entre grupos sociales» (Rodríguez, 2001:11). Es decir que, aunado al distanciamiento espacial alentado por cualquiera de los motivos ya expresados, se suma el de mezcla y convivencia. En ese sentido se habla en términos de homogeneidad y heterogeneidad; donde la «fuerte homogeneidad social interna» —retomando la primera definición de Castells— puede admitir «grados variables de heterogeneidad social y habitacional en su interior» (Dahau, 2013:87). Este componente es de gran relevancia, ya que

mismo que se explicará más adelante. Por otro lado, Martha Schteingart es la única que hace una diferencia entre segregación y división social del espacio; definiendo la primera como «[...] el grado de proximidad espacial de las familias que pertenecen a un mismo grupo social y su distancia con otros grupos (étnicos, raciales y socioeconómicos)» (Schteingart, 2012:18-19), y la segunda como los «grandes lineamientos de la organización del espacio urbano» (Schteingart, 2012:18-19).

⁷ La SRS también se puede reflejar en costos y tiempo elevado de desplazamiento laboral. A este fenómeno — el de trabajar en un lugar del área metropolitana alejado del lugar de residencia— se le conoce como «segmentación socioeconómica de la movilidad intrametropolitana» (Rodríguez, 2008:51) y es con base en los índices de movilidad que se pueden analizar otros impactos de la segregación residencial socioeconómica. Según estudios expuestos en el artículo que se cita de Ermínia Maricato hay, de hecho, una correlación directa entre mayor número de viajes a pie y habitantes de renta baja (2000:29). Para este análisis también se puede leer sobre el concepto de «movilidad residencial» de Castells (1999:214).

[...] una mayor heterogeneidad de los barrios o de otro tipo de localidades intraurbanas que conforman una ciudad o aglomeración metropolitana, como quiera que hayan sido definidas históricamente, supone —aunque no siempre es así— mayores posibilidades de interacción y convivencia, en el espacio de proximidad, entre distintos grupos sociales y, por lo tanto, una menor segregación urbana. Empero, la presencia de cierto grado de heterogeneidad interna de barrios u otras subdivisiones intraurbanas no implica que no exista una jerarquía socioespacial entre ellos (Dahau, 2013:87).

Una definición más compuesta del término implicaría tomar en cuenta las siguientes tres dimensiones propuestas por Francisco Sabatini; dos de ellas de carácter objetivo: «el grado de concentración espacial de los grupos sociales» (2003:7) y la «homogeneidad social que presentan las distintas áreas internas de las ciudades» (2003:7); y una de ellas de carácter subjetivo: la que concierne al grado de prestigio de los barrios, ésta «se refiere a las imágenes, percepciones, reputación y estigmas territoriales asignadas por la población de la ciudad a algunos de sus vecindarios» (2003:7).

Es decir, la primera dimensión contempla la tendencia a la concentración de grupos sociales en zonas específicas. La segunda se refiere a la ausencia de mezcla e interacción y la tercera y última, a la «[...] percepción subjetiva que tiene la gente de las dimensiones objetivas (las dos anteriores) de la segregación» (Rodríguez, 2001:12).

En cuanto a la primera dimensión, se considera que puede tener aspectos positivos, sobre todo si se tratan de minorías en la búsqueda de salvaguardar sus identidades culturales. Al respecto, Martha Schteingart identifica dos tipos de segregación: la pasiva y la activa. La primera se refiere a aquella que se aplica a los grupos más vulnerables de determinada población, ya sea por su pertenencia étnica o su nivel socioeconómico, y es consecuencia de la estigmatización y el «[...] rechazo de los sectores dominantes hacia esos grupos y del funcionamiento del mercado de suelo» (2012:19). A su vez, la activa es la que hace referencia a la autosegregación de los grupos socioeconómicamente más altos que buscan resguardarse en contextos de violencia urbana. Respecto a esto cabe señalar que la autosegregación implementada por parte de los sectores afluentes de la sociedad, consecuencia de contextos de violencia urbana, no puede compararse con la segregación vivida por los grupos vulnerables donde, por el contrario, permea la falta de servicios e infraestructura adecuada.

Sobre la segunda dimensión, como ya se mencionó, tiende a tener efectos negativos; sobre todo si se trata de una fuerte homogeneidad social del espacio (Cfr. Sabatini,

2003:18). En lo que conciernen a la tercera dimensión, los estigmas territoriales se encuentran asociados a cuestiones de carácter objetivo —como aquel que invoca a la segregación pasiva—, ya que el aumento de la homogeneidad social en áreas empobrecidas conlleva a una mayor precarización de dichas aglomeraciones, reflejada, por ejemplo, en las tasas de desempleo. Se tratan de «barrios donde campea el negocio de la droga, la delincuencia, la deserción escolar y el embarazo de adolescentes, entre otras formas de desintegración social» (Sabatini, 2003:7 y 8).

Para Jorge Rodríguez, la combinación de las dos primeras dimensiones refuerzan los niveles de segregación, sin embargo, el papel de la escala de análisis es fundamental para evaluar los mismos; En este sentido, la delimitación de la unidad de referencia territorial que se pretende valorar; la reducción o la ampliación de la misma, hará el contraste (Cfr. 2001). De aquí que Sabatini, Cáceres y Cerda apunten que, «en realidad, no existe una única escala espacial adecuada, sino que *al aplicar distintas escalas observamos fenómenos diferentes*» (en Duhau, 2013:86). Es así que, la pequeña escala se encarga de evaluar la homogeneidad/heterogeneidad social de barrios y localidades intraurbanos o intrametropolitanos. Por su parte, la gran escala evalúa «[...] la mayor o menor concentración de barrios y localidades con perfiles sociales semejantes a nivel de distritos o municipalidades u otro tipo de unidades territoriales» (Duhau, 2013:88).⁸ A su vez, el devenir de las transformaciones espaciales no siempre será simétrico a nivel de las escalas, es decir, «[...] la segregación puede estar aumentando en gran escala y disminuyendo en pequeña, o viceversa» (Duhau, 2013:88). Aunado a esto, Emilio Duhau indica que se debe tener precaución debido a las complejidades que conllevan las estructuras urbanas: las subdivisiones político-administrativas —impuestas, muchas veces, de forma arbitraria—, el fenómeno de conurbación, los usos comerciales y los usos habitacionales (Cfr. 2013:86), así como el mismo levantamiento de la información que puede tener un margen de error.

De esta manera, la identificación del atributo de diferenciación —la disparidad/distinción— ya sea por distribución socioeconómica o por segmentación biosociocultural (color de piel, idioma, nacionalidad, etnia, religión, etc.) —sin descartar que ambas se

⁸ Emilio Duhau señala que la definición de pequeña y gran escala no es estática: «[...] a un mayor nivel de desagregación que el de los barrios, la pequeña escala podría consistir en las manzanas o en diferentes “secciones” de un gran conjunto habitacional; y los distritos urbanos y municipios pueden significar, en términos demográficos, agregados de tamaño muy variable» (2013:88).

puedan presentar simultáneamente— es, junto con el elemento de la escala, los dos componentes principales para el análisis de la segregación socioespacial.

A su vez, también es importante considerar la relación de un segmento con los otros. Es decir, valorar las situaciones relacionales de las diferentes dimensiones espaciales —las de «jerarquía», retomando nuestra primera definición—; pues la disparidad/distinción, no es sino diferencia en la medida en que es relacional (Cfr. Bourdieu, 2003:30). Este es un elemento de gran relevancia en la estimación de los niveles de segregación que va más allá de las «condiciones de homogeneidad-heterogeneidad de los territorios» (Rodríguez, 2001:17) en comparación; pues, en última instancia, la distancia física no es el único elemento relevante de la segregación socioespacial, ya que «otras formas de distancia (sociocultural, vial, temporal) pueden ser tanto o más relevantes» (Rodríguez, 2001:12). En ese sentido, es imprescindible pensar más allá de la distancia física para evaluar la distancia en términos de jerarquía entre grupos, tomando en cuenta la premisa de las condiciones relacionales pues, a decir de Bourdieu y Wacquant, «[...] la sustancia de la realidad social [...] yace en las relaciones» (2012:40).

Así mismo, la segregación socioespacial adquiere una carga más fuerte cuando es el resultado de medidas coercitivas o de «[...] la aplicación de políticas o prácticas de exclusión de ciertos grupos respecto de espacios específicos [...]» (Duhau, 2013:81); tal es el caso de los guetos estadounidenses o lo que fue el apartheid en Sudáfrica, donde el atributo «raza» implicó en términos sociológicos la ausencia de interacción entre dos grupos sociales; y en términos geográficos la «[...] desigualdad en la distribución de los grupos sociales en el espacio físico» (Rodríguez, 2001:11).⁹

Se tratan, pues, de atributos diferenciadores y su expresión territorial que devienen en distinciones jerárquicas —dado que su dinámica es relacional— y que, a su vez, se manifiestan en las diversas «[...] limitaciones para acceder a redes y contactos, carencias de socialización, estigmatización y una oferta insuficiente de servicios entregados descentralizadamente» (Rodríguez, 2001:8). Al respecto, Erminia Maricato advierte que aquellas concentraciones homogéneamente pobres —como define la segregación socioespacial (2000:29)— son, en realidad, parte de la fórmula para crear «bombas socioecológicas» como resultado de la suma de aquellas características que se han enunciado hasta aquí: ausen-

⁹ «La presencia de un tipo de segregación no asegura la existencia del otro» (Rodríguez, 2001:11), aunque ambos tipos de segregación —geográfica y social— suelen estar asociados.

cia de actividades que faciliten la interacción social —como culturales y deportivas—, precariedad en los servicios y en la infraestructura, dificultades de movilidad, desempleo, entre otras (Cfr. Maricato, 2000:29 y 28).

Ahora bien, a pesar de la definición y de los componentes de la segregación socioespacial que están por exponerse, se debe tener presente la propia historicidad de los espacios; de las interacciones cotidianas que se construyen de manera cultural y colectiva, y que generarán especificidades espaciales. En ese sentido, como se verá, el patrón de segregación socioespacial en las ciudades latinoamericanas evolucionó de forma distinta al de la ciudad europea, pese a compartir el mismo modelo de implantación.

2.1.1. Causas

La segregación socioespacial se trata de un fenómeno potenciado por una serie de multicausalidades y confluencias que toman forma a razón del espacio físico y social en el que se manifiestan. Estas se deben a las determinaciones de estructuras económicas y sociales, político institucionales, o por decisiones personales y, a decir de Castells, no haya reglas generales, si no tendenciales (Cfr. 1999:204).

Ordenando las causas de general a particular, habrá primero que referirse a la estructura económica vigente. De esta manera, la disparidad social y espacial se contextualiza, en parte, en el escenario de la globalización que a partir de los años ochenta comenzó a impactar de manera negativa en los niveles de desigualdad social (Cfr. Rodríguez, 2001). Esto recientemente, sin embargo, es importante tener presente —como se señaló en el apartado de los antecedentes— el contenido de las ciudades contemporáneas como producto de un sistema de orden capitalista que se remite a inicios del siglo XIX.

Sin embargo, quizá se trate de un argumento sencillo señalar que la distribución de las viviendas —en el marco del sistema señalado— se especifica en función de las rentas —nivel socioeconómico—, el grado profesional, la pertenencia étnica, entre otras, alentando así, cualquiera que sea la diferenciación social, el nivel de equipamiento y como consecuencia la especificidad del paisaje urbano. Es decir, las desigualdades espaciales como reflejo de las desigualdades sociales: la «jerarquización urbana que refleja la división en clases o grupos de la sociedad» (Schteingart, s.f.:3). Al respecto, para Sabatini, el carácter unidimensional de la idea resulta insuficiente para explicar la totalidad del concepto en

cuestión (Cfr. 2003), pues la segregación también debe pensarse como un fenómeno que va más allá de la lucha de clases sociales; no necesariamente como producto directo de ésta o de la pugna entre los grupos étnicos. Se trata, según Duhau, de considerar el «vehículo urbano».¹⁰ Ya que la segregación no es

[...] la proyección directa en el espacio del sistema de estratificación social, sino un efecto de la distribución del producto entre los sujetos y del producto-vivienda en el espacio. Semejante perspectiva exige, pues, deducir la composición del espacio residencial a partir del estudio de su *proceso de producción* [...] (Castells, 1999:207).

Un factor causante de la segregación socioespacial es el de la liberalización de los mercados de suelos (Cfr. Rodríguez, 2001:9). Este motivo afecta directamente aquellas «formas espaciales que adopta la distribución residencial intraurbana o intrametropolitana de los distintos estratos socioeconómicos que conforman la población de una aglomeración urbana» (Duhau, 2013:81), es decir, el tipo de segregación socioespacial alentada por nivel socioeconómico, pues fortalece la correspondencia entre éste y el valor del suelo; y es resultado no de prácticas coercitivas ni de políticas de exclusión, sino de «formas pasadas o actuales de *producción del espacio residencial*» (Duhau, 2013:82).¹¹

Dicha segregación, se explica en el contexto de la ciudad contemporánea — neoliberal—, dónde el espacio es intervenido tanto por agentes públicos como por agentes privados. En ese sentido está determinada por el funcionamiento del mercado inmobiliario, así como por los organismos de vivienda públicos que operan bajo la lógica de los costos del suelo.

A este escenario se suma la existencia de mercados formales e informales tanto de vivienda como de suelo, otro elemento de injerencia marcado por la pauta de diferenciación de precios: «[...] cuando las diferencias de precios entre ambos mercados son más significativas, la porosidad [vasos comunicantes] es menor y, por consiguiente, la segregación tenderá a ser más marcada» (Duhau, 2013:91). Esto se explica tomando en cuenta que la demanda del mercado informal tiende a estar constituida, principalmente, por las clases populares.

¹⁰ Por «vehículo urbano» se entiende la zonificación, planes de uso de suelo y promoción del mercado inmobiliario que «[...] lee las diferencias de clase y la capacidad de pago [...]» (Duhau, 2013:91).

¹¹ Tal es el caso de la DSER de Emilio Duhau y la SRS de Jorge Rodríguez.

Por otro lado, para Sabatini, la injerencia de los agentes inmobiliarios como promotores de la segregación es contradictoria, dado el reciente levantamiento de proyectos inmobiliarios para sectores de media y alta renta en zonas de bajos ingresos y

la densificación de barrios de élite [...] a través de la construcción de vivienda en altura orientada a familias de ingresos menores [...] Esta dispersión de condominios equivale al mismo tiempo, a una intensificación de la segregación residencial y a una reducción de su escala geográfica. Los guardias y las rejas aparecen al mismo tiempo que disminuye la distancia física entre ricos y pobres» (2003:13).

Con esto se entiende que pese a la reducción de una escala geográfica determinada —y aquí se retoma la importancia de las escalas— debido a la aproximación de los sectores —ya sea en cualquiera de los dos casos que menciona Sabatini— el grado de desigualdad residencial no necesariamente se reduce también. Es decir, la cercanía no necesariamente minimiza la desigualdad. De esta manera, para el autor los agentes inmobiliarios «[...] mantienen una relación pragmática con la segregación; pueden acumular ganancias aumentándola o reduciéndola» (2003:14).

Es, sin embargo, de igual importancia la relación que la segregación pueda tener con los mercados de suelo debido a las «[...] conductas de localización de los principales constructores de la ciudad latinoamericana a la estructura de precios de suelo» (Sabatini, 2003:15). Esta última anotación resulta clave para la consolidación, en el siglo XX, del patrón tradicional de segregación latinoamericano, donde los invasores ilegales de tierras, los programas de vivienda del Estado y las empresas inmobiliarias privadas, en torno al precio barato del suelo, asentaron «pobres donde ya hay pobres» (Sabatini, 2003:15).¹²

Otras causas de la segregación están relacionadas con aquella población que tiene la posibilidad de elegir su zona de residencia —autosegregación activa. Se trata de una explicación de carácter individual que expresa «[...] las preferencias de los individuos o familias y su libertad de elección del mercado» (Schteingart, s.f.:3). A esta última explicación podríamos agregar que, en la mayoría de los casos, no todas las familias poseen esa «libertad de elección» —principalmente aquellas de bajos ingresos—, ya que la compra de una vi-

¹² En el caso de México, los programas estatales de vivienda INFONAVIT (Fondo nacional de vivienda de los trabajadores) y FONHAPO (Fondo nacional de habitaciones populares) ejecutan proyectos habitacionales localizados en zonas cada vez más periféricas, sobre todo en el Estado de México —a diferencia de países de otra naturaleza, como París, en donde los programas de vivienda para los sectores obreros, ubicaron a algunos de estos en el centro. Este accionar pareciera darle seguimiento a la «[...] lógica del mercado en cuanto a la localización de los grupos sociales en el espacio metropolitano» (Schteingart, s.f.:6).

vienda al estar mediada por el mercado de suelo, establece una serie de precios accesibles o no, para ciertos sectores.¹³

En ese sentido, desde el punto de vista de esta investigación, se deben hacer matices, pues, considerar el vehículo urbano, tanto como tener la posibilidad de elección individual, se inscriben en las dinámicas que conllevan una estructura desigual. La liberalización —desregularización— de los mercados de suelo, el funcionamiento del mercado inmobiliario y la autosegregación activa, son la manifestación sistémica del capitalismo en su fase neoliberal, de carácter global.¹⁴ Es así que una explicación de carácter aislado o individual se subordina a una de carácter macroestructural.

De esta manera, ante los contextos de inseguridad que se viven en la ciudad, los grupos de ingresos altos tienen esa capacidad de movilización para «resguardarse»; esto en el sentido ideológico, pues la desigualdad opera —al mismo tiempo— en el imaginario social, a partir de la configuración de los estigmas territoriales —la dimensión subjetiva de la segregación socioespacial. Es decir, se habla de «resguardarse» desde una posición de privilegio que se fue configurando como parte de una manifestación del poder; hay espacios que se conciben peligrosos por la gente que lo habita y, en ese sentido, los sectores dominantes se «protegen». Empero, la inseguridad no es sino producto de las mismas dinámicas de desigualdad, aunado a una percepción construida de lo moralmente correcto, de la delincuencia, del segregado —del que hay que apartarse.

Así mismo, no todas las autosegregaciones son ejecutadas por los grupos de ingresos altos, con frecuencia los grupos de ingresos bajos también deciden establecerse o per-

¹³ Por ejemplo, en el estudio de la autora para el caso de la zona metropolitana de la ciudad de México, se identificó que existe una correspondencia entre mejor infraestructura, niveles bajos de hacinamiento y mayor escolaridad entre la población, en zonas donde al menos el 28% de sus residentes poseen ingresos mayores a cinco salarios mínimos (Cfr. Schteingart, s.f.:4).

¹⁴ El neoliberalismo se entiende como la nueva fase del capitalismo, mismo que se puso en marcha con el Consenso de Washington durante la década de los ochenta. En resumen, Frei Betto, lo define así: «El capitalismo transforma todo en mercancía, bienes y servicios, incluyendo la fuerza de trabajo. El neoliberalismo lo refuerza, mercantilizando servicios esenciales [...]» (2005). El Estado, que décadas atrás había ejecutado un plan de proteccionismo interno, comienza a desregularse, convirtiéndose en el «[...] instrumento de los intereses de los sectores dominantes» (2005); de aquí la liberalización de los mercados de suelo e inmobiliario y el funcionamiento de los mismos a razón, principalmente, de los agentes privados, quienes hacen del lucro su principal bandera. Respecto a la autosegregación activa, se subraya que la desigualdad se agudiza —y con ello la capacidad de elección exclusiva de quienes poseen los medios— como parte del proceso de flexibilización laboral que implica esta nueva fase; lo que conlleva a la precarización de las relaciones laborales (Cfr. Carranza, 2017:236) y el paulatino incremento de la brecha de la desigualdad. Así mismo, este proceso se globaliza; en ese sentido, se toma la definición de globalización que hace la CEPAL: «la creciente gravitación de los procesos económicos, sociales y culturales de carácter mundial sobre aquellos de carácter nacional o regional» <https://www.cepal.org/es/comunicados/globalizacion-desarrollo>

manecer en territorios de connotaciones periféricas debido al bajo coste de vida o, también, como parte de una resistencia de contenido identitario —autosegregación pasiva. Cuando en el libro *Brasil hoy. Cultura política y mundo del trabajo en Recife y São Paulo 2002-2010*, la autora construye la definición de «cultura política» (Carranza, 2017:47-55), se hace énfasis en que ésta no es unívoca; resultado del encuentro con «el Otro», los proyectos en América Latina son múltiples:

Si el conflicto implica la disputa entre proyectos y el dominante se impone, entonces, la cultura política dominante impera sobre las otras. Esas otras [culturas políticas], desde sus particulares momentos y lugares, se vislumbran, aparecen y desaparecen, se construyen y se transforman, como resistencias en un juego político que es el ejercicio de poder (2017:48).¹⁵

Este paréntesis es importante, ya que reivindica al «Otro» —segregado—, que construye junto con sus «otros» —iguales—, aquello que históricamente les ha sido negado. Es decir, hay una postura política; una agencia que nos obliga a repensar el carácter de pasividad otorgado.

Por último, a nivel político administrativo, existe una relación entre los recursos disponibles del gobierno local y su correspondencia con el nivel socioeconómico de sus residentes (Cfr. Rodríguez, 2001:9). Es decir que, el desarrollo adecuado del equipamiento urbano en relación con la administración política que la gestione podría tender a beneficiar unidades administrativas privilegiadas, lo que se conoce como asimetría socioeconómica (Cfr. Castells, 1999:217). Una manifestación más de quien detenta el poder. En este punto se debe prestar especial atención, ya que la ley urbana realiza, en general, financiamientos de mejora sólo en aquellos lugares y viviendas legalizadas; este tipo de asimetrías implican la exclusión, *de facto*, de aquellos espacios y hogares que perviven en la incertidumbre ilegal, y que representan la mayoría de la población urbana (Cfr. Maricato, 2000:32). Así mismo, no está de más señalar que las inversiones para mejorar el espacio urbano suelen ejecutarse en las áreas con alto valor mercantil, lo que implica, «[...] por lo tanto, una correlación entre mercado y gestión pública» (Maricato, 2000:32).

¹⁵ La definición de cultura política se toma de Gilberto Giménez: «conjunto de conocimientos, creencias, valores y actitudes que permiten a los individuos dar sentido a la experiencia rutinaria de sus relaciones con el poder que los gobierna, así como también con los grupos que les sirven como referencias identitarias» (en Carranza, 2017:50). Pues la cultura —«como “patrón de significados”» (Carranza, 2017:47)— «se manifiesta y se ordena en el campo de lo político»; «[...] en las interacciones que se construyen en la vida diaria» (Carranza, 2017:47).

1.1.2. Efectos

Retomando el apartado sobre la definición en el cual se contempló la relevancia del grado de concentración —dimensión entendida en términos de homogeneidad/heterogeneidad social, en el marco de un determinado espacio—, se considera que en una situación de aguda homogenización, es decir, de niveles de segregación socioespacial importantes, es posible rescatar aspectos tanto negativos como positivos.

En cuanto a los aspectos negativos, algunos de ellos ya han sido mencionados en el apartado anterior. En términos urbanos, los impactos de la segregación suelen estar asociados con «[...] problemas de accesibilidad y carencia de servicios y equipamientos urbanos de cierta calidad [...]» (Sabatini, 2003:21). En términos sociales, los efectos se visibilizan en la desintegración social, el aislamiento físico, la agudización de la pobreza, el estigma territorial y la poca participación política de aquella «[...] concentración a gran escala de barrios en los cuales predomina de modo abrumador una población de bajos ingresos [...]» (Duhau, 2013:88).

Este fenómeno «[...] posee consecuencias sociales más negativas que la segregación a pequeña escala, en el sentido de que la primera implica un aislamiento [espacial y social] mayor, que muchas veces significa un verdadero confinamiento involuntario de la porción más pobre de la población urbana» (Duhau, 2013:88). Estos efectos se asocian a las nulas oportunidades aspiracionales que encierran los contextos espaciales donde no se observa más que pobreza en el día a día. Se limita la movilidad social de los pobres; ya que los contextos de aguda segregación favorecen la «[...] reproducción de modelos activos y estructuras de oportunidades disponibles para cada segmento socioeconómico [...] es decir, promueve en forma simultánea la reproducción intergeneracional de la riqueza y la pobreza» (Rodríguez, 2001:10). En ese sentido, Eduardo Marques ayuda a comprender el fenómeno de la movilidad social pensando en una «[...] forma de construcción de redes y de nodos [...]» (en Carranza, 2017:145); mismos que dependen de la actividad en la que el sujeto se desenvuelva. Es así, que «[...] las personas en situación de pobreza [...] tienen menor número de nodos (de interrelaciones sociales) que los grupos de clase media [...] por lo tanto, hay una mayor sociabilidad entre grupos y comunidades de clase media, le siguen los trabajado-

res, y los que menos interrelaciones tienen son los grupos en pobreza» (en Carranza, 2017:145).¹⁶

Empero, como se mencionó, incluso en la segregación pasiva se puede rastrear la agencia de sus habitantes. El modelo no permanece estático, dado que, si bien es producto del «[...] rechazo de los sectores dominantes [...]» (Schteingart, 2012:19), como parte de la imposición de un proyecto político —espacial y cultural— de pretensiones hegemónicas, esto no garantiza la eliminación de aquellos otros proyectos: «[...] aunque la colectividad se vea confrontada por los proyectos dominantes, las resistencias y las acciones populares van construyendo significados diferentes y alternos» (Carranza, 2017:49). En ese sentido, pensar que la exclusión es generada a partir de un agente que rechaza, implica pensar, también, que el rechazado configura mecanismos de resistencia frente al dominador.

En cuanto a los aspectos positivos, uno de los dos más relevantes es aquel que se entiende desde la perspectiva de las políticas públicas que aprovecha la focalización ya establecida para la aplicación de programas sociales específicos. El segundo aspecto se aplica para la formación de enclaves al tratarse de la «preservación de las culturas de los grupos minoritarios» (Sabatini, 2003:8).¹⁷ En ese sentido, se asocia a la formación de identidades y la amenaza de las mismas en contextos históricos en específico —la globalización, por ejemplo. Es importante sostener que, si bien la preservación de las diferentes culturas y el resguardo de las identidades colectivas son importantes y enriquecedoras de la diversidad cultural de la ciudad, éstas tienden a ser positivas sólo si se tratan de minorías (Cfr. Sabatini, 2003:18), así como de una segregación de carácter voluntario —en el sentido de resistencia política.

¹⁶ En términos de Pierre Bourdieu, «la proximidad en el espacio social predispone al acercamiento: las personas inscritas en un sector restringido del espacio serán a la vez más próximos (por sus propiedades y sus disposiciones, *sus gustos*) y más inclinados a parecerse; más fáciles también al acercamiento, a la movilización [...]» (2003: 36).

¹⁷ Los enclaves étnicos o socioeconómicos son «[...] formas voluntarias de segregación, que suelen acumular más efectos positivos que negativos» (Sabatini, 2003:20). Se tratan de aglomeraciones de menor escala concebidos como espacios resguardadores de contenidos simbólicos e identitarios; considerados en cierta medida como espacios con atractivos turísticos. A esto también se le conoce como «efecto vecindario» (Rodríguez, 2001).

1.2. Dimensión étnica: la relación entre espacio y «raza»

La disparidad/distinción que opera en la segregación socioespacial puede ser analizada desde su dimensión étnica; en esta investigación representada por la población afrodescendiente en el marco de la diáspora africana. Según Pierre Bourdieu,

el espacio social es construido de tal modo que los agentes o los grupos son distribuidos en él en función de su posición en las distribuciones estadísticas según los dos principios de diferenciación que [...] son sin ninguna duda los más eficientes: el capital económico y el capital cultural. De ahí se sigue que los agentes se encuentren allí empleados de tal manera que tienen tanto más en común con estas dos dimensiones cuanto más próximos estén, y tanto menos cuanto más separados [...] (2003:30).

Es decir, que en el esquema de las posiciones sociales —aquellas distribuidas, según el autor, en el espacio social— el sistema clasificatorio que determina cuál o tal ubicación o estatus corresponde a determinado agente social, se basa en la confluencia entre la clase y la cultura. La primera entendida no en un sentido marxista, sino como un estado virtual: «[...] no como algo dado, sino como algo a hacerse» (Bourdieu, 2003:38).¹⁸ La segunda como las prácticas y consumos; atribuciones culturales ya sean heredadas o adquiridas.¹⁹

En este sentido, se piensa a partir de una población que comenzó a ser clasificada, al menos desde el siglo XVI debido a la aparición de América, según el principio económico, como esclava, y según el principio cultural, como africana.²⁰ Ambas determinaciones se escabullen en el presente y según sea el escenario en el que se manifiesten, generarán, o no, posiciones de jerarquía:

¹⁸ La proximidad en el espacio social entre los agentes que los constituyen, no necesariamente implica que puedan ser concebidos como clase en el sentido de que se piensen «[...] como un grupo movilizado por objetivos comunes y en particular contra otra clase» (Bourdieu, 2003:36). Sin embargo, es posible dirigir «las representaciones de ese espacio y las tomas de posición para conservarlo o transformarlo» (Bourdieu, 2003:38).

¹⁹ En este sentido se debe tener cuidado, pues las atribuciones esenciales pueden, de hecho, no serlo del todo: «una práctica noble puede ser abandonada por los nobles [...]» (Bourdieu, 2003:28). Esta circunstancia obliga al estudio social a ejercer una lectura funcionalista que vislumbre la relación entre *posiciones sociales*, *disposiciones (habitus)* y *tomas de posesión* (elecciones); pues no todas las determinaciones generadas a partir de las posiciones sociales, en el marco de una estructura de poder, son estáticas: «[...] hay que cuidarse de transformar en propiedades necesarias e intrínsecas de un grupo cualquiera [...] las propiedades que les incumben en un momento dado del tiempo a partir de su posición en un espacio social determinado, y en un estado determinado de la oferta de bienes y de prácticas posibles» (Bourdieu, 2003:29).

²⁰ Aunque la fuerza de trabajo esclava existió «[...] desde tiempos muy antiguos y en numerosos países del mundo [...]» (Klein y Vinson, 2016:16) —se habla desde antes del desarrollo de la Grecia Clásica (siglos V y IV a.C.)—, el caso del comercio esclavo con población de origen africano nunca tuvo tanta relevancia como la que adquirió con el comercio Atlántico hacia América a partir del siglo XVI.

[...] la presencia negra denota una experiencia histórica específica compartida por casi todas las sociedades de Afro-Latinoamérica: la experiencia de la agricultura de plantación y de la esclavitud africana. Cuando en el presente los ciudadanos de Afro-Latinoamérica luchan para escapar de la herencia económica de pobreza y dependencia que les legó la agricultura de plantación, lo hacen bajo la sombra de la herencia social de desigualdad de raza y de clase que dejó la esclavitud [...] También deben decidir si desean —y en qué medida— participar en unas formas de expresión cultural negra que han sido durante mucho tiempo consideradas por las élites locales como primitivas y bárbaras, pero que han conformado de manera creciente las bases de la cultura popular y de masas en la región (Reid, 2007:18).²¹

La asociación que se establece entre esclavo y africano, tiene su precedente en la diáspora africana vivida después de la aparición y conquista de América. Existen explicaciones de carácter político, económico y religioso, del porqué los iberos decidieron no esclavizar a la población indígena —mayoría en América— y, en cambio, prefirieron utilizar mano de obra esclava africana. Algunas de ellas tienen que ver con que los gobiernos de España y Portugal suprimieron la servidumbre y se habían pronunciado «[...] contra la esclavitud permanente de los indios» (Klein y Vinson, 2016:31). Así mismo, decidieron aprovechar la estructura del tributo, precedente de los imperios indígenas, para la explotación de los indios; por otro lado, el proceso de evangelización cristalizada en las misiones hacía poco legítimo la esclavitud de los cristianos en formación (Cfr. Klein y Vinson, 2016:32). Finalmente, una explicación más se asocia con la mortandad de los indios de las costas, producto de las enfermedades traídas por los europeos (Cfr. Klein y Vinson, 2016:34).

En este sentido, el traslado hacia América de la mano de obra africana se convirtió en la más accesible por dos razones: la primera porque «[...] sin lazos de parentesco ni de comunidad, estaban dotados de suma movilidad [...] procedentes de grupos de lenguas y culturas diversas, debían por fuerza adoptar idiomas y pautas europeas» (Klein y Vinson,

²¹ El autor usa el término de Afro-Latinoamérica «[...] en el sentido racialmente inclusivo», es decir, en términos de una población en un determinado espacio geográfico (América Latina) en donde no necesariamente hay una identificación política o cultural como afrodescendiente y en el que entiende, por otro lado, a América Latina como «[...] el grupo de países americanos gobernados desde el siglo XVI por España o Portugal» (2007:18). Esta delimitación excluye a países caribeños como Jamaica, Haití y Barbados; empero, en ellos también hay una historia colonial y de esclavitud africana similar.

2016:34).²² La segunda responde al crecimiento de las metrópolis europeas y la prosperidad agraria vivida en ese continente; misma que, a pesar del crecimiento demográfico que aconteció, imposibilitaba la pérdida de mano de obra hacia el exterior (Cfr. Klein y Vinson, 2016:32).

En este escenario, «[...] los esclavos africanos, a pesar de su elevado costo inicial, terminaron por ser la fuerza de trabajo más conveniente para que los europeos desarrollaran sus actividades exportadoras en América» (Klein y Vinson, 2016:36).²³ Con la apertura de la costa africana occidental el mercado de esclavos se abarató, y los africanos «[...] quedaron como la única mano de obra esclava disponible en el siglo XVI» (Klein y Vinson, 2016:36).

Según Aníbal Quijano, es justo a partir de la aparición de América que se comienza a pensar en términos raciales:

a pesar de que quienes habrían de ser europeos en el futuro, conocían a los futuros africanos, desde la época del Impero Romano, inclusive los iberos que eran más o menos familiares con ellos mucho antes de la Conquista, nunca se pensó en ellos en términos raciales antes de la aparición de América. De hecho, raza es una categoría aplicada por primera vez a los “indios”, no a los “negros”. De este modo, raza apareció mucho antes que color en la historia de la clasificación social de la población mundial (2000:147).

En este sentido, y para no caer en anacronismos, se debe tener presente que «el racismo europeo se fragua, con anterioridad a la teoría por un lado, a partir del encuentro con el Otro, al que generalmente ha dominado (colonialismo), y, por otro, al inventar, sobre el trasfondo del auge de los nacionalismos, el antisemitismo moderno [...]» (Wierviorka, 1992:34).

²² Como apunta Frantz Fanon en *Piel negras, máscaras blancas*, «todo idioma es una forma de pensar [...] Y el hecho de que el negro que acaba de desembarcar adopte un lenguaje distinto que el de la colectividad que lo vio nacer manifiesta un desajuste, una división» (2009:54).

²³ Hablar sobre el costo, no sólo implica hacer referencia al gasto monetario en compra y transporte de las personas esclavizadas, función que sólo podían pagar el muy reducido grupo de propietarios de los ingenios; el costo humano fue abrumador y se merece tener presente. Se estima que la duración aproximada del viaje transatlántico era de dieciocho meses en barcos regulares que alojaban cerca de 450 esclavos, aunque la mayoría de las veces el cupo se duplicaba (Cfr. Velázquez e Iturralde, 2016:46). En la embarcación: «El espacio destinado a cada persona era muy pequeño [...] y para las mujeres, las niñas y los niños se destinaban lugares aún más estrechos, por lo que, en ocasiones, las personas esclavizadas viajaban sentadas y encadenadas en la cubierta sin posibilidad de moverse. El transporte en estas condiciones producía un alto índice de mortandad, sobre todo por las enfermedades provocadas por las condiciones de insalubridad y por enfermedades como el sarampión y la viruela» (Velázquez e Iturralde, 2016:46 y 47). Se calcula que, «[...] entre 1492 y 1870 al menos doce y medio millones de personas africanas esclavizadas [...]» (Velázquez e Iturralde, 2016:46) fueron víctimas de dicho comercio.

Es decir, se considera que si bien la configuración de las relaciones desiguales — basadas en una categoría que no será trabajada teórica y científicamente sino hasta el siglo XIX— tiene su punto de inflexión en el escenario de dominación colonial ejercida por parte de una élite primariamente blanca en los nuevos territorios conquistados, es también preciso resaltar que, en principio, la sociedad estuvo organizada bajo el sistema de castas y que la participación de la población negra en América debe ser contextualizada según la región que los recibió; donde la gama de actividades en las que se desarrollaron abrió la posibilidad de que ascendieran en el esquema del estatus social.²⁴

Sin embargo, lo que se considera relevante rescatar de la propuesta decolonial es que justo a raíz del parteaguas de la aparición de América y del ejercicio de dominación subyacente en la conquista, se comenzó a configurar lo que Quijano denomina una nueva «id-entidad geocultural»: Europa Occidental. Lo que por eso se entiende es que la circunstancia histórica de Europa —en su papel en el mercado mundial y en el momento en que comienza a conformarse el sistema capitalista con base en una nueva organización en el control del trabajo de carácter global— lo situó en una posición de poder que le permitió estructurar un pensamiento dicotómico en el que todas las identidades no occidentales se presentaban como primitivas, arcaicas, tradicionales.²⁵ A esto se le denominó etnocentris-

²⁴ Según Herbert S. Klein y Ben Vinson III, el desarrollo de la esclavitud acontecida en México, Perú, América Central y Sudamérica contrasta con aquella presenciada en el Caribe y en Brasil: «[...] puesto que las poblaciones españolas iniciales eran pequeñas, y la tarea de administrar los territorios conquistados era enorme, una forma de concebir a los esclavos africanos era como "auxiliares" de los colonizadores blancos y mestizos. La "esclavitud auxiliar" contrasta con la esclavitud de las plantaciones, donde el énfasis del trabajo esclavo estaba puesto en la producción para una economía de mercado» (Klein y Vinson, 2016:59). En el caso de Perú durante el siglo XVII, por ejemplo, la mano de obra se caracterizó por «[...] la presencia en cada región y en cada oficio de negros y mulatos libres [...]» (Klein y Vinson, 2016:41), cuyos salarios, en algunos casos, llegaron a equipararse con los de la población blanca. Así mismo, Florestan Fernandes hace énfasis, para el caso brasileño, sobre las distintas posibilidades de éxito, de negros y mulatos, después de la manumisión (2008:67).

²⁵ El autor argumenta que el capitalismo —nuevo patrón de poder— se articuló a partir de la relación capital-salario en donde «las nuevas identidades históricas producidas sobre la base de la idea de raza, fueron asociadas a la naturaleza de los roles y lugares en la nueva estructura global de control del trabajo. Así [...] raza y división del trabajo quedaron estructuralmente asociados y reforzados mutuamente [...]» (2000:123). La relación vinculante que se genera, aunque se insista en el cuidado que se debe tener en emplear la categoría «raza» en este contexto, es la de indio-servidumbre y negro-esclavitud. Por otro lado, aunque «[...] el capital como relación social basada en la mercantilización de la fuerza de trabajo, nació probablemente en algún momento cerca de los siglos XI-XII [...] el capitalismo como sistema de relaciones de producción [...] se constituyó en la historia sólo con la emergencia de América» (2000:132 y 133).

mo; construcción ideológica que llevó a los europeos a sentirse como «naturalmente superiores» (Quijano, 2000:124-126).²⁶

Este argumento es importante, ya que «[...] la nueva perspectiva geográfica de la historia y de la cultura [...] que se impone como mundialmente hegemónica, implic[ó], por supuesto, una nueva geografía del poder» (Quijano, 2000:128). En este sentido, la categoría de «raza», entendida como

[...] principio social de clasificación de individuos y grupos, construido artificialmente por el ordenamiento de las relaciones de jerarquías y poder [...] regula comportamientos y relaciones, interfiere en las trayectorias de individuos y en la inserción social de grupos; es entonces un factor crucial en la constitución de nuestra estructura social y espacial (Dos Santos, 2011:145).

En el marco de la «nueva geografía del poder», la categoría «raza» —signo articulador del capitalismo y la modernidad (Cfr. Segato, 2009:128)— es así descrita por Ramón Grosfoguel: «la noción de “europeo” denomina una localización de poder en la jerarquía etno-racial global. Por eso [...] poblaciones de origen europeo en todas partes del mundo, gozan de los privilegios de la supremacía blanca con relación a las poblaciones de origen no europeo» (en Dos Santos, 2011:149).

Si la geografía humana consiste en el estudio de las «[...] referencias de inserción del individuo en el mundo, en sus espacios de socialización» (Dos Santos, 2011:143), resulta imperativo conocer no sólo la posición que ocupan los afrodescendientes en el mundo, sino también cuál ha sido su participación en la construcción del mismo. En este sentido, el espacio geográfico es concebido como estructura donde se reproducen las trayectorias sociales; el registro histórico que nos permitirá mapear la historia de la gente afrodescendiente.²⁷

El interés de esta investigación por mapear esa historia, se fundamenta en el problema del racismo, cuya génesis, se considera, tiene la siguiente premisa: el blanco ha tenido «[...] el privilegio ontológico y epistémico de clasificar al otro» (Grosfoguel, 2009:264), como parte del esfuerzo que el colonizador argumenta para racionalizar y justificar su posi-

²⁶ Esta perspectiva hegemónica de conocimiento, parte de dos mitos fundantes: «[...] uno, la idea-imagen de la historia de la civilización humana como una trayectoria que parte de un estado de naturaleza y culmina en Europa. Y dos, otorgar sentido a las diferencias entre Europa y no-Europa como diferencias de naturaleza (racial) y no de historia del poder» (Quijano, 2000:127).

²⁷ La idea del mapeo se extrae de Jaqueline Britto (2006).

ción de privilegio (Cfr. Bonfil, 1988:19). En palabras de Frantz Fanon, «*el racista crea al inferiorizado*» (2009:99) y crea, también, el efecto de a-historicidad sobre sus propias condiciones (Cfr. Segato, 2007:145).

El racismo, problema histórico estructural, se yergue en la construcción y reproducción de un «esquema epidérmico racial» en el que poseer tal o cual tipo de color de piel influye en la posición del sujeto en la estructura de las relaciones sociales. Es decir, hay un prejuicio de color. La epidermización se entiende como la interiorización/«incrustación psíquico corporal de procesos y estructuras sociales de poder» (Grosfoguel, 2009:263). Después de la internalización, las desigualdades se entienden como producto de comportamientos individuales (Cfr. Grosfoguel, 2009:263), y he ahí el sentido de a-historicidad.

A diferencia de las jerarquías que se establecen en el marco de una sociedad según sea la adhesión económica, «[...] como el color es el signo exterior más visible de la raza, se convierte en el criterio y en el ángulo bajo el que se juzga a los hombres [...]» (Fanon, 2009:116).²⁸ De esta manera, la visibilización del prejuicio, como resultado de un proceso de racialización en el marco del análisis de la segregación socioespacial, se convertirá en el objeto de estudio de esta investigación. Empero, no se pueden descartar otros atributos que pudiesen implicar una distinción en torno a las definiciones por «raza»; en ese sentido la segregación es étnica también.

El debate sobre la importancia de considerar un análisis con estas características, se rescata de *Piel negra, máscaras blancas*, cuando Frantz Fanon describe la polémica entre Jean Paul Sartre y Aimé Césaire, donde el primero defiende la idea de clase y concibe a la negritud como un problema a ser destruido como medio, no como fin; a lo que el segundo reclama: «[...] no soy una potencialidad de algo, soy plenamente lo que soy. No tengo que buscar lo universal» (2009:128). Pues la categoría de «raza», según Aimé Césaire es «concreta y particular», mientras que la de clase es «universal y abstracta» (en Fanon 2009:126): «Sartre ha olvidado que el *negro* sufre en su cuerpo de forma distinta que el blanco» (en Fanon 2009:130).²⁹ Y es que al margen de que la población cuyos rasgos visibles de afrodescendencia asuma o sea interpelado por una herencia de esclavitud de la que quizás se

²⁸ «[...] yo empiezo a sufrir por no ser blanco en la medida en la que el hombre blanco me impone una discriminación» (Fanon, 2009:102).

²⁹ En ese sentido, no es que exista una conciencia universal entre la gente negra, como tampoco la existe entre los obreros —pensando en términos de clase—: «la verdad es que la clase *negra* está dispersa, que ya no posee unidad», empero, «[...] vaya donde vaya, un negro sigue siendo un negro» (Fanon, 2009:152).

halle distante, «[...] el significante negro que exhiben será sumariamente leído *en el contexto de esa historia*» (Segato, 2007:134).

No es casual que los estudios sobre segregación socioespacial resultado de un proceso de racialización hayan nacido a partir de las evidencias de separación entre gente poseedora de rasgos somáticos considerados negros con gente poseedora de rasgos somáticos considerados blancos, de las ciudades industriales del norte de los Estados Unidos durante las décadas de los treinta y cuarenta del siglo XX; cuando, sin embargo, una crisis económica afectó a la población, en general, bajo el esquema social de clases.³⁰ Dicha segregación se caracterizó por el aislamiento residencial y la intolerancia. En este sentido, la dimensión étnica de este fenómeno:

[...] inscribe el racismo en el espacio, y marca la organización geopolítica de un país e incluso la, más limitada, de una ciudad. Perfila figuras espaciales, ya sea a través de los mecanismos sociales espontáneos, de las conductas individuales en las que movilidad social y movilidad residencial se entrecruzan con un trasfondo de racismo, o a través de la intervención, de las instituciones, locales o nacionales, de las leyes, de los reglamentos, o de violencias más o menos tolerados por el poder político (Wieviorka, 1992:131).

Dicho lo anterior, en esta investigación, se entiende por «raza» y se hará referencia a relaciones raciales, no de la manera en la que se construyó esta categoría en el siglo XIX y principios del XX —cuando se hablaba de «raza» haciendo énfasis en las determinaciones biológicas que se reflejaban en las capacidades intelectuales y manifestaciones culturales y corporales de *ser*, y por lo tanto *estar*, en el mundo—, sino como una categoría de clasificación y dominación social construida históricamente.³¹

De esta parte se puntualiza que: se optó por etnia para tratar de considerar, en la medida de lo posible, elementos que permitieran apelar —en el análisis de la segregación socioespacial que interesa— a nociones reivindicativas y culturales como el de la ancestra-

³⁰ Se trató del modelo de segregación de los suburbios: viviendas nuevas ubicadas en la periferia, habitadas por las capas medias que emergieron en dicho contexto y que se emplearon en el ámbito terciario, accediendo al crédito para la compra de viviendas unifamiliares (Cfr. Castells, 1999:207). De esta manera, las áreas centrales quedaron para los grupos de «menor categoría» (Sabatini, 2003:4); aquellos estratos con el más bajo nivel de renta —principalmente emigrantes del sur de Estados Unidos—, así como por las «víctimas de una discriminación étnica, particularmente los negros [...] desfavorecidas en el mercado desde el punto de vista económico, político e ideológico» (Castells, 1999:208-210).

³¹ Como realidad biológica, «todos los seres humanos somos genéticamente iguales en un 99.9%» (Velázquez e Iturralde, 2016:104).

lidad, que no va necesariamente de la mano con el color de piel.³² Sin embargo, se entiende que el análisis no puede ser del todo transparente, dado que, en la ejecución de los censos el autoreconocimiento puede no darse en términos reales, sino ideales. En ese sentido, se habla de racismo haciendo referencia a la consolidación de un sistema de atribuciones estructurales «[...] como consecuencia de los mecanismos societarios que promovían la distribución de los individuos en el espacio social, regulando [...] la distancia que debería haber entre ellos» (Fernandes, 2008:382). Tales atributos son importantes de visibilizar —como históricamente se tratará de hacer— para vaciar de sustento el uso del prejuicio, entendido éste como «[...] fuente de legitimación material y moral de las distinciones así establecidas, en las cuales se fundaba la clasificación de las "razas" en "inferior" y en "superior"» (Fernandes, 2008:382).

1.3. El patrón de segregación en la ciudad latinoamericana

Las disparidades que motivan la segregación socioespacial no se pueden aislar del contexto urbano y nacional en el que se manifiestan, y con base en el cual tendrán más peso unas que otras, pues la composición social del espacio cambia en los momentos de coyuntura. Es decir, cada espacio tiene una historicidad propia.

Los estudios sobre el fenómeno de la segregación urbana en América Latina han partido desde la perspectiva de la estratificación socioeconómica, es decir, la configuración espacial de la ciudad, las desigualdades en equipamiento, paisaje, acceso a posibilidades de movilización social entre la población, entre otras, está permeada por la adscripción socioeconómica de sus habitantes.

El patrón de segregación socioespacial latinoamericano se asemejó al «modelo europeo de ciudad compacta» (Sabatini, 2003:3) donde, en «[...] las áreas centrales se concentran los grupos superiores de la escala social, y la misma cosa ocurre con la mejor edificación, arquitectura e infraestructura. Las ciudades decaen social y físicamente hacia la periferia» (Sabatini, 2003:3). Sin embargo, este modelo no se presentó de manera pura, ya que «el grado y periodo histórico en que las élites han abandonado el Centro de cada ciudad, lo

³² A parte del color de piel, se pueden considerar «rasgos físicos o el tipo de pelo» (Velázquez e Iturralde, 2016:102). En cuanto a las prácticas culturales, se incluyen los «[...] hábitos alimenticios, creencias religiosas, vestimentas, bailes, músicas o relaciones familiares» (Velázquez e Iturralde, 2016:102).

mismo que el grado de concentración de dichos grupos en una sola área de crecimiento urbano, varían de ciudad en ciudad» (Sabatini, 2003:3). Por otro lado, como fue el caso de algunas ciudades costeras o ribereñas, otros factores de carácter geográfico pudieron alterar el modelo urbano original (Cfr. Sabatini, 2003:3).

Conforme a este patrón de segregación, los «barrios de alta renta» se caracterizaron por poseer una significativa diversidad social donde vivían «[...] además de la virtual totalidad de las élites, grupos medios e incluso bajos, con la importante excepción de “gañanes”, “peones”, “informales” o “marginales”, como se ha denominado a los grupos más pobres en distintos periodos» (Sabatini, 2003:4). En ese sentido, la diversidad social que acompañó a las ciudades latinoamericanas en una escala geográfica que incluía a los barrios de alta renta, *stricto sensu*, implicaba un índice de segregación bajo. En contrapunteo, las zonas de ingresos bajos tendían a ser más homogéneas (Cfr. Sabatini, 2003:4), pues la reproducción del modelo de ciudad adoptada buscaba sacar a los más pobres del centro, y el funcionamiento especulativo de los mercados de suelo llevó a que muchas veces «[...] los propietarios fij[aran] los precios del suelo al nivel de los grupos con mayor capacidad de pago [...]» (Sabatini, 2003:5).

Se trató, en lo esencial, de un modelo cuyo centro adecuadamente equipado albergó una población heterogénea en cuanto a nivel económico, al mismo tiempo que excluía a los estratos más bajos de la sociedad. La única diferencia distintiva entre ambos casos —ciudad europea y latinoamericana— sería que las élites de las ciudades de América Latina fueron abandonando paulatinamente el centro. Así mismo, un elemento importante a considerar es la economía agroexportadora, debido a que marcó el proceso de urbanización al establecer una continuidad entre la sociedad colonial y la sociedad independiente, pues posicionó a una burguesía industrial en el predominio político sin generar rupturas dentro del orden hegemónico (Cfr. Maricato, 2000:22). En ese sentido, pese a haber un modelo, éste evoluciona de manera distinta debido al contexto colonial.

Ahora bien, cabe mencionar que el estudio de la segregación socioespacial en las ciudades latinoamericanas se ha potenciado de manera reciente. En ese sentido, Schteingart identifica históricamente dos conceptos analíticos en función de la división social del espacio —«los grandes lineamientos de la organización del espacio urbano» (2012:19).

El primero data de la década de los sesenta y principios de los setenta, corresponde al concepto de «marginalidad» elaborado por la escuela de Chicago, en el cual

las sociedades latinoamericanas se habían caracterizado [...] por la falta de dinamismo interno y la desintegración social, presentando grandes desniveles en las condiciones de vida de su población, y por carecer de estructuras de participación, sin las cuales no podría darse la integración nacional. La urbanización, así como las crisis internas, habrían agudizado esa desintegración, ya que una masa urbana que crecía a gran velocidad no encontraba acogida en la estructura de la sociedad (Schteingart, s.f.:2).

El correlato socioespacial de dicho concepto se entiende como consecuencia de las primeras dos fases —de tres— que sugiere Francisco Sabatini respecto a la evolución de los patrones de segregación socioespacial en las ciudades de América Latina (Cfr., 2003:10). Se trata de la del inquilinato de los grupos inmigrantes pobres en los centros de las ciudades. Esta fase se presentó en un momento de coyuntura; los altos índices de migración se relacionan con el crecimiento económico de las ciudades y las supuestas oportunidades laborales que éstas tenían. Se tratan de aquellas décadas milagro en las que los países industriales como Brasil incrementan su PIB (Cfr. Maricato, 2000:23). En esos contextos se tiende a «la mezcla social en el espacio como forma de recrear las condiciones de seguridad. [...] Las crisis [migratorias] provocarían, así, una suerte de retroceso en el proceso de creciente segregación espacial de los grupos pobres de la ciudad latinoamericana [...]» (Sabatini, 2003:10).

Idealmente, la evolución del patrón suponía que ya conseguida la integración laboral, social y política de las familias en el centro, se presentaría la segunda fase cuando éstas se mudaron a la periferia; ya «[...] sea a través de la invasión ilegal de tierras, de la compra de sitios en negocios con distinto grado de legalidad, o del acceso a soluciones habitacionales estatales [...]. Cambian cantidad de espacio, seguridad legal y material [...] por accesibilidad y cercanía a trabajos ocasionales» (Sabatini, 2003:10). Empero, dicha situación encuentra su contrapunteo en los escenarios que expulsan migrantes porque, de lo contrario, no se consigue una integración. Algunos factores claves que se deben considerar para entender este proceso son: 1) las tasas de crecimiento demográfico que superaron las tasas del PIB y 2) el mercado inmobiliario que privilegió el financiamiento habitacional a clases medias y altas (Cfr. Maricato, 2000:23).

La transición que va de la primera a la segunda fase, implicó un cambio en el nivel de segregación que fue de ocupar espacios socialmente heterogéneos —en el centro—, a ir ocupando espacios que devienen homogéneos socialmente —en la periferia. En Brasil, como en muchos países latinoamericanos, la periferia se situó en los cerros, en lugares de fácil inundación o, en general, de condiciones ecológicas no aptas para la vida humana

(Cfr. Maricato, 2000:23 y 32). Se trata del momento en que las periferias crecen más que los núcleos centrales de las ciudades (Cfr. Maricato, 2000:25).

Es aquí cuando aparece el segundo concepto analítico. Hacia la segunda mitad de la década de los setenta, fue la noción de «pobreza» uno de los conceptos de análisis fundamentales dentro de los estudios urbanos. Esta categoría se encontró «[...] más directamente vinculada con la atención de los problemas sociales que comenzaron a aquejar a sectores crecientes de la población urbana latinoamericana en los años ochenta» (Schteingart, s.f.:2).

Y es que en la tercera y última fase de la evolución que propone Sabatini, en el mejor de los casos, el desarrollo metropolitano implicaría la asimilación urbanística de la periferia, alentando condiciones de heterogeneidad social. Este panorama de expansión urbana traería beneficios como la introducción de servicios a las zonas más alejadas, acceso a la educación en zonas rurales, entre otras (Cfr. Schteingart, s.f.:3 y Sabatini, 2003:10). Sin embargo, esto no sucedió debido a que «la flexibilización laboral y la marginalización política de los pobres [...] agregan “malignidad” a la segregación socioespacial» (Sabatini, 2003:10). En palabras de Erminia Maricato, el crecimiento económico de las décadas anteriores no implicó «[...] un desarrollo humano genérico» (2000:27).

Pues si bien se ha hablado de la ciudad contemporánea en el mundo neoliberal, debe hacerse un paréntesis para situar a la ciudad latinoamericana en el mismo, pensando que, debido a la condición de dominación regional, ésta no se inserta —desde que se reproduce el modelo de ciudad europea— globalmente en las mismas condiciones que los países centrales:

[...] la única homogeneización posible de América Latina, se ha dado bajo la égida del capital. Pero no olvidemos que el capital, al mismo tiempo, se diversifica en sus modalidades internas [...]. Esto significa que nuestros países se caracterizan por tener condiciones permanentes de dominación, explotación y saqueo [...] (Carranza, 2017:46).

En ese sentido, a partir de la década de los ochenta se presentó un parteaguas en el patrón tradicional —las fases ya mencionadas— de segregación en las ciudades latinoamericanas, que abonó al incremento de la brecha de la desigualdad. Esto, según Sabatini, se proyectó en el espacio de la siguiente manera: 1) la tendencia a la creación de conjuntos residenciales para élites y sectores medios altos de la población en áreas de ingresos bajos (Cfr., 2003:6). En teoría esto implica la disminución en la escala de segregación entre grupos sociales, aunque no pase lo mismo con el grado de desigualdad —como se especificó

en el apartado de las causas—; 2) el desarrollo de «subcentros comerciales, de oficinas y servicios fuera del Centro y de los “barrios de alta renta”» (2003:6) en zonas estratégicas para el mercado; 3) la «generalización de las tendencias alcistas de los precios del suelo al conjunto del espacio urbano, con el efecto de hacer cada vez más ineludible la localización de nuevas viviendas para grupos de ingresos bajos fuera de la ciudad, en su región circundante» (2003:6). En ese sentido, se ha presenciado un incremento de la segregación socioespacial en función de los sectores más pobres de la sociedad, debido a que sólo les es posible adquirir una vivienda en lugares cada vez más distantes del límite urbano (Cfr. 2003:21)³³; y 4) la renovación de las áreas centrales deterioradas con fines residenciales, terciarios, y para la «edificación residencial en altura para grupos medios» (2003:6).³⁴

De esta manera, será con la ciudad de São Paulo que se intentará ejemplificar lo antes apuntado; con la intensión, así mismo, de visibilizar cómo la evolución del patrón de segregación socioespacial, pese a estar constituido por una segregación de tipo socioeconómico —como el modelo general lo sugiere—, confluye simultáneamente con una segregación de tipo étnico. La propuesta no es gratuita, pues si «[...] la única homogeneización posible de América Latina, se ha dado bajo la égida del capital [...]» (Carranza, 2017:46), éste como nuevo patrón de poder y relación social, está intrínsecamente atravesado por un proceso de racialización configurado para legitimar el dominio y la explotación.

³³ Por áreas de ingresos bajos el autor se refiere a las que se encuentran «[...] fuera de las áreas tradicionales de concentración [...]» de los barrios de alta renta (Sabatini, 2003:6).

³⁴ Al fenómeno mencionado se le conoce como «gentrificación». Ésta se define como el proceso «[...] por el que los barrios pobres y proletarios, ubicados en el centro de la ciudad, son reformados a partir de la entrada del capital privado y de compradores de viviendas e inquilinos de clase media» (Smith, s.f.:74). El término fue acuñado por la socióloga inglesa Ruth Glass en 1964, después de que se comenzara a vislumbrar de manera global desde finales de la década de los cincuenta y comienzos de los años sesenta; cuando en emblemáticas áreas centrales, bajo el discurso del «mejoramiento», se trataron de moderar las connotaciones sociales y «raciales» en pro del «[...] sentido de modernización, de renovación, de limpieza urbana llevada a cabo por las clases medias blancas» (Smith, s.f.:76). Esto se explica en el contexto de «decadencia» enraizada en el periodo de la postguerra (Cfr. Smith, s.f.:76). Por otro lado, esta recentralización espacial no quiere decir que se esté presenciando un alto a la suburbanización; por el contrario, ésta, «[...] aún representa una fuerza más poderosa que la gentrificación en el modelo geográfico de las metrópolis» (Smith, s.f.:87).

Para explicar el caso de São Paulo, como ejemplo de ciudad latinoamericana, es necesario, primero, entender la situación histórica y espacial de Brasil en su conjunto y como país en vías de desarrollo; es decir, en una situación de dominación colonial, lo que implica un diálogo permanente con el contexto internacional. En ese sentido, la pauta económica es componente explicativo de peso en esta investigación.

En función de la dimensión étnica, la pertinencia del país seleccionado radica en que alberga la segunda mayor población afrodescendiente mundial —después de Nigeria— y la primera en América, como consecuencia del comercio forzado de personas africanas para su explotación en la labranza. Poco más de la mitad de la población en Brasil —de un total de 207.999.646 habitantes, según el censo 2010— se autoreconoce como afrobrasileña.³⁵

La situación de las personas afrodescendientes en el mundo ha estado permeada por la experiencia de la esclavitud, y el legado de ésta se refleja, a nuestros días, en los índices de escolaridad, salud, vivienda, entre otras. De tal manera, la Asamblea General de las Naciones Unidas promulgó el «Decenio Internacional de las Personas Afrodescendientes 2015-2024. Reconocimiento, justicia y desarrollo», con el objetivo y compromiso internacional de garantizar los derechos humanos, el respeto y las libertades de los afrodescendientes; reconocer su contribución en el desarrollo de las distintas sociedades que las albergaron; y eliminar todas las formas de discriminación racial que existan (Cfr. Velázquez e Iturralde, 2016:111 y 112), y que continúan interfiriendo en su pleno desarrollo.

En ese sentido, para el caso brasileño, la trayectoria histórica de esta población arranca con el ingreso de las personas esclavizadas de origen africano por las costas occidentales para el trabajo en las haciendas cañeras de Bahía y Pernambuco, y su eventual distribución por el resto del territorio con el mismo propósito: el trabajo con mano de obra esclava. La experiencia de la esclavitud —durante la colonia— y los pormenores de la abolición —el contexto político e ideológico en el que se desarrolló— se dieron, en primera instancia, en un escenario donde el trabajo —entendido como «espacio de formación so-

³⁵ Según la ONU (Organización de las Naciones Unidas), cerca de 200 millones de afrodescendientes viven en el continente americano; ya sea como resultado de los 400 años de comercio transatlántico de personas esclavizadas o como producto de las migraciones contemporáneas:
https://www.un.org/es/events/africandescentdecade/pdf/15-17877S_African%20Descent%20Booklet_WEB.pdf

cial» (Carranza, 2017:44)— y el trabajador se constituyeron como uno de los ejes directrices en la formación del futuro estado nación brasileño. Cuestión que se abarcará en el apartado 2.1.

En la segunda instancia de este recorrido el hito sigue siendo el trabajo, aunque ahora con un nuevo viraje económico y espacial; se trata del proceso de desarrollo industrial cuyo escenario ciudadano alentó el crecimiento urbano, estimuló las migraciones internas y consolidó la formación de una estructura social desigual. Aunque la marginación socioespacial —consecuencia de esta transformación— y la agudización de la misma —consecuencia del modelo de desarrollo neoliberal— tengan evidentes connotaciones de clase, en el apartado 2.2. se explicará en qué consistieron y de qué manera participaron los afrodescendientes en la misma; tomando en cuenta el prejuicio racial que acompañó a negros y mulatos como parte de los segmentos menos favorecidos.

En ese último sentido es importante puntualizar que cuando se hable de negros y mulatos, se hará con la intención de contemplar los rasgos somáticos de la población; mismos que, a primera vista, obstaculizan su día a día. Pues las facciones, el color de piel, el cabello rizado, la vestimenta y la expresión corporal, son algunos de los rasgos más mediatos —de una dimensión étnica— que pudiesen cimbrar la sensibilidad de una mente colonizada que, en respuesta, actúa reproduciendo actitudes de racismo.

Por último, dado que las investigaciones sobre segregación urbana en América Latina suelen estar desasociadas de una dimensión étnica, en el apartado 2.3. se planteará la necesidad de incorporar la categoría «raza» en el análisis de las ciudades brasileñas, pues la trayectoria histórica y espacial expuesta, con el soporte del trabajo de varios investigadores, permitirán sustentarlo.

2.1. De la agroexportación con mano de obra esclava, a la abolición e introducción del trabajo asalariado

El aspecto primordial para iniciar la exposición que nos atañe parte de la cuestión del «Otro» en dos momentos históricos continuos que se sitúan en un mismo espacio de trabajo: el campo; escenario protagonista, por más de tres siglos, del desarrollo económico brasileño. El primero corresponde a la institución esclavista y trata, en el contexto de domina-

ción colonial, de cómo se ve al «Otro» de tal manera que se legitime su opresión y esclavitud. El segundo compete a la creación del ciudadano y concierne, en el contexto de construcción del Estado nacional, a qué características debe el «Otro» poseer para integrarse a éste.³⁶

En ese sentido, en el apartado 2.1.1. se describirá la travesía transatlántica del comercio de personas esclavizadas y la distribución de las mismas, por el territorio, en función de la economía de agroexportación. Empero, se hará énfasis en las resistencias y construcción de identidades de los subalternos. De tal manera que al proceso de invalidación del «Otro» con el objetivo de «[...] establecer parámetros de relación desde el plano del poder» (Carranza, 2017:59) —en este caso basado en la relación amo/señor-esclavo—, hay un pronunciamiento político pues, «[...] la configuración de las identidades desde el interior de los grupos tiene que ver con el reconocimiento del “nosotros”» (Carranza, 2017:59). Esto es lo que representará el quilombo.

Por otro lado, en el apartado 2.1.2., se expondrá el tardío proceso de abolición de la esclavitud, consecuencia del, también tardío, auge de agroexportación cafetalera. La situación extemporánea de este contexto coincidió con el influjo de las teorías raciales europeas que se insertaron por las ranuras del proceso político e ideológico de la construcción de la Nación; mismo que se gestiona de manera vertical. Se trata del momento de cimentación de significantes y atribuciones, donde el signo racial pasó a ser socialmente relevante (Cfr. Segato, 2007:137). De tal manera que, como se verá, «[...] los otros no son lo que son, sino la construcción que de ellos se hizo el «uno», el dominante [...]» (Carranza, 2017:59).

2.1.1. El quilombo: resistir la esclavitud

La presencia de la población de origen africano en Brasil se remonta al comercio transatlántico de esclavos que a partir del siglo XVI se constituyó en el eje fundamental para la producción de materias primas exportadas desde América hacia Europa. La institución esclavitud

³⁶ Según Tzvetan Todorov, hay «[...] por lo menos tres ejes, en los que se puede situar la problemática de la alteridad [...]»; la primera en el plano axiológico: «[...] el otro es bueno o malo, lo quiero o no lo quiero, o bien [...] es mi igual o es inferior a mí [...]»; la segunda en el plano praxeológico: «[...] adopto los valores del otro, me identifico con él; o asimilo al otro a mí, le impongo mi propia imagen; entre la sumisión al otro y la sumisión del otro hay un tercer punto, que es la neutralidad o indiferencia [...]»; finalmente en el plano epistémico: «[...] conozco o ignoro la identidad del otro [...] evidentemente no hay aquí ningún absoluto, sino una gradación infinita entre los estados de conocimiento menos o más elevados» (en Carranza, 2017:59).

vista que desde hace muchos siglos había sido impuesta en diversos tipos de sociedades del mundo antiguo, se encontraba en declive justo antes de que América apareciera en el escenario de la explotación y el comercio internacional, donde África jugó un papel importante.

La asociación que se estableció entre esclavo/negro es «reciente» y comenzó a configurarse a partir de este momento, dadas las circunstancias históricas, ya mencionadas, que hicieron asequible el comercio de la mano de obra esclava africana, más que cualquier otra población de cualquier otro origen.³⁷ Este hecho es de gran relevancia, ya que los motivos de esta migración son pensados, hasta el momento, por el sentido de la rentabilidad, la posición geográfica y las posibles ventajas de explotar sujetos desvinculados de su lugar de origen.

Encargada de la colonización brasileña, la Corona portuguesa contaba con experiencia en el ámbito del comercio de esclavos desde África hacia Europa. Esta comenzó a mediados del siglo xv cuando dio inicio la carrera por el reconocimiento de tierras más allá de la costa norte de África en busca de oro pero, sobre todo, del comercio directo de este codiciado producto, hasta entonces mediado por los imperios de Ghana, Malí y Songhai (Cfr. Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:92).³⁸ En 1441, favorecidas por su posición geográfica, comenzaron las expediciones portuguesas con tal cometido. Sin embargo, penetrar el interior del territorio africano hacia las regiones auríferas no fue empresa sencilla: «[...] los pueblos que habitaban en ellos fueron reacios a permitir su presencia, además de que las fiebres tropicales hacían estragos en los europeos» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:93). Pese a las pretensiones, el comercio del oro se vio limitado a la mediación por parte de los africanos y obligó a los europeos a mantenerse en las regiones costeras de dicho continente.

La circunnavegación del oeste de África comenzó a rendir frutos después del contacto con los pueblos costeros del golfo de Guinea; sociedades que practicaban la esclavitud y quienes fueron «[...] los primeros en involucrarse en la trata negrera [sic] con destino a América» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:94). Seguido del contacto y las negociaciones, comenzó la construcción de fortificaciones, cuyas funciones iban desde almacenes comer-

³⁷ Como se indicó en el punto 1.2. del capítulo anterior, la esclavitud en el mundo antiguo se articuló en las sociedades de manera diferente al papel que asumió en el contexto posterior a la aparición de América.

³⁸ Las rutas comerciales entre Europa y África se remontan al siglo VIII, aunque no habían trascendido el límite del Sahara. Éstas correspondían al norte, este y costas oriental y occidental del vasto continente y fueron, hasta el siglo xv, «[...] la principal fuente de abastecimiento de oro y esclavos negros [...]» a cambio de una variedad de géneros traídos desde Europa, que van desde caballos hasta telas y licores (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:91 y 92).

ciales para la trata y las mercancías provenientes de Europa y, eventualmente, de América; así como puertos y fortalezas, estas últimas en caso de ataques por parte de otras colonias europeas (Cfr. Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:94, 96).

Cuando Portugal tocó tierras americanas era la Corona con mayor experiencia y mejores alianzas en el ámbito del comercio con África, especialmente aquel referente a la trata de personas a esclavizar.³⁹ Después de 1600, las pretensiones de llegar al área subsahariana incentivadas por la fiebre del oro mutaron de propósito, convirtiendo a la región costera en el punto más importante de un comercio que se originaba en el interior del continente y terminaba, a través del Atlántico, en territorios americanos: el comercio esclavo.

Al mismo tiempo que Portugal trabajaba para conseguir el monopolio de este comercio entre los continentes africano y europeo, se presenció un momento histórico sin precedentes: América irrumpió en el escenario de las expediciones, las conquistas y la codicia comercial.⁴⁰ Hasta el momento, el esquema de tráfico esclavo arrancaba en África y llegaba a los puertos de Lisboa y Sevilla, desde donde se comerciaba hacia el mediterráneo occidental. Los esclavos realizaban tareas, principalmente, de carácter doméstico; y es el momento en que la población africana comenzó a constituirse como el segmento esclavo más numeroso (Cfr. Klein y Vinson, 2016:28).

El caso de las experiencias españolas y portuguesas con los territorios recién conocidos está permeado, al menos en sus inicios, con el antecedente de la agricultura de plantación. Ambas Coronas habían experimentado con plantaciones azucareras en las islas del Atlántico Oriental desde la segunda mitad del siglo xv; España en las Islas Canarias y Portugal en Santo Tomé, Cabo Verde, Azores y Madeira.⁴¹ Estos modelos de plantación fueron instaurados en las islas del Caribe desde 1493 —Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico. El caso brasileño no fue tan temprano, dado que los primeros veinte años de su «descubri-

³⁹ Desde 1444 habían fundado la compañía de Lagos «encargada de controlar el tráfico con África» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:63).

⁴⁰ Ese escenario se trata de la denominada Historia Global: «[...] aquella que se interesa en relaciones, interacciones e interdependencias suprarregionales y transfronterizas de todo tipo que se han dado a lo largo de los siglos y a escala mundial» (Hausberger, 2018:15); y que antes del siglo xv, se desarrolló «[...] a lo largo de las vías marítimas, de los caminos transaharianos y de la ruta de la seda [...]» (Hausberger, 2018:36).

⁴¹ A su vez, estas plantaciones habían sido introducidas a Europa con las invasiones musulmanas VIII-XVIII; hay registros de estas experiencias en Palestina, Chipre, Creta, Sicilia y la costa mediterránea de España. Para su labor fue empleada mano de obra libre y esclava a pequeña escala (Cfr. Klein y Vinson, 2016:19-21).

miento» fueron destinados a la exportación del palo de Brasil.⁴² Ambas actividades sirvieron de base ocupacional.

La producción de esta madera tintórea se llevó a cabo por manos de indígenas tupís; mismos que perecieron debido a las epidemias. En 1560, por ejemplo, un brote de viruela arrasó con al menos treinta mil indios (Cfr. Klein y Vinson, 2016:65). En auxilio a esta actividad arribó, desde Portugal, el primer contingente de esclavos africanos. Se trataban de negros ladinos, ya cristianizados y familiarizados con la cultura portuguesa.⁴³ El comercio directo —África-Brasil— y masivo no se daría hasta el inicio del ciclo azucarero, ya entrando el siglo XVII.

«En los primeros siglos, la caña colonizó y el negro pobló a Brasil» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:76); desde el arribo en 1532 de una flota portuguesa con expertos en plantaciones de Madeira instalados en las costas de Pernambuco y Bahía (Cfr. Klein y Vinson, 2016:63), la exportación de mano de obra esclava —introducida, presuntamente en 1538 (Ribeiro, 1999:138)— no cesó durante 350 años. El empleo de esta población siguió una trayectoria, al interior de Brasil, dirigida por el devenir económico de la colonia, dictada a su vez por el comercio internacional.

Provenientes, en su mayoría, de los reinos del Congo y de Angola, el recorrido del comercio comenzaba después de ser reclutados por los *pombeiros* —comerciantes africanos de personas esclavizadas— en las factorías de la costa africana occidental y de la isla de Santo Tomé.⁴⁴ La trata negrera y el comercio, en general, habían sido favorecidos por la conversión al catolicismo del Rey del Congo y de varios de sus nobles. Con el reino de Angola, aunque el comercio no era desfavorable, nunca se consiguió este cometido (Cfr. Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:106). En ese sentido, desde las factorías comenzaba el proceso de cristianización, y martirio de la población esclavizada.

⁴² Cabe mencionar que las colonizaciones que abanderaron cada colonia fueron distintas. Klein y Vinson señalan que fue, de hecho, la llegada de los ingleses y franceses a las costas brasileñas lo que obligó a la Corona Portuguesa a adentrarse a los territorios para colonizar (Cfr., 2016:62).

⁴³ El adjetivo «ladino» se le atribuyó a aquellas personas de origen africano que habían sido esclavizadas y trasladadas a Europa, o nacido ahí. Por el contrario, los «bozales» fueron aquellas traídas directamente desde África.

⁴⁴ En cuanto al aspecto lingüístico-cultural, la mayoría de los esclavos que llegaron a Brasil provenían del grupo congo-angoleño, aunque también grupos menores de las culturas sudanesas y africanas islamizadas (Cfr. Ribeiro, 1999:99). Esto ayuda a reivindicar la diversidad cultural de la diáspora que ha sido homogenizada en «africanos».

Las condiciones inhumanas de su traslado por el Atlántico resultan crudas de detallar. De manera escueta, en este proceso se les describe atados por el cuello, tirados por una cuerda; dentro del barco sobrevivían bajo condiciones de hacinamiento e insalubridad, a veces con la suerte de haber comido algo. A su llegada a Brasil les esperaban jornadas de trabajo de dieciocho horas diarias acompañadas, muchas veces, por una serie de castigos a manera de incentivos laborales. La violencia ejercida fue más allá de lo físico. De tal manera que, según Darcy Ribeiro, de la condición de esclavo sólo se salía «[...] por la puerta de la muerte o de la fuga» (1999:101).

En ese contexto se sitúa lo que se podría caracterizar como una pauta de segregación socioespacial, la primera de esta trayectoria histórica. La fuga como acto de resistencia a la esclavitud fue ejercida desde Angola, pasó por Santo Tomé y, por supuesto, se presencié en Brasil.⁴⁵ Aunado a la aparición de revueltas contra el sistema esclavista, el cimarronaje se originó y comenzó a agudizarse desde 1574.⁴⁶

Ya en Brasil, la población en fuga se organizaba en comunidades, primero conocidas como «mocambas», después como «quilombos»; ambos términos eran usados en África Central para «designar campamentos improvisados» (Dos Santos Gomes, 2015:10).⁴⁷ El primer registro de un quilombo data de 1575 dentro de la jurisdicción de Bahía (Cfr. Dos Santos Gomes, 2015:12), aunque el más famoso y grande de todos sea el de Palmares en Pernambuco, también referenciado como «Reino de Palmares», «República de Palmares» y «Estado Negro» (Cfr. Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:125).

En Palmares, la estrategia de resistencia se presentó como una extensión de la experiencia de fuga presenciada en Angola. Su auge coincidió con el periodo de mayor éxito comercial azucarero liderado por la ocupación holandesa en Pernambuco (1630-1654) — aunque su nacimiento se remita a finales del siglo XVI (Cfr. Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:122). Mismo que, después de una pugna con Portugal, dio cabida para la organización

⁴⁵ Luanda, fundada por los portugueses en 1575, fue por más de dos siglos la mayor ciudad europea en África; Santo Tomé, por su parte, había sido el laboratorio de producción azucarera más grande de Portugal (Cfr. Dos Santos Gomes, 2015:9-10).

⁴⁶ El fenómeno del cimarronaje —como se le conoció en la América española— se presencié en todo el continente; ahí donde el yugo de la institución esclavista fue más sofocante. En Venezuela se les conoció como *cumbes*; en Colombia como *palenques*; en Jamaica, el resto del Caribe inglés y el sur de los Estados Unidos, como *maroons*; en la Guyana holandesa, *bush negroes*; en el Caribe francés como *maronage* (Cfr. Dos Santos Gomes, 2015:9-10).

⁴⁷ No queda claro si el término «quilombo» haya tenido una carga de autodenominación, pues según Dos Santos Gomes poco se sabe sobre cómo los fugitivos se llamaban a sí mismos. Lo que sí se sabe es que el término apareció en la documentación colonial hasta el siglo XVII (Cfr. Dos Santos, 2015:11).

y el crecimiento del poder político-militar del quilombo. De esta manera, cuando Portugal retomó el poder de la jurisdicción, «[...] las autoridades portuguesas pasaron a considerarlo como un asunto de guerra interno» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:122).

La República de Palmares contaba con un rey y un consejo; éste último conformado por los líderes de las diferentes aldeas que se integraban en el territorio del gran quilombo (Cfr. Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:125). Operaban, en ese sentido, a la usanza de las tradiciones africanas: «los poderes del rey, entre los que se incluye el ámbito religioso, no eran absolutos, debido al papel desempeñado por los jefes de las aldeas, los jefes de los linajes y otros notables de la corte» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:125); lo que nos dice mucho de la compleja organización de esta sociedad.

Antes de que Palmares llegara a su fin en 1694 —no sin antes presenciar muchos fracasos de expediciones encomendadas para su exterminio (Cfr. Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:126)—, después de una violenta batalla y la captura del «general de armas» Zumbi (Cfr. Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:124 y 139), éste había desempeñado un papel importante en la cohesión de la comunidad. Su imagen de liderazgo, manifestación de las «[...] expresiones de la colectividad» (Carranza, 2017:57), tuvo tal trascendencia que, a nuestros días, constituye uno de los mitos brasileños que «[...] representa el retorno a la madre tierra y la lucha por la libertad (Carranza, 2017:382).⁴⁸

Por otro lado, lo que se sabe de estas comunidades —sobre todo a partir de la información que proporcionan los registros sobre Palmares— es que, pensando en términos de segregación socioespacial, en cuanto al nivel de distanciamiento, se asentaban en zonas de difícil acceso con el propósito de contemplar sus «posibilidades defensivas» (Cfr. Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:135); tal es el caso de este quilombo, ubicado en una «[...] zona abrupta y rodeada de una selva espesa que les permitiría impedir o, por lo menos, dificultar notablemente el acceso a los enemigos» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:135). En ese sentido, se entiende como un tipo de autosegregación positiva, donde el distanciamiento tiene el propósito de salvaguardar la vida misma; para lo que incluso se elaboraron sistemas defensivos como grandes murallas y trampas en los accesos y alrededores (Cfr. Laviña y Ruiz-

⁴⁸ Para Tania Carranza, «Las manifestaciones caudillistas y mesiánicas son expresiones políticas y culturales en la historia de la edificación de América Latina» (2017:57). Así mismo, «La construcción social de las dirigencias puede darse desde el reconocimiento por parte de las masas movilizadas, pero también por imposiciones desde arriba» (2017:58); con Zumbi se trató del primer caso.

Peinado, 2006:136). Así mismo, se trataron de espacios de frontera «[...] que separaban las áreas indígenas de los asentamientos portugueses» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:123).

En lo que respecta al nivel de interacción, fueron asentamientos formados primariamente por fugitivos; lo que quiere decir que admitían población de otra naturaleza. En Palmares, por ejemplo, Laviña y Ruiz-Peinado apuntan que el 20% de la población se trataba de amerindios. Es decir, aunque se habla de sociedades conformadas por gente de origen africano y afrodescendientes, exesclavos y nacidos libres, admitían «[...] una amalgama de personas que, por diversos motivos, encontraron refugio en esta nueva sociedad» (2006:122, 130-131). De esta manera se presenta una ausencia de convivencia, principalmente, con lo que respecta al orden colonial.

De otra naturaleza, más en el mismo contexto, está el caso de las *senzalas*: alojamientos exclusivos para esclavos dentro de las grandes haciendas separadas de la casa señorial. En ellas, el fenómeno que se observa en términos de distanciamiento físico es de cercanía; no pasa lo mismo respecto a la convivencia. Aunque se traten de espacios relativamente cercanos, están profundamente separados por relaciones de poder, violencia y de trato desigual. Sin embargo, esto no le quita la denominación de territorio negro en el sentido, según Raquel Rolnik, de que se transformó, internamente, en el espacio de «celebración de las formas de conexión de la comunidad»; «cuyo único lazo era la ancestralidad africana» (1989:2).

Volviendo a los quilombos, la interacción con el orden colonial no fue la más cordial —quizás salvo aquella referente a los cronistas que pudieron acceder a estos espacios—; sobre todo porque el incremento de estas agrupaciones se proliferó por gran parte del territorio brasileño. Y es que la ocupación de tierras iniciada por el cultivo de la caña, en un contexto internacional que demandaba grandes producciones de azúcar a bajo coste, no admitía el uso de trabajadores libres. En ese sentido, «la situación económica de la colonia portuguesa fue marcando la evolución de la trata negrera [sic] y de la propia esclavitud» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:65). Es decir, aquello a lo que las autoridades coloniales se referían como «mal contagioso» (Dos Santos Gomes, 2015:13) —incremento de quilombos— respondió a una lógica de expansión de la economía de plantación e intensificación de la explotación de la mano de obra esclava.

Pues si bien «ninguna sociedad americana parece haber sido capaz de exportar azúcar sin recurrir a los esclavos africanos» (Ribeiro, 1999:85), éste no fue el único producto

con el que la Corona portuguesa se unió al mercado internacional. El azúcar brasileño contó, desde 1532, con dos principales centros productivos: Pernambuco y Bahía; ambos recibieron importaciones masivas de africanos, sobre todo a partir de 1650.⁴⁹ A la carrera se unirían Rio de Janeiro y, en menor medida, São Paulo. Un siglo después ocupaban el tercer puesto en el mercado —atrás de las islas caribeñas— dado el aumento exponencial de haciendas y superficie cultivada (Cfr. Klein y Vinson, 2016:80).

A finales del siglo XVII, el descubrimiento de depósitos aluviales de oro en la entonces despoblada Minas Gerais requirió, también, una gran demanda de personas esclavizadas. Cuando esta actividad se extendió hacia Goiás (1720) y Mato Grosso (1730), se estableció un canal directo de trata entre África y Minas Gerais, pasando por Rio de Janeiro.⁵⁰ Por otro lado, esta actividad incentivó la producción agrícola en Rio Grande do Sul con el propósito de abastecer a la región, donde también se empleó mano de obra esclava: «el auge minero impulsó de esta manera una redistribución de la población por el territorio brasileño y de la esclavitud entre todos los sectores de la economía colonial» (Klein y Vinson, 2016:92).

Es así como la llegada de esclavos no cesaba debido al auge de nuevas regiones económicas que reanimaban el mercado interno, así fuera la breve producción algodonera en Maranhão (1770-1790) (Cfr. Klein y Vinson, 2016:95-96). Y, sin embargo, aún no se anticipaba el escenario que en 1804, como consecuencia de la Independencia de Haití, transfiguró el orden colonial brasileño pues, como apunta Klein y Vinson, «[...] la actividad que más se transformó en Brasil por causa de los sucesos haitianos no fue la azucarera, sino la cafetalera» (2016:131).

Este suceso es relevante para la institución esclavista en tres sentidos: el primero tiene que ver con las medidas de coacción hacia los esclavos que se incrementaron en cuanto al nivel de violencia. Por otro lado, este suceso dejó un vacío de producción ante una demanda importante de consumo de azúcar, donde Brasil se insertó por detrás de Cuba y

⁴⁹ Antes de 1650, la demanda exponencial de mano de obra esclava se localiza hacia la América española, en los años en donde Portugal formó parte de España, manteniendo el monopolio del comercio Atlántico (1580-1640). Cuando éste pasa a manos de Holanda —tras invasiones a las fortalezas portuguesas en África (1609-1638), en el marco de la guerra entre Holanda y España—, es que se relocaliza la demanda hacia Brasil. Este monopolio fue irrumpido, a su vez, por Francia e Inglaterra en 1652, quienes con sus colonias en Santo Domingo y Barbados dejaron de depender comercialmente de Holanda (Cfr. Klein y Vinson, 2016:69-79).

⁵⁰ Rio de Janeiro comienza a tener tal relevancia que, para 1763, la capital se traslada ahí desde Salvador de Bahía, convirtiéndose en el «núcleo urbano más poblado de Brasil» (Klein y Vinson, 2016:69-91).

Puerto Rico. Y, la más importante, posibilitó el acenso de una región productora de café que concilió la demanda de este producto —cubierta por Haití desde principios del siglo XVIII— en Europa y Estados Unidos.⁵¹ De esta manera se presentó un escenario con la emergencia tardía de un nuevo tipo de cultivo que dominó rápidamente el mercado mundial, reanimando a su vez el flujo de esclavos en un contexto donde, por el contrario, permeaban las aboliciones.⁵²

La huida de esclavos presenciada a lo largo de estos ciclos económicos tiene una importancia trascendental.⁵³ Como lo interpreta Dos Santos Gomes: quilombo «[...] es sinónimo de transgresión al orden esclavista» (2015:16). Esta trasgresión se entiende en varias dimensiones: en lo cultural, fueron espacios que se encontraban al margen político, religioso y lingüístico del orden colonial. Respecto a lo político, como se apuntó para el caso de Palmares, sus miembros adoptaron «[...] muchos de los elementos organizativos de la tradición africana» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:90); sobre lo religioso, se piensa que durante los primeros años de esta experiencia, los quilombos se caracterizaron por «[...] un sincretismo interafricano que desembocó en la creación de nuevas formas culturales basadas en diversas creencias, ideas y prácticas de los grupos africanos que componían la población originaria» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:131), en ese sentido, no suena descabellado el relato de un capitán holandés que hacia 1645 dijo haber atestiguado, en Palmares, prácticas cristianas e incluso el hallazgo de una iglesia dentro de su territorio, pues «[...] para buena parte de los pueblos africanos esclavizados, mantener sus creencias ancestrales no implicaba la negación de la nueva religión "aprendida" en plantaciones y ciudades, recreada posteriormente en los quilombos» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:131); este mismo sincretismo se observa en el ámbito lingüístico, cuya base de «principios gramaticales afri-

⁵¹ La producción cafetalera en Brasil la abanderó Rio de Janeiro desde 1821 hasta 1870, y se extendió por Minas Gerais y São Paulo. Este último tomó la delantera desde 1880, cuando los cultivos de café llegaban hasta Paraná. Brasil fue, desde 1840, el exportador número uno del mercado mundial (Cfr. Klein y Vinson, 2016:135-138).

⁵² En cuanto a datos estadísticos, Darcy Ribeiro da una cifra estimada de 3 216 800 de esclavos ingresados a Brasil durante estos poco más de tres siglos, sin embargo, supone que esta cifra se sitúa por debajo de la verdadera debido a «[...] el contrabando y la ocultación de contingentes esclavos para evitar el pago de impuestos, lo que hace suponer que le número real bien podría aproximarse hasta el doble de lo señalado» (1999:139). Por su parte M. Buescu, aplicando una «tasa de reposición», calcula la cifra de 6 352 000 de esclavos traficados entre 1540 y 1860 (en Ribeiro, 1999:139).

⁵³ Aunque algunos ciclos productivos tuvieran más relevancia en función de la temporalidad, es importante tener en cuenta que estos se produjeron de manera simultánea: el oro desde finales del siglo XVII con un auge que duró 75 años, al mismo tiempo en que el azúcar entró en crisis, sin desaparecer; el café, por su parte, conocido desde el siglo XVIII no tuvo su auge sino hasta el siglo XIX (Cfr. Klein y Vinson, 2016:78-81).

canos» fue fusionada con «[...] las aportaciones procedentes del mundo indígena con el que entraron en contacto y de las lenguas europeas que conocieron durante la esclavitud» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:130).⁵⁴

Otra dimensión a considerar es la económica, no sólo por el carácter de autodeterminación y por lo que la fuga representaba en términos de producción material, sino también por las muchas veces que asaltaron los caminos hacia las haciendas. Así mismo, en lo social este fenómeno podía animar a «[...] consumir un levantamiento generalizado de cimarrones y población negra esclava» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:123-124). Por último, en lo espacial los quilombos rompen con el espacio hegemónico de dominación y opresión. En este último sentido, son parte del trazo de una geografía de la libertad.⁵⁵

En la actualidad existen comunidades remanentes de quilombos, reconocidas, a partir del artículo 68 de la Constitución Federal de 1988. Las denominadas «quilombolas» son definidas como «[...] grupos étnico-raciales dotados de relaciones históricas y territoriales específicas con presunción de ancestralidad negra y su caracterización es dada siguiendo criterios de auto-atribución certificada por las propias comunidades».⁵⁶

Hasta julio de 2018 sumaban 3,045 quilombolas distribuidas por todas las regiones de Brasil (tabla 1). El reconocimiento oficial de éstas se considera una victoria política, pues representan el «grafiado histórico de la presencia negra en el territorio» (Dos Santos, 2011:164) y con ello una evidencia, histórica también, de la resistencia hacia el sistema de

⁵⁴ Darcy Ribeiro las considera como formaciones «protobrasileñas», en el sentido de que «[...] el quilombola era un negro ya aculturado que sabía sobrevivir en la naturaleza brasileña y, también, porque le habría sido imposible reconstituir las formas de vida de África» (1999:191). Se considera que esta idea no se contrapone con el argumento de situar al quilombo, como una comunidad al margen cultural de la colonia; podrán no ser comunidades puramente africanas, sin embargo, los quilombos fueron espacios que posibilitaron, en la medida de lo posible, una continuidad cultural con el continente africano, al mismo tiempo que se configuraba una nueva identidad con elementos americanos. Respecto al sincretismo religioso, «[...] los nuevos aportes [...] bien pudieron cumplir la función de elemento aglutinador de los diversos colectivos [...] y contribuir a crear los vínculos necesarios para dar vida a un proyecto común y cohesionado» (Laviña y Ruiz-Peinado, 2006:132).

⁵⁵ La geografía de la libertad se inscribe junto a la emergencia de luchas que ponen en cuestión los paradigmas hegemónicos científicos y sociales (Cfr. Walter, 2007).

⁵⁶ La definición fue extraída de la siguiente página web: <https://uc.socioambiental.org/territorios-de-ocupação-tradicional/territorios-remanescentes-de-quilombos#outras-reas-protegidas>
Sobre los criterios, el reconocimiento legal de una quilombola pasa por un proceso complejo que incluye un reporte antropológico reconstruido con historias orales de la población, mapas oficiales, certificados o lo que fuere el caso. Después del reconocimiento, el gobierno local se encarga de hacer la demarcación. La fundación Palmares, creada por el presidente Fernando Henrique Cardoso (1995-2002), es la encargada de llevar a cabo este proceso (Cfr. Britto, 2006).

explotación esclavista. Para Rita Segato es, de hecho, el único territorio en la actualidad donde se participa de una cultura o tradición diferenciada (Cfr., 2007:133).

Quilombolas reconocidas en Brasil

Tabla 1

Región/(estados que la suscriben)	Quilombolas
Centro-Oeste (Goías, Mato Grosso, Mato Grosso do Sul y Distrito Federal)	143
Sur (Paraná, Santa Catarina y Rio Grande do Sul)	178
Sudeste (Minas Gerais, Rio de Janeiro, Espírito Santo y São Paulo)	448
Norte (Acre, Amapá, Amazonas, Pará, Rondônia, y Tocantins)	356
Nordeste (Alagoas, Bahia, Ceará, Maranhão, Paraíba, Piauí, Rio Grande del Norte y Sergipe)	1920

Fuente: <https://uc.socioambiental.org/territ%C3%B3rios-de-ocupa%C3%A7%C3%A3o-tradicional/territ%C3%B3rios-remanescentes-de-quilombos#outras-reas-protegidas>

2.1.2. Construcción de la nación y debate sobre la blanquitud

El último ciclo económico de plantación en Brasil, el cultivo del café, se desarrolló en un siglo de coyuntura política importante. Por un lado, la transición de la monarquía a la república (1889) trajo a colación el debate menester de todos los países del siglo XIX: la construcción de los Estados nación. Por otro, se acercaba la crisis de la institución esclavista, aquella que por más tres siglos fuera el pilar productivo de la colonia portuguesa y que en la monarquía independiente (1822-1889) siguió predominando como principal fuerza de trabajo cafetal (Cfr. Klein y Vinson, 2016:139). En ese escenario, la intelectualidad brasileña comenzó a plantearse el papel de la emergente población libre en la futura nación, privilegiando la inmigración.

En Brasil, la Corona portuguesa había recurrido a la inmigración desde el siglo XVIII, cuando estableció familias de agricultores en zonas de frontera procurando resguardar los límites territoriales (Cfr. Velasco, 2015:34). En el mismo sentido, entre 1808 y 1821, grupos de alemanes, azoreanos y suizos fueron distribuidos en los estados de Espírito Santo, Rio de Janeiro y Santa Catarina con el propósito de poblar (Cfr. Tucci, 2009:60). Sin embargo, el escenario que acompañó el cierre del tráfico transatlántico en 1850 con la ley Eusebio Queiroz, supuso repensar la inmigración en un nuevo sentido: qué tipo de trabajador era el más «adecuado» para Brasil.

Este cierre generó una dislocación geográfica de la población esclava hacia la región cafetalera. Así mismo, anticipando la abolición, muchos hacendados, principalmente de la

provincia de São Paulo, comenzaron a «[...] ensayar nuevas formas de reclutamiento de mano de obra con trabajadores asalariados» (Klein y Vinson, 2016:139); la mano de obra reclutada fue traída desde Europa.⁵⁷ Esta inmigración se entiende a la sombra de la conformación de la «modernidad capitalista», cuyo eco de la blanquitud llegó a las élites intelectuales de un país que estaba por gestionar su identidad nacional.⁵⁸

Dicho contexto es relevante a sobremanera. Y es que según Rita Segato, el «carácter de las identidades», «[...] dependiente de las culturas nacionales [...] impacta también [en] la percepción de raza y de la diferencia en general [...]» (2007:136). De esta manera, el proceso de construcción nacional, en la «instauración de su idiosincrasia», crea sus propios significativos:

[...] todo estado —colonial o nacional— es otrificador, alterofílico, y alterofóbico simultáneamente [...] cualquier proceso político debe ser entendido a partir de este proceso vertical de gestación del conjunto entero y del arrinconamiento de las identidades, de ahora en adelante consideradas “residuales” o “periféricas” de la nación. (Segato, 2007:138).

Se trata del «[...] proceso de producción de alteridades como resultado de la entronización de un grupo en el control de las instituciones llamadas “estatales” [...]» (Segato, 2007:138). Este grupo —las oligarquías nacionales—, a partir de un discurso homogeneizador, buscó borrar la diferencia (Cfr. Carranza, 2017:66).⁵⁹ La diferencia/distinción —de la que se habló en el apartado 1.1.— no es sino identidad, en el sentido de que corresponde

⁵⁷ Cerca de 364 familias suizas y alemanas arribaron para trabajar en la hacienda Ibicaba, propiedad del senador Vergueiro, en São Paulo, por ejemplo. Sin embargo, la europea no fue la única migración registrada en este contexto. Entre 1854 y 1855, también arribaron chinos para trabajar como mano de obra asalariada; éstos fueron considerados como elementos de trabajo provisionales en la espera del arribo de trabajadores europeos (Cfr. Tucci, 2009:60).

⁵⁸ Bolívar Echeverría define «modernidad capitalista» como aquella identidad humana moderna basada en dos premisas: un alto grado de productividad y una serie de rasgos visibles de apariencia «blanca». La concretización de esta identidad, inicialmente individual, se cristaliza en la «identidad nacional»; y es que «[...] la constitución fundante [...] de la vida económica moderna fue de corte capitalista-puritano, y tuvo lugar *casualmente* [...] sobre la base humana de las poblaciones racial e identitariamente "blancas" del noroeste europeo [...]» (2010:59-60). Por otro lado, la «blancura» de la «modernidad capitalista» se entiende como una serie de rasgos identitarios que van desde la «[...] apariencia física de su cuerpo y su entorno, limpia y ordenada, hasta la propiedad de su lenguaje, la positividad discreta de su actitud y su mirada y la mesura y compostura de sus gestos y movimientos» (Echeverría, 2010:59) En ese sentido, «[...] individuos de color pueden obtener la identidad moderna sin tener que "blanquearse"»; es decir, la blancura racial se relativiza (Cfr. Echeverría, 2010:62). En cambio, por blanquitud se entiende «[...] un retorno a la exigencia de una blancura racial [...]» (Echeverría, 2010:67-68).

⁵⁹ Las naciones fueron «[...] entendidas por el liberalismo como entidades que traspasan los regionalismos en un territorio delimitado por leyes y que procuran un resguardo fronterizo (impuesto artificialmente) entre los pueblos» (Carranza, 2017:73).

a «[...] lo propio de cada ser humano, grupo, sector, comunidad, pensamiento, etcétera. Es lo que permite la distribución de los agentes [...] en el espacio social; [...] es un elemento que particulariza [...]» (Carranza, 2017:66). Con ello se entiende que los Estados nacionales, en sus pretensiones por homologar, terminaron por minimizar la diferencia; lo que en el sentido político equivale a excluirlas. En Brasil, la distinción con base en atribuciones «raciales» fungió como elemento alterizador significativo.

En ese sentido, en el ámbito político y científico se presenció la emergencia de un discurso racista desde la década de 1860, y se fue intensificando en la medida en la que se aproximaba la abolición de la esclavitud y con ello la emergencia de lo que pasó a ser un problema: el «problema del negro». Sin embargo, es pertinente señalar que el debate se entiende regionalmente. Pues, a decir de Florestan Fernandes, dos cosas suceden después de la abolición en función del escenario: 1. en regiones en decadencia económica o con poca mano de obra, el liberto se mantiene en las haciendas como «*mano-de-obra-nacional*» (2008:54) y 2. en regiones con abundante mano de obra agrícola, principalmente extranjera, los libertos son excluidos, priorizando a los primeros (Cfr., 2008:51). Esto no quiere decir que la construcción de atribuciones negativas no afecte a la población afrodescendiente en general, pero sí que la constante de este proceso tendrá como principal escenario la región sudeste del país, debido a la extemporaneidad del auge cafetalero.

El «problema del negro», dejó «[...] de ser algo que afectase la situación de los libertos para surgir como un dilema económico nacional» (Fernandes, 2008:51). Su discurso, estaba respaldado en las teorías raciales europeas que, cabe mencionar, tuvieron resonancia en toda Latinoamérica (Cfr. Velasco, 2015:34-35). Estas teorías jerarquizaban la sociedad con base en el color de piel y consideraban la mezcla entre «razas» como «fuente de decadencia para la raza superior» (Velasco, 2015:33).

Desde 1866, con el surgimiento de la Sociedad Internacional de Migración en Rio de Janeiro (Cfr. Velasco, 2015:34), comenzaron a destacar personajes cuya aspiración por un proyecto civilizador contemplaba la mano de obra europea. Entre ellos Aureliano Cândido Tavares Bastos y Louis Couty, en ambos confluyen ideas sobre la superioridad del sujeto definido como blanco frente al sujeto definido como negro atravesadas por las venta-

jas de ser trabajador libre.⁶⁰ Al ser, los primeros, sujetos «portadores del ahorro y del trabajo», Couty propuso, incluso, que se les brindaran tierras fértiles para convertirlos en pequeños propietarios (Cfr. Velasco, 2015:44); de aquí que seguidores de éste crearán la Sociedad Central de Inmigración (1883-1891) en Rio de Janeiro, con el propósito de fortalecer la pequeña propiedad a partir de la inmigración blanca (Cfr. Velasco, 2015:45).

En ese sentido, para ambos el sistema de esclavitud era concebido como una «alteración completa del orden natural del trabajo» (Velasco, 2015:36), por lo que tenía que ser abolida de manera gradual para no desestabilizar la economía del país. Sin embargo, como la libertad del sujeto negro «[...] no engendraba proyectos e iniciativas propias, sino que esta[ba] inscrita dentro de la toma de decisiones del antiguo propietario» (Velasco, 2015:42), se tenía que recurrir al mestizaje, a partir de la inmigración, para desplazar a la mayoría negra del porcentaje total de la población.

Esta idea la desarrolló a profundidad el «intelectual» Sílvio Romero, uno de los sucesores del pensamiento de Aureliano Tavares, quien apuntó: «[...] si bien el mestizaje los hacía inferiores, éste les permitiría transitar hacia la blanquitud [...] el inmigrante cumpliría con su misión de salvar al brasileño de su inferioridad racial, al corregir sus males y encaminándolo hacia el progreso y la civilización» (Velasco, 2015:40). A pesar de la fuerte carga racista visible en estas propuestas, el *boom* del pensamiento racista más radical no se conoció hasta después del contexto de la abolición en 1888 y la proclamación de la República (1889).

Teorías fundadas en el evolucionismo y darwinismo social que incluso ya habían sido refutadas en Europa «[...] acabaron sirviendo a los intereses de las élites agrarias y de las clases medias urbanas» (Tucci, 2009:65); se trató del escenario donde los discursos «racial» y nacional «[...] se entretejían constantemente» (Velasco, 2015:51). Y es que «la productividad del trabajo como síntoma de la santidad moderna y como "manifestación" del "destino" profundo de la afirmación nacional pasó a incluir, como acompañante indispensable, a la blancura "racial" y "cultural" de las masas trabajadoras» (Echeverría, 2010:60). Se trató así, de una necesidad histórica por reconfigurar las relaciones de trabajo en las haciendas (Cfr. Fernandes, 2008:51); porque la productividad del trabajo libre no era compatible con

⁶⁰ Aureliano Cândido Tavares Bastos (1839-1875) fue oficial de la Secretaría de Marina y diputado. Louis Couty (1854-1884) fue médico de origen francés que llegó a Brasil en 1878 como profesor de Biología Aplicada en la Escuela Politécnica de Rio de Janeiro. Mónica Velasco rescata los nombres de otros intelectuales como Luis Pereira Barreto y Domingo José Nogueira Jaguaribe Filho (2015).

el régimen servil. Empero, el proceso no se orientaba en convertir al esclavo en trabajador libre, sino en substituirlo por el extranjero; es decir, por el blanco (Cfr. Fernandes, 2008:52).

De esta manera, la ideología abolicionista fue estratégicamente manipulada «[...] en función de los intereses y de los valores económicos, sociales y políticos de los grandes propietarios que poseían haciendas en las regiones prósperas y concentraban en sus manos las complicadas ramificaciones mercantiles, bancarias y especulativas de la exportación del café» (Fernandes, 2008:55); no es gratuito que los hacendados hayan impulsado activamente el abolicionismo —como sucedió en São Paulo y se verá en el capítulo 3. Así mismo, este movimiento, así como las rebeliones en las *senzalas*, otorgaron

[...] una cobertura moral extremadamente ventajosa a los círculos sociales que encontraron condiciones para canalizar y capitalizar políticamente las insatisfacciones contra el “antiguo régimen”. Mas, lo que se hizo [...] fue romper las barreras que detenían la afluencia de mano-de-obra-extranjera, reprimían el desarrollo del trabajo libre y paralizaban los brotes progresistas de la libre-iniciativa (Fernandes, 2008:56).

En ese sentido, abolición y República son parte de una misma táctica política cuyo interés último es la integridad de los libertos. En contrapunteo, la prioridad, y eventual problema, era, como lo apuntaba Couty, «poseer inmigrantes y no convertirlos en ciudadanos» (en Fernandes, 2008:52); de tal manera que el extranjero —europeo— no sólo representó la substitución de la mano de obra en las haciendas, sino la necesidad de transformar «[...] sus bases materiales y morales [...]» (Fernandes, 2008:407) de tal manera que el régimen del trabajo libre permitiera al trabajador, así como al hacendado, ser ciudadano y votante, bajo las mismas regalías políticas (Cfr. Fernandes, 2008:52). Se trata, en resumen, de la cristalización de la «modernidad capitalista» sugerida por Bolívar Echeverría.

La situación de la inmigración en Brasil había sido llevada a instancias mayores. En el último decenio del siglo XIX, a la par de estos discursos, habían arribado 690 365 italianos, 219 653 portugueses, 164 293 españoles y 17 084 alemanes; y entre 1908 y 1923, 32 000 japoneses fueron ubicados en las haciendas cafetaleras. Esta última población también fue contemplada en el marco de los discursos racistas y, más en específico, en el proyecto eugenésico (Tucci, 2009:71-72).

En ese sentido, es importante considerar el respaldo biológico del discurso racista, pues proyectos de arianización y esterilización fueron propuestos por eminencias de las

facultades de medicina de São Paulo y Rio de Janeiro, como Paulo C. Azevedo Antunes y Geraldo de S. P. Andrade Junior. Así mismo, se destaca a Renato Kehl quien propuso se legislara en materia de salud y matrimonio, añorando una política eugenésica al estilo del Reich alemán (Cfr. Tucci, 2009:75-77). En esa misma línea, políticos como Fidélis Reis y João Faria elaboraron proyectos de ley, en la Cámara de Diputados de Minas Gerais, para vetar y restringir la inmigración «negra y amarilla» (Cfr. Tucci, 2009:73). También sobresale Miguel Couto, presidente de 1914 a 1923 de la Academia Nacional de Medicina, creador de la Enmienda 21 encaminada al mismo propósito (Cfr. Velasco, 2015:51).

Este pensamiento encontró continuidad en el gobierno de Getúlio Vargas (1930-1945); justificado por la medicina, la asociación entre progreso y blancura racial se trasladó al ámbito de la moral, en ese sentido, un debate relevante fue aquel que se suscitó en torno a la elaboración de la Constitución de 1934, donde la propuesta de eugenesia como vía hacia el blanqueamiento tuvo varios adeptos. A su vez, el Estado Novo coordinó un proyecto migratorio de carácter «nazi-facista».⁶¹ Al mismo tiempo que estructuró, hacia el interior, un discurso que «[...] adelgazaba los límites entre lo biológico y lo social» (Tucci, 2009:79), clasificando a la población en elementos deseables o no deseables:

[...] mediante analogías se señalaba a los negros, los pobres, las prostitutas, los criminales, los japoneses y los judíos como los responsables de las enfermedades degenerativas y las epidemias, y se les clasificaba en una escala racial inferior. La eugenesia se presentaba, por lo tanto, como una matriz ideológica adecuada para la interferencia en el mundo social, puesto que definía, con base científica, el concepto de razas puras e impuras, perfectos e imperfectos, capaces e incapaces. Al nivel del imaginario colectivo, estas ideas configuraban la imagen de una sociedad organizada en torno a antítesis que clasificaban a los ciudadanos como “buenos” o “malos”, dado que toda vida orgánica supone jerarquía (Tucci, 2009:79-80).

Sin embargo, el debate sobre las naciones modernas contempló no solamente la cuestión poblacional —qué tipo de determinaciones deben tener los ciudadanos que conformarán la emergente nación o, más bien, qué tipo de determinaciones deben cumplir para acceder a la ciudadanía. El territorio es otro de los pilares del debate y en él también confluyen los discursos racistas que hicieron escuela en Brasil.

⁶¹ El Ministerio de Relaciones Exteriores «[...] tomó una postura contraria a la entrada de judíos y gitanos refugiados del nazismo o sobrevivientes de los campos de concentración» (Tucci, 2009:84). Este pensamiento se codificó en un lenguaje que permitía a las autoridades de inmigración identificar a los elementos deseables y no deseables para Brasil: europeo=blanco, semita=judio, católico no ario=católico con antecedentes judíos, ario=raza deseada, japonés=«peligro amarillo» (Tucci, 2009:81).

En primera instancia es preciso contemplar que la noción de espacio se reconfiguró en la modernidad. Según Michel Foucault, en la Edad Media el espacio era comprendido

[...] sobre la óptica de la localización, del establecimiento de una jerarquía de lugares estáticos, inmóviles, organizados en dirección vertical, tendiendo hacia arriba, para lo divino, en la modernidad pasa a ser visualizado principalmente sobre la óptica de la extensión, del movimiento, del dislocamiento, una organización que privilegia la horizontalidad [...] la concepción colonial del espacio, se piensa como un vacío a ser ocupado (en De Albuquerque, s.f.:11-12).

Esta noción, ya ejercida desde la colonia en el sentido de la expedición, la conquista y el reclamo para sí de un territorio más allá de su población aborigen, pasó a ser eje discursivo —en la narrativa histórica— y delimitador de la identidad nacional. En ese sentido, el proyecto inmigratorio también se pensó como un proyecto de ocupación y blanqueamiento territorial (Cfr. Dos Santos, 2011:161); a partir del cual se configuraron imaginarios referentes a regiones de progreso y atraso, que en el pensamiento racista se explicaban y reafirmaban a partir de las determinaciones de la población.

Para Aureliano Tavares, por ejemplo —cómo si no existiese un precedente histórico importante—, la supuesta superioridad del sujeto blanco podía verse reflejada en el territorio brasileño si se comparaba al estado de Río Grande do Sul con Bahía: el primero, al estar constituido en su gran mayoría por colonos europeos, gozaba de una agricultura y comercio prósperos, incluso se caracterizaba por estar siempre en busca del progreso: «[...] hace poco se introdujo la cultura del viñedo y la fábrica de su precioso color [...] el colono es labrador y fabricante al mismo tiempo [...]» (Velasco, 2015:37). Todo lo contrario a la situación en Bahía constituida, en su gran mayoría, por población de origen africano y caracterizada por su poca abundancia agrícola.

De aquí que el sujeto negro constituyese «[...] el elemento de retroceso de nuestras industrias» (Velasco, 2015:37), pues no solamente en el campo mermaba el progreso y el desarrollo de Brasil, en el ámbito urbano «[...] intimidaba a la inmigración, pues disminuía la posibilidad de trabajo para los extranjeros [...]» (Velasco, 2015:38). Esto es de suma importancia; ya que, si bien se configuró y reafirmó la idea de que el «elemento negro» representaba la antítesis de progreso, éste adquiriría mayor peso tratándose del espacio urbano, epítome del desarrollo —como se explicará en el siguiente apartado.

Otro ejemplo de prejuicio racial ligado al territorio se encuentra en el argumento de Belisario Penna, miembro permanente de la Comisión Central de Eugenesia que como de-

fensor de la misma lamentaba que la esclavitud haya dispersado a los negros —«individuos ignorantes y bracos» (Tucci, 2009:80)— en «[...] todas direcciones, entregados “desenfrenadamente al alcohol y las orgias, si la más mínima noción de higiene”» (Tucci, 2009:80). En sus palabras no sólo es posible identificar su malestar por el esparcimiento, también se percibe un prejuicio de carácter moral y sexual.⁶²

En el cruce del espacio y la «raza», el Estado realizó un interesante ejercicio a partir de una herramienta geográfica: «la producción de mapeos sistemáticos [...] para demarcar la distribución de los grupos raciales, evaluados según sus especificidades a lo largo de todo el territorio nacional. Tales iniciativas fomentaron el culto a un patrón de belleza considerada “civilizada”, “aria” y “cosmopolita” [...]» (Tucci, 2009:79), llevando a cabo, incluso, campañas de orientación matrimonial en el sentido de qué tipo de marido o esposa er más conveniente elegir. Al respecto, así como el médico, el rol social de la mujer construido en el marco de la familia y el hogar fue otro eje fundamental del proyecto eugenésico.⁶³

En este sentido, se hace hincapié en la importancia de la noción espacial en la demarcación de la idea sobre lo nacional.⁶⁴ Y sobre un Estado nación, en particular, que influenciado por la ideología de la blanquitud elaboró prejuicios sobre una población que no solamente emergía de una situación de subordinación desmedida, sino que también encarnaba la antítesis de todos esos valores considerados necesarios dentro del proyecto nacional.

La existencia de estos prejuicios, edificados desde el Brasil de la Primera República, encuentra un continuum después de la Independencia. Lo mismo con la «[...] idea de la jerarquización dentro de la sociedad, así como de la participación ciudadana de unos cuantos» (Velasco, 2015:51). Este argumento resulta clave para hilar la explicación —que al parecer pocos intelectuales en la época se atrevieron a reflexionar— que atañe al «problema

⁶² Según Frantz Fanon, en «El negro y la psicopatología», la fobia hacia el negro se fundamenta en lo biológico, en lo sexual (Cfr. 2009).

⁶³ «La mujer se presentó como depositaria natural del embrión que habría de garantizar el futuro de la nación [...] posible matriz que reproduciría una prole saludable y hermosa» (Tucci, 2009:78).

⁶⁴ La culminación de la importancia de la dimensión espacial para el caso del Estado brasileño la que abandonó la ideología geográfica del Estado Novo, misma que después de 1930 reorganizó el espacio de forma autoritaria, reprimió «[...] las manifestaciones nacionalistas que surgieron desde el final del siglo anterior, al mismo tiempo en que cre[ó] el Consejo Nacional de Geografía, después IBGE, para trazar la primera división regional oficial del país, la de 1941 [...] la nación pas[ó] a ser vista como la sumatoria de sus realidades regionales, articuladas alrededor del poder central» (Albuquerque, s.f.:13). Esta división fue reformada en 1969 (Cfr. De Resenes, 2012:173-174) y corresponde a la actual regionalización conformada por las cinco grandes regiones mostradas en la tabla 1.

del negro», no como resultado de una cuestión biológica, sino la de enfrentar «[...] problemas sociales para acceder a mejores oportunidades» (Velasco, 2015:48).⁶⁵

Y es que la cuestión del acceso tuvo un antecedente importante. Después de la Independencia se quería evitar la fragmentación del territorio —como lo ocurrido con las colonias españolas—, en este sentido

la preservación de la estructura agraria heredada de la colonia y su reconocimiento jurídico definitivo, con la Ley de Tierras de 1850, aliada al mantenimiento de la esclavitud como relación de producción básica, es lo que da unidad ideológica a las élites gobernantes, que tienen, por tanto, en su conexión con la tierra, la valorización de la propiedad de la tierra y la desvalorización del hombre, del trabajador [...] (Stédile, 2000).⁶⁶

Es decir que, aunado al nivel del prejuicio hacia un sector de la población, se consolida una estructura social estratificada que sitúa en posiciones de ventaja y desventaja a la sociedad en su conjunto: por un lado, Brasil pasó «[...] de colonia a nación independiente y de Monarquía a República sin que se afecte el orden hacendado [...]» (Ribeiro, 1999:190); por otro, después de la caída del Imperio, las élites agrarias —ese «orden hacendado»— en su posición de dirigentes «[...] reestructuraron eficazmente su sistema de reclutamiento de trabajo, sustituyendo la mano de obra esclava por inmigrantes importados desde Europa [...]» (Ribeiro, 1999:192). Encontrándose el sujeto no blanco, en una situación de total desventaja ante el trabajador europeo ya «adaptado al régimen salarial» (Ribeiro, 1999:192). A estas circunstancias se debe agregar la traba que, *ipso facto*, desfavoreció a las clases bajas: la Ley de Tierras de 1850.

El escenario inmediato de la población de origen africano y afrodescendiente, explicado a partir de atribuciones raciales, es así descrito por María Luiza Tucci:

⁶⁵ En el marco del *boom* del pensamiento racista surgieron también intelectuales defensores del sujeto negro. Entre ellos destacan Roquette-Pinto (1884-1884), médico legista, antropólogo, etnólogo y ensayista, quien apelaba a un racismo estructural. Y Manoel Bomfim (1868-1932), médico, psicólogo, escritor, profesor, director de Instrucción Pública del Distrito Federal y diputado general por el estado de Sergipe, quien llegó a considerar la inmigración como una imprudencia, ya que los migrantes al no tener arraigo al lugar que los abrazaría obrarían siempre en su propio beneficio. Así mismo, apuntaba que «[...] los problemas de América del Sur debían analizarse a la luz de la historia y no de las teorías raciales» (Velasco, 2015:56-57).

⁶⁶ La Ley de Tierras, promulgada por Pedro II el 18 de septiembre de 1850, «[...] determinaba que solamente podría ser considerado propietario de la tierra, quien legalizase sus tierras en los registros oficiales, pagando cierta suma de dinero para la Corona. Así, la principal consecuencia social de la Ley de Tierras de 1850 fue que mantuvo a los pobres y a los negros en la condición de sin-tierra y, por otro lado, legalizó como propiedad privada las grandes extensiones de tierra, en la forma de latifundio» (Stédile, 2000).

el negro dejó su condición de esclavo para volverse proletario, mendigo, loco o excluido. Esta población, segregada en un mundo pobre en oportunidades, sobrevivió trabajando en empleos pocos calificados, al tiempo que prefirió identificarse con el proceso de blanqueamiento de la población que con su propia negritud (2009:70).

La incorporación del negro a la sociedad de clases debido —a decir de Fernandes— a la ausencia de «[...] impulsos económicos, sociales y políticos que orientaran la formación y desarrollo ulterior inmediato del régimen de clases [...]» (2008:302) devino en que el destino de la «población de color» terminara «[...] entregado a las potencialidades dinámicas de un equipamiento adaptativo e integrativo básicamente modelado para funcionar en la sociedad de castas [...]» (2008:302). Es decir, no hubo una transición gradual —como se detallará con el caso de São Paulo— que permitiera la incorporación del liberto al nuevo sistema como agente común (Cfr. Fernandes, 2008:47); pues no solamente fueron desplazados de aquellos trabajos que históricamente desarrollaron en las haciendas, sino que los sujetos blancos no abonaron a una reparación social, lo que sobrevino en una marginalización (Cfr. Fernandes, 2008:35).

Sin embargo, esta estratificación no termina de explicarse sin la naturalización cultural de la sumisión; elemento clave para entender la consolidación del fenómeno. Pues, a decir de Evelina Dagnino, la sociedad brasileña es autoritaria en sí misma, en el sentido de que ha ido desarrollando «[...] un elemento de jerarquización asumido culturalmente [...]» (en Carranza, 2017:277), que trae como resultado «[...] la “aceptación” de la diferenciación social [...]» (Carranza, 2017:277).

Para entender esto recurrimos a Pierre Bourdieu, quien explica sobre la internalización: «Existe una correspondencia entre las estructuras sociales y las estructuras mentales, entre las divisiones objetivas del mundo social —particularmente en dominantes y dominados [...]— y los principios de visión y división que los agentes les aplican» (Bourdieu y Wacquant, 2012:36). En ese sentido la epidermización —retomando a Grosfoguel (2009:263), apartado 1.2.—, como un principio de «visión y división», se internaliza y ejecuta la división de los agentes. Es así que «[...] la correspondencia entre las estructuras sociales y mentales cumple funciones políticas cruciales [...]» (Bourdieu y Wacquant, 2012:38); se tratan, pues, de instrumentos de dominación (Cfr. Bourdieu y Wacquant, 2012:36). De tal manera que la sumisión debe comprenderse como efecto de la dominación, y no como una «[...] concesión deliberada y consiente [...]» (Bourdieu y Wacquant, 2012:38) de los dominados.

Lo fundamental de esta condición, es que aumentó el nivel de inseguridad en los libertos en un momento de cambios históricos importantes. Agravando «[...] ansiedades y frustraciones que no podían ser canalizados “para afuera” ni corregidas constructivamente, a través de mecanismos psicosociales de interacción con los “otros” y de integración al orden social emergente [...]» (Fernandes, 2008:64). De aquí la idea que sostiene Florestan Fernandes de que el trabajo libre haya corrompido al orden esclavista (Cfr. Fernandes, 2008: 67). Ahora bien, ¿cómo se equipararon estas condiciones, del orden social competitivo, del campo a la ciudad? El esquema general se explicará en el resto del capítulo y se verá, con mayor detalle, al hablar de São Paulo.

2.2. Marginalización: desarrollo urbano e industrial

Desde la segunda mitad del siglo XVIII y durante el siglo XIX, la relación del hombre con el trabajo se alteró como parte de los cambios introducidos por la Revolución Industrial en Inglaterra. El desarrollo tecnológico alcanzado permitió la transición hacia la modernidad; en el sentido de que la sustitución del trabajo manual por la maquinaria aceleró el crecimiento de la humanidad en otras dimensiones: vías de comunicación, proyectos de construcción, consumo de la población, etcétera. Este punto de inflexión tuvo de escenario la ciudad. En ese sentido, la dicotomía campo-ciudad se construye como parte de esa misma transición que implicó, en ese momento histórico, el desarrollo de la economía industrial y la urbanización, frente al sometimiento del campo en función de éstos.

En los países latinoamericanos este proceso se manifestó durante el siglo XX, como consecuencia de sus condiciones de dependencia. En Brasil dicha transformación tuvo un punto de arranque: São Paulo. En primera instancia, el flujo monetario producto del café permitió partir de una incipiente industria textil y de bienes de consumo primario, al eventual proyecto económico de Industrialización por Substitución de Importaciones iniciado con el presidente Getúlio Vargas. Empero, dadas las condiciones de este brote de desarrollo, «con el paso de "lo antiguo a lo moderno", las diferentes regiones de Brasil se transformaron a diferentes ritmos y en diferentes direcciones» (Carranza, 2017:77); de tal manera que se consolidó un país cuyas divisiones regionales comenzaron a ser entendidas por una jerarquía económica, generando regiones de pobreza y de riqueza.

Sin embargo, el modelo de desigualdad pasa también a reproducirse en la ciudad; los avances tecnológicos, aunados al proceso migratorio como efecto del crecimiento polarizado, terminaron por marginalizar a una porción de la mano de obra industrial (Cfr. Carranza, 2017:78). Esta marginalización no sólo es laboral; pues si el trabajo, como eje fundamental en el desarrollo social, es intervenido por un proceso de rechazo sistemático, como efecto secundario se tiene una exclusión a nivel político y también espacial. Cómo se desarrollaron los afrobrasileños y qué espacios fueron ocupando —desde la ciudad colonial hasta la ciudad industrial— en el marco de este proceso, será descrito en el apartado 2.2.1.

Por otro lado, en el apartado 2.2.2. se explicará el reacomodo de la división internacional del trabajo bajo la nueva consigna hegemónica de la economía: el neoliberalismo; este reacomodo deberá ser leído considerando el carácter *sui generis* del capitalismo latinoamericano.⁶⁷ Para entender el cambio de paradigma, será necesario explicar el declive industrial presenciado desde finales de la década de los sesenta y la intervención del proyecto político dictatorial que silenció, mediante la represión y la violencia, la protesta de una ciudadanía agitada debido a la inviabilidad del proyecto de vida a la que fue condenada. Este precedente es importante, ya que desde el momento en que el régimen comienza a perder legitimidad y las propuestas democráticas comienzan a generar ruido, un proyecto hegemónico fue el que termino dirigiendo el cambio:

La consolidación de un modelo económico, político e ideológico sustentado en el libre comercio del siglo XIX, con un discurso que proponía un solo camino democrático capitalista, llamado neoliberalismo. Ese discurso se colocaba como "opositor" a las dictaduras, pero en el proceso redemocratizador sólo cabía la democracia representativa, es decir, la que se construye y se aplica "desde arriba" (Carranza, 2017:83).

Si bien en este apartado no se referirá a la situación de los afrobrasileños en particular, se vuelve imprescindible para comprender los cambios en el modelo de segregación socioespacial presenciados desde la década de los ochenta. Se tratará, así, de explicar la

⁶⁷ Según Ruy Mauro Marini, sobre el proceso de industrialización en América Latina, «lo que habría que decir es que, aun cuando se trate realmente de un desarrollo insuficiente de las relaciones capitalistas, esa noción se refiere a aspectos de una realidad que, por su estructura global y su funcionamiento, no podrá nunca desarrollarse de la misma forma como se han desarrollado las economías capitalistas avanzadas. Es por lo que es más que un precapitalismo, lo que se tiene es un capitalismo *sui generis* que sólo cobra sentido si lo contemplamos en la perspectiva del sistema en su conjunto, tanto a nivel nacional como, y principalmente, a nivel internacional» (en Carranza, 2017:78 y 79).

transición —en cuanto a producción de las ciudades— de ciudad industrial a ciudad neoliberal latinoamericana; resultado del proceso de transformación entre el trabajo y el capital. En ese sentido, la transición principal es la que va del fordismo al toyotismo —donde las relaciones con el espacio, también se transforman. La primera consiste «[...] en la incorporación de la banda de producción en las fábricas para la aceleración del tiempo de producción y, por lo tanto, para la reducción de costos [...]» (Carranza, 2017:229); la segunda en «[...] la modificación de contratos, actividades y condiciones de los trabajadores, con la misma intención de reducir los costos de producción y acelerar la acumulación del capital [...]» (Carranza, 2017:229 y 230).

Aunque las consecuencias de estos modelos de «desarrollo» tiendan a desfavorecer a la población más pobre, y a enriquecer al segmento cada vez más rico y más pequeño de la población, la especificidad étnica será visibilizada a grandes rasgos en el apartado 2.3.; y en particular, con el caso de São Paulo, en el tercer capítulo.

2.2.1. 1930-1980: formación del modelo de segregación centro-periferia

Dándole continuidad a lo que se ha planteado en este capítulo, es predecible afirmar que el evento precedente al éxito y declive de la agroexportación, fuera el proceso de industrialización. La situación del descendiente de africano, así como de los diferentes grupos que se adhieren —al menos en el sentido territorial— a la nación brasileña, va cambiando al tiempo en que los espacios y la economía lo van también.

El orden social estratificado se sostiene en la base de más de tres siglos de esclavitud, la consolidación de un sistema de prejuicios explicado a partir de atribuciones raciales y la interiorización de los mismos por parte de los dominados; así como por la ejecución de un proyecto nacional que en su intención por homogeneizar, termina por excluir. Sin embargo, el escenario está por cambiar. La decadencia del café presenciada desde 1930 relocalizó las fuerzas productivas y las dinámicas sociales, convirtiendo a la ciudad en protagonista de un nuevo desarrollo. Pues ahora será en ésta, y no en el campo, donde se situarán las nuevas y revolucionarias actividades económicas.

En principio, cabe señalar que en América antes del desarrollo agrícola es el asentamiento urbano. En ese sentido, los colonos «[...] desdeñarán trabajar por sus propias manos y simplemente dominarán a los indios que les son encomendados o a los esclavos que

comprende. Pues el ideal fijado desde los orígenes es el de ser urbanos, por insignificantes que sean los asentamientos que se ocupen [...]» (Rama, 2004:50-51); y, como ejecutores de un orden, las ciudades «se fundan y desarrollan» regidas por una «razón ordenadora que se revela en un orden social jerárquico transpuesto a un orden distributivo geométrico. No es la sociedad, sino su forma organizada la que es transpuesta; y no la ciudad, sino su forma distributiva» (Rama, 2004:38).

Es decir, según Ángel Rama, la transplatación de la ciudad en cuanto a orden y distribución planificada desde Europa contenía, desde antes de su ejecución, la aspiración de un modo de vida desplegado en un «orden social jerárquico»; sólo viable por dos momentos históricos: el primero, cuando el signo se separa de las cosas (Cfr., 2004:45); el segundo, cuando existe un «punto de máxima concentración del poder» (2004:39). El plano urbano en damero aseguraba, de esta manera, un «régimen de transmisiones; de lo alto a lo bajo» (2004:41).

Como se explicó en el punto 1.3., la distribución social en el espacio urbano latinoamericano se correspondió con el plano de la ciudad europea —no en vano Rama define al plano como el «mejor ejemplo de modelo cultural operativo» (2004:43)—, aunque no pueda hablarse de un traspaso puro, dado que «no es la sociedad, sino su forma «organizada» y no es la ciudad, «sino su forma distributiva», las que son trasplantadas. Sin embargo, la permanencia de una estructura perennemente jerarquizada es plausible por el «orden de los signos» que se sitúa por encima de la vida material y transmutable de la ciudad: «mientras el signo exista, está asegurada su propia permanencia, aunque la cosa que represente pueda haber sido destruida» (Rama, 2004:45).

En este sentido, las ciudades brasileñas se desarrollaron como centros desde donde se desplegó la administración de la vida colonial: comercio, defensa y «prestación de servicios a los sectores productivos» (Ribeiro 1999:169); puntos de asistencia religiosa y médica; «emporios de exportación de esclavos» (Ribeiro 1999:169) —que luego serían trasladados a las regiones agrícolas. Para tal cometido, se edificaron iglesias, conventos, fortalezas, plazas, edificios administrativos, viviendas.

En el primer siglo de la conquista se dio la fundación de importantes ciudades, como Bahía, Rio de Janeiro y João Pessoa; durante el segundo siglo, São Luis, Cabo Frio, Belém y Olinda, se sumaron a la lista; acompañadas, en el tercer siglo, por São Paulo, Mariana y Oeiras (Cfr. Ribeiro, 1999:168). Las ciudades y villas surgían en la medida en que

«[...] la población aumentaba y se concentraba» (Ribeiro, 1999:171), aunado a un momento en el que emergía la necesidad de cumplir con necesidades específicas, como brindar servicios en medio de los caminos comerciales más concurridos, en los puertos de exportación o en aquellos puntos donde se desarrollaban las ferias de ganado (Cfr. Ribeiro, 1999:171).

De esta manera, la sociedad que la habitó se estructuró así: la clase alta urbana, conformada por la «alta jerarquía civil y eclesiástica» (Ribeiro, 1999:169), entre ellos, «funcionarios, escribanos y alguaciles, militares y sacerdotes —que también eran los únicos educadores y negociantes» (Ribeiro, 1999:169).⁶⁸ Después, «[...] una capa intermedia de blancos y mestizos libres, paupérrimos, procuraba sobrevivir a la sombra de los ricos y acomodados» (Ribeiro, 1999:170). Por debajo de ellos, los artesanos; y en lo más bajo de la estructura, la servidumbre esclava.

Antes de la abolición (1888), como apuntan de Oliveira y Marques de Souza, la población de origen africano y afrodescendiente que se ubicó en el espacio urbano, «día y noche, movían la estructura socioeconómica de las ciudades brasileñas» (2015). Afirmar que así como la esencia del europeo en América fue ser urbano, y por consecuencia la del africano y descendiente de africano fue ser rural, sería caer en un equívoco. Aunque se desarrollaron en las plantaciones, en las senzalas, dentro de las haciendas y en los quilombos, esto no significó que no tuvieran presencia en la ciudad o que ésta fuera irrelevante.

En las calles confluían esclavos domésticos, rentados y libertos. Los primeros fueron también conocidos como los «negros da casa grande», hombres y mujeres que se beneficiaron del contacto con los blancos; muchos de ellos sabían incluso leer y escribir, «[...] además de eso, algunos establecieron relaciones de amistad con los blancos [...] Las mujeres, a su vez, aprendieron muchas cosas sobre la administración de una casa, sabiendo cuidar de los servicios domésticos, de cocina a la costura» (Fernandes, 2008:93); otro beneficio corresponde a la herencia de ropa, misma que podía ayudar a cubrir los requisitos de buena apariencia para el mercado laboral (Cfr. Fernandes, 2008:93 y 94). En general, ya abolida la esclavitud, tuvieron mayores posibilidades de colocación que los demás; a algunos se les comenzó a conocer como los «pretos de salão» por sus trabajos de mozos y sirvientes y, según Fernandes, incluso se pudieron encontrar algunos escribanos (Cfr.

⁶⁸ Relevante fue el papel de los educadores —primero del sector sacerdotal, luego de civiles y profesionales— pues al ser «[...] dueños de la escritura en una sociedad analfabeta» (Rama, 2004:65), tuvieron la labor de «[...] llevar adelante el sistema ordenado de la monarquía absoluta, para facilitar la jerarquización y concentración del poder, para cumplir su misión civilizadora [...]» (Rama, 2004:55).

2008:94). Luego están los segundos, también denominados «de ganho», a quienes se les pagaba por hora o por día y esto posibilitaba que eventualmente compraran su propia libertad (Cfr. Rolnik, 1989:3). Sobre los terceros, hubo presencia de hombres en actividades referentes a la construcción —albañilería, herrería, etcétera—, en el transporte de alimentos de las regiones rurales a las regiones urbanas, hubo quienes limpiaban la ciudad, trabajaban como cargadores, ejercían comercio en las calles o se especializaban en diferentes oficios, como zapateros y barberos. Las mujeres se involucraban —como las que aún se encontraban esclavizadas— en el trabajo doméstico y de cuidado: limpieza, cocina, amas de leche. Así mismo, es necesario contemplar a los «negros do eito», los que aún trabajaban en las haciendas. Éstos, sin protección y sin alfabetizar, formaron el segmento «“más descalificado” y “paupérrimo” de la población negra» (Fernandes, 200:94). La importancia de esta población incrementó después del proceso de abolición que al dotarlos de movilidad estimuló su migración a las ciudades, «donde encontraban un ambiente de convivencia menos hostil» (Ribeiro, 1999:193).⁶⁹

Darcy Ribeiro ubica a la mayoría en los «barrios africanos» dentro de la ciudad (1999:293). Es también posible que se hacinaran en los *cortiços*: casas grandes con habitaciones colectivas que se ubicaban en las áreas centrales ocupadas por grupos de bajos ingresos en general, en ese sentido, se trataban de viviendas precarias; éstos, según Raquel Rolnik, pueden entenderse como «quilombos urbanos» (1989:4). Así mismo, era común que muchas de las mujeres que se desarrollaron en el trabajo doméstico vivieran dentro de las casas donde trabajaban. El desempeño de éstas fue fundamental debido a la certidumbre que implicaba el trabajo doméstico, pues la vida laboral de la población masculina estaba sujeta al empleo esporádico. En ese sentido, se configuró un tipo de dependencia sistemática hacia la mujer definida como negra

[...] en materia de alimentación, alojamiento y pequeñas cuantías para los gastos cotidianos. Por otro lado, la perpetuación de esa condición favoreció una ampliación del ocio [...] Muchos hombres se entregaron, así, a la ociosidad permanente y descubrieron, en la convivencia con otros hombres de la misma condición, un óptimo pasatiempo. Las reuniones en pequeños grupos, por las esquinas, y principalmente la concentración en tabernas hicieron de ese pasatiempo algo más atractivo [...] La contrapartida moral de esa situación de dependencia aparecía en la desmoralización creciente del negro, prime-

⁶⁹ Ya que «[...] la ciudad ofrecía también una mayor posibilidad de anonimato para los esclavos evadidos de las haciendas [...] se fue tejiendo una red de socialización y sobrevivencia negra paralela a la esclavitud» (Ronik, 1989:3). Otro antecedente importante que los dotó de movilidad fue la ley del vientre libre de 1871.

ro en su propio estilo de vida, después en la consideración abierta de los blancos. Después de la abolición no existía tolerancia alguna para "reuniones de negros" (Fernandes, 2008:97).

Esta situación es de relevancia, ya que abonó a la construcción de estereotipos morales que justificaron —como adelante se verá— la dispersión de negros y mulatos de sus puntos de encuentro dentro de la ciudad. Finalmente, otros puntos de confluencia de la población son los mercados y los espacios de las hermandades religiosas negras (Cfr. Rolnik, 1989:4). De esta manera se puede decir que, antes del contexto que está por desarrollarse, las ciudades estaban conformadas, al menos en sus áreas centrales, por una sociedad heterogénea.

Inicialmente, lo que se observa es la creación de villas y ciudades —la creación urbana—; eventualmente, el crecimiento de las mismas y de su infraestructura es a lo que se le denomina proceso de urbanización. Según Roger Bastide este desarrollo se dio a partir del siglo XVIII, cuando «la casa de ciudad se convierte en la residencia más importante del hacendado o del señor del ingenio, que sólo va a su propiedad rural en el momento del corte de la molienda de caña» (en Santos, 2005:21); la plena expansión urbana se presenció un siglo después.

En ese sentido, hasta las primeras décadas del siglo XX Brasil es concebido como un país predominantemente agrícola; así lo prueba el censo realizado en 1920, donde el 69,7% de la población económicamente activa se desarrollaba en actividades agrícolas, el 13,8% en la pequeña industria y el 16,5% en los servicios —«actividades urbanas de baja productividad» (Fausto, 2002:282)—, principalmente domésticos (Cfr. Fausto, 2002:282). Por su parte, los indicios industriales se pueden rastrear desde la mitad del siglo XIX con la industria textil de baja calidad que se desarrolló en Bahía (1866), Minas Gerais y el Distrito Federal (1885) (Cfr. Fausto, 2002:286).⁷⁰ En Rio de Janeiro la industria se desarrolló gracias a la energía de vapor y en São Paulo, desde 1870, a partir del sector cafetalero y la inmigración:

Los negocios de café lanzaron las bases para el primer brote de la industria por varias razones: en primer lugar, al promover la inmigración y los empleos urbanos vinculados

⁷⁰ Esta etapa del proceso industrial es relevante porque incrementó la producción algodonera (Cfr. Fausto, 2002:390-391); y porque fue a partir del desarrollo de esta industria, que comenzó el proceso de substitución de importaciones (ISI) que se expone.

al complejo cafetalero, crearon un mercado para productos manufacturados; en segundo, al promover la inversión en ferrovías, ampliaron e integraron ese mercado; en tercero, al desarrollar el comercio de exportación e importación, contribuyeron para la creación de un sistema de distribución de productos manufacturados. Por último [...] las máquinas industriales eran importadas y la exportación del café proporcionaba los recursos en moneda extranjera para pagarlas (Fausto, 2002:287).

Un proceso industrial similar comenzó a presenciarse en la región Nordeste con la creación de «fábricas modernas en la agroindustria azucarera» (Singer, 1987:165); «sin embargo, la pérdida del mercado externo para el azúcar brasileño arruinó, a partir de 1900, el dinamismo de la industrialización en el Noreste, región que sufrió un atraso creciente en relación al centro-sur y sur del país» (Singer, 1987:165-166).

El infortunio de esta región, históricamente caracterizada por sus plantaciones de caña sacarina, data no sólo desde la estructura de trabajo que se configuró a partir de la explotación de este recurso y que tuvo una trayectoria distinta en comparación con las plantaciones de café, sino también tomando en cuenta las siguientes circunstancias: 1) la serie de sequías presenciadas desde finales del siglo XVIII;⁷¹ 2) el devenir de la producción capitalista en el campo que debido a la «ampliación del mercado interno de alimentos y materias primas agrícolas» (Singer, 1987:182) atrajo al capital monopolista, y a través de la expropiación de predios, «colonos y semejantes fueron expulsados de las haciendas» (Singer, 1987:182); y 3) el proceso de concentración geográfica y espacial que se expondrá en los siguientes párrafos —y del que la región en cuestión no salió beneficiada.

Hasta 1920 no se había desarrollado una industria de base. Sin embargo, después de la Primera Guerra Mundial, el gobierno incentivó, paulatinamente, la industria de productos antes importados. Nacen así, de manera muy temprana, la Siderúrgica Belgo-Mineira en Minas (1924) y la Compañía de Cemento Portland en São Paulo (1926) (Cfr. Fausto, 2002:288).⁷²

⁷¹ Sobre las sequías, en la última década del siglo XVIII, la entonces Capitanía de Pernambuco —los ahora estados de Pernambuco, Paraíba, Rio Grande del Norte, Ceará, Alagoas y el occidente de Bahía— atravesó una sequía que, entre otros factores, fue configurando una estructura de pobreza entre toda la población. La devastación económica y social se agudizó con otra sequía una década después, empezando el siglo XIX (Cfr. Palacios, 1998:270). Es en este contexto que se comienzan a organizar las Ligas Campesinas (Cfr. Singer, 1987:182).

⁷² Se trata, a penas, del arranque de la estrategia económica de la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). Se debe considerar que la creación de estas dos compañías es tan sólo el inicio de un proceso de industrialización sustitutiva que se desarrollará plenamente hasta la década de los años treinta. La primera etapa de este proceso se ubica, según Paul Singer, entre 1885 y 1930 y se trata de: «*la industrialización como consecuencia secundaria de la reorganización capitalista del cultivo del café*» (1987:159). Según el autor,

No casualmente, es a partir de 1920 que se incrementa la urbanización. Desde 1890, hasta esa década, el índice aumentó de 6,8% a 10,7%, pasando de 1920 a 1940 a un 31,24% (Cfr. Santos, 2005:25); y la expansión urbana a penas estaría por comenzar. Esta pauta de desarrollo se explica por ser la industrialización y la urbanización procesos complementarios. El modelo general se entiende a partir de la dialéctica de dos premisas: por un lado, la industrialización se entiende como un

[...] proceso social complejo, que tanto incluye la formación de un mercado nacional, como los esfuerzos de equipar el territorio para integrarlo, como la expansión del consumo en formas diversas, lo que impulsa la vida de relaciones (léase terciarización) y activa el propio proceso de urbanización. Esa nueva base económica ultrapasa el nivel regional para situarse en la escala del país [...] (Santos, 2005:30).

A este esquema de oportunidad de empleos urbanos y creación, integración y distribución de un mercado de bienes de consumo y servicios, es atraída la población rural. He aquí la otra premisa: «el campo brasileño moderno repele a los pobres, y los trabajadores de la agricultura capitalizada viven cada vez más en los espacios urbanos» (Santos, 2005:11). De esta manera, la crisis agrícola se traduce en el éxodo rural, y con ello la expansión urbana.

Se trata pues, de un reacomodo a nivel de las fuerzas productivas que es, al mismo tiempo, correspondido con la disminución productiva del que había sido el escenario más dinámico, y pilar, de la economía brasileña. El mercado internacional de los productos de agroexportación se había visto afectado desde la Primera Guerra Mundial, pero fueron la crisis de 1929 y la Segunda Guerra Mundial las que afectaron de manera determinante la cabida de los productos brasileños en el exterior.⁷³ Fue este viraje en la economía internacional la que planteó la necesidad de ejecutar un plan económico basado en la conformación de una industria de base, en primera instancia.⁷⁴

esta primera etapa «[...] no pasó de ser una consecuencia secundaria de la reorganización capitalista del SME [Sector del Mercado Exterior], particularmente su parte más dinámica: la cafetalera» (1987:166). La única industria que se desarrolló en este periodo, en el sentido más amplio, fue, como ya se ha mencionado, la textil (Cfr. Singer, 1987:162).

⁷³ Entre 1931 y 1944, el presidente Getúlio Vargas destruyó los stocks de café para reducir la oferta y mantener los precios en el contexto de la crisis de 1929 (Cfr. Fausto, 2002:334). Este es el más claro ejemplo de cómo el escenario internacional afectó un producto de la economía de monocultivo brasileña, particularmente del café, que desde 1928 se encontraba en una fase de superproducción (Cfr. Singer, 1987:167).

⁷⁴ Este proceso fue abanderado por el primer y segundo gobierno de Getúlio Vargas (1930-1945 y 1950-1955, respectivamente) —tomando en cuenta el periodo de Eurico Gaspar Dutra (1945-1950), considerado como continuismo y fortalecimiento de lo iniciado por Vargas (Cfr. Dagnino, 2002:33). Aquí se ubica la segunda

En este sentido, como lo describe Celine Sachs:

por si sola la industrialización no explica el movimiento migratorio para las ciudades. Las estructuras agrarias anacrónicas, el desempleo abierto [...] y las duras condiciones de vida [...] particularmente en el Nordeste, aunados a la presión demográfica, son factores decisivos del éxodo rural. El "push rural" tiene un corolario: el "pull urbano", el mito del "Sur Maravilla", [...] que permitía intentar la suerte en el mercado del trabajo y tener acceso más fácil a la educación y a los servicios de salud (en Pereira, 2004:28).

Lo que Sachs enuncia trae a colación la conformación de un país que será identificado, a partir de este contexto, por sus desigualdades regionales. Aunque el fenómeno migratorio campo-ciudad sirva aquí para entender *grosso modo* el funcionamiento de la ciudad como polo de atracción de una población rural precarizada, es de importancia señalar, también, que se configuró un macro polo en el sur y sudeste del país.⁷⁵ Así mismo, no es casualidad, dado los antecedentes mencionados, que el mayor flujo migratorio interno, en este periodo, provenga de la región nordeste hacia las regiones mencionadas.⁷⁶

Como lo explica Paul Singer, la industrialización brasileña presenciada entre 1885 y 1930 —consecuencia secundaria de la organización capitalista del cultivo del café— «[...] proporcionó la posibilidad de aglutinar una buena parte del territorio brasileño alrededor del Estado de São Paulo, que se volvió, por eso, el centro de acumulación del capital industrial» (1987:165). A partir de ese ímpetu industrial se organizó la producción agropecuaria de Rio Grande del Sur y Santa Catarina —«zonas de colonización alemana e italiana» (Singer, 1987:165)— que al estimular la «producción simple de mercancías en el interior de esos estados» (Singer, 1987:165), activó la industria en Porto Alegre.

etapa del desarrollo industrial brasileño según la propuesta de Singer, que corresponde a «*la transición de la industrialización extensiva a la constitución de la industria de base*» (1933-1955). Esta etapa estuvo marcada por un crecimiento volcado a la integración del mercado interno, lo que motivó la creación de carreteras, ferrovías, la urbanización y la ampliación de artículos manufacturados como el automóvil y el camión de carga, así como derivados del petróleo (Cfr. Singer, 1987:178).

⁷⁵ Este reordenamiento es parte intrínseca del capitalismo mundial pues, al ser entendido «[...] como un modo de producción que divide internacionalmente el trabajo, tenemos que considerar que las regiones llamadas "atrasadas" se insertan en la globalización como entidades especializadas en alguna etapa del proceso de producción y entran en competencia (obviamente desleal y desigual) no sólo con las otras regiones del mundo capitalista, sino con otras localidades dentro de un mismo país o, incluso, dentro de una misma ciudad [...]» (Carranza, 2017:75).

⁷⁶ Desde 1872, junto con la migración de origen europeo, fue posible presenciar un incremento de la población negra ligada al *boom* cafetalero. Sin embargo, el incremento no fue exponencial hasta 1950 cuando dio inicio la migración a gran escala del Nordeste y la población negra pasó, en las regiones del Sur y Sudeste, de 54% a 60%, mientras que la población parda de 33% a 37% (esto entre 1960 y 1980). A partir del declive industrial (1980), la población negra disminuyó y la parda incrementó (Cfr. Telles, 2004:197).

A partir de la intensificación de la estrategia de Industrialización por Substitución de Importaciones con la influencia de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) —cuyo fundamento principal para promover la revolución industrial consistió en la elevación de «las barreras arancelarias para reservar el mercado interno a las industrias» (Ribeiro, 1999:176) que se instalaran— durante el gobierno de Juscelino Kubitschek (1956-1961), las desigualdades regionales se intensificaron.⁷⁷ Pues la relocalización de la capital a la recién creada Brasilia (1960), complementó «[...] la integración del territorio nacional mediante la efectiva intercomunicación de todas las grandes regiones del país, geográficamente alrededor de Brasilia [...]» (Singer, 1987:181) y económicamente alrededor de São Paulo. Darcy Ribeiro hace, al respecto, el siguiente balance:

Los resultados fueron, por un lado, altamente exitosos por la modernización que esas industrias sustitutivas de importaciones promovieron, dando dinamismo a toda la economía nacional. Por otro, se concentró tanto en São Paulo, que hizo de ese estado un polo de colonización interna, que creció exorbitantemente y coaccionó el desarrollo industrial de otros estados (1999:176).

Por otro lado, la nueva fórmula de desarrollo era intrínsecamente paradójica: «la industria se desarrolla con la creación de un pequeño número de empleos, y el terciario asocia formas modernas a formas primitivas que remuneran mal y no garantizan la ocupación» (Santos, 2005:11). En ese sentido se puede decir que no hay una correspondencia entre la oferta de empleos y la creciente ola migratoria vecinada —tanto en términos de campo-ciudad, como en términos de polaridad regional. Es aquí cuando comienza a agudizarse la estructura espacial de marginalización, consecuencia del desempleo en las grandes ciudades (Cfr. Fausto, 2002:379) y la infraestructura insuficiente.

⁷⁷ La tercera etapa de la periodización del desarrollo industrial brasileño propuesta por Singer, se corresponde con este gobierno, los breves meses en que Janio Quadros encabezó el país, así como la estancia de João Goulart en la presidencia (1961-1964); se trató de «*la expansión del capital monopolista (transnacional y estatal)*» de 1956 a 1967. Ésta se caracterizó, dicho brevemente, por la apertura del capital extranjero en la industria que había sido primariamente estatal (Cfr. Singer, 1987:185). Este hito dejó una crisis inflacionaria producto de la modernización industrial y la expansión urbana; así como un «proceso de concentración de la riqueza» (Dagnino, 2002:39). También generó la organización de los trabajadores rurales debido al descuido del campo en favor del sector industrial (Cfr. Dagnino, 2002:41). Durante estos gobiernos se intensificaron, en general, los conflictos sociales y no es menos importante mencionar la paradójica inauguración de Brasilia: «obra con explícito carácter espacial [...] delante de un país, cuya población presenta inmensas necesidades y carencias de todo orden» (De Albuquerque, s.f.:14).

Esto se explica por la transfiguración de dos procesos sucesivos: la revolución agrario-mercantil y la industrial, donde se pasó del uso de la fuerza energética del hombre al uso de dispositivos mecanizados para la ejecución del trabajo: la

[...] transformación más importante fue pasar de un sistema tecnológico de baja energía pero altamente exigente de mano de obra, a un sistema que utilizaba una tecnología mecanizada y servida por motores, cada vez menos capaz de absorber la fuerza de trabajo disponible y por ello, con tendencia a marginarla (Ribeiro, 1999:226).

En este escenario, el Estado dejó fluir el proceso de urbanización:

La creciente población que llegaba a las ciudades en este periodo se acomodaba como podía: ocupaba lotos irregulares, se afincaba en lugares desprovistos de servicios básicos (transporte, saneamiento básico, asfalto, etc.) y distantes de las regiones centrales de la ciudad, quedando expuesta a la especulación inmobiliaria, que pasaba a ser un negocio muy lucrativo en un contexto de urbanización acelerada (Dagnino, 2002:35).

Empero, dadas las condiciones en las que se lleva adelante este proceso de urbanización, no es casualidad que comenzaran a articularse los movimientos urbanos en torno al derecho a la ciudad (Cfr. Dagnino, 2002:41); pues las migraciones y la ausencia de una planeación adecuada no hicieron —como se verá en el siguiente apartado— sino acentuar los conflictos urbanos (Cfr. Dagnino, 2002:39).

Aquí aparece una nueva pauta de segregación socioespacial: la de centro-periferia. Este patrón de segregación y su expansión, se corresponde con la estructura económica explicada: el crecimiento urbano y el momento histórico, en el desarrollo de la configuración espacial de la ciudad latinoamericana, donde la población de bajos recursos deja el centro hacia la periferia; así mismo tiene que ver con la emergencia de «nuevas categorías de trabajadores» (Dagnino, 2002:29).

En cuanto a lo primero, la transfiguración de la ciudad basada en la «limpieza» de la misma —lo que provocó esta expulsión de pobres— tiene su correlato en la ideología de la blanquitud; esto significó un «blanqueo» de la ciudad, donde los territorios negros fueron «uno de los principales ejes de intervención» (Rolnik, 1989:6). Que la «limpieza» implique eliminar lo negro, tiene que ver con una sensibilidad colonizada (Cfr. Cruz, 2009); porque si la modernidad capitalista es blanca, su estética también lo es. En ese sentido, como la blanquitud también se corporaliza aquellos espacios conocidos como negros, de este momento en adelante, quedarán marcados por el estigma de la marginalización —se traten de

espacios geográficamente periféricos, o de aquellos que sobrevivieran a la purga a manera de quilombos urbanos—:

Si para la comunidad negra el lenguaje corporal es el elemento de conexión y sustento del código colectivo que establece la comunidad, para la clase dominante blanca y cristiana, la frecuencia con que se danza [...] y abraza públicamente desafía los patrones morales (Rolnik, s.f.:7).

De tal manera que, el temor que antes se configuró en torno a una insurrección de esclavos se transformó en un temor moral. El negro se presentaba, según el blanco, como «[...] una amenaza al decoro, a la propiedad y a la seguridad de las personas» (Fernandes, 2008:109). En la práctica, la represión se transfiguró «[...] del mirar vigilante del señor en la senzala, al pánico del sanitarista de visita al "cortiço" [...]» (Rolnik, 1989:15).

Es aquí cuando se constituye el devenir de los «barrios africanos» —donde los ubicó Ribeiro— en favelas. Muchas ya establecidas, muchas otras generadas a partir de la migración; la población de origen africano y afrodescendiente se instaló en las periferias de Rio de Janeiro, Bahia, São Paulo y conformaron aquellos núcleos africanos que se desarrollaron en aquello que ahora conocemos como favelas (Cfr. Ribeiro, 1999:168). Se trataban de espacios periféricos por estar «fuera de todos los reglamentos urbanísticos» (Ribeiro, 1999:179). En Bahia y Rio de Janeiro, por ejemplo, ocuparon los montes; en São Paulo, «se asientan en el terreno liso de áreas de propiedad en litigio» (Ribeiro, 1999:179).

En cuanto a lo segundo, aunque las condiciones de pobreza se extiendan sobre la población sin considerar distinciones étnicas, «investigaciones sobre las relaciones interraciales revelan que se suman, en este caso, factores de carencia de preparación del negro para integrarse a la sociedad industrial y factores de repulsión que vuelven más difícil el camino del ascenso social para las personas de color» (Ribeiro, 1999:203) —estas investigaciones se expondrán en el apartado 2.3. y con mayor énfasis en el tercer capítulo. La traba aquí se agudiza si se considera la creación de una «ciudadanía regulada», donde a partir de las «nuevas categorías de trabajadores», «[...] eran ciudadanos aquellos ocupados en actividades reconocidas y definidas por la ley» (Dagnino, 2002:31).

Tomando en cuenta que hay «pautas diferenciadoras que sólo se explican históricamente» (Ribeiro, 1999:203), es preciso señalar que, por un lado, la industrialización no eliminó «[...] la superconcentración de la riqueza, del poder y del prestigio monopolizado por el blanco» (Ribeiro, 1999:203) y, por otro lado, pervivió hacia la población de origen

africano y afrodescendiente la «[...] manutención de criterios racialmente discriminatorios [que] obstaculizan su ascenso a la simple condición de gente común [...]» (Ribeiro, 1999:203).⁷⁸ De esta manera, los factores de carencia de preparación así como los de repulsión, no son sino consecuencia de la estructura histórica atravesada por el proceso de racialización hacia la población definida como negra.

Sin embargo, antes de la reproducción sistemática de esta estructura de marginalización espacial y todo lo que conlleva —ver 1.1.2—, el «negro rural», el «negro» que migró a la ciudad —y en específico se instaló en esos «barrios africanos» de los que se habló— «encuentra negros de antigua extracción instalados en ellas, que ya habían construido una cultura propia, en la que se expresaban con un alto grado de creatividad [...] como son los sentimientos musicales, ritmos, sabores y religiosidad» (Ribeiro, 1999:193). Pues «[...] las poblaciones rurales y urbanas marginales enfrentan resistencias [...] a la transfiguración, porque unas y otras están abiertas a lo nuevo» (Ribeiro, 1995:248).

En ese sentido, para Ribeiro el «[...] el negro urbano llegó a ser lo más vigoroso y bello en la cultura popular brasileña» (1999:194); traducido en expresiones culturales como el carnaval, el culto a Yemanyá, la capoeira, en la música popular, en el fútbol, entre otras; así como el ser, identitariamente, «más brasileño de todos los componentes de nuestro pueblo [...] porque, desaffricanizado en el molino de la esclavitud y al no ser indio nativo ni blanco regnícola, sólo podrá encontrar su identidad como brasileño» (1999:194).

Esta idea, sin embargo, puede ser matizada; pues como señala Rita Segato, «[...] ser negro no significa necesariamente participar de una cultura o tradición diferenciada» (2007:133) ya que, a excepción de la circunscripción de las quilombolas, «[...] negros y blancos co-participan en tradiciones de ambos orígenes» (2007:133). El más claro ejemplo de práctica cultural inclusiva, lo encarna el Candomblé: tradición de religiosidad africana que tiende a albergar, entre sus adeptos, población blanca.⁷⁹

⁷⁸ Según datos estadísticos analizados por Darcy Ribeiro a partir del censo de 1950, «[...] había un empleador negro por cada 25 no negros y un negro por cada 30 profesionistas liberales [...] en las categorías profesionales más humildes se encontraba un negro por cada siete obreros fabriles de otros colores y lo que es muy significativo, un negro por cada cuatro trabajadores de color en el labrantío» (1999:201).

⁷⁹ «[...] las diferentes religiones de matriz africana ofrecen lo que denominé *códice* africano en Brasil como conjunto de premisas estables de una filosofía [...] ese código es mantenido por sus especialistas como un *códice abierto*, en el sentido de estar disponible (en tanto código de matriz afro-brasileña) para toda la población y cualquier visitante que pretenda hacer uso de las orientaciones que contiene. En ese sentido, no se puede decir que exista propiamente un pueblo afro-brasilero dentro de la nación [...] sino una etnicidad afro-brasilera disponible, que se dona al pueblo brasilero» (Segato, 2007:133).

En ese sentido, en lo que se refiere a ser sujeto marginal, las favelas y los territorios negros pasan a ser una forma de identidad colectiva.⁸⁰ Para un caso espacial similar, Partha Chatterjee escribe sobre Calcuta: «su argamasa es la experiencia compartida: la ocupación colectiva de un pedazo de tierra, un territorio claramente definido en el tiempo y en el espacio, y la situación de amenaza bajo la cual esta experiencia se desarrolla» (Chatterjee, 2008:130). Pues a decir de Ribeiro, «resisten tanto como pueden a los intentos del gobierno de desalojarlos y exterminarlos» (Ribeiro, 1995:248).⁸¹

Para cerrar este apartado, se rescata una pregunta hecha por Florestan Fernandes: ¿cómo equiparar las condiciones del orden social competitivo del campo a la ciudad? (Cfr. 2008:62). Misma que responde unas páginas adelante: el *elemento negro* fue el «[...] único agrupamiento urbano de la ciudad que no revela un mínimo de sincronización entre las tendencias y los productos de la “urbanización”, de la “movilidad social” y de la “secularización de la cultura”» (2008:87). En ese sentido, la tendencia es casi la misma, con la única gran diferencia de que los «requisitos estructurales y dinámicos» se presentaron con mayor intensidad, y desde el inicio, en la ciudad paulistana (Cfr. Fernandes, 2008:62). Empero — así como el quilombo lo fue en su momento— dado que «[...] las resistencias y las acciones populares van construyendo significados diferentes y alternos» (Carranza, 2017:49), el favelado se reafirma como esa oposición al proyecto político que el Estado, a través de la violencia en sus variadas dimensiones, le ejerce.

2.2.2. 1980: desmantelamiento industrial y terciarización, patrón de segregación contemporáneo

El contexto histórico y económico que prosiguió a partir de la década de los ochenta alteró la morfología urbana centro-periferia que hasta entonces se conocía. Esta transfiguración —y su dimensión étnica que será expuesto en el siguiente capítulo y en particular con

⁸⁰ Se habla de «marginal» entendiendo una relación específica entre la sociedad «[...] con el tipo de políticas y de funcionamiento del Estado, de tal manera que en los años cuarenta y sesenta en América Latina, bajo el régimen de Estado de bienestar, el concepto de marginalidad hacía referencia a la pobreza bajo la idea institucional de sociedad y correspondía a la lógica de la demanda como acción política [...]» (Carranza, 2017:268). Ver apartado 1.3. sobre el concepto de marginalidad.

⁸¹ «En la modernidad, el capitalismo ha desarrollado formas de control a lo largo del tiempo. En la actualidad basa esos propósitos en la legalidad y en el orden [...] mediante la fuerza y la violencia hacia los espacios sociales, pues las diferencias no son reconocidas por el sistema como parte fundamental de la producción de la vida cotidiana [...] sino señaladas como entes malignos» (Carranza, 2017:67).

los apartados 3.2.1. y 3.2.2.— se entiende como el agotamiento del crecimiento económico con base en la industrialización por sustitución de importaciones, que se corresponde con el descenso y desmantelamiento global del empleo industrial (Cfr. Márquez, s.f.:23) en función del incremento de las actividades terciarias.⁸²

Se trata del contexto de liberalización comercial que consistió en el cese al proteccionismo interno y el paulatino abandono del Estado como proveedor de los servicios básicos —el «agotamiento del *patrón de acumulación de capital con intervencionismo estatal*» (Márquez, s.f.:22). Un viraje total de lo que unas décadas atrás era concebido como fundamental para el crecimiento. Este proceso se va configurando desde 1968, cuando la crisis del modelo industrial y sus consecuencias sociales posibilitaron la intervención y consolidación de un régimen militar en abril de 1964 tras un golpe de Estado a gobierno de João Goulart (1961-1964); presidente que en el contexto de bipolaridad ideológica de la Guerra Fría encarnaba la viva imagen del comunismo.

Una de las premisas de legitimación de la dictadura fue recuperar el desarrollo económico del país y el combate a la inflación (Cfr. Carranza, 2005:8). Para ello, se ayudaron de los paquetes económicos condicionados del Fondo Monetario Internacional (FMI) y, principalmente, de los bancos de desarrollo multilateral: Banco Mundial (BM) y Banco Interamericano de Desarrollo (BID) —mismos que habían realizado préstamos desde los gobiernos democráticos de Kubitschek y Goulart (Cfr. Marichal, 2014:223). En ese sentido, el «milagro brasileño» no es sino el resultado del periodo de mayor endeudamiento externo.

El régimen dictatorial superó la crisis del '64 a partir de un alto grado de concentración del poder en el ejecutivo, que: reformó el sistema fiscal para superar los déficits, se sobrepuso a los intereses regionales y del sector privado para fortalecer «[...] la burocracia estatal frente a otras fracciones de la clase dominante» (Singer, 1987:184) y realizó un reajuste periódico de los salarios, donde «los salarios del personal administrativo y de los técnicos no dejaban de subir, al mismo tiempo que los de los trabajadores poco calificados

⁸² La interpretación sencilla del agotamiento del modelo se explica como consecuencia de que la industrialización en América Latina no consiguió desarrollar un proceso de acumulación independiente de la «dinámica del sector primario exportador» (Cfr. Cueva, 1990:193), siendo, por otro lado, dependiente de la importación de equipos y maquinaria para la industria; generando deterioros en los términos de intercambio e impidiendo la «acumulación tecnológica» (Cfr. Cueva, 1990:193). Aunado, en el caso brasileño, a una serie de recesiones producto del endeudamiento externo y déficits como resultado de la «inestabilidad del gasto público» (Singer, 1987:183); cabe recordar que el último periodo de la industrialización por sustitución de importaciones basó su economía en la inversión extranjera.

disminuían fuertemente» (Singer, 1987:184). Esta polaridad salarial fue controlada mediante mecanismos de represión de las organizaciones de trabajadores del campo y de la industria; así como del control interno de la población mediante organismos de inteligencia y mecanismos que iban desde la vigilancia, tortura y desaparición de quienes conformaban la protesta.

Así mismo, como los salarios de administrativos y técnicos sí aumentaron, se creó una dicotomía de ganancias proporcional a «[...] una dicotomía de patrones de vida y de mercados de bienes de consumo que van caracterizando cada vez más la vida del país» (Singer, 1987:190). Es decir, se va incrementando la brecha de la desigualdad en una sociedad de por sí paralizada por las abismales diferencias socioeconómicas entre su población. La cuestión de los salarios es importante porque impacta no sólo en los modos de vida y consumo, también en términos espaciales «[...] en virtud de que ayuda a explicar la centralización espacial del capital en diferentes lugares a expensas de otros» (Calderón, 2018:39)

Cuando las condiciones ya son insostenibles y la sociedad se encuentra cada día más agitada, el proyecto de la transición democrática (1984-1989) reemplaza a la dictadura;⁸³ sin embargo, éste no representó sino una continuidad de la política antes establecida con el régimen militar (Cfr. Carranza, 2005:22).⁸⁴ Así mismo, conforme el proceso se acerca a los noventa, la tendencia es que el modelo se enfila cada día más con la propuesta neoliberal. La opción e imposición de esta vía se ven facilitadas debido al escenario de crisis de endeudamiento externo (Cfr. Calderón, 2018:26).

La transición comienza por la alineación a una nueva división internacional del trabajo, que consistió en el establecimiento de filiales transnacionales en países «subdesarrollados» que por sus características de desarrollo daban lugar a «ventajas comparativas»; léase el bajo costo de la mano de obra (Cfr. Singer, 1987:185 y 186). De esta manera, países periféricos, como los latinoamericanos, «[...] cuentan con centros poderosos del capital financiero internacional en sus propios territorios [...]» (Carranza, 2017:71). Estas transna-

⁸³ El punto de inflexión que permitió la transición, no se explica sin la participación activa del movimiento obrero y la solidaridad de profesionistas y diversos sectores de la población (Cfr. Carranza, 2005:19 y 20). Es así que, de la histórica formación política de los trabajadores obreros se funda el Partido de los Trabajadores (PT) el 10 de febrero de 1980 (Cfr. Carranza, 2005:16). En cuanto al campo, el desarrollo del capitalismo y su impacto en el mismo, con el antecedente de la concentración de la tierra en las manos de unos pocos a partir del empobrecimiento de la mayoría, devino en la organización de los campesinos y fundación del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) en 1985.

⁸⁴ Este periodo arranca cuando se dan las votaciones directas para presidente, asumiendo el cargo Tancredo Neves. Tras su breve presidencia, su sucesor, José Sarney encabezó el país de abril de 1985 a marzo de 1990.

cionales operan mediante la fabricación y exportación de bienes de consumo duradero y bienes de capital que, sin embargo, mantienen su producción tecnológica en los países centrales (Cfr. Singer, 1987:188); perpetuando la dependencia tecnológica de la cual ya se tenía antecedente (Cfr. Singer, 1987:188).

La implementación del modelo fue viable a partir del cambio en las relaciones de trabajo con la flexibilización y externalización de las mismas.

En cuanto a la flexibilización, implica la pérdida de los derechos laborales en varias dimensiones (Cfr. Carranza, 2017:85 y 218): 1) la prolongación del tiempo de trabajo, que consiste en la eliminación del tiempo de ocio y la sobreexplotación de la fuerza de trabajo por más tiempo. Esto conlleva a la desregularización de la jornada laboral (Cfr. Carranza, 2017:226); 2) la desregularización de los salarios y la pérdida real de los mismos, situación que empuja al trabajador a buscar varios empleos, o a ingresar al espectro delincriminal con la finalidad de obtener más ingresos (Cfr. Carranza, 2017:226); 3) la introducción del trabajo en la maquila, cuestión que profundiza la división internacional del trabajo pues «[...] la producción de un tipo de mercancía deja de ser en una sola fábrica o, incluso, en una nación [...]» (Carranza, 2017:239); 4) la inestabilidad laboral a partir de acciones como contrataciones «[...] por hora, por especialización o por diversificación de las tareas [...]» (Carranza, 2017:263); y 5) la aceptación cultural del trabajo esclavizado, de las condiciones de precariedad y de la explotación de menores.

Respecto a la externalización, también conocida como *outsourcing*, ésta se refiere a las «actividades que antes se realizaban en la manufactura y que se trasladan a empresas exteriores al sector» (Márquez, s.f.: 40, 31) por medio de empresas subcontratistas. Esto implica, entre otras cuestiones, «[...] la modificación de las formas de comprensión del proceso productivo por parte de los trabajadores, así como en sus formas de lucha» (Carranza, 2017:274). Es decir, tienden a la dispersión lo que conlleva al desarraigo y eventual «[...] despojo de su condición política como clase social» (Carranza, 2017:240). No es gratuito que la principal resistencia de organización que desde ahora se protagonice sea para hacerle frente al neoliberalismo.

Para que dichas transformaciones pudiesen ejecutarse, fue imprescindible la transfiguración del Estado; el desvanecimiento de su soberanía. Dicho proceso comenzó con su desregularización con el fin de languidecer las leyes de proteccionismo interno (Cfr. Carranza, 2017:236). De esta manera, la flexibilización y el trabajo transfronterizo se vuelven más

asequibles; dado que la ausencia estatal facilita la acumulación del capital por parte de los inversionistas, en mayor cantidad y a mayor rapidez (Cfr. Carranza, 2017:80).

La precarización del trabajo ocurre como consecuencia del tránsito hacia la terciarización de la economía. Ésta, como concepto, trata de caracterizar el «[...] declive, relativo o absoluto, real o imaginario, del sector manufacturero y, en contrapartida, la ascensión del sector terciario» (Márquez, s.f.:29): el del comercio y los servicios.⁸⁵ Entre sus consecuencias más visibles destaca la reducción del empleo industrial; pero también debe hacerse énfasis en que se trata de una reestructuración interna de la industria. En ese sentido crecen los empleos relacionados con las «tareas previas y posteriores a la fabricación» (Márquez, s.f.:30), más no las de producción. Este funcionamiento, en su modalidad de trabajo intermedio, garantiza «[...] el margen de ganancia de la empresa» (Carranza, 2017:273) y, en sus modalidades laborales, la despoltización y precarización de los trabajadores. Cabe así reafirmar que, la acumulación del capital es directamente proporcional a la miseria del trabajador (Cfr. Calderón, 2018: 27)

Ahora, «dado que todo proceso social se materializa en un territorio concreto» (Márquez, s.f.:27), la estructura urbana se reconfiguró a partir del desplazamiento geográfico de esta nueva industria —proceso conocido como desconcentración industrial— hacia otras regiones o áreas no centrales; ya que «junto a un cambio en las ocupaciones y la estructura profesional de los trabajadores industriales, el aumento de los servicios internos supone igualmente modificaciones en la lógica de la localización y en la demanda de suelo e inmuebles por parte de las empresas» (Márquez, s.f.:29).

Este desplazamiento, por un lado, creó una especie de estructura urbana policéntrica que coadyuvó al proceso de metropolización de las ciudades brasileñas —principalmente Rio de Janeiro y São Paulo.⁸⁶ Por otro, impulsó una «red de corredores terciarios» al abrir

⁸⁵ La terciarización, como parte de las evidencias de desindustrialización, se manifiesta en países desarrollados y subdesarrollados «[...] luego de la recuperación económica [...] a partir de 1985 y de la reestructuración neoliberal y la nueva fase de mundialización del capital denominada *globalización*» (Márquez, s.f.:23). Sin embargo, las manifestaciones varían como consecuencia de las diferencias estructurales presentes en el mismo proceso industrial. En este sentido, no es el propósito de esta investigación analizar los niveles de desmantelamiento industrial acontecidos, o aún en proceso, como parte del tránsito hacia la terciarización de la economía. Lo que interesa puntualizar es el correlato social y espacial de éste.

⁸⁶ En el proceso de formación de la metrópoli, «no se trata más de crear ciudades, de desarrollar la red urbana o de desarrollar la urbanización [...] se trata, ahora, de producir y de desarrollar nuevas condiciones metropolitanas que son imprescindibles para la reproducción del capital [...] en territorios más distantes, que pasan a presentar características que antes sólo eran encontradas en el centro» (Lencioni, 2011:136).

[...] camino a los cambios de usos de suelo industrial a otros usos, particularmente terciarios y de vivienda, o a la refuncionalización y reconversión de los inmuebles fabriles [...] [que] al cerrar sus puertas liberan grandes terrenos, bien localizados, para la actividad inmobiliaria de construcción de centros comerciales, edificios de oficinas y/o viviendas de lujo (Márquez, s.f.:36).

Así mismo, como consecuencia de la «dicotomía de patrones de vida», se presencia la agudización de la desigualdad y, con ello, el incremento de la violencia. En respuesta a este escenario, las clases de alta y media renta recurren a la «autosegregación» en espacios que solían ser caracterizados por su ubicación periférica pero que están, sin embargo, condicionados, resguardados por muros de alta seguridad y que se ven beneficiados con la formación de la «red de corredores terciarios» —y he aquí la dicotomía en cuanto a los «mercados de bienes de consumo». Se trata del patrón contemporáneo de segregación socioespacial (ver 1.3); donde, en contrapunteo, las condiciones de vida de las clases bajas se ven mermadas:

[...] los espacios de pobreza se vuelven cada vez más delimitados y cristalizados en zonas decadentes de las áreas centrales, loteamientos periféricos, favelas y localidades del segundo cinturón. En viviendas precarias y en un hábitat inadecuado, ahí se aglomera una población numerosa y densa, acosada por la precariedad ocupacional y el desempleo, por la carencia de infraestructura y servicios básicos y, más recientemente, por la pérdida de marcos de referencia y socialización tradicionales (De Carvalho, s.f.:217).

Por último, dado que «[...] la masa excedente de trabajadores puede volverse afuncional cuando no tienen ningún impacto en el proceso productivo» (Carranza, 2017:269); es decir, cuando no tiene ninguna función ni siquiera como ejército industrial de reserva, la marginalización deviene en exclusión.⁸⁷ En ese sentido, los sectores más vulnerables —campesinos, indígenas, afrodescendientes, obreros, operarios, desempleados, etcétera— son al mismo tiempo excluidos de otras dimensiones sociales: económica, cultural, política (Cfr. Carranza, 2017:269) y, por supuesto, habitacional.

De este contexto comenzaron a surgir movimientos sociales en pro de la vivienda, y en la década de los noventa emergieron los movimientos urbanos *Sem-Teto* —sin techo.

⁸⁷ El término de ejército industrial de reserva trata de un «Concepto marxista referido a la pérdida del poder adquisitivo de las familias, lo que implica la aceptación de cualquier forma de explotación por parte de los trabajadores para su subsistencia pues, de otra manera, estarían desempleados, es decir, formando parte de ese ejército de reserva» (Carranza, 2017:78). Por otro lado, la exclusión social, a diferencia del concepto de marginalidad, es una categoría de análisis propuesta a partir del deterioro de las relaciones entre Estado y sociedad; en ese sentido se hace referencia a ella desde la década de los ochenta con la implantación del modelo neoliberal (Carranza, 2017:269).

Éstos son conformados por «[...] trabajadores y trabajadoras que ya no consiguen sobrevivir con la venta de su fuerza de trabajo, ya no consiguen alimentar y criar a sus hijos, ni tener condiciones mínimas y dignas de vivienda [...]» (Oliviera, 2010:142 y 143); gente que o come o paga renta. Se trata, pues, de un orden que excluye hegemónicamente bajo una estructura de clases, con lo que no se niega que impere un principio de clasificación primaria, y evidente, entre ricos y pobres. Sin embargo, Rita Segato alimenta el debate sobre la categoría «raza» en este esquema:

[...] las clases, en tanto grupos de sujetos insertos de forma particular en el sistema productivo y, por lo tanto, como sujetos dotados, en teoría, de movilidad, se transforman en grupos de sujetos marcados, esto es, inscriptos por rasgos indelebles, percibidos como orgánicos o determinados por una naturaleza, que exhiben su lugar en la escala social y su anclaje en posiciones estructurales. Las *posiciones*, en tanto afloramiento de relaciones estructurales, *tienen rostro*. La moderna racionalidad de clases se desliza hacia una racionalidad premoderna y perenne de castas y estatus relativos que se expresan en la marca étnica o racial (2007:143).

No es casualidad que un componente importante de estos movimientos urbanos sea el afrodescendiente. Pues aunque la dimensión étnica no impere en los discursos de las organizaciones, en ciudades como Bahía al peso de la clase se adhiere el de la «marca racial»; así lo evidenció el debate suscitado en el 2004 en torno a la cuestión de las cuotas para afrodescendientes en el marco de un programa habitacional promovido por la União Nacional por Moradia Popular (UNMP), de donde se rescata la siguiente opinión de un beneficiario: «Defender cuotas en las universidades hasta se entiende. Es un espacio de blancos. Más vivienda popular es cosa para la población pobre. En esa área, nosotros ya somos mayoría. No tenemos que disputar espacio» (en Oliveira, 2010:160).

Este escenario muestra: 1) la historicidad del problema de la vivienda (Cfr. Oliveira, 2010:248) como resultado de un desarrollo desigual; 2) la constante, histórica también, de vulnerabilidad de la población afrodescendiente en el espacio urbano; y 3) un aspecto que se ejemplificará en el siguiente capítulo: «[...] el carácter elitista de las políticas habitacionales [...]» (Oliveira, 2010:283).

2.3. Debates sobre la dimensión étnica de la segregación socioespacial en Brasil

Aunque no sea posible afirmar que la estructura de marginalización espacial que se configuró, a partir del desarrollo urbano liderado por el proceso de industrialización y su subsecuente desconcentración, tenga una carga segregacionista enteramente étnica, dado que la nueva estructura marginalizó, en general, a los estratos menos favorecidos del nuevo esquema económico —intrínsecamente desigual—; sí es posible visibilizar que en el devenir y cotidianidad de estos espacios periféricos, de connotaciones socioeconómicas bajas, existen patrones de racismo.

Empero, antes de proseguir con la argumentación es necesario hacer la siguiente anotación; en Brasil existe un reconocimiento generalizado entre la sociedad de la existencia de cinco categorías de autoadscripción: negro, mulato, blanco, amarillo e indígena (Cfr. Piza, 1999) —«a pesar de que algunas localidades reconocen muchos gradientes de color» (Telles, 1992:187). El proceso de identificación con algunas de estas categorías tiende a realizarse con base en los rasgos somáticos, más que con el origen étnico; pues el reconocimiento étnico tiende a ser más complejo si se habla de una sociedad producto de una mezcla —como se verá es el caso de Brasil—, en cambio, adscribirse a alguna de estas categorías es en teoría más fácil. En este sentido, «raza» suele entenderse como «color» (Cfr. Piza, 1999:41).

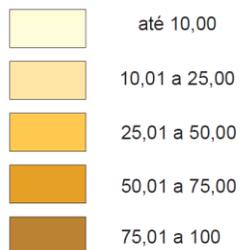
Ahora bien, como primer acercamiento al objetivo de visibilizar la dimensión étnica/patrones de racismo de esta problemática, se muestra un mapa que revela la distribución de la población en el país con base en el censo 2010 (mapa 1). En éste es posible vislumbrar un sur y sudeste cuya mayoría poblacional se reconoce como blanca, con presencia menor —y no casualmente— en las regiones menos desarrolladas del país donde, por el contrario, hay una importante ausencia de esta población.

Es importante señalar la convergencia entre niveles de urbanización y habitantes. Al respecto Edward Telles señala que: «es más probable que los no blancos vivan en las regiones más pobres y en las áreas rurales de estas regiones, convirtiéndolos en los más pobres de entre los pobres por virtud de locación» (2004:198). En este sentido, el mapa 1 coincide con el mapa 2 que muestra las tasas de urbanización. En éste, las áreas donde impera el color rojo, que son las del sur y sudeste, se corresponden con los mayores índices de urba-

Brasil, negros y mulatos 2010

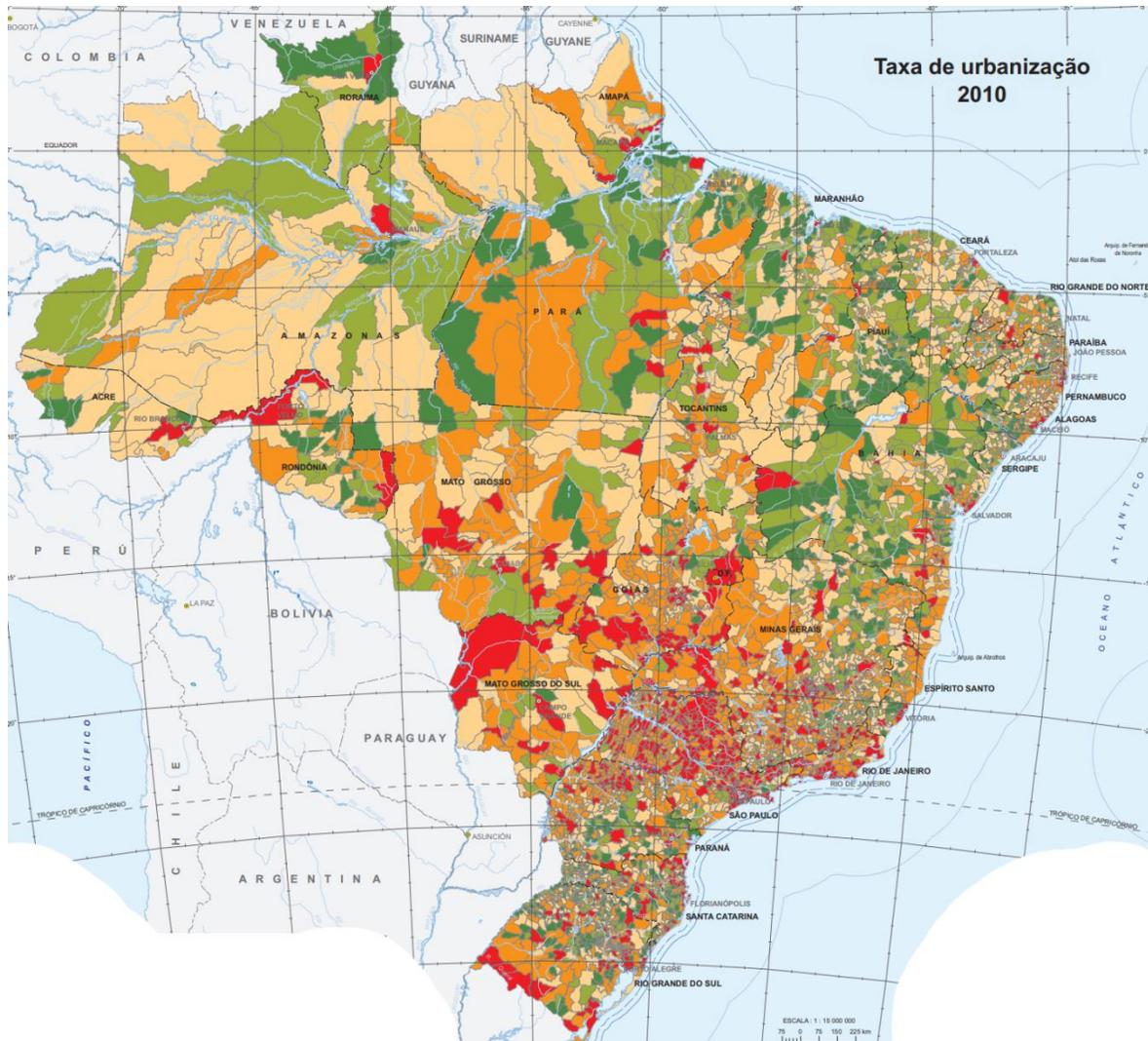


Porcentagem da população de pretos e pardos na população total (%)



Fuente:
ftp://geofp.ibge.gov.br/cartas_e_mapas/mapas_do_brasil/sociedade:economia/mapas_murais/brasil_pretos_pardos:2010.pdf

Brasil, tasas de urbanización 2010



Taxa de urbanização

percentual	nº de municípios por classe
4,2 a 35,0	671
35,1 a 50,0	949
50,1 a 70,0	1553
70,1 a 90,0	1616
90,1 a 100,0	776

Brasil: 84,4

Fuente: https://portaldemapas.ibge.gov.br/data/atlas-do-censo-demografico-2010/pdfs/Atlas_Censo2010_pag_73.pdf

nización. En cambio, las áreas donde sobresalen los colores verde y amarillo, son aquellas con un índice de urbanización bajo.

El apego a la propuesta teórica de la sociología urbana —presentada en el apartado 1.2— ayuda a realizar un análisis reduciendo la escala a nivel metropolitano. A continuación, un cuadro comparativo basado en el índice de disimilitud residencial que muestra las diez mayores áreas metropolitanas brasileñas en comparación con algunas áreas metropolitanas de Estados Unidos, elaboradas a partir de los censos demográficos correspondientes a 1980 (tabla 2).⁸⁸ Cabe subrayar que se usa el marco de referencia con Estados Unidos sólo como parámetro comparativo que permita el comienzo del abordaje de una realidad espacial y social distinta, pues se recuerda que los primeros estudios sobre segregación socioespacial con base en diferencias étnicas comenzaron por el análisis de las ciudades estadounidenses.

Índice de disimilitud entre ciudades brasileñas y estadounidenses

Tabla 2

Ciudades brasileñas	Índice	Ciudades norteamericanas	Índice
São Paulo	37	Nueva York	73
Rio de Janeiro	37	Los Ángeles	86
Belo Horizonte	41	Chicago	76
Porto Alegre	37	Detroit	87
Recife	38	Filadelfia	77
Salvador	48	Washington	69
Fortaleza	40		
Curitiba	39		
Brasília	39		
Belém	37		

(Sabatini, 2003:5)

En primera instancia, se observa que el mayor grado de disimilitud presente en las ciudades brasileñas, el que posee Salvador, se encuentra aún distante de la ciudad norteamericana con un índice menor: Washington. Pues, según Darcy Ribeiro, el racismo brasi-

⁸⁸ El índice de disimilitud señala la desigualdad entre dos grupos en función de la distribución de los mismos. En ese sentido, «[...] expresa el porcentaje que de cualquiera de uno de los dos grupos sería necesario redistribuir entre las unidades territoriales de referencia (por ejemplo, distritos de una ciudad o municipios de una aglomeración metropolitana), para que su participación en ellas fuera perfectamente equitativa, es decir, igual a la participación que cada grupo tiene en la ciudad territorial mayor de referencia. Por ejemplo: un índice de Duncan de 0,40 referido a la distribución de jefes de familia con y sin educación universitaria en un conjunto de distritos urbanos indica que, para lograr una distribución perfectamente equitativa entre estos dos distritos, debería redistribuirse 40% de cualquiera de los dos grupos, de modo que en cada distrito la proporción de cada grupo resulte igual a su proporción en el conjunto del área urbana considerada» (Duhau, 2013:84).

leño incide en el «color de piel» de la población, más que en su origen étnico (Cfr. 1999:195). Por lo mismo, «el mestizaje no se castiga, sino que se alaba» (Ribeiro, 1999:196). Como se ha visto en esta propuesta de conformación histórica y espacial, la iniciativa de la mezcla se da en el sentido de blanquear; en el sentido de eliminar eventualmente el elemento negro, de «color», de la población. De esta manera la segregación étnica no se presenta bajo las formas rígidas de distanciamiento como en el caso del gueto estadounidense, y eso se evidencia en la tabla 2. Sin embargo, se tienen otro tipo de interacciones.

El mestizaje en Brasil se cristaliza en la ideología de la democracia racial, la cual establece que dicho país «[...] es una tierra enteramente libre de impedimentos legales e institucionales para la igualdad racial, y en gran parte, también libre de prejuicios y discriminación raciales informales» (Reid, 1998:203).⁸⁹ Su génesis se fundamenta en el mito de la esclavitud benevolente, la cual sostenía que la experiencia del trabajo forzado no había sido tan mala, apelando al sentido de convivencia étnica (Cfr. Reid, 1998:2007). Dicho argumento, en ese sentido, insinuaba fijar la mirada en el futuro —lo que equivale a anular medidas de reparación— y rescatar la simbiosis cultural y social producto de la mezcla que, eventualmente, conseguiría la abolición de las barreras raciales y la creación de una «metaraza» (Cfr. Reid, 1998:33).⁹⁰

De tal manera que, para Florestán Fernandes, la democracia racial consiste en una ideología que refuerza una *falsa conciencia* de la realidad brasileña al difundir: 1) «la idea de que “el negro no tiene problemas en Brasil”»; 2) «la idea de que, por la propia índole del *pueblo brasileño*, “no existen distinciones raciales entre nosotros”»; 3) «la idea de que las oportunidades de acumulación de riqueza, de prestigio social y de poder fueron indistinta e

⁸⁹ A pesar, como se demostrará, de que hay evidencias de desigualdades que operan bajo la consigna racial, en 1920 se generalizó la idea política de la «democracia racial», que se popularizó a partir de la obra de Gilberto Freyre *Casa grande y senzala*; ésta proclama que, en Brasil, las diferencias entre «razas» no inciden en las oportunidades y el *status*. La democracia racial se convirtió en ideología oficial del país (Cfr. Telles, 1992:187).

⁹⁰ La insistencia de mirar hacia el futuro clausuró demandas de reparación por la explotación y el sufrimiento vividos (Cfr. Reid, 1998:206). Pues la emergencia de este discurso coincidió con el periodo de transición política que encabezó la República; en ese sentido, se recuerda que el liberalismo en Brasil, fue apropiado por las élites rurales y blancas que «incapaces de librarse del componente libertario del liberalismo [...] salieron en busca de fórmulas políticas e ideológicas que permitiesen la exclusión de la gran mayoría de la población de una participación política y económica plena, al mismo tiempo que formalmente conservaron los principios de ciudadanía y de justicia [...] La República tanto estableció el ideal de la participación política democrática como la negó en la práctica; la democracia racial desempeñó un papel similar con respecto a la jerarquía racial» (Reid, 1998:209-210).

igualmente accesibles a todos, durante la expansión urbana e industrial [...]»; 4) «la idea de que “el negro está satisfecho” con su condición social y estilo de vida [...]»; y 5) «la idea de que no existe, nunca existió, ni existirá otro problema de justicia social al “negro” a excepción de lo que fue resuelto por la revocación del estatuto servil y por la universalización de la ciudadanía [...]» (2008:312).⁹¹

En ese sentido, el apego a la ideología de la democracia racial implica varias suposiciones que atañen a la segregación socioespacial: la primera, ésta no tiene relación con el proceso de racialización de la población, sino que las diferencias «[...] en la residencia existen sólo al grado de que son colindantes con la clase» (Telles, 2004:194). Y la segunda, como resultado del mestizaje y la ausencia de un marco legal que segregue, la negritud se diluye «evitando el desarrollo de una línea de color rígida» (Telles, 1992:186), y en ese sentido las relaciones son cordiales. Es decir, no hay distinciones con base en atribuciones raciales, por lo tanto el fenómeno se circunscribe a su dimensión socioeconómica.

En cuanto a la primera suposición, la consecuencia es aparentemente lógica. No hay una intencionalidad en la segregación si se piensa en el hecho de que la población afrodescendiente emergía de la abolición. Al menos así lo respaldaba un estudio realizado por la UNESCO en la década de los cincuenta para Florianópolis y Rio de Janeiro; así como el estudio de Donald Pierson para Salvador en Bahia, de 1942; donde se pone en evidencia que «las más pobres y superpobladas áreas de la ciudad estaban habitadas por negros, mulatos de piel oscura y un número limitado de mulatos de piel clara, mientras que los blancos y ocasionalmente mulatos de piel clara vivían en los sectores de clases medias» (Telles, 1992:188).

Sin embargo, más de seis décadas después, pareciera que la emergencia de la esclavitud nunca fue superada. Pues, aunque los niveles de segregación sean bajos para São Paulo, Rio de Janeiro y Belo Horizonte, se traen a colación los mapas de las dos primeras ciudades, donde se observa una clara disposición de la población no blanca en los anillos de la periferia urbana. El caso de Rio de Janeiro es muy revelador (mapa 3), hay una mayor concentración de población blanca en el sur, cerca de la costa; mientras se sabe que en los anillos exteriores se encuentran los barrios más pobres de la ciudad, en cuanto a ingresos e

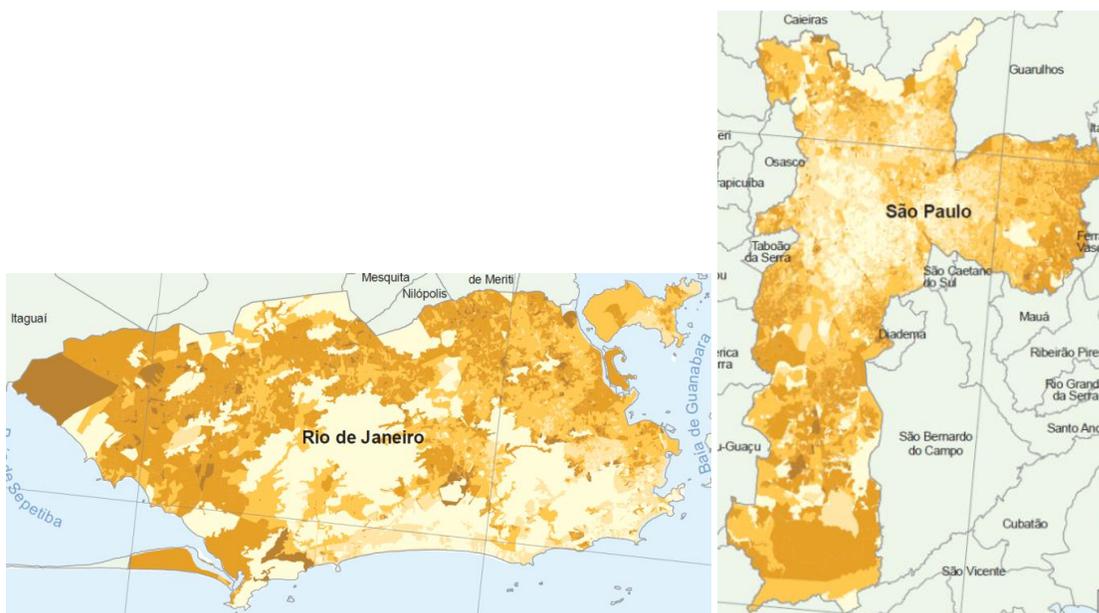
⁹¹ Los puntos 3 y 4, son específicos para la ciudad de São Paulo.

infraestructura. No casualmente habitados por población no blanca. Algo similar ocurre en São Paulo (mapa 4), que alberga en su centro a la clase media en su mayoría blanca.

De esta manera, se especifica que no se espera un cambio en la ubicación de los menos favorecidos hacia áreas mejor condicionadas, en todo caso, la mejora de sus espacios originales. Empero, lo que se tiene es la agudización de la marginalización y la atribución de prejuicios, que tienden a estigmatizar y racializar, cada vez más, espacios de por sí excluidos. En ese sentido se invisibiliza que, muchas veces, la clase es también consecuencia de un proceso de racialización (Cfr. Britto, 2006:33). Bastaría con reflexionar sobre el hecho de que «[...] no es posible hablar de una clase media negra [...] sino de individuos o familias que son parte de la clase media» (Britto 2006:33; Telles, 2004:208; y 1992:194).⁹²

Negros y mulatos en Rio de Janeiro y São Paulo, 2010

Mapa 3 | mapa 4



Fuente:
ftp://geofpt.ibge.gov.br/cartas_e_mapas/mapas_do_brasil/sociedade:e:economia/mapas_murais/brasil pretos pardos:2010.pdf

⁹² Según el Atlas Racial Brasileño (2005), elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), de 75 millones de personas que hay en Brasil, el 44.7% se identifican —según el IBGE— como negras y pardas. De esos 75 millones, por cada cien familias pobres, 70 son negras o pardas y por cada cien familias ricas, 16 son negras o pardas (en Britto, 2006:14).

Al respecto, hay investigaciones que ponen en evidencia una desigualdad entre los ingresos de la población —en función de su adscripción étnica— en relación con determinado nivel de segregación socioespacial. Como lo señalan Nelson do Valle Silva y Peggy Lovell en estudios de 1985 y 1989, respectivamente (en Telles, 1992:186-187), así como el mismo estudio realizado por Edward Telles en 1992; se puede decir que hay un patrón de inequidad que muestra cómo «el índice de segregación tiende a incrementar con el ingreso» (p. 192) —entre los grupos blanco-negro, blanco-mulato y mulato-negro—. ⁹³

Este hecho da cuenta que el análisis socioeconómico no puede explicar por sí sola la segregación (Cfr. Telles, 2004:208). Sin embargo, sugiere que como «la segregación residencial por color es menor entre los más pobres» (Telles, 1992:192) se puede afirmar que las relaciones entre éstos son cordiales —este argumento será puesto en debate más adelante. Por otro lado, se señala un hecho curioso: la identificación con un color puede cambiar «cuando los individuos suben la escalera económica» (Telles, 1992:191); lo que se denomina «efecto blanqueador del dinero» (Telles, 1992:191). En ese sentido, el ascenso social se da, en la medida en la que se niega la negritud (Cfr. Ribeiro, 1999:194). ⁹⁴

Aunado a esto, se agregan otro tipo de inequidades como aquellas referentes a la escolaridad y el mercado laboral. Según investigaciones realizadas por el Departamento Inter-sindical de Estadística y Estudios Socioeconómicos (DIEESE) y la fundación SEADE (Sistema Estatal de Análisis de Datos) (2007), el acceso a la educación tiende a estar bastante segmentado «[...] con una fuerte concentración de negros entre los niveles inferiores de escolaridad» (2007:23). Así mismo, «en cuanto al desempleo, se observa que él es sistemáticamente más elevado entre la población negra, cualquiera que sea el nivel de escolaridad [...]» (2007:24). ⁹⁵ Como consecuencia se tiene un bajo nivel de profesionalización que deviene

⁹³ El estudio realizado por Telles, se elaboró a través del cómputo del índice de disimilitud residencial entre blancos-negros, blancos-pardos y pardos-negros, dentro de los grupos de ingresos de las cabezas de familia en siete regiones metropolitanas: Salvador, Feira de Santana, Rio de Janeiro, Belo Horizonte, Barra Mansa-Volta Redonda, Juiz de Fora y Campos; teniendo como marco de referencia el salario mínimo de 75 dólares al mes). Todo elaborado a partir del censo brasileño de 1980. Producto de su investigación, se destaca que la segregación tiende a ser más marcada entre blancos-pretos (Cfr. Telles, 1992:191-192).

⁹⁴ Esta negación se presenta, sobre todo, en el caso de los pardos (mulatos). No casualmente se llegan a registrar altos índices de segregación no entre blancos-negros, sino entre mulatos-negros, como en el caso de Barra Mansa, Rio de Janeiro (Cfr. Telles, 1992:192). Esto da cuenta de cómo el negro es percibido con un *status* más bajo que el pardo, y cómo las distinciones entre negros-pardos son ejecutados incluso por lo no blancos (Cfr. Telles, 1992:192).

⁹⁵ Cabe señalar que a esta inequidad debe agregársele la dimensión del género, que muestra un mayor peso de desigualdad que recae en las mujeres no blancas, quienes sufren una doble subalternidad: ser mujeres y ser negras. Según María Aparecida Bento en su estudio *Black Woman in the job Market*, una mujer blanca gana

en el ciclo estructural de pobreza y marginación que se dimensiona en varios aspectos de la vida diaria.

Pero tampoco debe perderse de vista la importancia de la autosegregación que ejerce la población no blanca, quien por cuestiones socioeconómicas no encuentra más que vivir en vecindarios donde ya hay una mayor población negra; como lo evidencia Raquel Rolnik en una investigación para Rio de Janeiro y São Paulo, donde resultó que la población afrodescendiente «[...] tiende a concentrarse en ciertos vecindarios pobres, cerca de otras “coétnias” [sic] y generalmente cerca de las instituciones de cultura y religión afrobrasileñas como las escuelas de *samba* y los *terreiros de candomble*» (en Telles, 2004:207); vecindarios que emergen, generalmente, «alrededor de los núcleos de antiguos vecindarios esclavos» (Telles, 2004:207). Así como la tendencia a la distribución según la continuidad del destino de los flujos migratorios que tendería a nutrir el vínculo histórico entre espacio y «color» (Cfr. Telles, 2004:207).

En cuanto a la segunda suposición, se advierte que existe en el sentido común de la sociedad brasileña —intelectuales, políticos y científicos sociales— la noción de que «la gente pobre vive en áreas periféricas porque son pobres y no porque son pobres y negros» (Britto, 2006:34). Es decir, no se problematiza sobre la posibilidad de que la situación de pobreza, pueda estar atravesada por una condición racial. Porque

[...] junto con una ideología que niega el racismo, el hecho de que los negros, mulatos y blancos vivan en vecindarios similares puede fortalecer la percepción general de que la raza tiene un menor o nulo efecto en las posibilidades de vida, al menos para los individuos de una misma clase social (Telles, 1992:195).

Esto Jaqueline Britto lo interpreta como «ceguera racial»: las desigualdades no pueden explicarse a partir de dimensiones étnicas, por la existencia de una ideología democrática que se niega poseedora de prejuicios raciales (Cfr. 2006:335). En este sentido se da la naturalización de las desigualdades por un «desplazamiento ideológico» que establece una distancia entre los hechos y la comprensión de los mismos (Britto, 2006:119). Como resultado, la población afrodescendiente, particularmente aquella poseedora de un fenotipo reconocido como negro, tiende a ser parte de los estratos socioeconómicos bajos —y en ese sentido, tiende a ocupar espacios caracterizados por sus connotaciones marginales— por

el 79% del ingreso de un hombre blanco; un hombre negro gana el 46%; mientras que una mujer negra gana el 40% (Cfr. en Britto, 2006:157).

una situación casi consecuente de su emergencia del peldaño más bajo de la sociedad, y no por impedimentos que, con base en su condición étnica, pudiesen estar vulnerando sus aspiraciones de movilidad: los negros «no operan como negros en el marco social, sino como integrantes de las capas pobres, todas ellas movilizadas por iguales aspiraciones de progreso económico y social» (Ribeiro, 1999:204). Sin embargo, tiende a invisibilizarse que «[...] el hecho de ser negro o mulato, además, tiene un precio adicional, porque a la crudeza del trato desigual que soportan todos los pobres, se agregan formas sutiles o violentas de hostilidad» (Ribeiro, 1999:204).

Ambas suposiciones tienen su punto de confluencia en un racismo estructural. En la investigación realizada por Britto en el 2006, para el caso de la reubicación de un barrio originalmente negro en Porto Alegre —el segundo estado más blanco de Brasil y la ciudad más grande de Rio Grande do Sul—, la antropóloga hace énfasis en el uso de la «raza» como categoría independiente de la de clase para el análisis de la segregación socioespacial, por estar no sólo mediando en la ubicación física de la gente, sino en la atribución de prejuicios que interfieren en lo cotidiano y, en ese sentido, en el futuro de la población.⁹⁶

En dicha investigación, a partir de un análisis etnográfico, Britto pone en evidencia elementos de racialización promovidos por parte de la sociedad brasileña hacia la población pobre, y pobre y negra, y los espacios periféricos que habitan.⁹⁷ Este proceso se da en dos sentidos. El primero a partir de las atribuciones que desde el exterior se perciben y construyen hacia ese espacio, tendiendo a estigmatizarlo —a él y a la población que lo habita— o, de lo contrario, a reforzar estereotipos previamente otorgados. En ese sentido, «[...] la ubicación se toma como un índice de las actitudes, valores, inclinaciones de comportamientos y normas sociales» (2006:37), pensadas a partir de la dicotomía del bien interior y del mal exterior. El segundo se da hacia dentro, entre los habitantes de dichos espacios, donde es posible percibir desigualdades operando en función de la dimensión étnica. De esta manera,

⁹⁶ El proceso de reubicación de ese barrio —llamado Mont Serrat y reconocido como quilombo urbano— se dio como parte de un programa de formalización de un espacio informal en el contexto de transformación de la ciudad siguiendo las tendencias del nuevo paradigma económico neoliberal, mientras el PT la gobernaba en el año 2000. En este sentido, para la autora, el Partido de los Trabajadores tiende a la invisibilización de los conflictos con base en atribuciones raciales en el contexto del capitalismo global, que subsume la «raza» por las relaciones económicas: «[...] no ve [el PT] que los trabajadores —y desempleados— son afectados por diferentes condiciones como su estatus racial, que los hace potencialmente más pobres afrontando el sistema capitalista» (2006:121).

⁹⁷ Según la autora, la población negra en Porto Alegre se encuentra dispersa en espacios periféricos, más nunca en áreas identificadas como ricas (Cfr. 2006:36); hay un «factor racial» que tiene su reflejo en el espacio ciudadano (Cfr. 2006:34).

aunque la segregación sea moderada —en relación con el índice de disimilitud— es posible que se presente un tipo de «segregación desagregada»: a pesar de que los barrios pobres se encuentran constituidos por euro y afrodescendientes, los segundos tienden a afrontar más obstáculos en su día a día (Cfr. Britto, 2006:32).⁹⁸

Otro ejemplo donde opera el racismo estructural es en el mercado inmobiliario. Al respecto Telles contrasta dos investigaciones: una realizada por la UNESCO en la década de los cincuenta y sesenta, donde a partir del levantamiento de encuestas se encontró que del 30% al 40% de la población blanca no se sentiría complacida con población negra y mulata como vecinos. La otra elaborada con base en una encuesta nacional de 1995, donde, por el contrario, el 93% de población blanca y el 95% de población mulata, aseguró no tener problemas con tener población negra como vecinos. Para el autor, ambos trabajos deben tomarse con reservas debido a la «creencia social en la tolerancia racial» (2004: 206).⁹⁹

A estos racismos y consideraciones tomadas en cuenta para el estudio que nos atañe, se debe sumar una dimensión más: las formas de adquirir movilidad social. Pues considerando un escenario de conformación nacional que optó por identificarse con un ideal de integración, el prejuicio racial —factor que obstaculiza el ascenso social de la población afrodescendiente— pudiese adquirir un sentido «incidental y superable» (Ribeiro, 1999:204-205). Como se hizo mención párrafos atrás con el ascenso social económico, de acuerdo con Darcy Ribeiro existen «grados de permeabilidad de la barrera racial»

⁹⁸ Sobre las atribuciones, la autora identifica la asociación —de estos espacios y su población— con imágenes de criminalidad, suciedad, desorganización, peligrosidad, contaminación, entre otras (Cfr. 2006:35, 115). Sobre la segregación desagregada, cabe señalar que se trata de un barrio que se organiza, principalmente, a partir de la recolección de basura para su reciclaje. En este sentido, las ventajas y desventajas históricas entre euro y afrodescendientes se visibilizan en la estructura de trabajo donde: los primeros tienden a ser «jefes» (dueños de los «carritos» que transportan la basura y compradores de la misma, quienes venden comida y ponen en renta «chozas»), mientras los segundos tienden a ser «empleados» (quienes recolectan, separan y venden el material reciclable, quienes rentan las «chozas»). Así mismo, se presenta una distribución jerárquica de la población en el espacio, donde los segundos tienden a ocupar las partes posteriores de las viviendas compartidas. Incluso le fue posible documentar que entre la población afrodescendiente era común la ausencia de documentación, barrera importante para poder formar parte de los programas sociales (Cfr. 2006:79, 110, 165). Estas formas de racismo son tanto «[...] una continuación de las experiencias históricas de la gente negra y una construcción presente que limita la habilidad de la gente negra para mejorar sus vidas» (2006:131).

⁹⁹ Como la investigación «Racismo Cordial» publicada por el periódico *Folha de São Paulo* en 1995. Donde el 87% de los encuestados afirmaron la existencia de prejuicios raciales sobre la población negra del país; sin embargo, sólo el 10% reconoció tener algún tipo de prejuicio racial.
<http://almanaque.folha.uol.com.br/racismocordial.htm>

(1999:205). De esta manera, el prejuicio por atribuciones raciales pudiese ser trascendido por el de clase en función de la capacidad individual de desenvolverse socialmente.¹⁰⁰

Aquí se retoma la propuesta del sociólogo Bourdieu expuesta en el apartado 2.2., donde se hace énfasis en la dimensión económica y cultural como principios diferenciadores en la clasificación de los agentes en el marco del espacio social. Aunque la categoría «raza» no es contemplada en los estudios de dicho sociólogo, esta investigación la trae a colación por ser una categoría histórica que, como se ha evidenciado, interfiere sistemáticamente en la jerarquización de la sociedad. En ese sentido, Lívio Sansone —leído a partir de Renato Emerson Dos Santos—, estudioso de las relaciones raciales en Brasil, desarrolla el concepto de «*habitus racial*», que, así como el *habitus* propuesto por Bourdieu, se refiere al «conjunto de reglas de comportamiento que orientan a las prácticas de las relaciones sociales [...] inculcadas en los individuos en sus procesos de formación y socialización y son, [...] fruto y condición histórica de reproducción de una forma social dada» (en Dos Santos, 2011:169).

Sin embargo, la herramienta teórica propuesta por Sansone devela cómo a partir de esas «prácticas», «[...] el color es visto como importante en la orientación de las relaciones de poder y sociales, en algunas áreas y momentos, mientras es considerada irrelevante en otras» (en Dos Santos, 2011:169). En ese sentido es fundamental contemplar el contexto temporal y espacial en el que se están dando estas «relaciones». Pues es éste el punto de partida que permite entender por qué hay momentos de interacción regidos por relaciones de «horizontalidad, integración e igualdad entre blancos y negros», así como hay otros regidos por «verticalidades, jerarquías y diferencias» (Dos Santos, 2011:169).¹⁰¹

Lo más importante de señalar es, según Emerson Dos Santos, que «en los momentos y lugares en los que se define el acceso a las riquezas que produce la sociedad, las diferencias raciales se mueven en la forma de verticalidades y jerarquías» (2011:170). Como pu-

¹⁰⁰ Sin embargo, el escenario no deja de ser racista, pues la integración acontecida —«estimuladora de la mezcla»— se da en el sentido aspiracional, respaldada por un incentivo discriminatorio resultado de un proceso de racialización (Cfr. Ribeiro, 1999:205-206). Como prueba de ello existe la tendencia de que aquellos sujetos que se encuentran en los límites de una categoría étnica, se identifiquen con la categoría más «ligera»; lo que está asociado con la ideología del blanqueamiento (Cfr. Telles, 1992:187).

¹⁰¹ «Esta mezcla entre momentos de horizontalidad y momentos de verticalidad es lo que permitirá que, en un tiempo convivan en nuestra sociedad: I una representación de sí misma siendo como una “democracia racial” y II la reproducción y consolidación de desigualdades sociales basadas en la raza [...]» (Dos Santos, 2011:169).

diese darse en el escenario de una entrevista laboral (Cfr. Dos Santos, 2011:169); donde los prejuicios raciales, los rasgos somáticos o la pertenencia étnica pudieran ser criterios importantes a considerar. Un escenario diametralmente distinto sería aquel en el que se practican las manifestaciones de la cultura negra, «espacios en los cuales ser negro no es una dificultad» (Dos Santos, 2011:169). Así mismo, esas «reglas de comportamiento» interiorizadas «en la formación y socialización» de los individuos condicionan, también, las «posibilidades de presencia de individuos en los lugares» (Dos Santos, 2011:171). De esta manera, hay

Lugares donde la presencia de un negro, o de un grupo de negros, puede pasar desapercibida, en su pertenencia racial, o puede causar susto sorpresa [...] (p. ej., acudir a establecimientos comerciales y de servicios, como restaurantes, tiendas de productos más caros, shoppings, etcétera, pero también empleos, posiciones de prestigio, entre otros) (Dos Santos, 2011:173).

Por último, según Darcy Ribeiro, la paradoja de la «democracia racial» es que su ideal de integración no es llevado a la práctica (Cfr. 1999:204). Ese mirar al futuro, donde se sitúa la inevitable superación de las barreras consecuencia de la creencia en los prejuicios raciales, está aún lejano. Por el contrario, el presente —el futuro de la democracia racial augurada por Freyre— ha pasado a exhibir un proceso de segregación cada día más agudo. Las evidencias más palpables del distanciamiento se encuentran en el declive de las antiguas prácticas de mixegenación. La mezcla que en siglos pasados «[...] produjo el color del Brasil “incluido” de nuestros días [...]» (Segato, 2007:135), ha pasado a ser estadísticamente irrelevante: la tendencia ahora, es que «blanco se casa con blanco, y negros y pardos se unen y procrean entre sí» (Segato, 2007:135).

Y es que el Estado nación moderno —como Anibal Quijano señala para los casos del Cono Sur y como se piensa es el caso de Brasil— se construyó a partir de la exclusión; no desde la democratización (Cfr. Quijano, 2000). En ese sentido, la idea de que «la democracia racial es posible, pero sólo es practicable en conjunto con la democracia social» (Ribeiro, 1998:197) o la misma superación de las barreras raciales por el eventual sentido de clase que añoraba Fernandes (Cfr. Reid, 1998:33), pueden encontrar un punto de irresolubilidad; tomando en cuenta que «raza» y desarrollo capitalista, son «potencialmente compatibles» (Cfr. Reid, 1998:33).

SÃO PAULO: CONTINUIDADES Y NUEVAS EXPERIENCIAS ESPACIALES
EN TORNO A LA SEGREGACIÓN ÉTNICA

A diferencia de otras ciudades brasileñas, el desarrollo de São Paulo y la modernidad que encarna se presta a la configuración, en el imaginario social, de no existencias. Es decir, cuando se piensa en São Paulo, las referencias de rascacielos, de centro financiero y de su vida cosmopolita, tienen más peso que la de sus favelas, cinturones de miseria, delincuencia, etcétera. Se trata de una ficción construida que disimula la realidad y lo mismo pasa con su población, como lo señala Ermínia Maricato trayendo a colación un trabajo de Flávio Villaça en el que se pudo constatar, a partir de un análisis de los medios de comunicación, que «[...] la región que concentra a la población de alta renta de la ciudad es tomada como la representación de la "ciudad"» (en Maricato, 1999:144). En ese sentido, su contenido afrodescendiente es negado o desconocido; como aquella anécdota personal descrita en la «Introducción».

Una de las insistencias en el marco de las investigaciones que se realizan sobre afrodescendencia consiste en la visibilización de la misma, de su contribución histórica y de su condición actual: de los retos y de las barreras cotidianas en función de los prejuicios raciales. Pero el proceso de reeducación empieza siempre por la visibilización.¹⁰² De tal manera, se empieza por enunciar que el «déficit negro» en São Paulo es un mito y si bien existen «[...] discrepancias en la composición por color [...] [en función] de los diversos grupos migrantes [...]» (Fernandes, 2008:127), esto no implica que se tenga que diluir la importancia de negros y mulatos.

De esta manera, se plantea para el apartado 3.1. un recorrido histórico como el descrito en el capítulo anterior, pero ahora bajándolo a la escala de la ciudad, en el que como parte de un análisis primariamente laboral se tiene una exclusión secundariamente espacial y un permanente flujo del signo racial. Con ello se pretende comprender los casos a exponer en el apartado 3.2. y hacer hincapié en el argumento de la desigualdad social paulistana, misma en la que, así como la distinción entre los agentes «[...] se observa la cohabitación de tiempos nacionales diferentes y diferenciados por la occidentalidad [...]» (Carranza, 2017:145). Estas características se trasladan al espacio. En ese sentido, las desigualdades

¹⁰² Se usa el término de reeducación porque «la ciencia social es reflexiva en el sentido de que el conocimiento que genera se “reintroduce” en la realidad que ella describe» (Bourdieu y Wacquant, 2012:66).

urbanas, cuyo fundamento binario fluctúa entre lo arcaico y lo posmoderno, se traducirán en la dicotomía ciudad oficial/legal y ciudad ilegal (Cfr. Maricato, 1999:148 y 149).

3.1. Devenir urbano y pautas de segregación socioespacial

Como se ha delineando en esta propuesta de trayectoria histórica y espacial, que contempla la dimensión étnica, en São Paulo confluyen sucesos que parecieran inesperados en coyunturas importantes. El auge cafetalero y la relocalización de la mano de obra esclava en el contexto latinoamericano de crisis de la institución esclavista y aboliciones; una tardía abolición y prematura inserción de la población liberta en la sociedad de clases con la particular competencia del inmigrante europeo; un *boom* industrial con tendencia a marginar a los menos favorecidos del orden social establecido, donde negros y mulatos por la ausencia de herramientas que faciliten su movilidad social tienden a formar parte de ese sector marginal; y, finalmente, la consolidación de una ciudad neoliberal que excluye por igual bajo un principio de clases, donde, sin embargo, el signo racial sigue siendo socialmente relevante.

La finalidad de este apartado será explicar, a mayor detalle, la participación de negros y mulatos en esta ciudad, con el referente temporal propuesto; un acercamiento puntual posible gracias a que ya se desarrollaron, las bases para aproximarnos a escala país. La necesidad de este ejercicio radica en que entender la inserción de estos actores a largo plazo ayudará a comprender el presente de los mismos. Se parte de la premisa de que nada es aislado, todo tienen una explicación histórica. De tal manera, los ejemplos de experiencias contemporáneas del apartado 3.2. darán cuenta de un fenómeno social que se reinventa, así como las resistencias, en función de la actualidad.

3.1.1. Del origen de São Paulo a la agroexportación del café

Localizado en una «colina alta y llana» (Pereira, 2004:24), el entonces pueblo de São Paulo de Paritininga tuvo sus orígenes con la fundación de un colegio de padres jesuitas el 25 de enero de 1554 (Cfr. Pereira, 2004:24). Su desarrollo se basó en la agricultura de subsistencia, así como la introducción, no tan exitosa, del cultivo de caña sacarina empleando mano

de obra esclava de indios mamelucos.¹⁰³ A partir de la segunda mitad del siglo XVII, con el descubrimiento de depósitos aluviales de oro en el ahora estado de Minas Gerais, comenzaron las *bandeiras*: viajes de reconocimiento para el interior del territorio cuyo propósito era la captura de indios y la búsqueda de «[...] metales preciosos en los sertões (selvas) distantes [...]» (Pereira, 2004:24). En ese sentido, «[...] durante los dos primeros siglos de la colonización el trabajo forzado en São Paulo permaneció predominantemente indígena» (Reid, 1998: 54).

Para el año de 1681, São Paulo se convirtió en la capital de la capitania —de São Vicente— y en 1711 se elevó a la categoría de ciudad (Cfr. Pereira, 2004:24). Sin embargo, la ciudad de São Paulo como urbe en expansión se encuentra enraizada en la etapa productiva de la agroexportación del café; antes de ésta poseía una estructura urbana sin definir. Lo mismo con su lugar de primacía en la economía brasileña. Pues a pesar de su relevancia por ser punto de partida de las *bandeiras* no poseía otra actividad económica lucrativa; lo que provocó, de hecho, la pérdida de su población más joven que migró hacia Minas Gerais (Cfr. Pereira, 2004:25).

Hacia finales del siglo XVIII, las plantaciones de café comenzaron a sustituir a las de azúcar por los estados de la ahora región del sudeste: Rio de Janeiro, Minas Gerais, Espírito Santo y São Paulo; en este último, la introducción del producto fue súbita: para 1850 las haciendas del estado «[...] empleaban casi cuatro veces más esclavos que las del azúcar» nordestino; y para 1870 «[...] alojaba la tercer mayor población esclava del país [...]» (Reid, 1998:54-55) —ya de origen africano— atrás de los Estados de Minas Gerais y Rio de Janeiro.¹⁰⁴ El flujo de esta mano de obra fue producto del tráfico interno «[...] entre las plantaciones de café, de algodón, las minas y los ingenios azucareros de todo el país [...]» (Carranza, 2017:133); y su auge (1850-1870) cobró vida en manos de los *barões do café*, encargados de transformar la fisonomía urbana de la ciudad.

¹⁰³ Las haciendas cañeras se instalaron en São Vicente, primera colonia portuguesa en Brasil (Cfr. Reid, 1989:53-54); localizada en la mitad occidental de la isla que comparte con Santos.

¹⁰⁴ En 1819 el porcentaje de población de origen africano en Brasil era el siguiente: región nordeste 50%, sudeste 13% y otras regiones 13%. Para 1872, después de la relocalización del tráfico hacia Rio de Janeiro —aunque este se detuvo oficialmente en 1851— y con el desplazamiento interno de la población afrodescendiente, las cifras fueron las siguientes: región nordeste 32%, sudeste 59% y otras regiones 9% (Cfr. Reid, 1988:65).

La construcción de la red ferroviaria (1848 a 1929), e inclusión de la misma a escala regional, integró al estado con el mercado internacional.¹⁰⁵ Ésta junto al sistema hidroeléctrico fueron las que determinaron los patrones de expansión urbana en la ciudad y del uso de la tierra. La urbanización se articuló, así, en torno a las trayectorias de las plantaciones de café, los kilómetros de ferrocarril y el aumento demográfico. Esta trayectoria avanzó hacia nuevas tierras en la medida en que las otras fueron agotando su fertilidad debido a la misma explotación: del sureste hacia el centro, del centro hacia el noreste, y del noreste hacia el noroeste del estado de São Paulo (Cfr. Pereira, 2004:26).

Desde la década de 1860, São Paulo ya había perdido gran parte de sus diseños arquitectónicos coloniales dando paso al surgimiento de la «ciudad burguesa»; «[...] basada en estilos neo-clásicos [...]» (Pereira, 2004:26). Entre ellos edificios públicos como la asamblea, el ayuntamiento, escuelas, cuarteles, penitenciarías y estaciones ferroviarias, así como iluminación y jardines públicos. En el aspecto residencial, los barones del café, quienes comenzaban a residir en el centro, erigieron «[...] grandes casas, algunos verdaderos palacetes, con jardines exteriores, etc. [...] cuando los “barões” tenían la necesidad de retornar a sus propiedades agrícolas en el interior del Estado de São Paulo, utilizaban el nuevo (y entonces rápido y confortable) medio de transporte, la ferrovía» (Pereira, 2004:27).

Se trata del momento en que, aunado a la alta concentración de la propiedad de la tierra, el papel de los agricultores —estos barones del café— se vuelve fundamental; pues «[...] pasaron a preocuparse más por los aspectos comerciales y financieros de su negocio; vivían con mayor frecuencia en las ciudades y algunos se dedicaron a las actividades inmobiliarias, bancarias, a la construcción de vías de ferrocarril y a la exportación» (Dean, 1991:12); misma que estuvo, muchas veces, «[...] en manos de organizaciones comerciales británicas y estadounidenses» (Carranza, 2017:133). Si el crecimiento urbano dependió de la expansión del comercio del café, los barones, como propietarios de ese comercio, lideraron, entonces, los cambios de ese desarrollo.

Mientras tanto el trabajo en las haciendas se estaba cuestionando. La oposición de los hacendados a la abolición fue intensa, de manera singular en São Paulo (Cfr. Reid, 1998:65), en particular para aquellos casos donde el esclavo era considerado «[...] una in-

¹⁰⁵ En 1867 se inauguró la línea férrea que iría del puerto de Santos a Jundiaí atravesando la ciudad. Éste «[...] representó la ruina de los pequeños puertos y consolidación de Santos como el gran puerto de comercio externo de la provincia» (Fausto, 1977:13).

versión de capital y un instrumento de trabajo que debería ser exprimido hasta el bagazo» (Fernandes, 2008:57). Como consecuencia, desde la década de 1870 se habían presentado una ola de levantamientos y, una década después, la fuga masiva de esclavos, así como una campaña de desobediencia civil: «la situación de los señores esclavos para mantener sus esclavos estaba siendo difícil; y la disciplina en las haciendas se volvía imposible» (Reid, 1998:83).¹⁰⁶

Sin embargo, ante la presión abolicionista —en el contexto de transición hacia una modernidad que exige el ensayo del trabajo con mano de obra asalariada—, según Florestan Fernandes, dicho movimiento terminó por asumir «[...] el carácter de una insurrección de los propios blancos [...]» (1970:127). La ausencia entre la población de una conciencia abolicionista, junto con la emergencia tardía de São Paulo como ciudad, configuraron un esquema de relaciones sociales con un liderazgo económico y político por parte de los hacendados,¹⁰⁷ y un difícil acceso de la población afrodescendiente a oportunidades de movilidad ascendente en el escenario del crecimiento económico.

Este liderazgo se consolidó a nivel nacional, pues la función de centro político que le había sido arrebatada a Rio de Janeiro por la oligarquía cafetalera del oeste paulista en el siglo XIX, pasó a manos, ya en el siglo XX, de los industriales y especuladores financieros de la ciudad (Cfr. Carranza, 2017:135). Por ello, São Paulo ejemplifica, de manera particular, aquello que Fernandes denomina «dilema racial brasileño», al tratarse de «[...] la primera ciudad brasileña que expuso al negro y al mulato a las contingencias típicas e inexorables de una economía competitiva en expansión» (1970:124).

¹⁰⁶ En el estado los quilombos habían surgido desde 1770 en Campinas, al sureste. Aunque quizás el más famoso de São Paulo corresponda al quilombo Jabaquara en el municipio de Santos (Reid, 1998).

¹⁰⁷ Para Warren Dean, los hacendados de São Paulo tuvieron una «facultad creativa» no vista en hacendados de otras regiones del país. La élite caficultora paulista —poseedora de tierras por varias generaciones y que en el momento de la expansión cafetalera fuera la única con las facultades para hacerse de esclavos y más tierras— no sólo detectó oportunamente lo lucrativo que puede ser invertir en el ferrocarril, las exportaciones, la fundación de bancos o la creación de empresas de corretaje, sino que también supo detectar a tiempo «[...] que necesitaban fomentar activamente la conversión de un sistema de mano de obra libre si querían que la economía de exportación continuase creciendo» (1991:42).

3.1.2. Finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX: el auge del café

Como se ha descrito con anterioridad, el más exitoso periodo de agroexportación de café se dio en un escenario de transición importante. Por un lado, una crisis política que demandaba el viraje de paradigma; de una monarquía obsoleta al ascenso de un nuevo orden establecido a partir de un fuerte movimiento por parte de los hacendados, quienes pasaron a «[...] ocupar una posición de liderazgo en la construcción de la nueva república creada por la constitución de 1891» (Reid 1998:77). Las siguientes tres décadas, el país será comandado por la oligarquía del *café com leite*: hacendados de São Paulo y Minas Gerais, los dos estados que con el café y el ganado lideraban la economía del país.

Por otro lado, la emergencia —con el proceso de abolición— de una población que se encontraba bajo el yugo de la esclavitud, y que particularmente en São Paulo encuentra condiciones no tan favorables para su desarrollo. Esto se debió, principalmente, por dos razones interconectadas. La primera tiene que ver con el tardío crecimiento de São Paulo como ciudad; al ser esta expansión principal consecuencia del avance de la economía cafetalera. En ese sentido —y con esto la segunda razón—, «[...] el comienzo de la expansión económica coincide con la creciente concentración de inmigrantes de origen europeo [...] Pocos negros y mulatos pudieron aprovechar las oportunidades con que contarían en otras circunstancias» (Fernandes, 1970:126), como sucedió en Salvador, Recife o Rio de Janeiro, donde la dimensión de los centros urbanos «[...] ampliaban la división del trabajo social» (Fernandes, 1970: 126).¹⁰⁸

La citada Constitución de 1891 prohibió la inmigración africana y asiática, y convirtió a la europea en una prioridad para el desarrollo nacional (Cfr. Reid, 1998:91). Entre 1888 y 1928, 2,1 millones de europeos llegaron al estado de São Paulo (Cfr. Reid, 1998:93), muchos de ellos trasladados a partir de programas subsidiados por parte del gobierno estatal.¹⁰⁹ Inicialmente, dicha migración presentó resistencia a la rudeza del trabajo en la hacienda, mientras «[...] brasileños y africanos libres preferían permanecer en el sector de la subsistencia, cultivando sus propios pedazos de tierra y sólo aceptando empleo en las haciendas con base ocasional y esporádica» (Reid, 1998:96); aunado a los efectos de las

¹⁰⁸ Esto se da de manera particular en São Paulo porque para los hacendados nordestinos, por ejemplo, «la mano de obra blanca era un lujo que ellos no podía mantener» (Reid, 1998:110-111).

¹⁰⁹ Destacan la Asociación Auxiliadora de la Colonización, la Sociedad Promotora de la Inmigración y el Departamento de Agricultura del Estado de São Paulo (Cfr. Reid, 1998:97).

teorías de la vagancia y el racismo científico que influenciaban las preferencias de los hacendados.¹¹⁰

En la ciudad la situación no era tan diferente. Así lo reveló el censo de 1893 para São Paulo, donde los inmigrantes europeos y la mano de obra nacional blanca ocuparon las posiciones de trabajo con mejor proyección: los inmigrantes el 89% de los trabajos artesanales, el 81% de los empleos de transportes, el 79% de los industriales —donde repuntaron como «[...] el factor humano por excelencia» (Fernandes, 2008:43)— y el 72% de los empleos comerciales; mientras los nacionales eran mayoría en profesiones como la abogacía, así como capitalistas (80,5%) y propietarios (69%) (Cfr. Reid, 1998:111 y Fernandes, 2008:43). Ambos compartían aquellas profesiones que «[...] dinamizaban el “progreso económico”», como ingenieros, arquitectos, topógrafos y profesores (Fernandes, 2008:43); así como aquellas referentes a los nacientes «requerimientos de servicios urbanos», como profesionistas, escritores, médicos, artistas, entre otros, de donde nació la nueva clase media (Carranza, 2017:138). Por otro lado, según Reid Andrews, «[...] los empleos en las fábricas, oficinas y tiendas de la ciudad no eran para afrobrasileños. Esto no era resultado de una legislación discriminatoria o de decretos que venían desde arriba, sino de millares [...] de decisiones tomadas por los patrones relativas a quién irían o no a contratar» (1998:117).¹¹¹ En ese sentido, la preparación y el peso del prejuicio racial, son determinantes.

Al respecto, las evidencias pueden ser puestas a debate. Haciendo a un lado la cuestión racial se puede pensar en una consecuencia lógica tomando en cuenta la emergencia de estos afrobrasileños de la esclavitud, en ese sentido se observan ventajas de alfabetización de un 12,5% para mulatos y negros libres, versus un 41,7% para inmigrantes (Cfr. Reid, 1998:120-121). De tal manera, para Florestan Fernandes la ausencia de oportunidades en la ciudad no puede ser atribuida a factores por atribuciones raciales (Cfr. 2008:114). Sin em-

¹¹⁰ El trabajo en las haciendas era tan precario que el gobierno italiano prohibió a sus ciudadanos, en 1902, aceptar los subsidios para migrar. Dicha prohibición se levantó en 1927 (Cfr. Reid, 1998: 139). Sin embargo, a pesar de la misma, de los 330, 000 europeos que entraron a Brasil entre 1902-1910, sólo se quedaron 16, 667 (Cfr. Dean, 1991:13). Cuando la escasez de mano de obra se convirtió en una constante, los hacendados se vieron obligados a flexibilizar el trabajo (Cfr. Dean, 1991:49).

¹¹¹ La industria que se desarrolló en São Paulo antes de 1920 se dedicaba a la producción de artículos básicos para el consumo local, así como la manufactura textil. Para 1885 destacan las siguientes: 13 fábricas de hilado de algodón, una de lana, cuatro fundidoras, una fábrica de fósforos y diversos aserraderos (Cfr. Dean, 1991:19). Esta industria se trata de aquella estimulada por el comercio del café —«La industrialización no contaba con una ideología operacional de desarrollo [...] fuerza motivadora del crecimiento en áreas no desarrolladas» (Dean, 1991:17). Hacia finales de este periodo, cuando las agroexportaciones comienzan a declinar, es cuando emerge una industria independiente de este comercio, una industria estimulada por el declive del mismo.

bargo, también existen evidencias que no pueden ser explicadas sin la influencia de este prejuicio.

En primera instancia, para Fernandes el desplazamiento de la población afrobrasileña «[...] a la periferia del sistema de producción, a las ocupaciones indeseables, mal retribuidas y socialmente degradadas» (1970:130), se debía a la existencia de mano de obra de mejor calificación, en particular en el trabajo industrial —proceso que recién comenzaba en Brasil—; así mismo, dicha población carecía de la disciplina necesaria para el régimen salarial y herramientas psicosociales para su movilidad (Cfr. Fernandes, 1970:128-130). En ese sentido, «entiéndase que, sociológicamente, la exclusión tendría carácter específicamente racial si el negro ostentase esas cualidades y fuese, no obstante repelido» (Fernandes, 2008:115). Empero, la gran mayoría de la población italiana —grupo migratorio de mayor peso en São Paulo—, como muchos historiadores creen, provenían de «[...] áreas rurales del sur de Europa» (Reid, 1998:123).¹¹² Y en Rio de Janeiro, donde la migración europea no había tenido tanta importancia como en su estado vecino, los trabajadores fabriles eran afrobrasileños (Cfr. Reid, 1998:125). Estos dos argumentos señalan que la marginación no era necesariamente una causa de incapacidad laboral.¹¹³

Por otro lado, respecto a las características negativas de indisciplina y aspectos psicosociales, según la investigación que realizó Reid Andrews cabe señalar que un mal desempeño laboral puede ser encontrado tanto en (afro)brasileños como en extranjeros; sin embargo, en situaciones donde la fuerza de trabajo necesitaba reducirse eran los negros, y no los pardos y blancos, a quienes se les solía despedir (Cfr. 1998:175-181). Lo mismo con las actitudes no moralistas: «[...] el crimen, la pobreza y la anomía no estaban confinados a los negros» (Reid, 1998:133). De esta manera, para Warren Dean la preferencia hacia los inmigrantes «fue en parte fundamentada en la discriminación contra los trabajadores nacio-

¹¹² Aunque, según Warren Dean, la gran mayoría de los inmigrantes «[...] habían vivido en ciudades, pertenecían a familias de clase media y poseían instrucción técnica o, por lo menos, cierta experiencia en el comercio y en la manufactura [...]» (1991:59).

¹¹³ Más allá de la capacidad laboral que concierne a ambos grupos y el debate sobre el nivel de instrucción que cada uno pudiese poseer, lo que sí es una realidad es que el interés por capacitar era casi nulo. Según Warren Dean, los industriales no exigían al gobierno escuelas para especialización de sus trabajadores, «[...] porque consideraban más barato contratar operarios e ingenieros especializados en Europa y en los Estados Unidos y porque sus propios hijos, que, esperaban asumieran el control de sus negocios, eran mandados al extranjero para estudiar» (1991:190).

nales, en espacial los negros» (en Reid, 1998:125)¹¹⁴; pues negarle el empleo a negros y mulatos se convirtió en un tipo de tradición más allá del contexto de «pleno empleo» suscitado (Cfr. Fernandes, 2008:186).

Se trató, según Fernandes, del segmento más relegado económica y socialmente de la mano de obra nacional (Cfr. 2008:65). Pues, incluso «[...] las oportunidades de compromiso en el trabajo agrícola o urbano, por peores que fuesen, sonaban, para los *blancos nacionais* de la plebe, como una liberación económica y nacional» (2008:65). Mismos que conseguían «[...] proteger y hasta mejorar su posición en la estructura de poder económico, social y político de la ciudad» (Fernandes, 2008:42); es decir que, aun ocupando trabajos de menor categoría, su movilidad ascendente era asequible.

La abolición no alteró las posiciones de los grupos étnicos. En este contexto, de lo contrario, termina por definirse quiénes ocuparán los lugares más altos de la pirámide social. Aunado a la «facultad creativa» de los hacendados está el papel de los importadores, quienes en el contexto del comercio internacional generaron cuantiosas ganancias. Se trataban de casas extranjeras —de Inglaterra, Alemania, Francia y Portugal— que controlaban el mercado nacional. Ambos segmentos —hacendados e importadores— desarrollaron una «capacidad empresarial» que en el periodo posterior los consolidó como la élite industrial cuando se comenzaron a vincular, de manera temprana, con la manufactura textil. Warren Dean lo denomina como el «importador convertido en manufacturero» (1991:32), segmento que para 1920 poseía el control de la industria textil, de embotellamiento de cerveza, fabricación de papel, laminado de metales, entre otros. (Cfr. Dean, 1991:34-35). El mejor ejemplo de esa élite emergente lo encarna la figura de Francisco Matarazzo.¹¹⁵

¹¹⁴ El mismo movimiento operario paulista que se desarrolló en la década de 1910 y que navegaba con la bandera de una clase trabajadora sin distinciones étnicas, donde «[...] trabajadores negros y blancos eran iguales [...] en su degradación común» (Reid, 1998:104), varios «[...] líderes operarios inmigrantes no conseguían superar completamente sentimientos de superioridad étnica y racial en relación a sus compañeros brasileños» (Reid, 1998:108). Reid Andrews encuentra evidencia sobre esto y sobre jefes promoviendo el antagonismo étnico a partir de la contratación de libertos como tira-huelgas mediante la revisión de la imprenta operaria (Cfr. 1998:104-110).

¹¹⁵ También es posible encontrar paulistas entre los importadores, muchos de ellos hacendados, quienes «[...] tendían a perder su identidad como importadores y transformarse en fabricantes» (Dean, 1991:35). Este hecho coincide con los inicios de la decadencia del café: otro ejemplo más de la capacidad de adaptación que surgió entre estos barones paulistas —se hace énfasis en la región pues se trata de un fenómeno que no sucede en otros estados del país, en Rio de Janeiro, por ejemplo, los importadores vuelven a su etapa de mayoristas (Cfr. Dean, 1991:35)—, cuyas industrias se enfocaban en la transformación de productos agrícolas como enlatados, molinos, serrerías, vidrierías, fábricas de cal, cemento, entre otras. Por otro lado, Francisco Matarazzo fue un inmigrante italiano que se describía como: «[...] negociante, importador en larga escala y hacendado [...]» (Dean, 1991:39); el ejemplo más transparente de la «mentalidad capitalista», como la califica Warren.

En este contexto, São Paulo se consolida como el «[...] primer centro urbano específicamente burgués» (Fernandes, 2008:43) y, con ello, «[...] los comportamientos y la propia personalidad de los agentes económicos se conformaban, de modo creciente y cada vez más profundo, por los patrones típicos del empresariado y del trabajador libre de la civilización capitalista» (Fernandes, 2008:43). Es decir que, el proyecto político que se va imponiendo se construye a partir de los referentes económicos y culturales que estos dos protagonistas encarnan.¹¹⁶ De esta manera, los únicos, y pocos, negros y mulatos que consiguen un relativo éxito, lo hacen a partir del blanqueamiento. Proceso que no genera empatía ni lazos de solidaridad con sus iguales (Cfr. Fernandes, 2008:103), pero que tampoco garantiza una incorporación íntegra al orden establecido.

El viraje de la ciudad señorial esclavista a la ciudad capitalista tuvo, también, consecuencias espaciales. Primero se debe señalar que con la llegada de los inmigrantes el espacio se organizó de manera caótica entre fábricas —un cordón industrial fue establecido a lo largo de la avenida Celso García, en el este (Cfr. Brito, 1989:94)—, casas construidas con urgencia para albergar a los trabajadores, comercio y residencias, con la tendencia de que las élites ocuparan las partes más altas de la ciudad. La clase trabajadora vivía —a diferencia de aquellas mansiones propias con jardines que los hacendados habían construido un par de años atrás— en habitaciones alquiladas y conventillos superpoblados, a excepción de una minoría de trabajadores especializados que construían casas adosadas a fábricas (Cfr. Pires do Rio, 2009:260).

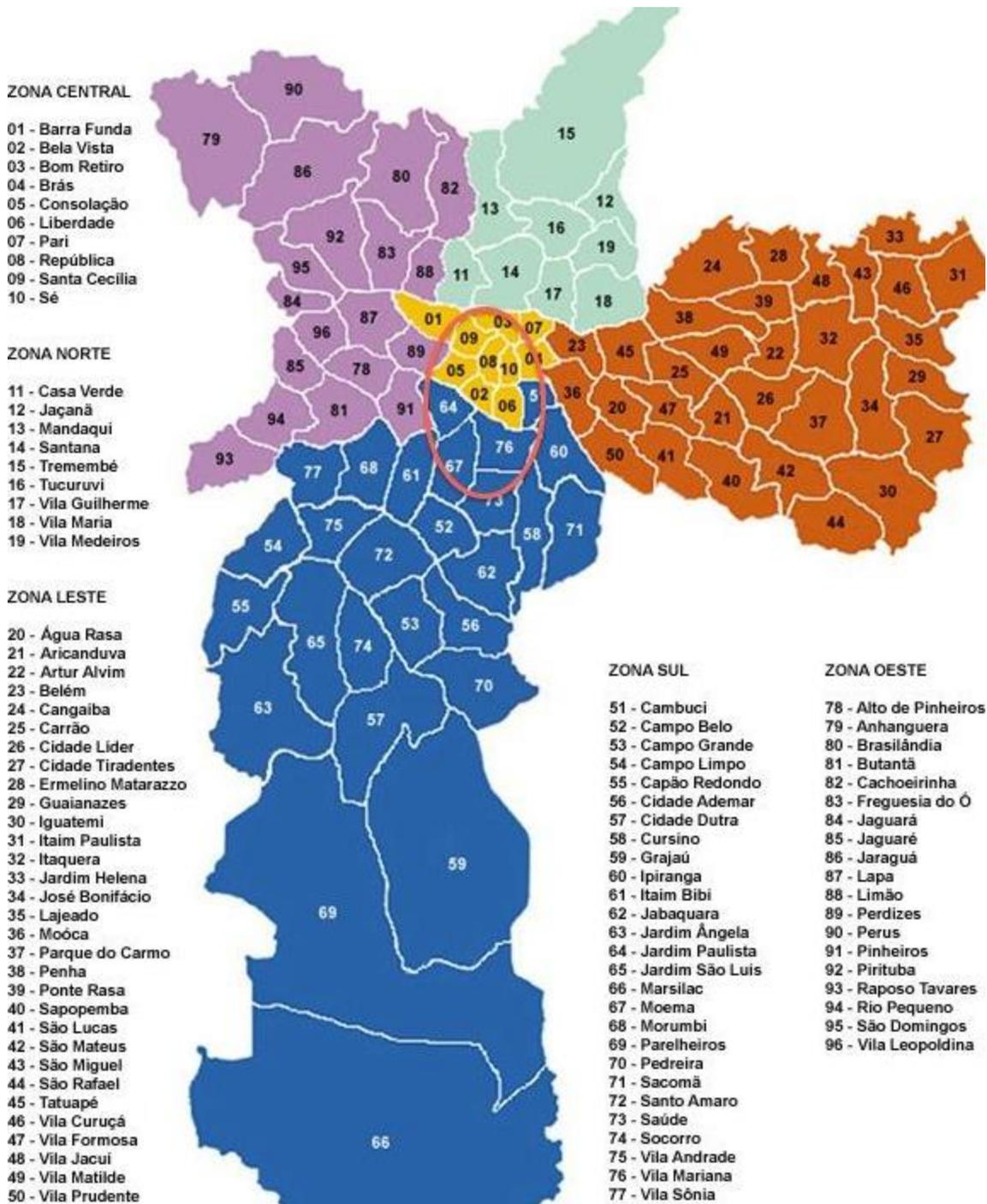
De esta manera se constituyen barrios proletarios de perfil blanco como Brás y otros con mezcla de población afrobrasileña como Barra Funda, Bexija —dentro del barrio de Bela Vista— y Lavapés —dentro de Cambuci— (mapa 5).¹¹⁷ Estos tres últimos junto con barrios en Liberdade y algunos puntos de Sé, en el centro histórico, fueron considerados, según Raquel Rolnik, como las «[...] regiones más negras de la ciudad» (1989:7)¹¹⁸. La marginalidad de estos territorios negros era identificada por «[...] la no-proletización de su población [...]» (1989:7); y por sus viviendas: corticos y sótanos (Rolnik, 1989:7-9).

¹¹⁶ Para Tania Carranza, este proyecto se cristaliza en la Semana de Arte Moderno de 1922 (Cfr. 2017:139).

¹¹⁷ Todos los barrios de ahora en adelante mencionados podrán ser ubicados con ayuda del mapa 5.

¹¹⁸ Cabe señalar que los territorios negros no están exclusivamente habitados por afrobrasileños; pues históricamente esta población se ha mezclado con los más pobres de la ciudad. Sin embargo, esto no quiere decir que no existan «[...] comunidades afro-brasileñas fuertemente estructuradas y circunscritas a territorios particulares» (Rolnik, 1989: 10).

Município de São Paulo



Fuente: <http://es.maps-sao-paulo.com/sao-paulo-municipios-mapa>

En este contexto, la vida asociativa de los afrobrasileños giraba en torno a actividades como la capoeira, el candomble y las hermandades religiosas —Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de los Remedios, principalmente. Así mismo, de la convivencia entre negros que formaban parte de la clase operaria surgieron los «grupos de carnaval», actuales escuelas de samba (Cfr. Reid, 1998:218-220). Dichos territorios albergaban las escuelas mencionadas, así como clubes de fútbol y de otras actividades: (Cfr. Rolnik, 1989:8-9); creados a partir de la exclusión de los clubes sociales y deportivos de los blancos (Cfr. Reid, 1998:220-221). Tiempo después, en 1961, surgió el Aristocrata Clube exclusivo para afrobrasileños, mismo que se convirtió en un espacio de socialización relevante (Cfr. Reid, 1088:278-280); éste aún se encuentra en el barrio Saúde.

Otros referentes de convivencia yacían en «[...] el hábito de hacer reuniones en las esquinas, en los terrenos baldíos, en los bares y en las tabernas [situación que] luego se convirtió en un verdadero patrón cultural» (Fernandes, 2008:196) —antes de 1930, por ejemplo, afrobrasileños solían reunirse en Largo de Arouche y después de esa fecha en la Rua Dereita, ambas ubicaciones en el centro (Cfr. Reid, 1088:278-280). Para Florestan Fernandes, esto surgió del «desempleo involuntario disfrazado» (2008:196); es decir, del ocio como consecuencia del aislamiento laboral. De esta situación, la mujer negra se convirtió en el pilar de la economía, pues su trabajo doméstico la dotaba de cierta estabilidad. Dicho paréntesis es importante, porque esto conduce a la constitución de una familia distinta a la tradicional —«católica ibero-brasileña» (Fernandes, 2008:241)—, lo que devino en la construcción moral de que la familia negra era una *familia incompleta* (Cfr. Fernandes, 2008:241).¹¹⁹

Eventualmente, las reuniones adquirieron «[...] el carácter de desafío y de una autoafirmación grupal» (Fernandes, 2008:196), debido a la persecución y represión policial a la que se encontraron sometidas (Cfr. Fernandes, 2008:196). Pues, aunque la convivencia en la ciudad no estaba restringida legalmente para afrobrasileños, éstos han experimentado situaciones de discriminación, entre otras circunstancias, para acceder a parques y plazas públicas (Cfr. Reid, 1998:217).

¹¹⁹ Esta ausencia de estructura familiar trajo como consecuencia el descuido de los hijos (Cfr. Fernandes, 2008:208-210) o, el cuidado no tradicional de los mismos. En ese sentido, «[...] el arreglo más frecuente consistía en el par, constituido por la madre soltera o su substituta eventual, casi siempre la abuela, y su hijo o hijos» (Fernandes, 2008:240): también estaban las parejas juntadas con sus hijos, ya sean de esa pareja o de otras (Cfr. Fernandes, 2008:240).

En ese sentido, las alusiones moralistas también tuvieron su correlato espacial. La asociación de los pobres con ideas de promiscuidad y crimen obligaron a las élites a mudarse, por miedo al contagio, hacia regiones apartadas de las áreas más pobladas del centro de la ciudad, dando origen a las zonas exclusivas en Campos Elíseos, Higienópolis y la avenida Paulista (Cfr. Pires do Rio, 2009:260-261; Rolnik, 1989:7).¹²⁰ A su vez, a nivel municipal se trató de embellecer el centro, de blanquearlo. Dicho proceso inició entre 1899 y 1911 con la administración de Antônio Silva Prado y su sucesor Reymundo Duprat y consistió en el

alargamiento de calles, transferencia y demolición de mercados, construcción de plazas y boulevards. Lo que ahí se esbozaba era el diseño de un Centro burgués de calles largas y cerradas uniformemente neoclásicas, que sería territorio exclusivo de las clases dirigentes: su espacio de trabajo, diversiones, conmemoraciones cívicas y religiosas [...] La operación limpieza fue impecable para la construcción de la Plaza de Sé y la remodelación del Largo Municipal, los corticos, hoteles, y pensiones de las inmediaciones fueron demolidos (Rolnik, 1989:8).¹²¹

En resumen, «[...] la arquitectura de la ciudad de São Paulo se desarrolló como un espacio destinado a la cultura, el arte y la política» (Carranza, 2017:139) de la élite y de la clase media: intelectuales inorgánicos voceros de los primeros (Cfr. Carranza, 2017:138).

La apertura de avenidas y el alargamiento de calles conectaron el centro con los nuevos suburbios. Esta reestructuración en el sistema de circulación de la ciudad fue determinante para la configuración del patrón de segregación presenciado (Cfr. Pires do Rio, 2009:264). Al mismo tiempo, el embellecimiento del centro trajo consecuencias para la clase trabajadora, de lo que se hablará en el siguiente apartado.

El suministro de trabajadores europeos que caracterizó este periodo, en conjunto con las ganancias por la exportación de café, convirtieron a São Paulo en el centro industrial más grande e importante de Brasil (Cfr. Reid, 1998:140); así mismo los industriales

¹²⁰ Desde 1890 se había creado el Servicio Sanitario y en 1894 el Código Sanitario como «control social» para las clases trabajadoras (Cfr. Pires do Rio, 2009:261).

¹²¹ Antônio Silva Prado es otro personaje que sirve de ejemplo para retratar el alcance económico, social y político que constituyó a la élite emergente; fue hacendado, financiador, industrial, ministro que desempeñó un papel importante en fomentar migraciones extranjeras y en el desarrollo del ferrocarril y de puertos, así como alcalde de São Paulo de 1899 a 1910 (Cfr. Dean, 1991:53). Por otro lado, esta transfiguración del centro, como lo hizo el barón Haussman —funcionario público encargado de la renovación de París en la época de Napoleón III—, cumplió una doble función: «los nuevos bulevares incorporaban las nuevas condiciones para el anonimato y el individualismo, permitiendo tanto la libre circulación como la desatención a las diferencias, y ayudando así a consolidar la imagen de un espacio público abierto e igualitario» (Pires do Rio, 2009:258).

«[...] adquirirían un poder político cada vez mayor» (Reid, 1998:37). Por otro lado, si bien se trató de un momento que dadas las circunstancias se clausuraron considerablemente las oportunidades de movilidad de los afrobrasileños, debe siempre rescatarse la agencia de los dominados, que «incluso cuando actúan a partir de una posición de debilidad y desventaja, sus acciones y decisiones desempeñan un papel fundamental en la determinación del curso de la transformación histórica» (Reid, 1998:40).

3.1.3. 1940-1980: el desarrollo industrial

Fue en las décadas de los treinta y de los cuarenta del siglo xx cuando dio inicio la decadencia del café y ganó importancia la industria transformadora. Ya desde 1929, con la caída de la bolsa de valores de Nueva York y su resonancia reflejada en la crisis del sistema capitalista mundial, se presenció un declive drástico en los precios de demanda y consumo mundial del producto (Cfr. Pereira, 2004:28). La crisis de exportación coincidió con el cambio político posibilitado por la Revolución de 1930 que puso fin al dominio de los barones del café e instauró a Getúlio Vargas como presidente hasta su suicidio en 1945.

Como se esbozó en el segundo capítulo, São Paulo se convirtió en el polo de desarrollo industrial más importante de Brasil y en ese sentido su desarrollo urbano no tuvo precedente. Este proceso abrió oportunidades laborales para los afrobrasileños clausuradas en décadas pasadas, al tiempo en que se detuvo oficialmente la migración europea subsidiada en 1927, y dio inicio una onda migratoria proveniente, principalmente, de regiones donde el desarrollo económico se encontraba pausado, como el nordeste.

George Reid Andrews en su trabajo *Negros e brancos em São Paulo (1888-1988)* (1998) hace un análisis minucioso —con base en la investigación de los registros del personal de dos compañías de la época— sobre la situación de los afrobrasileños en el campo laboral. Para el autor, en 1930 la población negra y mulata de São Paulo estaba apenas ingresando al trabajo fabril. Este acceso está vinculado con la Ley de Nacionalización del Trabajo de 1931, que «[...] requería que los empleadores urbanos mantuviesen una fuerza de trabajo constituida de por lo menos dos tercios de empleados urbanos nacidos en Brasil»

(Reid, 1998:160).¹²² Al respecto, un testimonio rescatado por Florestan Fernandes indica: «[...] indirectamente Getúlio fue responsable por la mejora de la situación, que ha hecho que el prejuicio desaparezca en las fábricas» (2008:186).

Los resultados arrojados después del estudio de los archivos de las compañías Jafet y la São Paulo Tramway Light and Power concluyeron que cada segmento de la población estaba igualitariamente representado en las contrataciones según su proporción demográfica; sin embargo, se presenciaba un fenómeno peculiar: «[...] afro-brasileños eran casi enteramente excluidos de los cargos de oficinistas [...]» (Reid, 1998:163).¹²³ Durante este periodo, cabe señalar, las profesiones de oficina y comerciales se encontraban dentro de las posiciones más deseadas entre los trabajadores, por ser vehículo de movilidad social, puerta de acceso hacia la clase media.¹²⁴ Éstas están ligadas, por su puesto, al desarrollo urbano e industrial presenciados:

[...] el crecimiento urbano generó una demanda por bienes y servicios proporcionada por una clase en expansión compuesta por profesionales liberales, y por millares de negocios de pequeño y medio porte operados por empresarios locales. Las industrias requerían gerentes y funcionarios de escritorio; lo mismo acontecía con los sectores financieros y comerciales, y también con las burocracias federal, estatal y municipal (Reid, 1998:197-198).

En ese sentido, la exclusión del empleo de mano de obra fabril afrobrasileña en São Paulo es anterior a la década de 1930. Empero, no tiene presencia en las nuevas profesiones liberales y comerciales; preferentemente ocupadas por descendientes de hacendados. Así mismo, para este periodo tanto hacendados como importadores se consolidaron como la clase de élite a partir de la conformación de alianzas. Ambos sectores, ya transfigurados en

¹²² Esta ley se comprende en el marco del «[...] discurso de revalorización de la mano de obra nacional, que pasaba por la xenofobia al extranjero sindicalista y anarquista [...]» (Rolnik, 1989:10); como consecuencia del movimiento operario presenciado una década atrás.

¹²³ La compañía Jafet se dedicaba a la industria textil —esta industria manufacturera empleaba el 40% de la fuerza de trabajo desde 1920—, se localizaba en el barrio de Bom Retiro y se expandió hacia Brás, Mooca e Ipiranga, lugares donde el precio de la tierra era bajo. Se trató de una compañía de inmigrantes libaneses establecida en 1906. La São Paulo Tramway, por su parte, era la compañía «[...] responsable por el suministro de energía eléctrica y transporte urbano para la capital del Estado» (Reid, 1998:154); y fue fundada en 1899 por ingenieros e inversionistas británicos y canadienses —según Warren Dean, esta última compañía se fundó con capital canadiense y estadounidense, no británico (1991:14-15).

¹²⁴ «El hecho central de la vida de la clase media de Brasil, es que ella representa una fuga al mundo del trabajo manual, del mundo del pueblo, degradado y asociado a la pobreza. Por eso, los empleos de oficina cargan consigo beneficios psicológicos que complementa, y a veces hasta exceden, sus beneficios financieros» (Reid, 1998:265).

industriales y empresarios, fusionaron la política —donde predominaban los primeros— y la economía, a partir, por ejemplo, de enlaces matrimoniales (Cfr. Dean, 1991:81-84).

De esta manera, según el censo de 1940, los blancos ocupaban 30,873 puestos en profesiones liberales, los mulatos 602 y los negros 428; así como 64,541 puestos como funcionarios públicos, 2,638 y 3,573, respectivamente (Cfr. Reid, 1998:198).¹²⁵ Como consecuencia, la clase media es engrosada por una mayoría blanca, mientras

[...] la única área de empleo de la clase media en que los afro-brasileños comenzaron a aproximarse [...] fue en el sector público. Entre tanto, la mayor parte de estos empleos del sector estatal estaban bien distantes del estatus de la clase media. Estos incluían aquellos empleos serviles, como barrenderos, trabajadores de la construcción, porteros y servicios de escritorio mal remunerados, como mensajeros y sirvientes (Reid, 1998:199-200).

Cabe recordar que, por los antecedentes de migración extranjera, las oportunidades fueron, particularmente para el segmento denominado negro, más restringidas de lo que fueron en otras ciudades, como aquellas del nordeste o como en Rio de Janeiro. Y aunque no se pueda afirmar que estuvieran totalmente clausuradas, el peso del prejuicio fue mediador importante en el campo laboral de las profesiones liberales y comerciales. Aunado al nivel de alfabetización —que representa el primer filtro de acceso a esos trabajos—¹²⁶, el ejemplo más evidente de barrera con base en prejuicios raciales se encuentra en el área comercial, que al tratarse del contacto directo con el público los empleadores mostraban preferencia por contratar empleados blancos y mulatos (Cfr. Reid, 1998:174). Particularmente

¹²⁵ Cabe mencionar que las cifras aludidas son proporcionales a cada segmento de la población (Cfr. Reid, 1998:163). Esto se trae a colación porque el inicio del proceso de urbanización tuvo un impacto demográfico en la disminución de la población negra y mulata: «El enlace de los diversos segmentos de la población con las condiciones y las consecuencias del proceso varían de modo considerable. A través de evidencias indirectas, se observa que el elemento nativo sufrió, de forma general, un impacto que no siempre fue absorbido y neutralizado satisfactoriamente. Los grupos que no disponían de medios favorables de localización dentro de la estructura urbana, en desarrollo rápido y tumultuoso, acabaron sufriendo más intensamente los efectos negativos de la substitución poblacional, vinculada demográfica, económica y socialmente a la urbanización. Los negros y los mulatos hacían parte de los grupos poblacionales al mismo tiempo más desprotegidos y menos aptos en cara de los riesgos y de las exigencias de la expansión urbana. Por eso, las desventajas relativas del elemento nativo podían adquirir, para ellos, expresión mucho más grave» (Fernandes, 2008:156). Empero, la proporción demográfica de los mismos incrementó, desde el censo de 1940, como consecuencia de las migraciones internas (Cfr. Fernandes, 2008:158). En ese sentido, aunque no se constituyeran como la mayoría poblacional de la ciudad, el denominado «déficit negro», es sólo en apariencia (Cfr. Fernandes, 2008:159).

¹²⁶ Según el censo de 1950, para la ciudad de São Paulo, se presentaron los siguientes índices de alfabetización: hombres: blancos 61,8%, negros 47,4%; mujeres: blancas 47,7%, negras 36,6% (Cfr. Reid, 1998:171). El autor aglutinó el segmento «mulato» al de «negro».

los mulatos, en relación con los negros, «[...] disfrutaban de una preferencia substancial en la contratación» (Reid, 1998:168).¹²⁷

Al mismo tiempo, fue durante este periodo que la población afrobrasileña comenzó a organizarse políticamente. Uno de los precedentes más importantes consistió en la «[...] apropiación del espacio urbano» (Carranza, 2017:142) a través del desarrollo de la prensa negra. Ésta se empeñó

[...] en difundir formas de autoconciencia de la situación racial brasileña y del «abandono del negro», y también en organizaciones dispuestas a llevar la protesta de la «gente negra» al terreno práctico. Por primera vez en la historia social de la ciudad, negros y mulatos se unían para defender los intereses económicos, sociales y culturales de la «raza», buscando formas de solidaridad y de actuación social organizada que redundasen en beneficio [...] del negro (Carranza, 2017:142).

Así mismo, aunque antes de 1930 líderes de la comunidad negra habían encontrado cabida en el Partido Comunista Brasileño (PCB) fundado en 1922, el 12 de octubre de 1931 se funda la Frente Negra (Cfr. Reid, 1998:230). Dicha organización —que se registró oficialmente como partido en 1936— trascendió por su lucha contra la discriminación y entre otras movilizaciones consiguió gestionar cursos de alfabetización y promoción de la salud, así como asesorías legales y el establecimiento de una cooperativa de crédito. También se destacó por su campaña «"compre su propia casa", destinada a ayudar a los afro-brasileños [...] comprando terrenos y casas en los entonces suburbios periféricos [...]» (Reid, 1998:232). Mismos que se ubicaron en Vila Formosa en el este del municipio, Casa Verde y Parque Peruche en el norte y Bosque da Saúde y Jabaquara en el Sur (Cfr. Rolnik, 1989:10-11; Reid, 1998:232).

Este precedente es importante porque la relocalización de afrobrasileños en regiones periféricas del centro de la ciudad se enmarca en la transfiguración de la misma —y con

¹²⁷ Para Fernando Henrique Cardoso «el mulato es un negro, y, por lo tanto, un inferior, más, al mismo tiempo, es un negro privilegiado» (en Reid, 1998:383). De esta manera, goza de ventajas en comparación con el negro. Sin embargo, con base en generalidades de los censos realizados para São Paulo en 1940, 1950 y 1980, así como las muestras de 1970 y 1980, «[...] aunque los mulatos ocupen una posición entre los negros y los blancos en la jerarquía racial, su posición es mucho más próxima a aquella del grupo racial negro que al de los blancos [...] la "'línea de color' parece estar localizada entre los blancos y los no blancos, y no entre los mulatos y los negros, como a veces se pensaba» (Reid, 1998:382). Esta idea la rescata Florestan Fernandes, en voz de un hacendado y abogado que piensa lo siguiente sobre el mulato: «[...] no quiero saber de negocios con mulatos. El mulato piensa que es blanco [...] prefiero los negros, porque ellos saben cuál es su lugar [...]» (2008:349). Cabe insistir en la importancia de las relaciones en función de la región en que se dan; en ese sentido, para Florestan Fernandes y Roger Bastide, la movilidad social de los mulatos en São Paulo existe en mucha menor medida que en Rio de Janeiro u otros estados del nordeste (Cfr. Reid, 1998:389).

ello del patrón de segregación— hacia el modelo de centro-periferia, donde los sectores socioeconómicos bajos de la población migran hacia regiones alejadas. Dicho fenómeno parte, en primera instancia, de la elevación de los precios de alquiler producto de las mejoras realizadas al centro —explicadas en el apartado anterior—; seguido de la Ley de Inquilinato de 1941, que como consecuencia inmediata de la congelación de «[...] los alquileres residenciales en los valores de diciembre de 1941» (Pires do Rio, 2009:262), hizo que se presentara una «[...] disminución del mercado de alquileres, ya que se dejó de construir unidades de alquiler. Eso aceleró la partida de trabajadores hacia la periferia, donde podían encontrar terrenos baratos (e irregulares) para construir sus casas» (Pires do Rio, 2009:262).

Se trata de un contexto de crisis habitacional, cuyo efecto espacial de expulsión de las clases bajas fue estratégicamente resuelto con «[...] el lanzamiento de un sistema de ómnibus [que], asociado a la progresiva apertura de nuevas avenidas, posibilitó la expansión de la ciudad en dirección hacia la periferia» (Pires do Rio, 2009:264). Al requerir de una infraestructura sencilla, el ómnibus tenía la posibilidad de circular por calles no asfaltadas de aquellos barrios distantes. El lanzamiento de este transporte —que terminó desplazando el sistema de tranvías (Cfr. Pires do Rio, 2009:267)— fue determinante en la configuración del modelo de segregación centro-periferia, ya que al estar regulado por la iniciativa privada —llámese especuladores inmobiliarios— su estrategia de planificación consistió en «[...] dejar áreas vacías en medio de las ocupadas para que fueran colocadas más tarde en el mercado a precios más elevados» (Pires do Rio, 2009:268).

Como lo explica Ermínia Maricato, la segregación no sólo es una consecuencia de la configuración de la ciudad, sino una necesidad del mercado (Cfr. 1999:143). De esta manera, el desarrollo del sistema rodoviario no sólo conecta la periferia con el centro; es decir, lo que se podría pensar como un medio cuya finalidad es transportar, en realidad responde a una ambición del mercado inmobiliario (Cfr. Maricato, 1999:143). Es pertinente traer a colación una cita de Milton Santos para entender la especulación inmobiliaria en relación con la creación de ese nuevo sistema de transporte y la crisis habitacional:

Las ciudades son grandes porque hay especulación y viceversa; hay especulación porque hay vacíos y viceversa; porque hay vacíos las ciudades son grandes. El modelo rodoviario urbano es factor de crecimiento disperso y de esparcimiento de la ciudad. Habiendo especulación, hay creación mercantil de escasez y se acentúa el problema del acceso a la tierra y a la habitación. Mas el déficit de residencias también lleva a la especulación, y los dos juntos conducen a la periferización de la población más pobre y, de nuevo, al aumento del tamaño urbano [...] La organización de los transportes obedece a

esa lógica y hace aún más pobres a los que deben vivir más lejos de los centros» (2005:106).

Como resultado se tiene una organización caótica. Es un modelo dicotómico y desigual; evoca la dispersión y las distancias se traducen en formas de vida. Por un lado, un barrio central legalizado y con la infraestructura adecuada que alberga a la clase media y alta —y con ellas los mejores salarios—, mismas que se trasladan en automóviles particulares. Por otro lado una periferia precaria e ilegal, carente de servicios, habitada por una mayoría de población de bajos recursos que alejada de los financiamientos recurre a la autoconstrucción de sus viviendas y usa el ómnibus como medio de transporte. Se trata del proceso de metropolización de la ciudad, caracterizado por la «concentración de la población y de la pobreza» (Santos, 2005:87).¹²⁸

Este proceso de metropolización es también producto del comienzo de la expansión —desconcentración— industrial, dinámica que se acentuó a partir de la segunda mitad del siglo cuando se dio la instalación de industrias, como la automotriz, en algunas de las nuevas regiones periféricas. En ese sentido, la ciudad se extiende rebasando sus propios límites hacia municipios circundantes; varios de ellos «[...] presentan la misma precariedad urbana y las mismas altas tasas de crecimiento de población que los distritos de la periferia de la capital, y funcionan como su extensión» (Pires do Rio, 2009:269-271).

En São Paulo, el mejor ejemplo para retratar este proceso de metropolización, entendido como la extensión de la ciudad producto de la dispersión industrial, lo encarna la región del ABCD. Los municipios de Santo André, São Bernardo y São Caetano do Sul, fueron relevantes desde la virada de siglo, cuando se instalaron en ellos varias industrias como la textil, de alimentos, de muebles, talleres de cerámica, entre otros; mismos que habían sido estimulados por el desarrollo del ferrocarril (Cfr. Fonseca, 2001:107-108 y 112). A partir de 1950 con la intensificación del desarrollo industrial estos municipios, junto con el de Diadema, albergaron la industria mecánica y automovilística convirtiéndose en los típicos suburbios industriales de la región metropolitana (Cfr. Fonseca, 2001:122 y 123).

Por otro lado, al mismo tiempo en que la ciudad se extendió su centro se verticalizó. Este fenómeno comenzó desde mediados de la década de los treinta, cuando emulando la «[...] morfología de las metrópolis norteamericanas del New Deal [...]» el gobierno de Var-

¹²⁸ La definición de «metropolización» se explicó en el apartado 2.2.2.

gas interpretó la modernidad con la construcción de rascacielos (Cfr. Brito, 1989:96). Eventualmente, como parte de políticas municipales y federales —mediante el Banco Nacional de Habitación (BNH) (1964-1983) y el Sistema Financiero de Habitación (SFH) (1964-a la fecha)— se implementaron programas encaminados a ofrecer a las clases media y alta financiamientos para vivir en edificios de departamentos (Cfr. Pires do Rio, 2009:274). De tal manera, se ejecutaron dos acciones interrelacionadas que estimularon la expulsión de las clases bajas del corazón de São Paulo: por un lado se fortaleció el vínculo entre ciudad legal y programas de vivienda, y por otro se concretizó el carácter elitista de los mismos. Ambas cuestiones han sido abordadas a lo largo de esta tesis —1.3. y 2.2.2.

Fue, así mismo, durante este nuevo periodo de expansión industrial, que se registraron los más altos índices de migración interna. Según los mismos registros de las compañías citadas, durante el periodo 1951-1960, la planta laboral de Jafet estaba constituida por un 72,3% de personal no blanco (negro y mulato), de los cuales un 33,7% eran paulistas, un 23,8% eran originarios del nordeste y un 10,8% de Minas Gerais. En contraste, la São Paulo Light contaba con un 75,9% de negros y mulatos, de los cuales, eran paulistas el 58,8%, originarios del nordeste 9,5% y de Minas Gerais 1,9% (Cfr. Reid, 1998:161).

Si bien las cifras no son más que una muestra ilustran, *grosso modo*, la inserción de estos segmentos al trabajo industrial. Para Florestan Fernandes es, de hecho, hasta 1951 que el sujeto negro «[...] está encontrando [...] el punto de partida del que hubiera podido disfrutar en el periodo de la disgregación del régimen servil si no hubiera tropezado con la competencia del inmigrante» (1970:136). Sin embargo, el contexto ya es otro. Por un lado, la «[...] segunda ola de industrias más altamente capitalizadas y tecnológicamente avanzadas [...]» (Reid, 1998:162) —automotriz, metalúrgica y eléctrica— demandó mano de obra que fue mayoritariamente ocupada por paulistas (Cfr. Reid, 1998:162). El vacío que éstos dejaron fue el mismo que ocuparon afrobrasileños paulistas y migrantes en la industria textil, que no ofrecía los salarios y las condiciones laborales de las nuevas industrias y que, de hecho, aprovechaba la condiciones que ofrecía una mano de obra de reserva.¹²⁹

¹²⁹ Se recuerda que, de por sí, debido a la transición del uso de fuerza energética del hombre al uso de dispositivos mecanizados —que se agudiza con la introducción de esa nueva ola de industrias— la mano de obra no consigue ser enteramente absorbida (Cfr. Ribeiro, 1999:226). Por otro lado, el mejor de los casos lo estaría representando la São Paulo Light con una importante participación de trabajadores afrobrasileños. Sin embargo, la misma obra de Reid (1998) hace énfasis en lo poco frecuente que era encontrar supervisores negros o mulatos, por ejemplo. Así mismo, información importante que las cifras no están tomando en cuenta es la de

El contexto es así desalentador. Los cinturones de miseria —correlato espacial de la dispersión de esta nueva fase industrial— son los que más crecen en este periodo. La expansión de la ciudad se detiene mientras su periferia aumenta: entre 1970-1980, la de São Paulo se incrementó en un 6,8% (Juagaribe, 1992:41).¹³⁰ La brecha de desigualdad se materializa de manera contradictoria. Por un lado, una «metrópoli omnipresente» en el sentido de que su primacía nacional se basa no sólo en ser el polo industrial del país, sino en ser capaz de desorganizar y reorganizar hegemónicamente, y a su «[...] talante y en su provecho, las actividades periféricas [...]» (Santos, 2005:103). Fenómeno que determinará «[...] la división territorial del trabajo, so sólo del Sudeste, más de todo Brasil» (Santos, 2005:59); sólo lograda gracias a su alta modernización tecnológica que no se da, sin embargo, de manera homogénea. En ese sentido, la riqueza como la pobreza aumentan de forma paralela y las grandes ciudades terminan por ser las más capaces para acoger a los pobres. Esta situación se agudiza con el desmantelamiento del sistema de bienestar estatal que encabezó el régimen militar entre 1964-1985, trayendo consigo un «milagro económico» que benefició, particularmente, a la clase media: a los trabajadores de oficina y profesionales liberales; al mismo tiempo que afectó a los trabajadores industriales, de la construcción y del campo, y con ello estimuló la proliferación de favelas (Cfr. Pereira, 2004:30).

Sin embargo, dado que «[...] las culturas subalternas tienen la característica de reincorporación o de reapropiación a los lugares de pertenencia [...]» (Carranza, 2017:112), se hace énfasis en lo siguiente sobre el proceso de favelización:

Está claro que la alternativa, que fue eliminada históricamente, de ajuste a la ciudad con mantenimiento de los valores centrales de la herencia cultural afro-brasileña, conduciría a patrones consientes, deseados y sistemáticos de aislamiento, implicando así un tipo de segregación espacial y racial que no encuentra aprobación en la tradición cultural afro-brasileña (Fernandes, 2008:87).

Es decir, a la imposición de un proyecto político y cultural que excluye estructuralmente —y que para afrobrasileños puede representar una barrera insuperable—, el proceso de periferización de la población se ejecuta no sólo como parte del desarrollo del modelo de

la participación de las mujeres e infantes en el trabajo textil que era, por la habilidad manual, mucho más frecuente que la mano de obra de los hombres (Cfr. Fausto, 1977:110).

¹³⁰ Las periferias de São Paulo y Rio de Janeiro absorbieron el 11,61% del incremento demográfico del país. Albergando, la primera, 3 351 600 migrantes, y la segunda 1 337 600 (Cfr. Santos, 1993:85 y 87).

ciudad latinoamericana, sino también como parte de la propuesta de otro proyecto político que no violento, que dignifique.

Por otro lado, la crisis social manifestada desde años antes de la irrupción dictatorial es reprimida en este contexto. La organización de los afrobrasileños que se configuró en el periodo anterior abrió cabida para manifestaciones como el teatro negro, periódicos y clubes de socialización. Sin embargo, políticamente hablando sólo consiguieron integrarse dentro de sindicatos de trabajadores y partidos populistas, pues «para los negros desempleados y aquellos que viven al margen de la economía urbana, la discriminación racial parece la menor de sus preocupaciones» (Reid, 1998:310). En el ámbito cultural fue donde la organización tuvo un relativo éxito. Así, en 1969 se tiene la inauguración del Centro de Cultura y Arte Negra en el barrio de Bexiga y en 1974 la organización de la semana de arte y cultura negra (Reid, 1998:299-300). Por otro lado, después del 64 el Consejo de Seguridad Nacional catalogó a los estudios académicos sobre la discriminación racial como incómodos para el régimen (Cfr. Reid, 1998:29); y para el censo de 1970 no se abrió la pregunta sobre la adhesión étnica (Cfr. Piza, 1999:41). Como consecuencia, así como la periferia, la «problemática racial» no emergió como problema si no hasta concluido el periodo de la dictadura.

A pesar de lo anterior, se presentan aquí algunas cifras sobre la mayor concentración periférica de la población afrobrasileña en la ciudad hacia 1980: en el nordeste Casa Verde con 22,14% de población afrobrasileña, Purituba con 26,6%, Limão con 26,14%, Nossa Senhora do Ó con 26,67%, y Vila Nova Cachoeirinha con 27%; en el este Vila Matilde con 27%; en el sudeste Jabaquara con 30%; en el extremo sur Capela do Socorro con 36,4% y, por último, las tres mayores concentraciones de población afrodescendiente: el municipio de Diadema y Embu —ya parte de la región metropolitana— en el sudeste y sudoeste con 40% y 42%, respectivamente, y Brasilândia, conocida como la «África paulistana», en el nordeste con 49% (Cfr. Rolnik, 1989:14).

En ese sentido se hace evidente la ausencia de una concentración en el centro de la ciudad, lugar primario de riqueza. Sin embargo, las zonas periféricas no están uniformemente compuestas por negros y mulatos; cuestión que suma al pensamiento de que las desigualdades con base en procesos de racialización, por distinciones étnicas, no existen. Por el contrario, termina por configurarse la idea de una desigualdad de clases —que sí, es también evidente—, principalmente porque el antagonismo del modelo centro-periferia es

aquel que se manifiesta entre riqueza y pobreza. Ideológicamente hablando se configuró, por otro lado, un escenario de no existencias; pues aunado al milagro brasileño y el contexto de represión «[...] la separación espacial de las clases volvió poco frecuente su encuentro [...]» (Pires do Rio, 2009:279).

3.1.4. 1980 a la actualidad: economía neoliberal y enclaves fortificados

A partir de la década de los ochenta, como se explicó en el capítulo anterior, hubo cambios sustanciales en la economía que alteraron la morfología de la ciudad; en la de São Paulo los efectos de la crisis se reflejaron dicotómicamente. Un cambio importante, pero contradictorio, fue el que se dio cuando el Estado comenzó a mejorar las condiciones urbanas de la periferia. Esta mejora empezó a ser atendida desde la década de los sesenta, teniendo su mayor éxito durante la gestión de Jânio Quadros (enero-agosto 1961) (Cfr. Pires do Rio, 2009:269); pero es cuando se da la transición democrática que los habitantes de la periferia se articulan políticamente y obligan al Estado a encargarse de estos espacios. Una acción muy concreta de esta movilización fue la transformación legal de sus propiedades (Cfr. Pires do Rio, 2009:288).

Sin embargo, durante este proceso se suscitaron cambios relevantes. Por un lado la población de alta renta, históricamente concentrada en el centro —ese centro que ya no creció en términos de extensión—, comenzó a crecer demográficamente. Como consecuencia, «por primera vez en la historia de la São Paulo moderna, los residentes ricos están dejando las regiones centrales de la capital para habitar regiones distantes» (Pires do Rio, 2009:281). De esta manera, comienzan a instalarse en las regiones periféricas ya mejoradas o en proceso de mejora, pero lo hacen a partir de un modelo espacial peculiar: el enclave fortificado. Por otro lado, este modelo se justifica con el siguiente cambio relevante: el incremento de la brecha de desigualdad producto de la agudización de la crisis económica presenciada en la misma década. En ese sentido, la fortificación responde al crimen y a la violencia asociadas a los sectores marginados y sin techo, es decir, a los sectores pobres de la ciudad —aunque se recuerda que la violencia de los dominados es entendida como una respuesta a la violencia de Estado. Este traslado reconfigura el modelo de segregación socioespacial y desde este momento diferentes grupos sociales estarán «[...] próximos pero separados por muros y tecnologías de seguridad» (Pires do Rio, 2009: 257).

Como consecuencia de estos cambios se pone en evidencia lo contradictorio del proceso de mejora. Pues al optimizar la calidad de los servicios en la periferia —como resultado, sí, de una denuncia y organización social, pero más por el traslado de la clase alta— se estimuló de manera paulatina el incremento de precios en estas regiones (Cfr. Pires do Rio, 2009:281); en un escenario donde, por el contrario, el nivel adquisitivo disminuyó consecuencia de la precarización laboral y salarial y, con ello, las condiciones de supervivencia de las clases bajas se vieron mermadas. Esto, aunado a un contexto de crisis que afecta de manera desigual, terminó con la expulsión de los más vulnerables hacia regiones aún más periféricas o, en su defecto, la agrupación de éstos en favelas, conventillos y, más recientemente, edificios ocupados que perviven dentro de los centros de riqueza —este último fenómeno tiene que ver con la disminución de la capacidad de autoconstrucción entre la población de ingresos bajos (Pires do Rio, 2009:286).

En respuesta a estas consecuencias sociales se articulan los movimientos Sin-Techo paulistanos. Dos de los tres más importantes operan en el centro de la ciudad: el Movimento do Moradia do Centro (MMC) y el Movimento Sem-Teto do Centro (MSTC), constituidos en 1997 y en el 2000, respectivamente. Ambos reivindican su derecho no sólo a la vivienda, sino a la ciudad, sus servicios e infraestructura y la cercanía con sus trabajos, a partir de ocupaciones organizadas de edificios (Cfr. Oliveira, 2010:21 y 37). En contrapunteo, el Movimento dos Trabalhadores Sem-Teto (MTST) (1997) estructura sus demandas en torno a la vivienda digna en la periferia a partir de estrategias de campamentos y ocupaciones (Cfr. Oliveira, 2010:22); en éste se cristalizan las dos dimensiones que más afectan a los trabajadores, la vivienda y el trabajo (Cfr. Oliveira, 2010:27). Estos tres movimientos responden al escenario señalado en el párrafo anterior en función de una resistencia política desde el centro y desde la periferia.

Aunque la riqueza permanezca concentrada en el área central de la ciudad, el cambio de paradigma económico y su parte más dinámica: las actividades terciarias, se desplazan también hacia las regiones periféricas. De esta manera, al tiempo que se dismantelan las actividades en antiguas zonas industriales, se erigen nuevas áreas de oficinas y comercios (Cfr. Pires do Rio, 2009:281).¹³¹ Así mismo, también se configuran los espacios y las

¹³¹ Hay regiones que mantienen su tradición industrial y hay otras donde el dismantelamiento es total. Sobre las primeras, el ABCD y Osasco fueron barrios que si bien se vieron afectados por la disminución de la participación industrial en la economía urbana —no en vano de ellas emana la organización política obrera más

dinámicas más ambivalentes y surrealistas, como aquellos edificios de departamentos con albercas incorporadas a sus balcones con vista hacia la periferia más precaria, y la proliferación de mendicidad que «incomoda» la vida diaria de las regiones centrales.¹³²

En este nuevo patrón de desarrollo, la gran mayoría de los afrobrasileños se inserta a las dinámicas laborales precarizadas. Así mismo, para el censo de 1980, ya tienen presencia en las profesiones liberales y de oficinistas (Reid, 1998:369); aunque no sin tropezar con el racismo estructural que se continúa socializando.

La participación de negros y mulatos en las actividades económicas se reacomoda, según el censo mencionado, con una super-representatividad en el empleo industrial, agrícola, de transportes y de la construcción (Cfr. Reid, 1998:365-254). Y tanto en estos trabajos, como en los empleos manuales, las barreras raciales y los salarios disminuyen. Situación contraria sucede cuando se tratan de los cargos de oficina, administrativos y las profesiones liberales (Cfr. Reid, 1998:261). Porque si bien ya es posible encontrarlos en estos sectores de clase media, la realidad es que su representación es más baja si le compara con los otros empleos (Cfr. Reid, 1998:362); y una vez que consiguen esos puestos sus salarios son mucho menores (Cfr. Reid, 1998:256). Mientras, se consolida el esquema del periodo anterior respecto a los descendientes eurobrasileños, quienes pasan a beneficiarse, ahora, en puestos de ejecutivos y como empleadores (Cfr. Reid, 1998:265).

De esta manera, la constante y motivo por el que se sostiene el mito de la democracia racial es que no hay conflictos con base en esta categoría porque no hay una segregación tajante. Las áreas de pobreza de la ciudad y región metropolitana son constituidas por población de origen étnico heterogéneo; lo mismo pasa en el nivel de la clase trabajadora. La excepción a la regla es lo que caracteriza las «relaciones raciales brasileñas» y en ese sentido asumen un carácter de inconsistencia e imprevisibilidad (Cfr. Reid, 1998:369). Sin embargo, que el patrón de relaciones se excuse por las excepciones es una manera de justi-

importante del país—, hoy por hoy siguen albergando un gran número de industrias metalúrgicas y concentra el mayor índice de empleos de la región metropolitana, así como una de las mejores infraestructuras urbanas y rentas más altas (Cfr. Pires do Rio, 2009:306-306). Sobre las segundas, la mayoría se concentra en varios barrios del este y del norte; muchas fábricas abandonadas se convirtieron en esos conventillos que dan refugio a la población más pobre de la ciudad.

¹³² Se puede entender que la periferia ya no sigue siendo «la periferia» en estricto sentido, dado que ya hay regiones aún más alejadas debido a la expulsión de los más pobres, y por el proceso que terminó por urbanizarla; es decir, legalizarla. Sin embargo, se considera que se siguen tratando de espacios periféricos —aunque quizás ahora funcionen a manera de islotes— por la segregación socioespacial que en ellos se manifiesta, misma que consolida la reproducción sistemática de la pobreza.

ficar y negar al mismo tiempo una desigualdad, sin explicar las barreras e interferencias que la sostienen.

El racismo, al igual que en las anteriores etapas de desarrollo, también se hace presente en este nuevo proceso de terciarización. El «segundo legado de la esclavitud» (Reid, 1998:363) se manifiesta, por ejemplo, en los recursos humanos cuando el empleador busca personal con «buena apariencia» para trabajos asociados con el trato al público: recepcionistas, vendedores, meseros, etc. (Cfr. Reid, 1998:249-250) —donde la buena apariencia no contempla, por supuesto, rasgos somáticos afros—; en los edificios de apartamentos con los conocidos relatos sobre la función de los dobles elevadores; y también con los múltiples incidentes en bares, hoteles y restaurantes negando el servicio a afrobrasileños; entre otros (Cfr. Reid, 1998: 216).

En lo concerniente a la «excepción a la regla» —es decir, a negros y mulatos adquiriendo movilidad social a partir del acceso a empleos de clase media— ésta se presenta, según Florestan Fernandes, a manera de prolongación en el «ámbito de la aceptación», no por una «[...] corrección completa y definitiva en el ámbito del "color" por la "posición social"» (1970:144). En ese sentido,

los blancos disfrutaban de una hegemonía completa y total, como si el orden social vigente fuese, literalmente, una combinación híbrida del régimen de castas y del régimen de clases. En lo concerniente a la integración del blanco al sistema de relaciones sociales, sólo el último régimen posee plena vigencia. En cuanto se trata del negro o del mulato, aparecen los dos regímenes combinados (Fernandes, 1970:137-138).

En ese sentido, el blanqueamiento, así como la evasión —entendida como la acción de rehuir a encuentros donde el racismo blanco se pudiera manifestar— son maneras eficientes de no confrontación (Cfr. Reid, 1998:273-274). En contrapunteo, el precedente de la Frente Negra y la influencia del Black Power estadounidense dejaron el legado de un nuevo movimiento negro que emergió, en el momento de la transición democrática, con la fundación del Movimiento Negro Unificado (1978) encarnado hasta la fecha en jóvenes negros comprometidos en el combate a la discriminación racial (Cfr. Reid, 1998:300-302).

Del giro en el paradigma económico, en conjunto con los cambios sociales y espaciales arriba presenciados, se puede dilucidar en el mapa de la ciudad la nueva distribución de los residentes. En primera instancia, la principal oposición entre riqueza y pobreza se manifiesta entre el oeste y el este (Cfr. Pires do Rio, 2009:309).

En el primero, socialmente heterogéneo —con islas de marginación—, se tiene la construcción de enclaves fortificados, tanto en el sudoeste como en el noroeste. Estos emprendimientos se hacen viables por los precios bajos de la tierra que ofrece la periferia; se tratan, sobre todo, de edificios «[...] controlados por sistemas de seguridad, que normalmente ocupan un gran terreno con áreas verdes e incluyen todo tipo de instalaciones para su uso colectivo» (Pires do Rio, 2009:295). En ese último sentido, se desarrollan pensando en términos de «heterogeneidad funcional» (Pires do Rio, 2009:296): complejos que aglutinan la residencia y el trabajo de tal manera que albergan edificios habitacionales, comerciales y de oficinas. Este modelo residencial, totalmente vertical, se convirtió en el preferido de la clase alta a partir de los noventa y una de sus características principales es el alto grado de sofisticación y elitismo con el que se producen —muchos de ellos con helipuertos integrados.¹³³

Ejemplos contundentes de éstos se encuentran en los barrios de Morumbi y Vila Andrade. Ambos en la periferia suroeste de la ciudad, albergan una población heterogénea en cuanto a la distribución de la renta (Cfr. Pires do Rio, 2009:298); de esta manera, sus paisajes sobresalen por sus marcados contrastes entre riqueza y pobreza. Se erigen de manera accidentada haciendo del uso del automóvil una necesidad básica para su contacto con el exterior —mismo que aún puede encontrarse sin urbanizar—; empero, gozan de una infraestructura privilegiada en su interior (Cfr. Pires do Rio, 2009:301).¹³⁴ Así mismo, la extrema periferia, más homogéneamente pobre, concentra una importante población afrobrasileña: Jardim Angela y Capão Redondo, en el extremo suroeste con 52% y 45,5%, respectivamente; Brasilândia en el noroeste con 39,5%; mismo porcentaje de concentración para Perus y Anhanguera en el extremo noroeste (Cfr. Rolnik, 1989,16).¹³⁵

En lo que al segundo respecta, la región más apartada del este de la ciudad alberga a la población que le da continuidad al modelo de autoconstrucción e ilegalidad, como Guai-

¹³³ La crisis presenciada contribuyó a la reducción de financiamientos emitidos por el BNH, haciendo cada vez más difícil la adquisición de departamentos para las clases medias. Como consecuencia «[...] hay indicaciones de lo que algunos analistas llaman “elitización” de la producción de departamentos, es decir, la construcción de unidades mayores más sofisticadas para las clases altas» (Pires do Rio, 2009:294).

¹³⁴ Contrario a estos desarrollos inmobiliarios verticales, también se comenzaron a construir complejos horizontales con el mismo grado de lujo y sofisticación, esto en la región metropolitana. En Santana do Parnaíba, Barueri y Cajamar, en el oeste y noroeste, hay ejemplos de estos enclaves; mismos que se han generalizado por todo el estado (Pires do Rio, 2009:306).

¹³⁵ Las cifras sobre la población afrobrasileña son presentadas con base en el censo realizado en el año 2000 (Rolnik, 1989).

anazes, (Cfr. Pires do Rio, 2009:284) que, no casualmente, posee un 47,3% de población afrodescendiente (Cfr. Rolnik, 1989:16); a éste le acompañan Jardim Helena con 48,1%, Itaim Paulista con 48,5%, Cidade Tiradentes con 49,8% y Lajeado con 52% (Cfr. Rolnik, 1989:16).

Por último, la extrema periferia sur también posee barrios con cifras importantes: Parelheiros y Grajaú con 48,4% y 48,7% de afrobrasileños, respectivamente. Estos números contrastan Moema y Jardim Paulista, los barrios «[...] más homogéneamente ricos de la ciudad» (Pires do Rio, 2009:294) en la región central, cuyo porcentaje de afrobrasileños apenas alcanza el 5% (Cfr. Rolnik, 1989:16). En esta misma zona incrementaron el número de conventillos, principalmente en Sé, Mooca, Brás, Belém, Liberdade, Pirituba, Jaraguá, Fraguesia de Ó, Campo Limpo y Capela do Socorro; muchos de ellos casas y fábricas abandonadas (Cfr. Pires do Rio, 2009:281, 292).

Como se ha hecho hincapié en el primer apartado, el problema más urgente de la segregación socioespacial radica en superar la reproducción sistemática de la pobreza y la marginación que conllevan nacer y crecer en un espacio que es periférico en todas sus dimensiones. En ese sentido, el trabajo es doblemente complicado cuando se trata de población afrodescendiente que por sus rasgos somáticos y antecedentes de esclavitud ha cargado históricamente con prejuicios y atribuciones negativas, que no sólo le han construido, sino que también ha asumido; en el marco de una ciudad que se ha constituido como blanca. En ese sentido, superar la reproducción sistemática implicaría cimbrar la estructura política y cultural que se ha impuesto. En primera instancia en términos simbólicos; lo que conlleva el reconocimiento oficial de las desigualdades resultado de un proceso de racialización y con ello la aceptación de que la democracia racial es, en efecto, un mito.

Para Florestan Fernandes, el «dilema racial brasileño» —que encuentra en São Paulo su más claro ejemplo— sólo puede ser enfrentado y corregido al cambiar «[...] la estructura de distribución del ingreso, del prestigio social y del poder, estableciendo un mínimo de equidad económica, social y cultural entre “blancos”, “negros” y “mulatos”» (1970:150). Ante esta premisa se rescata aquella propuesta llevada a la práctica desde 2002, «[...] de una medida de reserva de vacantes para estudiantes negros e indígenas [...]» (Segato, 2007:131) en la Universidad Estadual de Rio de Janeiro y en la Universidad Estadual de Bahia propuesta por los profesores Jorge de Carvalho y Rita Segato desde 1999 (Cfr. Segato, 2007: 131-133). Esta propuesta fue el preámbulo de la Ley de Cuotas promulgada en

agosto de 2012; en ella se estableció un cronograma para distribuir el 50% de los cupos en universidades federales entre población negra, parda e indígena, según su proporción demográfica por estado. Se trata de una política de acción positiva que ha incidido en la movilidad social ascendente de muchos jóvenes afrodescendientes.¹³⁶

Como este ejemplo, se sostiene que ese «mínimo de equidad» también puede pensarse en términos espaciales por ser uno de los aspectos más mediatos de su realidad y, en ese sentido, tener la posibilidad de interferir determinantemente en el futuro de esa población; y porque el confinamiento espacial no sólo limita la movilidad social, sino también la movilidad política de quienes la habitan. Al respecto está el precedente del programa habitacional promovido por la UNMP del que se habló en el apartado 2.2.2.; valdría la pena considerar que quizás establecer cuotas para viviendas o mejoramiento de espacios urbanos son medidas no solamente necesarias, sino mínimas; pensando en la relación entre pobreza, segregación socioespacial y población negra y mulata.

Para cerrar este apartado, durante el proceso de transición política se restauró la pregunta sobre la adhesión étnica en el censo, con ello se vislumbró que las desigualdades de clase en Brasil tenían un «[...] poderoso componente racial» (Reid, 1998:317). En ese sentido, para Rita Segato «[...] el color se especializa más a medida que nos apartamos de la colonia y nos aproximamos al presente, y [...] durante un largo periodo histórico la movilidad socio-racial fue mayor que en la actualidad» (2007:135).

3.2. Ejemplos de experiencias contemporáneas sobre espacios racializados

Para este apartado, se propone un análisis que concluya el círculo de un ejercicio por «pensar relacionamente». En la construcción de este objeto de estudio —«la dimensión étnica de la segregación socioespacial en la ciudad de São Paulo»—, se ha desplegado un cuerpo teórico y se ha intentado dar un seguimiento extensivo del mismo objeto a largo plazo; todo

¹³⁶ Evaluaciones sobre el impacto de la Ley de Cuotas se encuentran en los siguientes artículos: Clarissa Eckert, «Enseñanza superior en Brasil y las políticas de inclusión social», *Páginas de Educación*, vol.7, no.2, Montevideo, noviembre de 2014; y Marion Lloyd, «Una década de políticas de acción afirmativa en la educación superior brasileña: impactos, alcances y futuro», *Revista de la Educación Superior*, vol.45, no.178, México, abril/junio de 2016. Éstos no se incluyen en la bibliografía final debido que no fueron citados en el marco de este trabajo. Sin embargo, se consideran relevantes para tener presente que las cuotas constituyen, con todo y sus limitaciones, un esfuerzo por cimbrar esas estructuras de poder.

ello con el fin de llegar a este punto: la «experiencia contemporánea». Se considera relevante apuntar que, de hecho, el punto de partida de esta investigación fue éste, como está por terminar. En ese sentido, cuando Pierre Bourdieu propone «pensar relacionamente», reconoce

la utilidad científica de conocer el espacio del que ustedes han aislado al objeto de estudio [...] [pues] al saber qué están haciendo y en qué consiste la realidad de la que el fragmento ha sido abstraído, serán capaces de bosquejar las principales líneas de fuerza que estructuran el espacio cuyas coerciones pesan sobre el punto en consideración (Bourdieu y Wacquant, 2012:287).

De tal manera que, lo que empezó —siguiendo a Bourdieu— por el ejercicio de una interrogación sistemática sobre una abstracción, terminó en la necesidad por plantear y desarrollar las categorías de segregación socioespacial y «raza», y ubicarlas, a partir de la relación de datos, en espacios-temporales que se consideraban pertinentes debido al mismo sistema de interrogación. Ahora bien, dado que «[...] sólo en función de un cuerpo de hipótesis derivadas de un conjunto de presupuestos teóricos, cualquier dato empírico puede funcionar como prueba» (Bourdieu y Wacquant, 2012:279), se procede a mostrar esa prueba; la «evidencia» de donde partió esta investigación.

Para ello se parte de la validez de «[...] tratar, en todos los casos, de movilizar todas las técnicas que sean relevantes y prácticamente utilizables» (Bourdieu y Wacquant, 2012:281); teniendo cuidado de no perder el rigor científico. En ese sentido se abordarán los casos de Morumbi y de los *rolezinhos* mediante el ejercicio descriptivo de una situación que, considerando la distancia física con el objeto de estudio, se realizará a partir de la mirada que la herramienta periodística ofrece.

Para ambos casos, los «datos» que se desplegarán —con el objetivo de ubicarlos «dentro de la estructura social» (Bourdieu y Wacquant, 2012:279)— tienen un hilo conductor. Por un lado, como resultado del proyecto globalizador que comenzó a instaurarse a través de «los desarrollos económicos de la segunda mitad del siglo xx» (Carranza, 2017:67) y sus pretensiones hegemónicas, «[...] las diferencias no son reconocidas por el sistema como parte fundamental de la producción de la vida cotidiana, de los lenguajes y, por lo tanto, de culturas, sino señaladas como entes malignos» (Carranza, 2017:68). La malignidad entendida —según el discurso político que sobre ella se construye— como un espectro que se reproduce aisladamente, es combatida a partir del uso de la fuerza y de la vio-

lencia (Cfr. Carranza, 2017:68). Tanto en el apartado 3.2.1. como en el 3.2.2., la aplicación de este recurso se hace presente. Por otro lado, debido a la vulnerabilidad —producto de las posiciones en el espacio social— que, en función de la edad, el género, la condición étnica, la escolaridad, etc., pueda exponer negativamente a algunos agentes más que a otros, para ambos casos lo que se tiene es un patrón que indica un tipo de vulnerabilidad que afecta a los jóvenes negros de la periferia urbana. La pauta se explica no sólo por ser los jóvenes mayoría demográfica, sino que es indicativo de una ausencia de políticas estatales respecto a esta población con esas características particulares, que no sólo los marginaliza, los culpa de su propia condición y les atribuye malignidad, sino que también los castiga.

3.2.1. Morumbi: la elitización del espacio

Los orígenes del barrio de Morumbi —«colina verde» en tupi-guaraní— datan del siglo XVI. Localizado en el sudoeste del municipio de São Paulo estuvo poblado por jesuitas hasta su expulsión como consecuencia de las reformas pombalinas. Durante el siglo XVIII se volvió relevante cuando por órdenes de João VI varios de sus terrenos se ocuparon para el cultivo del té a través de su principal hacienda, *Boa Vista do Morumby*, construida en 1813. La abolición de la esclavitud, sin embargo, trajo consigo la decadencia de esta actividad, y con ello las dinámicas establecidas a partir de su gran hacienda. Un siglo después, hacia 1914, *Boa Vista do Morumby* fue reconstruida y a su alrededor casas con un patrón horizontal y dimensiones tipo mansión comenzaron a erigirse; en ese sentido se trató, hasta el momento, de un barrio acomodado, empero de dimensiones muy pequeñas (Cfr. Gohn, 2010:269).¹³⁷

Los grandes cambios del barrio dieron inicio hacia la década de los ochenta, acompañando al nuevo patrón de segregación socioespacial. Los paisajes de Morumbi pasaron de «[...] enormes mansiones, terrenos vacíos y áreas verdes [...]» (Pires do Rio, 2009:296), a la construcción frenética que llegó a caracterizarlo, a nuestros días, como el clásico «distrito de edificios» (Pires do Rio, 2009:296). La drástica transformación se gestó desde finales de los sesenta, cuando fuera «[...] “descubierto” por constructores inmobiliarios que

¹³⁷ Morumbi «era el sueño de la casa propia vía la construcción de una minimansión, para muchos profesionales liberales, profesores universitarios, comerciantes, etc. —las nuevas clases medias entonces ascendentes» (Gohn, 2010:273).

decidieron aprovechar el bajo costo de los terrenos y el código de zonificación favorable [...]» (Pires do Rio, 2009:296). Los nuevos emprendimientos inmobiliarios contrastan, así mismo, con la segunda favela más grande de São Paulo: Paraisópolis.

La constitución de esta favela es un ejemplo muy ilustrativo de un movimiento migratorio de bajos recurso que devino, aunado a la falta de certeza en la habitación, en la ocupación de terrenos o estructuras en obra. Sus orígenes datan de los años sesenta, cuando una ola migratoria del nordeste se trasladó hacia al sudeste para trabajar en el levantamiento del estadio de São Paulo en el mismo municipio (Cfr. Gohn, 2010:269); de hecho, se calcula que el 80% de su población actual es de origen nordestino. Muchos de ellos permanecieron «[...] en la región y después fueron a trabajar en la industria de la construcción civil, que tuvo un *boom* en los años 70-80» (Gohn, 2010:273). En ese sentido, Paraisópolis se constituyó «[...] a partir de la ocupación de un loteamiento de clase media» (Gohn, 2010:273). El proceso de asentamiento y eventual regularización, estuvo atravesado por demandas judiciales por parte de los dueños de los terrenos invadidos, hasta que en 2007 se promulgó un decreto de donación a cambio de la exención de impuestos que habían dejado de ser pagados, por los propietarios, desde el momento de la ocupación (Cfr. Gohn, 2010:273).¹³⁸ Como resultado, entre edificios de lujo y favelas, se tiene un «[...] patrón híbrido de ocupación del territorio» (Gohn, 2010:269).

La principal vía de acceso a Vila Andrade —una colonia de alta renta— se da por automóvil a través de la avenida Giovanni Gronchi, misma que mantiene la pobreza al margen de la riqueza (Cfr. Gohn, 2010:275). El transporte público, por su parte, es escaso (Cfr. Gohn, 2010:270). En dicha parte del barrio el paisaje lo conforman edificios de condominios amurallados, *shopping* centers —se destaca el Shopping Jardim Sul—, una importante cantidad de escuelas privadas, hoteles de lujo, hospitales famosos —Albert Einstein y São Luis— y múltiples tiendas de servicios (Cfr. Gohn, 2010:269-272, 277). La ausencia de banquetas en este lado, el lado bonito de la región, es notable; probablemente, especula Pires do Rio, tiene la «[...] intención de mantener distantes a las personas que no tienen automóvil» (2009:301).

¹³⁸ La dimensión poblacional de la favela era tal que ya no se podía pensar en desalojar a sus habitantes, sino en regularizar su ocupación. En ese sentido, se creó un Consejo de Urbanización de Paraisópolis, «[...] el cual elaboró un plano de obras para transformar, gradualmente, la favela en un barrio popular. Los propios habitantes pasaron a autodenominarse como habitantes de una “comunidad”, no como una favela» (Gohn, 2010:273). La transfiguración se llevó a cabo a partir de financiamientos del Programa de Urbanización de Favelas del Municipio de São Paulo.

Condominios del barrio Morumbi, vistos desde la favela Paraisópolis



Fuente: Google Maps, 2010

En Paraisópolis las condiciones urbanas y sociales son otras, pero son las mismas que se extienden en el resto de las favelas que crecen alrededor de este centro de riqueza — Jardim Colombo, Real Parque, Jardim Panorama y Porto Seguro.¹³⁹ Esto puede vislumbrarse a partir de las diversas demandas de sus habitantes: «canalización de corrientes, bocas de lobo, asfalto, obras para contener inundaciones [...]» (Gohn, 2010:269-271), atención en las áreas de cultura y de salud e, incluso, la construcción de una biblioteca pública.¹⁴⁰ Los habitantes de estas favelas suelen abastecer de empleados a las torres habitacionales, las muje-

¹³⁹ «En 1987, había 233.429 personas viviendo en favelas en los distritos del oeste y sudoeste de la ciudad, lo que corresponde al 28,62% de los habitantes de favelas de São Paulo. En 1993, los habitantes de esos distritos aumentaron para 482.304, lo que representaba el 25,36% de los residentes de las favelas de la ciudad [...] en 2000, la población que vivía en las principales favelas de la nueva región Morumbi era estimada en 47,7% del total de la población de Morumbi propiamente dicho, o sea, casi la mitad» (Gohn, 2010:271).

¹⁴⁰ A casi una década de que Maria do Glória Gohn escribiera el artículo que se ha citado, la biblioteca pública que se demandaba en Paraisópolis fue construida. La organización de los habitantes de la favela, ahora denominada «barrio popular», ha sido ejemplar. Articulados en la Unión de habitantes de Paraisópolis —creada en 1983— han constituido varios proyectos, como la Escola do Povo —en el marco del Programa Brasil Alfabetizado—, una Cozinha Comunitária, el Projeto Ballet Paraisópolis, Rugby Para Todos, la Associação de Mujeres de Paraisópolis, entre otros. Así mismo, ha conseguido que el municipio ponga en marcha el Proyecto Habitacional Paraisópolis, para reurbanizar y mejorar la infraestructura de la favela. La página www.paraisopolis.org, ofrece abundante información sobre el barrio, así mismo, se puede consultar el siguiente enlace sobre el Proyecto Habitacional:

<http://www.arquiteturapanamericana.com/programa-habitacional-paraisopolis-de-brasil/>.

Respecto a las demás favelas, se rescatan las siguientes asociaciones de habitantes: AMACOL (Associação de Moradores e Amigos do Jardim Colombo), União dos Moradores do Jardim Colombo, Comunidade Jardim Colombo, así como diversas ONG's, «[...] fundaciones ligadas a casas culturales», asociaciones empresariales, etcétera (Cfr. Gohn, 2010:271).

res en el servicio doméstico, los hombres como porteros o como lavadores de carros (Cfr. Pires do Rio, 2009:299; Gohn, 2010:273). En el mejor de los casos, consiguen emplearse en el sector terciario del abanico de servicios disponibles.¹⁴¹

Ambas regiones conviven en cercanía y en las dinámicas de empleadores y empleados. Sin embargo, la brecha de desigualdad ha permeado en la «[...] difusión del miedo al crimen» (Pires do Rio, 2009:308) asociado, por supuesto, a las favelas. En ese sentido, la intolerancia, cada día más aguda, se materializa en muros más altos, cercas electrificadas, cámaras de videovigilancia, guardias particulares, etcétera (Cfr. Pires do Rio, 2009:299). Así como en la criminalización atribuida a la pobreza y, en particular, a poseer rasgos de afrodescendencia.

El dos de junio de 2016, Ítalo Ferreira de Jesús Siqueira, de diez años de edad, fue asesinado a manos de la Policía Militar (PM) de São Paulo después de una persecución por las calles opulentas de Morumbi, al manejar un carro que acababa de ser hurtado del estacionamiento de uno de los condominios de Vila Andrade. El menor —cuyos rasgos somáticos negros eran visibles— vivía con su abuela en la favela del Cerro de Piolho en el barrio de Campo Belo, muy próximo a Morumbi. Su caso estremeció por el nivel de violencia ejercido al momento de su asesinato, pero al mismo tiempo, dividió la opinión pública entre quienes defendieron el actuar de la PM y quienes la cuestionaron.¹⁴²

Los hechos se dieron cuando Ítalo en compañía de su amigo Júlio Evandro Silva Alves, de once años de edad, cometieron el hurto violando la seguridad del condominio. Después de haber recorrido, supuestamente, cerca de dos kilómetros con el vehículo robado, comenzó la persecución con carros y motos de la PM. El asedio terminó enseguida de que Ítalo, quien manejaba, detuviera la marcha al chocar con un ómnibus a tan sólo 300 metros del condominio donde se cometió el hurto. Pese a que la circulación había sido detenida, un policía militar no dudó en acercarse al carro y disparar a la cabeza del menor, alegando haber recibido tiros desde el interior del automóvil. Júlio, quien se encontraba en la parte posterior del vehículo, sobrevivió a los disparos y su identidad se mantuvo oculta por cerca de un año en el marco del Programa de Protección a Víctimas y Testimonios.

¹⁴¹ Eso respecto a los que consiguen emplearse; el índice de desempleo en Paraisópolis era, por ejemplo, de 22,6% en 2008 (Cfr. Gohn, 2010:273).

¹⁴² El caso de Ítalo será descrito con base en diversas fuentes periodísticas; mismas que serán citadas en la bibliografía.

Según la PM, con base en el testimonio del sobreviviente, Ítalo, en efecto, se encontraba armado. Lo que permitió dar carpetazo bajo la premisa de legítima defensa. El historial criminoso y contexto familiar del niño también ayudaron a culpabilizarlo de su propia muerte: su madre, «[...] Cíntia Ferrerira Francelino, fue acusada de hurto y robo, entre los años 2006 y 2007 y llegó a ser detenida [...] Su padre, Fernando de Jesus Siqueira, está preso desde 2013 por tráfico» (redacción Diário Do Grande ABC, 2016). Por su parte, el menor «[...] necesitaba de ayuda. Abandonó la escuela [...] vivía por las calles. A veces trabajaba de bolero en el Aeropuerto de Congonhas. Pasó 20 veces en refugios de São Paulo. Huyó de todos. Estuvo, por dos días, en el consejo tutelar de Sao Bernardo [...]» (redacción Diário Do Grande ABC, 2016).¹⁴³ El destino de Ítalo se narra como si estuviese trazado. Como consecuencia de haber nacido en el seno de una «familia desestructurada» (redacción Diário Do Grande ABC, 2016). Fue, según las noticias, su responsabilidad y no la brutalidad de la PM y la violencia y desigualdad estructural, las que acabaron con su vida.

Sin embargo, en marzo de 2017 el Ministerio Público reabrió el caso después de haber encontrado 23 contradicciones en la narrativa de los hechos. Entre ellas, la carpeta de investigación había sido presentada tan solo 5 horas y 23 minutos después de lo ocurrido ante el Departamento Estatal de Homicidios y de Protección a las Personas (DHPP); Júlio había sido llevado a su casa por la misma PM apenas terminaron los hechos, en lugar de haber sido trasladado a la estación de policías o al Consejo Tutelar; así mismo, el Instituto de Criminalística había concluido que, según el peritaje realizado al vehículo, no había residuos de pólvora ni indicios de disparos desde el interior (Cfr. Libório, 2017). La reapertura del caso exhibió la polarización social presente en la estructura de clases, así como el patrón del signo racial aún sin atender.

En primera instancia se inició un proceso judicial contra varios policías militares: Otávio de Marqui e Israel Renan Ribeiro de Silva por homicidio doloso y fraude procesal, y a otros tres sólo por el último delito. Para encarar el proceso de judicialización «no se solicitó la prisión de los PM's, que respondieron al crimen en libertad y estando en funciones» (Kleber, 2018). Un momento clave del procedimiento fue cuando se llevó a cabo la reconstitución de los hechos. Simulando el día del deceso, los policías implicados acudieron a

¹⁴³ Se hace notar la circunstancia de Ítalo como parte de los índices alarmantes de trabajo infantil. Éste se define como «[...] aquellas actividades económicas y/o actividades de supervivencia, con o sin finalidad de lucro, remuneradas o no, realizadas por niños o adolescentes de edad inferior a 16 (dieciséis) años [...]» (Carranza, 2017:294) y que atentan contra su derecho a no trabajar.

Vila Andrade con la sorpresa de que fueron recibidos entre aplausos y ovaciones: se trataban de los habitantes de los condominios de alta renta quienes consideraban heroico el actuar de la PM. Rosa Ritcher, quien fuera presidenta de la Asociación Panamby dijo, en entrevista para *Hoje Em Dia*, que la policía no podía esperar morir para después disparar (Cfr. 2016).¹⁴⁴ La cuestión fue que Ítalo nunca disparó el arma.

La escena del crimen no sólo fue manipulada, la versión de los hechos, según Julio, también lo fue. Otra de las contradicciones del caso fue que se tiene el registro de que el menor dio tres diferentes declaraciones. Primero dijo —bajo condiciones poco claras— que Ítalo poseía un arma con la que había disparado desde el interior del vehículo; después corrigió y afirmó que la policía había ejecutado a su amigo. Finalmente, en una tercera declaración contó que ni siquiera estaban armados y que la supuesta arma de Ítalo había sido sembrada por los policías. La defensa alegó, entre otras cosas, que más bien Otávio e Israel confundieron un flash con detonaciones, que no hay dolo porque el disparo fue ejecutado en movimiento y que nunca se jaló el gatillo con la intención de matar. La abuela del niño, Zenaide de Jesus Siqueira, difiere y acusa la brutalidad de la ejecución: «[...] el carro tiene neumático, dispara al neumático, no dispara hacia al ojo de mi nieto» (Kleber, 2018).

La violencia de la PM tiene un historial importante. Lo revelador es la aceptación social de la misma por parte de un segmento privilegiado de la sociedad. En ese sentido hay una tendencia a la impunidad y justificación de los victimarios, que pasan a ser vistos como héroes. Durante una primera manifestación realizada en el Palacio dos Bandeirantes, los habitantes de los condominios de Morumbi —casi todos blancos (Cfr. Salvadori, et.al., 2016)— afirmaban: la PM «[...] interrumpió la carrera de un bandido. Si fuese en un país de primer mundo, aquel niño pagaba prisión completa. Aquí hicieron lo mínimo con él» (Gumieri, s.f.); «con diez, doce o dieciocho años, en aquel momento él era un marginal, un criminoso» (Gumieri, s.f.). La cuestión es que el índice de homicidios de niños y adolescentes entre 1 y 19 años de edad en Brasil es alarmante. De acuerdo con una investigación rea-

¹⁴⁴ La Asosociação Panamby, ahora conocida como Asosociação Amigos do Panamby SP, nació de la organización de los habitantes de los enclaves fortificados de Panamby y Vila Andrade en Morumbi. Entre sus demandas se encuentran el mantenimiento de las áreas verdes, la promoción de espacios de convivencia y placer, así como la seguridad. Para más información: <https://amigosdopanambysp.org/>. Por otro lado, el argumento de defensa y apoyo a la PM no es sino el que maneja, ahora, el presidente constitucional de Brasil: Jair Bolsonaro.

lizada por FLACSO en 2016 se cometen 29 asesinatos, de esta naturaleza, cada 24 horas; y la gran mayoría de las víctimas es negra (Cfr. Alessi, 2016).¹⁴⁵

En esta manifestación emergió la problemática racial cuando la protesta fue interrumpida por un grupo de jóvenes militantes, negros, de la periferia este del municipio. Afuera del Palacio, sobre avenida Morumbi, cada grupo se instaló de frente al otro. Los primeros llegaron en autos; los segundos, después de un trayecto de dos horas, en transporte público. Con ellos, mantas y carteles de los rostros de los muchos jóvenes negros asesinados por la PM. El tono de las denuncias cambió: «estoy aquí luchando contra la burguesía que sale a la calle para naturalizar y banalizar nuestra muerte. La muerte de jóvenes, negros, de la periferia»; «Ítalo es un ejemplo más de la manipulación de la policía para practicar un racismo institucionalizado»; «racistas asesinos» (Salvadori, et.al., 2016). Al último señalamiento defensores de la PM espetaron a los jóvenes: ¿racistas?, no somos racistas, mientras señalaban a uno de los manifestantes pro-policía, quien exhibía rasgos de afrodescendencia (Cfr. Salvadori, et.al., 2016). Se trata de la excepción a la regla operando como mitificador de las tensiones raciales.

En un intento de diálogo, una mujer cruzó la avenida para acercarse al contingente defensor de Ítalo haciendo hincapié en que lo que quieren es seguridad, vivir seguros; por eso el apoyo a la PM. Su argumento se desmorona cuando un joven militante le contesta: «la seguridad no se hace con represión, no se hace disparándole a un menor, se hace con escuela, con empleo [...]» (Salvadori, et.al., 2016). Eso es lo que queremos, le respondió la mujer, pues una de las consignas de su contingente era «criança na escola, ladrão na cadeia» —niño en la escuela, ladrón en la cárcel. Sin embargo, lo que este alegato no está contemplando, es el patrón estructural de falta de oportunidades generadas desde siglos atrás y reproducidas de manera sistemática a nuestros días; y que las atribuciones sobre su criminalidad no ayudan a entender. Al respecto, se rescata lo que José Adão, —militante de 61 años, miembro del Movimiento Negro Unificado—, manifestó en el marco de la protesta: estoy «[...] cansado de protestar contra la muerte de jóvenes negros [...] “Nuestro movimiento comenzó con esta cuestión y hasta hoy no consigue dar un paso hacia el frente, porque siempre estamos muriendo”» (Salvadori, et.al., 2016).

¹⁴⁵ Alessi se refiere al trabajo *Violencia Letal Contra as Crianças e Adolescentes do Brasil* de Julio Jacobo Waiselfisz, disponible en: http://www.mapadaviolencia.org.br/publicacoes/Violencia_Letal_web.pdf. Reafirmando esta tesis según el presidente de la Fundación para el Bienestar de los Menores, «un niño pequeño, negro y pobre, es por definición, considerado peligroso» (en Reid, 1998:368).



Fuente: (Salvadori, et.al., 2016)

En opinión sobre lo sucedido, la abogada Sinara Gumeiri apunta:

Un niño de diez años no debió haber muerto por la policía. ¿Qué sabemos sobre Ítalo? Que tenía otros incidentes por robo, que el padre y la madre habían estado presos, que pasaba mucho tiempo en la calle, dicen las noticias. ¿Cuánto tiempo pasaba en la escuela? ¿En qué año estaba o debería estar? ¿Sabía leer? [...] Las preguntas que consideramos ciertas e importantes sobre Ítalo pavimentan el camino de historias de otros niños como él —negros, pobres y abandonados por el Estado que sabe más sobre cómo murieron que sobre cómo vivieron (s.f.).

El caso de Morumbi e Ítalo es relevante para esta investigación en varios sentidos. En primera instancia nos muestra un claro ejemplo sobre la reconfiguración espacial, en el contexto económico neoliberal, producida por la intervención directa del mercado inmobiliario —uno de los vehículos urbanos—, que en su correlato de la desigualdad, muestra una segregación que en términos de distancia es reducida —de aquí la cercanía entre los condominios de Vila Andrade y la favela Paraisópolis. En ese sentido se demuestra que la distribución desigual no necesariamente aumenta con un mayor distanciamiento espacial. Empero, hay lejanía en otras dimensiones: el paisaje, infraestructura urbana, transporte, acceso a la educación, movilidad social, entre otras. Así mismo, aunque Morumbi se encuentre alejado del centro —es decir, en la periferia— opera de manera simultánea como centro de periferias más distantes. Tal es el caso de la favela en el barrio de Campo Belo, donde Ítalo vivía.

La primera distinción que procede en este modelo de segregación socioespacial es aquel de carácter económico. Al menos eso se observa a primera vista. Sin embargo, tomando en cuenta el devenir de la población afrodescendiente en la ciudad de São Paulo, resulta que si bien no se les separó intencionalmente en el espacio, sí se les separó en la

medida en que se limitaban sus posibilidades de ascender socialmente. Las cifras citadas en el apartado 3.1.4. muestran, en ese sentido, el patrón de asentamiento de afrobrasileños en regiones no centrales; es decir, de bajos ingresos. Y la situación de Ítalo, como ejemplo de los muchos casos donde a pesar de residir en un espacio socialmente heterogéneo en función de la disparidad étnica, se suman atribuciones negativas a las de por sí existentes de pobreza y marginalidad. En este caso poseer rasgos atribuidos como negros implica encauzar el prejuicio de la criminalidad, y de esta manera se justifica la violencia con la garantía de que no sólo no habrá rendición de cuentas, sino también los actos ejercidos serán aplaudidos y ovacionados.¹⁴⁶

La segregación se efectúa, sociológicamente hablando, en términos de ausencia de interacción. En Morumbi esta dimensión es clara. La relación entre los habitantes de los condominios con los residentes de las favelas que prestan sus servicios de limpieza está mediada por una jerarquía, por un contexto de poder. Al margen de esta relación la interacción es nula. Y las consecuencias de la misma se reproducen de manera sistemática. Las desventajas de residir en un espacio periférico —como consecuencia última de una condición de pobreza— se verifican en el día a día. Ítalo y Júlio engrosan el índice de deserción escolar y con ello las estadísticas de acceso a la educación que tienden, como se ha visto, a ser negativas para la población negra; esto como herramienta básica para ascender socialmente.¹⁴⁷ En otras dimensiones, cargan con los estigmas territoriales: el aspecto subjetivo de la segregación que se propaga y les genera una reputación que también interfiere en su desarrollo social. En ese sentido, con base en los testimonios citados de los defensores de la PM, pasan de ser niños a ser marginales, criminales, etcétera.

Así mismo, a nivel municipal —cambiando la escala, como lo sugería Jorge Rodríguez— el incidente revela otro tipo de fenómeno. La mayor concentración de población negra en la ciudad se encuentra en la región este, aquella de condiciones urbanas precarias. El contingente de militantes negros que arribó en defensa de Ítalo, después de dos horas de camino, procedía de allí. Considerando que otra dimensión de la segregación corresponde

¹⁴⁶ El apoyo a la PM por parte de los residentes de los condominios llegó a tal magnitud que incluso se organizaron en la cooperación de los honorarios de sus abogados (Cfr. Borges, 2016). En la última noticia que se encontró sobre el caso —que corresponde al 29 de agosto de 2018—, éste aún se encontraba abierto: <https://g1.globo.com/sp/sao-paulo/noticia/2018/08/29/mp-denuncia-5-pms-por-participarem-do-assassinato-do-menino-italo-em-2016.ghtml>

¹⁴⁷ En contrapunteo, la zona rica del barrio alberga diecinueve escuelas particulares y tan solo ocho escuelas públicas (Cfr. Gohn, 2010:277).

con la capacidad de movilidad en el espacio físico, ésta perjudica de manera particular a la población que carece de automóvil. El uso del transporte público afecta directamente en la corporalidad, como bien lo saben los usuarios; porque el transporte nunca es suficiente para la ola de habitantes que en la vida diaria se trasladan de extremo a extremo en una de las ciudades más caóticas de Brasil y de América Latina. Aunque el tráfico y los congestiones afecten también a los automovilistas, estos tendrán, al menos, la certeza de la comodidad.

Por otro lado, este caso es también importante por el nivel de organización presente en los diferentes actores. Los habitantes de los condominios se articulan, desde su posición de privilegio, para la solución de necesidades que consideran básicas: apertura de avenidas para solventar el tráfico, fomento de áreas verdes y demanda de seguridad. En 2003, por ejemplo, demandaron la construcción de un nuevo puente sobre Avenida Pinheiros, mismo que fue inaugurado en 2007; así mismo, otros proyectos para facilitar el tráfico se pusieron en marcha en el marco de La Copa del Mundo en 2014 (Cfr. Gohn, 2010:277). Por otro lado, las favelas han conseguido —principalmente la de Paraisópolis; conocida ahora como barrio popular—, gracias a la movilidad política de sus habitantes, la dignificación de sus lugares de residencia mediante la reurbanización, así como la ejecución de proyectos de alfabetización y culturales concretos que ayudan, en la medida de lo posible, a romper con el círculo vicioso de la marginación. Esto, en conjunto con el fomento de programas sociales, se considera una rehabilitación integral que en todo espacio marginal se debe aplicar como un método que busque reducir la pobreza y, en ese sentido, la violencia.

De igual modo, fue posible observar la militancia de los jóvenes negros de la periferia, como ellos mismos se reivindican. Aludir a la juventud y a la negritud no es casualidad en un país que posee cifras donde «[...] niños y adolescentes negros son víctimas de homicidio 178% más que los blancos».¹⁴⁸ El testimonio de José Adão, miembro del Movimiento Negro Unificado, da muestra de un *continuum* no superado pese a la organización por la

¹⁴⁸ La información se rescata del portal de noticias de FLACSO: <http://flacso.org.br/?p=16212>;

Allí se sintetiza el trabajo de Julio Jacobo Waiselfisz *Violência Letal contra as Crianças e Adolescentes do Brasil* editado por FLACSO Brasil en 2015. En esta última obra, según el autor, se verifican tres patrones sobre la violencia y el color de piel entre niños y adolescentes en Brasil: 1) tanto en el rango de <1-17 años como en el más reducido de 16-17, «[...] los homicidios de blancos caen y los de negros, aumentan»; 2) la tendencia se agudiza con el tiempo, de esta manera en 2003 el índice de víctimas negras que rondaba en 70% más en referencia con los blancos pasó a un 180% en 2013, es decir, «por cada blanco mueren 2,8 negros»; y 3) «Nada indica un posible proceso de reversión de esa victimización negra, lo que está evidenciando la insuficiencia de políticas destinadas a superar esa selectividad extrema por color de las víctimas» (p. 110).

visibilización y combate al racismo. Un racismo que cuesta vidas y que afecta, en particular, a los más vulnerables: niños y jóvenes, quienes serán el futuro no tan lejano de Brasil; y que de no ser atendidos les espera un destino no tan diferente al de los padres de Ítalo.

3.2.2. *Rolezinhos*: racismo y espacios en disputa

En diciembre de 2013 la noticia de los *rolezinhos* comenzó a sonar por todos los medios de comunicación brasileños. El fenómeno convocaba a encuentros de jóvenes entre 17 y 22 años de edad (Cfr. Pinheiro y Mury, s.a.), por medio de las redes sociales, en shoppings centers de varias ciudades del país.¹⁴⁹ *Rolê*, en portugués, hace referencia a pasear, a dar una vuelta; «dar el rol» sería la manera correcta de traducirlo en el léxico popular mexicano. En ese sentido, se trataba de acudir en conjunto a «dar la vuelta» por estos grandes centros de consumo. La juventud tiende a acudir a estos espacios como forma recreativa en un contexto donde el mercado da la pauta para socializar y desenvolverse en el mundo, la inquietud o el ruido que generaron estas citas fue que sus actores eran de bajos recursos y de rasgos negros y mulatos, cuya presencia no garantizaba el consumo y cuyo aspecto causaba incomodidad.

Hubo registros de *rolezinhos* en centros comerciales de Espirito Santo, Rio de Janeiro, Porto Alegre y São Paulo en el sudeste y sur de Brasil. Es peculiar que los incidentes se enmarquen en esta región, donde la población negra y mulata es minoría frente a la blanca. En esta última ciudad, el primer gran encuentro se realizó en el Shopping Metro Itaquera en el este del municipio el día 13 de diciembre. Otros centros comerciales que se frecuentaron durante ese mes y en enero de 2014 fueron el Shopping Tucuruvi en el norte, Shopping Campo Limpo en el suroeste y el JK Iguatemi en el extremo este del municipio; y en la región metropolitana el Shopping Internacional de Garulhos en el norte, y el Shopping Interlagos en el sur (Cfr. redacción G1 São Paulo, 2014a). En primera instancia se observa que todos los shoppings se encuentran en regiones periféricas. Esto se explica en el marco del desarrollo del tercer patrón de segregación, donde la creación de subcentros comerciales

¹⁴⁹ Hubo otros registros de *rolezinhos* en centros comerciales de Espirito Santo, Rio de Janeiro y Porto Alegre, en el sudeste y sur de Brasil. Es peculiar que los incidentes se enmarquen en esta región, donde la población negra y mulata es minoría frente a la blanca.

y de servicios y oficinas se localizó en regiones periféricas como parte de una estrategia de mercado.

En la primera y más grande convocatoria, cerca de seis mil jóvenes se reunieron en el Shopping Metro Itaquera. La dimensión de este encuentro tiene un contenido importante de enunciar, no casualmente fue el único *shopping* en São Paulo donde el *rolezinho* se organizó por segunda ocasión el 11 de enero de 2014 (Cfr. redacción G1 São Paulo, 2014a). Se trata de la extrema periferia este, principal polo de pobreza del municipio y región que alberga un importante porcentaje de población negra y mulata. La irrupción en estos espacios es, en ese sentido, transgresora. Porque en un espacio de riqueza, sólo tiene cabida el sujeto que tiene cierta capacidad de consumo; porque el patrón de belleza que se reproduce en dichos espacios corresponde a una estética blanca; y porque negros y mulatos se desenvuelven en las favelas, no fuera de ellas.

Rolezinho en el shopping Itaquera



Fuente: <https://allevents.in/s/C3%A3o%20paulo/rolezinho-no-shopping-itaquera/312888492449274>

El arribo de los *rolezinhos* a los centros comerciales atemorizaba a los comerciantes, quienes bajaban las cortinas de sus comercios, y ponía en aprietos al servicio de seguridad privada que no bastaba para contenerlos. Mientras tanto los contingentes de jóvenes se paseaban y corrían por el recinto, entonaban canciones, bailaban, se divertían y apropiaban del espacio.¹⁵⁰ Sin embargo, la magnitud no impidió el arresto de algunos de ellos y el actuar de la PM que intervino, en ocasiones, lanzando gomas de bala y gas lacrimógeno. En

¹⁵⁰ Una importante cantidad de videos de *rolezinhos* se encuentra disponible en YouTube.

«el peor de los casos» los shoopings terminaban por cerrar sus puertas el día en que se había programado el encuentro, perdiendo con ello una importante cantidad de ventas. En respuesta, la Associação Brasileira de Lojistas do Shopping (ALSHOP) demandó la intervención de la justicia, misma que devino en la implementación de una multa de diez mil reales por participar de estos encuentros; porque pese a que la Constitución de 1988 establece la libre manifestación como un derecho, esta debe ejercerse con límites de acuerdo con la juez Daniella Carla Russo Greco — aunque el monto de la multa puede ser lo que muchos de esos jóvenes ganan con el trabajo de un año (Cfr. redacción G1 São Paulo, 2014a).

El fenómeno posee al menos dos cuestiones que merecen ser abordadas. Por un lado, dado que el ciudadano se desarrolla en varias dimensiones, es relevante porque representa otro ejemplo de ese proceso histórico de exclusión en la ciudad donde la capacidad de ocio —tiempo socialmente necesario— de un segmento importante de la población no se encuentra realizada.¹⁵¹ Por otro lado, dado que «la ciudad impone un estilo de vida» (Cardoso, et. al., 1973:211), retrata la necesidad por consumir —a partir de la «apropiación de los símbolos de poder y riqueza del capitalismo global» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.)— de los jóvenes de la periferia, como parte de un mecanismo de reinversión de su condición de pobreza y un «deseo desesperado [...] por pertenecer al orden hegemónico» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.). En ambas cuestiones, el signo racial es relevante.

Respecto a la primera cuestión se debe pensar que, como seres sociales la relación con la ciudad va más allá de ser sólo el lugar de residencia y de trabajo; se trata también del espacio donde se aprende y vive lúdicamente (Cfr. Cardoso, et. al., 1973:214). En ese sentido, la planificación urbana debe contemplar el desarrollo de proyectos sociales abiertos al arte, a la recreación y a la participación de los ciudadanos en general. Sin embargo, como se ha hecho énfasis, el crecimiento urbano de esta ciudad no se ha dado de manera homogénea, sino de manera desigual y segregada; en los espacios de convivencia también es tangible esta dimensión.

¹⁵¹ En términos de derechos: «[...] no todo el tiempo se debe destinar a la producción, sino que hay un tiempo social disponible que es el tiempo de ocio, de recreación y de descanso el cual permite, entre otras cosas, la desenajenación, la emancipación de las ideas y de las personas pues hay cabida para la reflexión, la meditación, la recreación, el convivio, el desarrollo del conocimiento, el intercambio de información» (Carranza, 2017:225). En ese sentido el ocio es tiempo socialmente necesario.



Robson Ventura/Folha Press. Fuente:

https://elpais.com/internacional/2014/01/14/actualidad/1389736517_226341.html

Históricamente la pobreza se mantiene al margen de la riqueza; puede haber cercanía, pero no mezcla. Los clubes de socialización de la élite, mayoritariamente blanca, admiten, difícilmente, perfiles negros. Aunque sea otra la interacción en los espacios periféricos, donde la distinción étnica es un tanto más flexible por la función homogeneizadora de la pobreza. Ser negro o mulato adquiere otras connotaciones más allá de los lugares de socialización establecidos en el marco de ese espacio, de aquí su purga histórica de los lugares públicos y blancos de la ciudad, principalmente cuando un proceso de embellecimiento urbano se está ejecutando. Pues, como se ha delineado, que la belleza no contemple la corporalidad negra es también parte de una construcción histórica que tiene su fundamento en el arraigo de un gusto por una «estética blancoide» (Cruz, 2004:345), una sensibilidad colonizada.¹⁵²

Sin embargo, el escenario que se presenta aquí es uno todavía más agresivo, pues los *shopping centers* se construyen «[...] a expensas de la esfera pública» (Sader, 2014), la del ciudadano y sus derechos. Se trata, por el contrario, del templo del consumo y del mercado, donde es el consumidor, y no el ciudadano, el verdaderamente valioso. Emir Sader los considera la «utopía del neoliberalismo» por ser espacios «sin pobres, sin ruidos, sin

¹⁵² Como se mencionó en el apartado 2.2.2., la estética —entendida como la «[...] filosofía de la sensibilidad-corporalidad del sujeto» (Cruz, 2014:344)— de la modernidad capitalista es blanca.

calles mal cuidadas, sin niños pobres vendiendo chicles en las esquinas o pidiendo limosnas» (2014). Esto, aunado a que «la estética neoliberal es racista [...]» (Cruz, 2004:345), hace de estos espacios, en apariencia pública, un polo que repele marginales y corporalidades negras; porque el signo racial es sólo o más relevante en los «[...] lugares en los que se define el acceso a las riquezas [...]» (Dos Santos, 2011:170).¹⁵³

En ese sentido, el fenómeno tiene un alto contenido transgresor porque rompe con la armonía racial —«una ley no escrita, más siempre cumplida en Brasil» (Brum, 2013)— que sitúa a «cada quien en su lugar». Un proverbio brasileño conocido reza: «aquí no tenemos un problema racial, aquí los negros conocen su lugar» (Reid, 1989:270); se trata de un «[...] apartheid velado a la brasileira» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.). Es decir, los prejuicios raciales no emergen siempre y cuando no se altere el *status quo* de los agentes en el espacio social. Sin embargo, los *rolezinhos* irrumpen en los *shopping centers* no sólo porque no cuenten con espacios de sociabilización más allá de sus fronteras periféricas, sino también porque intentan ser parte de la sociedad de consumo que se desarrolla al margen de ellos (Cfr. Pinheiro-Machado y Mury, s.a.).

De esta manera, la problemática fue inicialmente atribuida a que había que repensar la ciudad en términos de derechos, donde el derecho a la recreación era el hito de este fenómeno. Y sí, sin duda el aspecto lúdico es decisivo para romper con el círculo de marginación que se reproduce en los espacios segregados. Fernando Haddad, quien fuera alcalde de São Paulo —por el Partido de los Trabajadores— en ese momento, opinó que la ciudad necesitaba ser discutida: «[...] y nosotros necesitamos evolucionar en el sentido de abrir espacios públicos para que las personas puedan disfrutar más de la ciudad» (Cfr. redacción G1 São Paulo, 2014a); así mismo, desde la presidencia, Dilma Rouseff hizo un llamado a no criminalizar a los actores, sino a tratar de comprender el fenómeno (Cfr. redacción La Nación, 2014). Rondaba una preocupación generalizada, principalmente porque el país se encontraba a vísperas del Mundial de Fútbol 2014, y porque el 2013 había sido un año de mucha efervescencia social. Las jornadas de junio contra el alza a los precios del transporte público y ahora los *rolezinhos* evidenciaban, sin embargo, un elemento extra que había que

¹⁵³ «El shopping no puede controlar el ingreso de las personas, pero, como por milagro, sólo están ahí los que tienen poder adquisitivo, los pobres están ausentes» (Sader, 2014).

agregar a la ecuación: la participación desigual de los ciudadanos en el marco de un mundo globalizado;¹⁵⁴

El descompás entre el crecimiento de la economía y las condiciones de vida de la población queda evidente en la incapacidad de generalizar los patrones de consumo de las economías centrales al conjunto de la población, elevar los salarios reales, generar empleos de buena calidad y mejorar los servicios sociales (De Arruda, 2016).

En ese sentido, se considera que el fenómeno no responde a una lógica de abrir más espacios públicos, sino de la función social de los *shoppings centers*; pues éstos sí que no han parado de abrir. Desde el 2008 se presenció un incremento considerable de las plazas comerciales en Brasil —incluso en toda América Latina—, aunque en el 2013 se alcanzó una cifra récord con la inauguración de 64 plazas comerciales en el marco de ese año. Entre ellos el Shopping JK Iguatemi, cuyo acceso sólo se da por carro o por helicóptero y que alberga tiendas de marcas como Gucci, Prada, Coach y Dolce & Gabbana, entre otras (Cfr. Palley, 2013). En una entrevista para el *Financial Times*, Renato Rique —presidente y director ejecutivo de la marca de centros comerciales Aliansce— afirmó: «He estado escuchando acerca de la desaceleración del crecimiento y de que la clase media se ha extendido a sus límites durante los últimos cuatro años. Pero eso no es lo que estamos viendo en el terreno» (en Palley, 2013). No hay argumento más prístino para retratar la desigualdad. Estos centros no dejan de abrir porque tienen un mercado con el suficiente poder adquisitivo para acceder a marcas de lujo; en el mismo país donde para la mayoría de la población la pobreza es el pan de cada día.

Respecto a esto —que tiene que ver con la cita de Plínio de Arruda—, el acceso al consumo se constituyó en la demanda principal de la movilización; más allá, también, de la ausencia de espacios para desenvolverse socialmente. El año no es gratuito. El marco global de referencia hace del consumo una actividad «[...] legitimada socialmente como forma de ascensión» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.). La igualdad pasa por el consumo y,

¹⁵⁴ Las mismas manifestaciones de junio son uno de los síntomas de la segregación socioespacial en la ciudad en su dimensión de movilidad urbana, en un contexto económico donde «los planos maestros de la ciudad no piensan poner en cuestión la industria automovilística y la especulación urbana, obligando al trabajador a vivir cada vez más distante de sus empleos» (De Arruda, 2016). Empero, lo que empezó con el Movimiento Pase Libre se convirtió en una «revuelta urbana» que involucró organizaciones por el derecho a la vivienda y el empleo, resistencias frente a la especulación inmobiliaria y privatización generadas por la Copa Mundial, frentes por la desmilitarización de las favelas, movimiento negro, movimiento LGBTTT, movimientos ecologistas, entre otros. (Cfr. De Arruda, 2016). Todos con demandas muy concretas en función de sus circunstancias históricas en la ciudad.

en ese sentido, los shoopings centers se presentan como «no-lugares», «homogeneizados por la globalización, sin espacio, ni tiempo, similares en todo el mundo» (Sader, 2014); son también «[...] espacios que buscan que desaparezca todo lo específico» (Sader, 2014). Porque «[...] en el mundo actual, globalizado por el neoliberalismo, [...] el discurso homogeneizador tiende a desdibujar las fronteras de lo nacional [...]» (Carranza, 2017:68 y 69). Es decir, se trata de una forma legítima por tratar de acceder igualitariamente al mundo. La particularidad —y motivo por el que los *rolezinhos* no fueron bien vistos— radica en que los centros comerciales «son cápsulas espaciales condicionadas por las estéticas del mercado» (Sader, 2015); y el mercado, como se ha mencionado, sólo comulga con un tipo de estética.

Según Gustavo Cruz, en las sociedades con mayor desarrollo industrial de América Latina, «[...] el capitalismo se impuso en la sensibilidad del consumidor a través de un poderoso aparato de disciplinamiento del gusto, que es la publicidad, identificando a la belleza corporal con el modelo blanco» (Cruz, 2004:345). De esta manera, los centros comerciales, como espacios donde se mercantiliza este patrón de belleza, están socialmente dirigidos. La respuesta es reaccionaria, no se puede hacer referencia a una invasión dado que los *shoppings* «no pueden prohibir su ingreso» (Sader, 2014), sin embargo, el fenómeno causa pánico. Aunque los jóvenes no hurtaban las tiendas, las autoridades hacían énfasis en que esas eran sus intenciones; porque tomar esa postura era más fácil que admitir el disgusto que causaba que sólo quisieran divertirse «[...] en los mismos lugares que la clase media, deseando los mismos objetos de consumo de ella» (Brum 2013).

La situación que se plasma aquí es contradictoria. Por un lado, «[...] ciertos grupos, por la posición privilegiada en que se encuentran en el sistema social, cuentan con posibilidades mayores de creación y difusión cultural, y por consiguiente pueden influir en los demás en aquello que consideran “deseable” para el conjunto de la sociedad» (Cardoso, et. al., 1973:212); por otro lado, la deseabilidad es restringida. Es decir, se reproduce un estilo de vida que es al mismo tiempo limitado. El consumo por parte de los segmentos de bajos recursos de la sociedad comenzó a difundirse a partir del acceso al crédito, como parte de una nueva fase de crecimiento económico basada en el consumo interno.¹⁵⁵ Este estímulo abrió

¹⁵⁵ Así mismo, se deben reconocer otro tipo de programas como el Bolsa Família que, particularmente para lo que nos atañe, «[...] permite, al menos como objetivo por alcanzar, la reducción de las condiciones de explotación y de trabajo infantil [...] la situación de condicionalidad del programa de que los niños asistan a la es-

una brecha de acceso suficiente para comprar, al menos, ropa de marca usada; así mismo, la aspiración movilizó a muchos de estos jóvenes a buscar emplearse con el mismo objetivo: consumir (Cfr. Pinheiro-Machado y Mury, s.a.). Sin embargo, las reacciones violentas sólo evidenciaron la exclusividad de ese añoro; un patrón de deseabilidad que no coincide con la apariencia de los *rolezinhos*.

En ese sentido, hay una segunda idea transgresora: «[...] esos jóvenes niegan el papel de pobreza y confunden las estructuras de clase [...]» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.), de aquí que se les criminalice y se les denomine «negros», en el sentido peyorativo del término (Cfr. Brum, 2013). El presidente de la Asociación Brasileña de Shopping Centers, Fernando Veiga, rechazó enérgicamente los encuentros por perturbar a los «clientes que no están acostumbrado a ese tipo de tumultos» (redacción La Nación, 2014). En contraste, Martim de Almeida Sampaio, abogado de la Comissão de Direitos Humanos da Ordem dos Advogados do Brasil (OAB-SP), polemiza al respecto: ¿qué hubiese pasado si se tratara, más bien, de un tumulto de personas con otras características?, «¿ellos serían discriminados?» (redacción G1 São Paulo, 2013b); algo más directo se pregunta Eliana Brum: ¿qué pasaría si hubiesen sido jóvenes blancos? (Cfr. 2013). Al respecto, Osmundo Pinho en su trabajo *Black Bodies, Wrong Places* —donde el nombre ya es sugerente— trae a colación un ritual similar que año con año realizan los alumnos de un prestigiado colegio privado de São Paulo en el Shopping Eldorado, dentro del barrio de Pinheiros en el oeste más cercano al centro del municipio; intervenciones que brillan por la ausencia de la PM (Cfr. Pinho, s.f.:162).

Ahora bien, pese a que se han enunciado dos cuestiones de carácter transgresor, también debe decirse que el fin es hasta cierto punto conservador. Pues, a diferencia de las movilizaciones que encabeza el Movimiento Negro Unificado, los *rolezinhos*, en la demanda por el acceso a un consumo de élite, no hacen más que reproducir las estructuras de poder (Cfr. Pinheiro-Machado y Mury, s.a.).¹⁵⁶ Empero, lo hacen de manera creativa. Según Cardoso, Camargo y Kowarick, al margen de los patrones culturales que se divulgan desde los sectores privilegiados, se encuentran los patrones que no consiguen ser incorporados: las subculturas. Éstas, se reinventan a la par del dinamismo urbano (Cfr. 1973:213). En ese

cuela para poder seguir contando con el beneficio, atenúa el problema [...]» (Carranza, 2017: 294). Este programa se instauró en octubre de 2003 a los nueve meses de inicio del primer mandato de Lula da Silva.

¹⁵⁶ Esta aspiración no debe juzgarse, pues como lo llegó a enunciar Frantz Fanon: «A partir del momento en que el negro acepta la división impuesta por el europeo, no conoce ya tregua y así, ¿no es comprensible que trate de elevarse hasta el blanco?» (2009:33).

sentido, los jóvenes se vinculan con las marcas y con los shoopings a través del *funk da ostentação* —el funk de la ostentación. Este género musical, de raíces afroamericanas, nace en la región metropolitana de la ciudad con letras que evocan «[...] el consumo, el lujo, el dinero y el placer que todo eso da» (Brum, 2013).¹⁵⁷ La alusión es importante porque retrata un mecanismo de reinención híbrido que combina «[...] elementos del capitalismo global y elementos de la cultura local» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.). Y porque a partir de este vínculo con la música se niega el papel previo y socialmente definido «[...] que versa sobre la pobreza» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.); es decir, lo dotan de un contenido político (Cfr. Carranza, 2017:54).

El fenómeno de los *rolezinhos*, pese a no pretender articularse en los términos de un movimiento social, tiene un contenido político importante. No sólo por la empatía generada dentro de ciertos sectores —en el contexto de las movilizaciones de junio—, sino también por el debate que puso sobre la mesa la cuestión del racismo brasileño y del prejuicio de clase (Cfr. Pinheiro-Machado y Mury, s.a.); dos dimensiones de segregación que en Brasil van de la mano. Las demostraciones fueron pacíficas, la apropiación del espacio se dio —según Pinho y Pinheiro-Machado y Mury— a manera de performance social; donde, en el sentido antropológico, se puso «[...] en acción un comportamiento simbólicamente significativo» (Pinho, s.f.:165). Lo trascendente de esta noción radica no en el miedo por la aglomeración, sino en la vulnerabilidad que exhibió a las clases medias y altas «[...] que sintieron su paz amenazada en un lugar hasta entonces protegido de la desigualdad» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.).¹⁵⁸ Este rechazo lo respalda una investigación realizada por Rosana Pinheiro-Machado y Lucia Mury, donde se encontró que el 80% de las personas censadas, se mostraban intolerantes hacia los jóvenes (Cfr. s.a.). Así mismo, a partir de un análisis de los comentarios en las redes sociales se documentaron al menos dos patrones de opinión: 1) la idea de que los jóvenes en lugar de andar alterando el orden público debían de ponerse a trabajar; 2) la percepción de que el castigo policial debería de ser menos indulgente (Cfr. Pinheiro-Machado y Mury, s.a.). Es escenario recuerda el contexto de la abolición cuando

¹⁵⁷ El funk, «[...] es un género musical que nació entre mediados y finales de los años 1960 cuando músicos principalmente afroamericanos fusionaron soul, jazz, ritmos latinos (mambo, por ejemplo) y R&B dando lugar a una nueva forma musical rítmica yailable» (<https://es.wikipedia.org/wiki/Funk>).

¹⁵⁸ Los rituales «[...] son estructura y manifestación de la vida cotidiana, son subversivos, por ello contienen su justo medio en lo político, esto es, en la vida pública. Los rituales como expresión popular de las diferentes realidades latinoamericanas son, pues, una forma de construcción de relaciones políticas» (Carranza, 2017:56).

se debatía sobre la noción del trabajo y el progreso ausente en las poblaciones esclavizadas; y también recuerda el contexto de la esclavitud cuando se recurría al castigo como correctivo.

El historial de persecución que se desencadena cuando se exhiben rasgos negros o que aparenta pobreza no es ninguna novedad en los centros comerciales de São Paulo. «Si entraran cinco negros en un centro comercial los vigilantes se quedarán mirando, irán atrás», dice Paulo Lins, autor de *Cidade de Deus*, en entrevista para *El País* (Martín, 2014a). En ese mismo contexto —diciembre de 2013— el Shopping Cidade Jardim, en el barrio de Morumbi, fue obligado a indemnizar a un músico cubano con tres mil dólares después de haberle prohibido la entrada al recinto. El cubano asistía junto con un grupo de músicos a presentar un show en el mismo lugar (Cfr. Pinho, s.f.; Martín, 2014a). Esta anécdota recuerda a aquella que presencié Katherine Dunham, la bailarina afroamericana cuyo acceso al Hotel Esplanada fue negado por cuestiones de racismo en la década de los cincuenta (Cfr. Reid, 1989:288). Pese a que este incidente apuró el proyecto de una ley en el congreso contra la discriminación racial —la Ley Afonso Arinos de 1951—, casi siete décadas después del incidente el apartheid racial que involucra espacios de riqueza sigue vigente, y la operatividad de las leyes para frenarla parece poco efectiva.

Un mes después del primer gran encuentro en Itaquera, seis *shoppings* del estado consiguieron el apoyo de las autoridades para que, además de la multa como último recurso, se bloquearan los accesos con policías y seguridad privada, estableciendo así un primer y tajante filtro de acceso (Cfr. Martín, 2014b). Se trata de un procedimiento radicalmente racista y agresivo. Para Osmundo Pinho esto tiene que ver con el pánico racial; aquel que se cristaliza en la fobia hacia el negro que formuló Frantz Fanon (Cfr. Pinho, s.f.:166). La fobia, «[...] neurosis caracterizada por el temor ansioso de un objeto (en el sentido más amplio de toda cosa exterior al individuo)» (Fanon, 2009:141), se traslada al ámbito corpóreo, donde la «negrofobia» se manifiesta, en ese sentido, en la «[...] influencia en el cuerpo de la irrupción de otro cuerpo» (Fanon, 2009:145) —en este caso, la influencia del cuerpo negro respecto al cuerpo blanco. Por su parte, «en el fóbico existe una prioridad del afecto con desprecio de todo pensamiento racional» (Fanon, 2009:141 y 142); es decir, un mecanismo de defensa con base en un temor irracional y completamente ajeno a su ser.

El desfile de los *rolezinhos* —porque los jóvenes no consumen, sólo exhiben la ropa usada que ya poseen (Cfr. Pinheiro-Machado y Mury, s.a.)— se traduce, así, en la represen-

tación simbólica del «[...] rompimiento de las barreras de clase» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.); donde el prejuicio de color actúa como una forma de menospreciar aquello que se percibe como una invasión del espacio —«invasión» porque la fobia es irracional. Para Pierre Bourdieu, el consumo opera en el esquema de las posiciones sociales a manera de marcador de «clase y distinción» (en Pinheiro-Machado y Mury, s.a.). Es así, que los grupos dominantes crearon «[...] un universo de glamour y distinción y la sociedad crea mecanismos para clasificar quién está fuera de este modelo como un ser inferior [...]» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.). De esto se encargaron la opinión pública y los medios de comunicación, de la difusión del pánico y del menosprecio. Así se constata en las noticias nacionales e internacionales como aquel reportaje de *El País* titulado «Brazilian Young Vandals» (Pinho, s.f.:163) o la columna de opinión que publicó la *Revista Veja*, donde Rodrigo Constantino, el autor, escribió que los «[...] rolezinhos son bárbaros incapaces de reconocer su propia inferioridad» (en Pinheiro-Machado y Mury, s.a.).

Por último, dado que «[...] las formas de dominación material e ideológica se reinventan y se mantienen» (Pinheiro-Machado y Mury, s.a.), el fenómeno de los *rolezinhos* interpela esta investigación por retratar un ejemplo de segregación socioespacial concomitante con un racismo que se recrea en escenarios, ahora, de carácter global. Aunque no se habló en términos de escala o de medición, que el fenómeno se haya desarrollado en barrios periféricos es sintomático de una segregación de carácter espacial; y que los actores a quienes se les discriminó presenten rasgos somáticos de negro o mulato, denota la dimensión étnica de la problemática. Sin embargo, así como la dominación, las resistencias también se reinventan, y los sectores urbanos que han sido históricamente dominados siguen haciendo «[...] un intensivo y múltiple uso de los espacios públicos [...]» (Carranza, 2017:113).

Las reacciones hacia los roles le siguen dando la razón a Florestan Fernandes cuando décadas atrás dijo, en su conocida obra *A Integração do Negro na Sociedade de Classes*, que en Brasil el color continuaba «[...] operando como marca racial y como símbolo de posición, indicando simultáneamente raza dependiente y condición social inferior» (1978:337). En ese sentido, lo que esta situación evidenció es que esa «marca racial» tiende a agravarse cuando se trascienden las fronteras del «cada quien en su lugar»; en sus connotaciones físicas (espacios de riqueza) y en términos simbólicos (de consumo y estatus).

CONCLUSIONES

En el presente apartado se resumirán las líneas principales de la investigación en sus presupuestos teóricos, reconstrucciones históricas, puntos de inflexión y observaciones de hechos/evidencias. También se hablará de la comprobación de hipótesis, y los alcances y planteamientos que se abren a partir de la investigación presentada.

Como se vio, el fenómeno de la segregación socioespacial consideró, al menos, seis aspectos: el de homogeneidad o heterogeneidad social, el de distancia o proximidad espacial, el carácter subjetivo —es decir, el del estigma socio-territorial—, la escala de análisis, la disparidad/distinción —la diferencia— y, finalmente, la cuestión relacional. Siendo esta última la más importante, dado que la diferencia se entiende como tal sólo en función de un otro. En ese sentido se configuran las relaciones de jerarquía y se derivan los conceptos de autosegregación activa y pasiva.

La tesis permitió observar que, el patrón de segregación socioespacial que se manifiesta en la ciudad latinoamericana es, principalmente, aquel cuya distinción se basa en la clasificación socioeconómica. Sin embargo, hay una experiencia histórica particular que permite considerar y evaluar distintos grados de segregación socioespacial étnica colindante con la socioeconómica. La propuesta no fue deliberada. La presencia afrodescendiente en América Latina, y su devenir en la misma —como parte de una condición colonial, es decir, la incorporación de América al sistema mundo y con ello la consolidación del capitalismo—, se constituyó a partir de la explotación de la fuerza de trabajo y, en ese sentido, así como al indio se le sometió a servidumbre, al africano se le sometió a la esclavitud; sistema económico y social articulado desde África en manos de las Coronas portuguesa y española.

Producto de este encuentro se comenzó a estructurar una incipiente idea sobre la «raza». Alejada, por ahora, de las teorías científicistas, africanos y afrodescendientes se incorporaron al mundo colonial tanto en el campo como en la ciudad. En Brasil se distribuyeron por el territorio según las distintas necesidades de la economía de agroexportación; siendo el café el producto que los ancló en São Paulo. De este momento histórico se recuerdan tres cuestiones. La primera, como consecuencia del uso intensivo de la mano de obra esclava en las haciendas: la fuga; posición política cristalizada en el acto de huir y establecerse, al margen del orden colonial, en comunidades conocidas como quilombos. La

segunda, la extemporaneidad del brote cafetalero en el sudeste, cuyo auge productivo coincidió con el viraje hacia la modernidad. De tal manera que la abolición y la República fueron encabezadas por los barones del café. Y la tercera, siguiendo la evolución del modelo de segregación socioespacial en la ciudad latinoamericana, la ciudad de São Paulo creció —al ritmo de la economía cafetalera— con un centro socialmente heterogéneo en cuanto a ingresos y etnias —castas—; aunque alumbrando, poco a poco, a la ciudad burguesa.

La transfiguración del orden social del trabajo —de la abolición al trabajo asalariado— y la transición política —de la Monarquía a la República— se entendieron como parte del escenario de construcción de la Nación. De este proceso de gestación vertical se articuló un discurso donde la categoría «raza» se convirtió en un principio de clasificación social. Pero, como la nación brasileña en la demarcación de su idiosincrasia no admite la diferencia —porque es sustancialmente homologadora—, el acceso a la ciudadanía se entendió como un examen de ingreso que por lo tanto excluía, sistemáticamente, a quienes no cumplieran con los requisitos de acceso. Es decir, Brasil nace, como es el caso de los países latinoamericanos, desde un proceso de exclusión, no de democratización.

Se pudo constatar que esta coyuntura fue crucial en São Paulo debido a su dinamismo económico —lo que no fue el caso en otras regiones de Brasil—, y de ella se recuerdan dos cuestiones fundamentales. 1) la ausencia de una conciencia abolicionista en los esclavos, o más bien la apropiación de la consigna abolicionista por parte del orden hacendado —porque el trabajo libre no comulga con el régimen servil—, que aunado a la concentración de inmigrantes europeos —impulsada por una política migratoria estatal, influenciada por el racismo científico y el discurso de lo nacional— devino en la imposibilidad de los libertos para transitar gradualmente de la esclavitud al trabajo asalariado. En ese sentido, se tiene un reemplazo de la mano de obra en las haciendas y un relego en la ciudad a las ocupaciones de menor grado y peor retribuidas. 2) A la par de este proceso, São Paulo emerge como la ciudad competitiva por antonomasia. Los barones del café supieron leer el punto de inflexión y su facultad creativa-empresarial, como la de los importadores, se manifestó en una incidencia cada vez mayor en la manufactura. Así mismo, debido a lo que se ha entendido como una incapacidad laboral, negros y mulatos no encuentran cabida en aquellos empleos que dinamizan el progreso —industriales y comerciales— y de donde emana la clase media —burocráticos y administrativos—, mayormente ocupados por inmigrantes y mano de obra nacional blanca. De esta manera, la ausencia de mecanismos adaptativos por

parte de negros y mulatos se entendió a la luz de un proceso de sumisión. Y la ausencia de mecanismos integrativos por parte de los blancos se entendió a la sombra de un proceso por omisión.

Así mismo, se recuerda que las ganancias del ciclo productivo cafetalero incentivaron un tipo de industrialización centralizada; pues en São Paulo confluían los elementos necesarios para alentar este brote. Cuando el mercado internacional del café se encontró en dificultades desde finales de la Primera Guerra Mundial, un proyecto económico de bienes manufacturados básicos fue perfilando la política económica del país durante las siguientes décadas hasta el pleno desarrollo de la estrategia de Industrialización por Substitución de Importaciones. Este proceso y la urbanización de la ciudad van de la mano. Pues el *boom* industrial vino acompañado de migraciones internas incentivadas por la idea de crecimiento y pleno empleo. Empero, como lo que se tiene en América Latina es un capitalismo denominado *sui generis*, el proceso de industrialización se entiende a la sombra de la marginalización; en primera instancia laboral, y como consecuencia de ésta espacial.

También se pudo verificar que cuando negros y mulatos consiguieron ingresar a los empleos industriales —debido a la política laboral que impulsó Getúlio Vargas—, hacendados e importadores se consolidaron como industriales y empresarios, lo que fortaleció su situación de liderazgo económico y político. Así mismo, su presencia en las profesiones que formaban parte de la clase media siguió siendo limitada, a reserva de aquellas que ofrecía el aparato estatal, aunque de menor categoría. También es importante retomar que figuraron, escasamente, en la segunda ola de industrias de la mitad del siglo xx. De tal manera se puede decir que, en términos generales, no hay una sincronización entre cambios e integración a los mismos por parte de negros y mulatos.

Fue así que a la lógica de incesante migración —nordestina y mineira, principalmente— que no encuentra cabida en la estructura competitiva, la marginalización se materializa espacialmente. De esta manera, la transfiguración de la ciudad burguesa a la ciudad industrial, en São Paulo, implicó el cambio a la siguiente fase del modelo de segregación socioespacial: la de centro-periferia. Este patrón implicó la expulsión de las clases bajas del centro —cuyo elemento negro en función de las proporciones demográficas era mayoría—; y la ocupación homogénea del espacio en la periferia. En el fondo se trata de un proceso que acentuó la brecha de la desigualdad, porque la riqueza y la pobreza crecían paralelamente.

Como se vio, de aquí se configuraron las favelas. Espacios que se reproducen atropelladamente en las afueras de la estructura urbana. Emergen a partir de un proceso de exclusión, pero son al mismo tiempo indispensables para el funcionamiento del sistema. En ese sentido, el modelo rodoviario y la producción consiente de vacíos enriquecieron la especulación inmobiliaria y acentuaron el problema de acceso a la vivienda. Se trató del vehículo urbano que intervenido por un fin de ganancia condicionó la ciudad alimentando la estructura de clases. Sin embargo, no todo puede resumirse a un ejercicio de poder sin agencia de los subordinados. Por ello, el proceso de favelización también se entendió como un mecanismo de construcción de un proyecto político identitario alternativo. Es decir, como un mecanismo de resistencia.

Como se mostró, mientras se consolidaba esta estructura, la instauración de la dictadura militar en 1964 irrumpió en el escenario político y social brasileño. Se trató de un periodo favorecido por la emisión de préstamos de bancos de cooperación internacional. En ese sentido, el milagro brasileño se entendió como el resultado de un proyecto económico de crecimiento en apariencia, o más bien de crecimiento desigual, pues tendió a fortalecer la brecha existente, al tiempo en que la deuda externa incrementaba. Así mismo, la efervescencia social, producto de las discrepancias en las condiciones de vida, fue clausurada a partir de la represión; lo mismo sucedió con los problemas raciales. Se trató, en resumen, de un periodo donde se incrementaron las desigualdades sociales al mismo tiempo que se clausuraron todo tipo de protestas y movimientos sociales.

Así mismo, este periodo fue inaugurando una serie de cambios con tendencia a la alineación cada día más marcante a la nueva división internacional del trabajo. El viraje se entendió como la instauración del nuevo paradigma global de acumulación: el neoliberalismo. Modelo que se ejecutó plenamente desde la década de los ochenta y que consistió en una serie de políticas económicas formuladas por el Consenso de Washington. Algunos de sus pilares consistieron en la desregulación del Estado, el desmantelamiento industrial —terciarización— y las modificaciones en las relaciones laborales a partir de la flexibilización y externalización del trabajo. Espacialmente hablando, a partir de estas medidas se configuró el tercer y último modelo de segregación socioespacial: el patrón contemporáneo; que consiste, básicamente, en la creación de subcentros en la periferia, lo que redujo la segregación en términos de cercanía. Este proceso, que en el mejor de los casos implicaría la asimilación urbanística de la periferia, no trajo más que un proceso de metropolización

complejo, en el sentido de que la riqueza y la pobreza, pese a estar contiguas, son marcadamente distintas. Pues la segregación —como fenómeno espacial intrínseco en las sociedades—, en un contexto de abandono estatal y empleos mal pagados, devino en malignidad. Lo que conlleva a un escenario de violencia sistemática.

La tesis mostró que en São Paulo se tiene un buen retrato del modelo. Con Morumbi se ejemplificó la creación de subcentros en la periferia, vecinos de favelas instauradas desde el patrón de segregación anterior, consecuencia de un movimiento migratorio. Lo mismo con el apartado de los *rolezinhos*, donde los centros comerciales en la periferia este del municipio forman parte del incremento de actividades terciarias en lugares no centrales. En ambos se manifiestan las secuelas de un crecimiento urbano desigual, producto de un desarrollo social dispar. Se trata de la exteriorización de la brecha de la desigualdad y su representación material, donde pobreza y riqueza se encuentran en estrecha cercanía aunque separadas por sistemas de seguridad y vigilancia.

Así mismo, si bien es cierto que no hay una exclusión categórica de negros y mulatos dentro de la evolución del modelo de segregación socioespacial presente en la ciudad latinoamericana, como se vio con el caso de São Paulo, sí hay mucho que cuestionar respecto a qué tanto se ven perjudicados de la malignidad de dicho fenómeno —consecuencia de las condiciones de desigualdad socioeconómica— menester de una adhesión étnica colindante con la socioeconómica, y no por mecanismos de racismo que más bien los obliguen a permanecer bajo una condición permanente de pobreza. Es decir, la pregunta no es ¿en qué medida son excluidos *de facto* resultado de su pertenencia a los sectores más bajos de la sociedad?, sino ¿por qué 130 años después de la abolición de la esclavitud, siendo mayoría poblacional, continúan engrosando el mismo sector?

En ese sentido se comprobó cómo la «raza», categoría de clasificación y dominación social construida históricamente, ha operado como reguladora de las relaciones sociales. De igual manera, el espacio, en su capacidad de albergar trayectorias sociales, develó patrones asociados con la misma. En São Paulo podría resumirse de la siguiente manera: 1) ciudad colonial: negros y mulatos —hombres y mujeres— se desarrollaron en una diversidad de oficios y trabajos y convivieron en el centro de la ciudad junto con las demás castas. Ocuparon, con frecuencia, las viviendas más precarias a excepción de aquellos trabajadores que vivían en las casas grandes donde laboraban. Sus puntos de encuentro fueron las hermandades religiosas y algunos sitios de reunión, como esquinas y mercados, principal-

mente; 2) ciudad burguesa: la mano de obra nacional compite con la mano de obra extranjera. Negros y mulatos encontraron barreras para incorporarse al orden social competitivo en expansión. Así mismo, un proceso de blanqueamiento en la ciudad los expulsó paulatinamente del centro debido a alusiones moralistas. Se trató del momento donde el prejuicio racial los relegó a los oficios de menor categoría. A nivel asociativo, a las hermandades religiosas se sumaron puntos de encuentro como tabernas y surgen los grupos de carnaval; 3) ciudad industrial: el proceso de embellecimiento del centro devinó en la expulsión de los más pobres del mismo, y con ello negros y mulatos. En la periferia comenzó el proceso de favelización. Su ingreso en los trabajos industriales fue limitado en comparación con la mano de obra nacional blanca y extranjera. La favela y su dinámica social también se entendieron como la construcción de un proyecto político alternativo; y 4) ciudad neoliberal: según el censo de 1980 negros y mulatos se encontraban representados en los trabajos de la industria, de la construcción y de los transportes. Ocupaciones donde las barreras raciales se diluyen. Su presencia fue menor en trabajos de oficinistas y profesiones liberales, donde las barreras raciales incrementan. Así mismo, un patrón concluyente de su distribución en la ciudad es su concentración en las regiones periféricas y su ausencia en el centro, donde sólo representan el 5% de la población según el censo del 2000.

También se vio que en todas las fases se constituyen excepciones a la regla: negros, y principalmente mulatos, que trascienden las barreras consecuentes de un proceso de racialización. Esta premisa ha sido fundamental para esquivar las tensiones con base a presupuestos «raciales» y asirse a la ideología de la democracia racial, que aunado a un discurso que prioriza las distinciones entre clases —también preocupantes— termina por invisibilizar las interferencias derivadas de poseer rasgos somáticos, o ejercer prácticas culturales, o ambas, que apelen a una afrodescendencia. En ese sentido se entendió que entre blancos se despliega el sistema de relaciones sociales regido por clases, mientras que con negros y mulatos se despliega el sistema regido por castas. De esta manera perviven, en función de la circunstancia, relaciones guiadas por interacciones de verticalidad o de horizontalidad. Ejemplos contundentes de cómo el signo racial opera a manera de jerarquía, bajo una circunstancia que implique la interacción con blancos dentro de sus espacios asignados en la ciudad, fueron los casos expuestos en el último apartado. Es así que, algo que a esta investigación le quedaría por indagar, sería algún caso donde las relaciones entre poblaciones disímiles impliquen interacciones de horizontalidad. Es decir, donde el signo racial sea so-

cialmente irrelevante. Quizás la tarea pueda concebirse impensable en el sur y sudeste brasileños —pensando en términos regionales— y más concretamente en São Paulo y Porto Alegre, donde la hegemonía demográfica y cultural es blanca y donde se ha comprobado que aún en el interior de una favela es posible capturar situaciones de jerarquía. Empero, ¿la dinámica será distinta si se sitúa en las ciudades nordestinas? —o ¿incluso en ciudades nuevas como Brasilia?—; pensar que el fenómeno de los *rolezinhos* no tuvo presencia en esa región, por ejemplo, interpela este cuestionamiento.

Así mismo, se retoma la pregunta de ¿por qué a más de un siglo de la abolición de la esclavitud continuaban engrosando al sector más pobre de la población?; respecto a ésta quedan cosas por señalar. Por un lado, en función de la situación por región señalada en el párrafo anterior, la dinámica de crecimiento polarizado a raíz del brote industrial opuso un sudeste rico y un nordeste pobre, donde una mayoría negra y mulata se asentó como parte de la estructura de agroexportación del azúcar. El asentamiento se ha nutrido históricamente de tal manera que, como se apuntó, los negros se ubican entre los más pobres por virtud de locación. Por otro lado, en un escenario distinto, el caso de Ítalo en Morumbi y el de los *rolezinhos* relatan las dificultades de movilización ascendente debido a la reproducción orgánica de un racismo incrustado. Si no fuera por la internalización de que las relaciones raciales son cordiales, el análisis, incluso superficial, de estos casos, dilucidaría las fricciones y los prejuicios y las atribuciones que estigmatizan y castigan, y que continúan bloqueando una incorporación íntegra a la sociedad. Pero al asumir la premisa de que la sociedad brasileña es autoritaria, se puede especular que pese a que ésta se sepa racista difícilmente lo asume. Y, en ese sentido, es más fácil esconder el racismo y prenderse de una ideología que con base en las excepciones pregona la igualdad entre grupos étnicos. De tal manera se reafirma la idea de que la segregación étnica en el espacio es relevante en la medida en que colinda con la clase. Empero, como parte de las clases bajas, la población de piel oscura no sólo es pobre; sino que es pobre y negra, y como tal se enfrenta a otras barreras. Las desigualdades en el ingreso, el mercado laboral y los índices de escolaridad y desempleo son muestra de ello.

Finalmente, la mayor conclusión a la que ha llegado esta investigación es que la medición de la segregación socioespacial con base en la propuesta de la sociología urbana puede resultar hasta cierto punto estéril si lo que se intenta visibilizar es la dimensión étnica —en su aspecto de afrodescendencia—, al menos para el caso de las ciudades latinoameri-

canas. El índice de disimilitud, en ese sentido, se entendió como una metodología diseñada para comprender un tipo de segregación con base en una línea de color rígida en un contexto donde se separaba bajo un argumento con respaldo legal. En cambio, en América Latina lo que se tiene es una mezcla, un color que se diluye, y en ese sentido la exclusión puede presentarse con distintos grados de sutileza.

Por último, dado los argumentos presentados en la investigación se puede concluir que, en efecto, el espacio en su capacidad de albergar trayectorias sociales mostró configuraciones que en Brasil se construyeron a partir de la categoría «raza». Al constituir, esta última, un elemento de gran relevancia en la ubicación de la población no blanca en el espacio físico y social. Esta clasificación se entendió como producto de determinaciones históricas y estructurales. Por otro lado, las pautas de segregación socioespacial identificadas en el devenir de la configuración de la ciudad de São Paulo estuvieron mediadas, hasta cierto punto, por estas premisas de racialización; donde a la población negra y mulata se le ubicó en posición de desventaja respecto a la población blanca. Es así que esta investigación es propositiva a realizar acercamientos de estas características a otras ciudades latinoamericanas, lo que dejaría mucho por investigar, pero, sobre todo, una metodología a la cual se puede contribuir desde la sociología urbana —se recuerda que esta investigación abordó el fenómeno desde este campo del conocimiento, donde las investigaciones aún son incipientes, un camino ya trazado es aquel que ha desarrollado la geografía crítica brasileña—; una que permita evaluar los distintos grados de segregación étnica a partir de la mirada antropológica, pero que, al mismo tiempo, considere el marco teórico que propone la sociología urbana, herramienta que permitió, al menos para esta investigación, un primer acercamiento para comprender las dinámicas de la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

- BETTO, Frei, «Qué es el neoliberalismo» en *Revista ALAI-AMLATINA*, São Paulo, 23-03-2005
- BOURDIEU, Pierre, «Espacio social y espacio simbólico. Introducción a una lectura japonesa de *la distinción*», en *Capital cultural, escuela y espacio social*, Siglo XXI, México, 2003
- BOURDIEU, Pierre y Wacquant, Loic, *Una invitación a la sociología reflexiva*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012
- BONFIL, Guillermo, *Utopía y Revolución*, Editorial Nueva Imagen, México, 1988
- BRITO, Gustavo A., «São Paulo. Desde su fundación hasta la crisis de la modernidad», en Rafael López (comp.), *Las ciudades Latinoamericanas*, Coedición: Instituto Nacional de Bellas Artes, Secretaria Nacional de Desarrollo Social y Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1989, p. 89-99
- BRITTO Pólvora, Jacqueline, *Dispersions: Black Communities and Urban Segregation in Porto Alegre, Brazil*, University of Texas, Austin, 2006
- CALDERON, Georgina, «Dos escalas del desarrollo desigual» en Georgina Calderón (coord.), *Territorialidades múltiples. Tiempo, espacio y pensamientos críticos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2018
- CARDOSO, Fernando H., Ferreira de Camargo, Cándido y Kowarick, Lucio, «Consideraciones sobre el desarrollo de São Paulo» en Manuel Castells, *Imperialismo y Urbanización en América Latina*. Editorial Gustavo Gilli, S.A., Barcelona, 1973, p. 211-252
- CARRANZA, Tania, *Brasil Hoy. Mundo del trabajo y cultura política en Recife y São Paulo (2002-2010)*, Ariadna Ediciones, Chile, 2017
- *El discurso del Partido dos Trabalhadores (1980-1998)*, tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos, FFYL, UNAM, 2005
- CASTELLS, Manuel, *La cuestión urbana*, Siglo XXI, 3a ed., México, 1999
- CRUZ, Gustavo R., *La liberación indígena contemporánea en Bolivia. Crítica filosófica a una política estética racializada*. Editorial de la Universidad Católica de Córdoba, Argentina, 2009
- CHATTERJEE, Patha, *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2008

- CUEVA, Agustín, «Auge y declive de la economía de posguerra» en *Desarrollo del Capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México, 1990, pp. 184-200
- DAGNINO, Evelina (coord.), *Sociedad civil, esfera pública y democratización en América Latina: Brasil*, FCE, México, 2002
- DEAN, Warren, *A industrialização de São Paulo*, Bertrand Brasil AS., Rio de Janeiro, 1991
- DE ALBUQUEQUE, Duval, «O tempo, o Vento, o Evento: história, espaços e deslocamentos nas narrativas de formação do território brasileiro», Universidade Federal do Rio Grande do Norte, s.f.
- DE RESENES, Maria Teresinha, «A regionalização como instrumento de ordenação do territorio», en *Revista PerCursos*, Florianópolis, V. 13, N. 02, julio/diciembre 2012, pp. 169-187
- DUHAU, Emilio, «La división social del espacio metropolitano, una propuesta de análisis» en *Revista Nueva Sociedad*, no. 243, s.f.
- DOS SANTOS GOMES, Flavio, *Mocambos e quilombos. Uma historia do campesinato negro do Brasil*, Claro Enigma, São Paulo, 2015
- DOS SANTOS, Renato, «Negritud y espacialidad: notas para una comprensión de las relaciones raciales en la formación del territorio brasileño» en Georgina Calderón y Efraín León (coords.), *Descubriendo la espacialidad social desde América Latina*, Itaca, México, 2011
- ECHEVERRÍA, Bolívar, *Modernidad y blanquitud*, Era, México, 2010
- ENGELS, Federico, «Las grandes ciudades» en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Ediciones de cultura popular, México, 1984.
- FAUSTO, Boris, *Historia Concisa do Brasil*, Editora da Universidade do São Paulo, São Paulo, 2002
- *Trabalho urbano e conflito social (1890-1920)*, DIFEL, Rio de Janeiro-São Paulo, 1977
- FERNANDES, Florestan, *A Integração do Negro na Sociedade de Classes*, Volume 1, Ensaio de Interpetração sociológica, Editora Globo, 5a ed., São Paulo, 2008
- «Relaciones de raza em Brasil: realidade y mito» en Celso Furtado, *Brasil: hoy, et al.*, Siglo XXI, México, 1970
- FANON, Frantz, *Piel negra, máscaras blancas*, Akal, Madrid, 2009

- FONSECA, Silmara Cristiane, «Diadema e o grande ABC: expansão industrial na economia de São Paulo» en Zilda Márcia Grícoli Iokoi (org.), *Diadema nasceu no Grande ABC: História Retrospectiva da Cidade Vermelha*, Humanitas, São Paulo, 2001, pp. 107-141
- GOHN, María da Glória, «Morumbi: o contraditório barrio-região de São Paulo» en *Caderno CRH*, v. 23, n. 59, Salvador, mayo/agosto 2010, pp. 257-281
- GROSFUGUEL, Ramón, «Apuntes hacia una metodología fanoniana para la decolonización de las ciencias sociales» en Frantz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, Akal, Madrid, 2009
- HAUSBERGER, Bernd, *Historia mínima de la globalización temprana*, El Colegio de México, México, 2018
- JAGUARIBE, HELIO (comp.), *La sociedad, el Estado y los partidos en la actualidad brasileña*, FCE, México, 1992
- LENCIONI, Sandra, «A Metamorfose de São Paulo: o anúncio de um novo mundo de aglomerações difusas», en *Revista Paranaense de Desenvolvimento*, Curitiba, n. 120, enero/junio 2011, p. 133-148
- LEVIÑA, Javier y Ruiz-Peinado, Alonso, *Resistencias esclavas en las Américas*, Doce Calles, Madrid, 2006
- MARICATO, Ermínia, «Urbanismo na periferia do mundo globalizado: metrópoles brasileiras» en *São Paulo Perspectiva*, vol. 14, nº 4, 2000, pp. 21-33
- «Metrópole de São Paulo, entre o arcaico e a pós-modernidade» en María Adélia A. de Souza, et al. (orgs.), *Metrópole e Globalização*, CEDESP, São Paulo, 1999
- MARICHAL, Carlos, *Historia mínima de la deuda externa Latinoamericana 1820-2010*, El Colegio de México, México, 2014
- MÁRQUEZ, Lisett y Pradilla, Emilio, «Desindustrialización, tercerización y estructura metropolitana: un debate conceptual necesario» en *Cuadernos del Cendes*, año 25, no. 69, Tercera época, semtiembre-diciembre, 2008
- MIRANDA Pacheco, Mario, *Sobre el oficio del latinoamericanista. Pláticas y reflexiones*, STUNAM/Proyectos culturales Víctor Jara, 2a ed., México, 2010
- OLIVEIRA, Nathalia Cristina, *Os movimentos dos sem-teto da Grande Sao Paulo (1995-2009)*, disertación de maestría presentada en el Departamento de Ciencia Política

- del Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad Estatal de Campiñas, Brasil, marzo de 2010
- PALACIOS, Guillermo, *Cultivadores libres, Estado y crisis de la esclavitud en Brasil en la época de la Revolución Industrial*, FCE, México, 1998
- PEREIRA Marques, Bruno Miguel, *Pobreza y exclusión socio-territorial en La metrópoli de São Paulo*, trabajo de Investigación en el ámbito del Título de Especialista en Estudios Avanzados en América Latina presentado a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, octubre de 2004
- PINHEIRO-MACHADO, Rosana y Mury, Lucia, «Rolezinhos: marcas, consumo e segregação no Brasil», Dossiê sobre cultura popular urbana, *Revista de Estudos Culturais*, s.f.
- PINHO, Osmundo, *Black Bodies, Wrong Places. Rolezinho, Moral Panic and Racialized Male Subjects in Brazil*, pp. 158-178, s.f.
- PIRES DO RIO, Teresa, «São Paulo: Tres patrones de Segregación» en *Ciudad de Muros*, Gedisa, Barcelona, 2009
- PIZA, Edith y Rosemberg, Fúlvia, «Color in the Brazilian Census» en Rebecca Riechmann (ed.), *Race in Contemporary Brasil*, The Pennsylvania State University, USA, 1999
- PRADILLA, Emelio, «Desarrollo capitalista dependiente y proceso de urbanización en América Latina» en *Revista Interamericana de Planificación*, vol. XV, núm 57, Sociedad Interamericana de Planificación, México, 1981
- QUIJANO, Anibal, *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina* en Edgardo Lander (comp.), CLACSO, Buenos Aires, 2000
- RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*, Tajamar editores, Chile, 2011
- REID, Andrews, *Afro-Latinoamérica 1800-2000*, Iberoamericana, Madrid, 2007
- *Negros e brancos em São Paulo (1888-1988)*, Editora da Universidade do Sagado Coração, São Paulo, 1998
- RIBEIRO, Darcy, *El pueblo brasileño. La formación y el sentido de Brasil*, Companhia das Letras, Segunda Edición, São Paulo, 1995
- *El pueblo brasileño. La formación y el sentido de Brasil*, FCE, México, 1999
- RODRÍGUEZ, Jorge, «Movilidad cotidiana, desigualdad social y segregación residencial en cuatro metrópolis de América Latina», *Eure*, vol. XXXIV, núm. 103, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile, diciembre, 2008, pp. 49-71

- RODRÍGUEZ, Jorge, «Segregación residencial socioeconómica: ¿qué es?, ¿cómo se mide?, ¿qué está pasando?, ¿importa?», *Serie Población y Desarrollo* 16, Santiago, CEPAL, 2001
- ROLNIK, Raquel, «Territórios negros nas Cidades Brasileiras: etnicidade e cidade em São Paulo e Rio de Janeiro», *Revista de Estudos Afro-Asiáticos*, 17-CEAA, septiembre 1989
- S. KLEIN, Herbert y Vinson III, Ben, *Historia mínima de la esclavitud en América Latina y el Caribe*, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, México, 2016
- SABATINI, Francisco, *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*, Banco Interamericano de Desarrollo; documento Social, documento de estrategia, Washington DC, 2003
- SANTOS, Milton, *A urbanização brasileira*, Editora da Universidade de São Paulo, São Paulo, 5a ed., 2005
- SEGATO, Rita Laura, «Raza es signo» en *La Nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*, Prometeo Libros, 2007, pp. 131-150
- SCHTEINGART, Martha, «La división social del espacio en las ciudades» en *Revista Herramienta*, no. 48, s.f.
- (comp.), *Urbanización y dependencia en América Latina*, Ediciones S.I.A.P., Buenos Aires, 1973
- SINGER, Paul, «Interpretación del Brasil: una experiencia histórica de desarrollo» en *Perfil del Brasil Contemporáneo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1987
- SMITH, Neil, *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*, Traficantes de sueños, España, 2012
- TELLES, Edward E., *Race in another America: the significance of skin color in Brazil*, Princeton University Press, 2004
- «Residential segregation by skin color in Brazil» en *American Sociological Review*, vol. 57, 1992
- TUCCI, Maria Luiza, «Inmigración en Brasil: racismo y racistas» en Pablo Yankelevich (coord.), *Nación y extranjería. La exclusión racial en las políticas migratorias de Argentina, Brasil, Cuba y México*, UNAM, México, 2009

VELASCO Molina, Mónica, «Políticas raciales en Brasil 1862-1933» en *Latinoamérica, Revista de Estudios Latinoamericanos*, No. 61, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2015

VELÁZQUEZ, María Elisa e Iturralde, María Gabriela, *Afrodescendientes en México. Una historia de silencio y discriminación*, Conapred, INAH, 2a ed., México, 2016

WALTER, Carlos, «A Geografia do sistema mundo moderno-colonial numa perspectiva subalterna» en Renato Emerson dos Santos (org.), *Diversidade, espaço e relações étnico-raciais. O negro na geografia do Brasil*, Autêntica, Belo Horizonte, 2007

WIEVIORKA, Michele, *El espacio del racismo*, Editorial Paidós, Barcelona, 1992

ORGANISMOS

DIEESE y Fundação Seade, *Escolaridade e Trabalho: desafios para a população negra nos mercados de trabalho metropolitanos*, año 3, no. 37, noviembre 2007

PÁGINAS WEB

ALESSI, Gil, «O Brasil que mata seu futuro a bala», *El País Brasil*, 2016. Disponible en:
https://brasil.elpais.com/brasil/2016/06/29/politica/1467227156_026422.html

ARANDA, Germán, «Puertas cerradas en Rio de Janeiro ante el miedo al “rolezinho”, la nueva moda de Brasil», *El Mundo*, 2014. Disponible en:
<https://www.elmundo.es/internacional/2014/01/20/52dcb37ce2704ef2678b456a.html>

BORGES, Thiago, «Ítalo vive: um papo reto de militantes negros para brancos do Morumbi favoráveis 'a violência policial», *Periferia em Movimento*, 2016. Disponible en:
<http://periferiaemmovimento.com.br/italo-vive-por-menino-de-10-anos-morto-pela-pm-militantes-negros-enfrentam-brancos-do-morumbi/>

BRUM, Eliane, «Os novos “vândalos” do Brasil», *El País*, 2013. Disponible en:
https://brasil.elpais.com/brasil/2013/12/23/opinion/1387799473_348730.html

DE ARRUDA, Plínio «Jornadas de junio y revolución brasileña», *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, 2016. Disponible en:
<https://www.herramienta.com.ar/articulo.php?id=2016>

- DE OLIVEIRA, André, «A memória de Biel e Ítalo: as crianças que polícia brasileira mata», *El País Brasil*, 2016. Disponible en:
https://brasil.elpais.com/brasil/2016/06/29/politica/1467237278_164214.html
- DE OLIVEIRA, Reinaldo y Marques de Souza, Regina, «Origens da segregação racial no Brasil» en *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, 2015. Disponible en <https://journals.openedition.org/alhim/5191>
- DIÁRIO do Grande ABC, «Futuro Assassinado», 2016. Disponible en:
<https://www.dgabc.com.br/Noticia/1975135/futuro-assassinado>
- G1 SÃO PAULO (a), «Conheca a história dos “rolezinhos” em São Paulo», 2014. Disponible en: <http://g1.globo.com/sao-paulo/noticia/2014/01/conheca-historia-dos-rolezinhos-em-sao-paulo.html>
- (b), «Saiba mais sobre os rolezinhos», 2014. Disponible en:
<http://g1.globo.com/sao-paulo/noticia/2014/01/saiba-mais-sobre-os-rolezinhos.html>
- GUMIERI, Sinara, «O que sabemos sobre Ítalo?», *Jusbrasil*, s.f. Disponible en:
<https://portal-justificando.jusbrasil.com.br/noticias/349006795/o-que-sabemos-sobre-italo>
- HOJE EM DIA, «Caso Ítalo: moradores aplaudem PM's durante reconstituição da morte do menino», 2016. Disponible en: <http://recordtv.r7.com/hoje-em-dia/videos/caso-italo-moradores-aplaudem-pms-durante-reconstituicao-da-morte-do-menino-14102018>
- LA NACIÓN, «Qué son los “rolezinhos”, un fenómeno que vincula jóvenes, shoppings y pobreza», 2014. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/el-mundo/que-son-los-rolezinhos-un-fenomeno-que-vincula-jovenes-shoppings-y-pobreza-nid1656004>
- LIBÓRIO, Barbara y Perez, Fabíola, «Duas famílias destruídas pela PM», en *Revista ISTOÉ* no. 2478, 2017. Disponible en: <https://istoe.com.br/duas-familias-destruidas-pela-pm/>
- MARTÍN, María (b), «¿Apartheid en los centros comerciales de São Paulo?», *El País*, 2014. Disponible en:
https://elpais.com/internacional/2014/01/12/actualidad/1389559949_135207.html
- (a), «La rebelión de los excluidos», *El País*, 2014. Disponible en:
https://elpais.com/internacional/2014/01/14/actualidad/1389736517_226341.html
- PALLEY, Will, «Shopping malls boom in Brazil», *J. Walter Thompson Intelligence*, 21 de noviembre de 2013. Disponible en:

- <https://www.jwtintelligence.com/2013/11/shopping-malls-boom-in-brazil/>
- SADER, Emir, «Los shopping center, la utopía neoliberal», *La Jornada Semanal*, México, 2014. Disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2014/01/21/opinion/018a2pol>
- SALVADORI, Fausto, Dalapoli, Kaique y Arroyo, Daniel, «Escrachada manifestação em apoio a morte de criança pela PM de SP», *Brasil 247*, 2016. Disponible en <http://www.brasil247.com/pt/247/favela247/237982/Escrachada-manifesta%C3%A7%C3%A3o-em-apoio-a-morte-de-crian%C3%A7a-pela-PM-de-SP.htm>
- STÉDILE, João Pedro, «Quinientos años de latifundio» en *Herramienta. Debate y crítica marxista*, 2000. Disponible en <https://herramienta.com.ar/articulo.php?id=836>
- ZIBECHI, Raúl, «Nuevos movimientos negros en AL», *La Jornada Opinión*, México, 2016. Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2016/07/22/politica/018a1pol>